temas toledanos
I. P. I. E. T. · DIPUTACION PROVINCIAL

Instituto Provincial
DE
Investigaciones Estudios
Toledanos
DIPUTACION PROVINCIAL
Plaza de la Merced, 4
TOLEDO

EXTRA 4

¡Oh, peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades!.....
Cervantes.

Madre de pueblos, población de gran-de altura, y fuerte entre los más fuertes.
Padre Flórez.

Negra, ruinosa, sola y olvidada, hundidos ya los pies junto a la arena allí yace Toledo abandonada.
José Zorrilla.

En Toledo la buena, esa villa rea
yace sobre el Tajo, esa agua cauda
Gonzalo de Berc

Admirable Toledo
orgullo de la raza,
reina de la tierra.
José Espron

Las armas me hacen feliz,
Letras y hermosura heredo;
¡Más que mucho, si, *Toledo*,
En todo es la Emperatriz!
Lope de Vega.

La muy grande, la muy rica, la
alegre y muy fuerte y muy defendi
Moro Razis.

Toledo «...parva urbs munita.
Tito Livio.

Taller de discreción, escuela del bien, toda corte-ciudad.....
Gracián.

Emperatriz de Europa
Roma segunda y corazón de Esp
Tirso de Mol

TOLEDO EN LA LITERATURA

LUIS MORENO NIETO

temas toledanos

director de la colección

Julio Porres Martín - Cleto

consejo de redacción

Ricardo Izquierdo Benito, José Gómez-Menor Fuentes
Ventura Leblic García

colaboradores

José María Calvo Cirujano, Rafael del Cerro Malagón
Fernando Martínez Gil

dirección artística e ilustraciones

Rafael del Cerro Malagón

Administración

I.P.I.E.T.
Diputación Provincial
Plza. de la Merced, 4. Telf. 22 52 00
TOLEDO

Instituto Provincial
de
Investigaciones y Estudios
Toledanos
DIPUTACION PROVINCIAL
Plaza de la Libertad, 4
TOLEDO

FOTOGRAFIAS DE: Philips, Paisajes Españoles, Rodríguez y Flores.

DIBUJOS DE: Bacheti, Alvarez Ortega, E. Sáez, Moreno San tiago, Acquaroni, M. Pintado, E. Castaños Romero Carrión y Potenciano.

Depósito Legal: TO-1.663/1983

Imprime: Imp. EBORA
Marqués de Mirasol, 17
Talavera - Toledo

LUIS MORENO NIETO
Cronista Oficial de la Provincia de Toledo

TOLEDO EN LA LITERATURA

Antología

A la Excma. Diputación Provincial de Toledo, al Excmo. Ayuntamiento de la Imperial Ciudad, a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo y al Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, diligentes guardianes del patrimonio cultural de Toledo y su provincia, difusores de sus valores históricos y artísticos más representativos.

El Autor.

Al lector:

"Sobre Toledo, espectáculo de tremenda profundidad, se han escrito centenares de libros". Lo afirmó Marañón hace más de veinte años y el propósito de esta antología —en la que excepcionalmente se incluyen textos sobre la Provincia— no es otro que ofrecer al lector una selección de textos de esos libros, de esos trozos escritos a lo largo y a lo ancho de los siglos sobre la Imperial Ciudad.

Roma española, sede de los concilios peninsulares, capital del reino visigodo, cabecera de la nacionalidad española durante la Edad Media, Toledo, "la ciudad a donde los reyes que calzaban abarcas buscaban ascendencias para sus dinastías", guardará mientras exista ese algo singular que admiran los hombres de todos los tiempos y de todas las latitudes.

¿Qué prosista de rango nacional, qué poeta destacado de nuestras Letras, qué escritor viajero del mundo llegado a España dejó de decir algo sobre Toledo? Y ¿cómo podríamos consentir los toledanos de hoy que quedasen arrinconados en los estantes de las bibilotecas, sin sacarlos al aire y al sol de la calle, esos testimonios de singular belleza que nos hacen ver y casi palpar facetas del alma de Toledo aún no desentrañadas plenamente?

Este y no otro es el fin de este libro. Nuestra tarea ha sido larga y no exenta de dificultades. Tanto y tan bueno se ha escrito sobre Toledo, en prosa y en verso, antes y ahora, que la simple selección y ordenación de los textos es labor ardua y no poco delicada, cuando como en este caso, hemos concentrado nuestro trabajo en los autores que aluden a la ciudad como tal y no a sus detalles, a sus monumentos y museos, a sus particularidades. Sólo excepcionalmente, por su destacado rango en la literatura española, incluímos algunos que relatan episodios notables de los muchos que integran la historia de Toledo dos veces milenaria.

De todos modos no será difícil advertir algunas omisiones de las que esperamos que el lector nos disculpe porque el espacio disponible no dió para más, aunque siempre es un consuelo

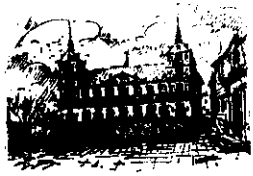
declarar que si en estas páginas no están todos los que son, sí, al menos, son todos los que están

"Toledo, alta musa —escribió A. Gómez Camarero— inspira sin cesar, plumas, pinceles y liras. Su apología en el libro es impar entre las ciudades monumentales del mundo. Bien merece ella sola una biblioteca que sería gala de la capital, instrumento de trabajo de eruditos y auxiliar y estímulo de toledanistas. Sí, hay no ya centenares, sino millares de libros sobre Toledo. *Pero ¿y el libro* de Toledo?".

Ya don Gregorio Marañón, cuando prologó el libro "Con artificio de las altas ruedas" de Allué y Morer, afirmó, aludiendo a Garcilaso de la Vega: "No hemos olvidado cuanto él nos contó. Pero hay otras muchas almas aún, escondidas en el paisaje áspero y en el laberinto del caserío, esperando otros poetas que las encuentren y las dejen volar". El mismo Allué y Morer fue uno de estos poetas, quizá el que más hondamente ha calado en en el alma de Toledo después de Garcilaso de la Vega y de Gustavo Adolfo Becquer. Pero nos atrevemos a decir que ningún poeta, ningún prosista de nuestras Letras captó, abarcó totalmente para exaltarle, el espíritu de Toledo que es más complicada, menos reducible a común denominador, más inaprehensible que ninguna otra ciudad. Es posible que no se consiga nunca. Entre los prosistas, Barrés quiso hacer el libro de Toledo con su "El Greco o el secreto de Toledo"; no lo consiguió pese a sus prestigios universales de escritor. Con su obra "Elogio y nostalgia de Toledo", don Gregorio Marañón estuvo más cerca de logarlo que ningún otro. Y es que apresar en unas líneas, pocas o muchas, el secreto de Toledo es, quizás, empresa sobrehumana. De los intentos que se han h e c h o para conseguirlo ofrecen abundantes y expresivos testimonios las páginas que siguen. Confiamos en que el lector sentirá al hojearlas cómo revive Toledo, cómo palpita la entraña misma de la singular ciudad. Porque Toledo, aunque lo parezca, no está muerta. Ni siquiera dormida.

LUIS MORENO NIETO
Cronista Oficial de la Provincia de Toledo

"Toledo, ciudad pequeña pero fuerte por su sitio"



REFIRIENDO Tito Livio las ponderadas empresas militares del Procónsul Marco Fulvio Nobilior en España, severamente censuradas ante el Senado por Sempronio Graco, hace constar al año 193 (a. de J. C.), que, congregados los Vácceos, Vettones y Celtíberos, trabó con ellos M. Fulvio reñido combate en las inmediaciones de Toledo, y habiéndolos vencido y puesto en fuga, logró apoderarse de la persona de su rey Hilerno. Al año siguiente, y después de haberse hecho dueño de dos fuertes ciudades oretanas, emprendió de nuevo la marcha por las márgenes del Tajo; en ellas se levantaba Toledo, *ciudad pequeña, pero fuerte por su sitio,* y con ánimo de castigar su resistencia y someter a sus moradores, comenzó a combatirla sin fortuna, pues, ayudados de los Vettones, que acudieron en su auxilio, resistieron animosos los toledanos, hasta que vencidos aquéllos por el arte, que no por el valor de las legiones, y proseguido el cerco, la Ciudad, ya sin fuerza, caía en manos del vencedor Procónsul. Las palabras de Tito Livio, que en esta ocasión tienen excepcional interés para la historia particular de Toledo, y que copian en parte todos los escritores que de esta Ciudad tratan, son las siguientes: "Is [M. Fulvius] apud *Toletum oppidum* cum Vacceis, Vectonibusque et Celtiberis signis collatis dimicavit: exercitum earum gentium fudit fugavitique: regen Hilernum vivum capi" (Lib. XXXV, cap. 7).—"Tum in Oretanos progressus, et ibi duobus potitus oppidis Noliba et Cusibi, ad Tagum amnem ire pergit. *Toletum ibi parva urbs erat, sed loco munito*". (Lib. cit. cap. 22). Respecto de este último texto, debemos advertir que la mayoría de los escritores hace concertar el adjetivo *munito* con *urbs,* escribiendo *muni ta;* pero en la ed. de Leipzig, que se estima la más correcta, se halla conforme lo hemos reproducido, lo cual hace variar el sentido de la frase.

(La explicación que antecede es de Rodrigo Amador de los Ríos, en su "Toledo", publicado en el año 1905. Pág. 6. Colección "Monumentos Arquitectónicos de España". Tomo I.)

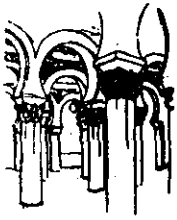
Gloriosa Sede

POR eso yo, que no me puedo comparar ni con aquellos cuyos hechos se anotaron y con los que se gozaron en anotarlos, indigno en verdad y sin mérito alguno de buenas obras, habiendo llegado a ser sucesor del segundo Eugenio en la gloriosa sede de la ciudad de Toledo (a la que llamó gloriosa no sólo por la inmensa cantidad de sus habitantes, ni tampoco porque esté ornada por la presencia de los gloriosos príncipes, sino porque ante los ojos de los que temen a Dios, tanto injustos como justos, es considerada como lugar terrible y digno de toda veneración) para no contraer daño, si me callo, ni para cubrir con el silencio la luz radiante de tan gloriosa sede y de tan gloriosos personajes, me he empeñado, si no con elegancia, sí con buena voluntad, en unir a la memoria de tan insignes varones la memoria de los de esta gloriosa sede (...) Estimulado por los ejemplos de ellos, lo que supe de las cosas pasadas por el relato de los ancianos y las nuevas que he presenciado en el decurso de los tiempos, de la manera que pude las he anotado para unirme al buen recuerdo de ellos, de quienes estoy separado por mis acciones indignas. Y ya que no pueda ofrecer en el templo de Dios, como ellos lo hicieron, la abundancia doctrinal, quiero con voluntad fiel recomendar la memoria de quienes la ofrecieron, pidiendo a todos que me introduzcan a la piedad de Dios, por lo cual grabé con tenacidad para la posteridad el recuerdo de aquellas acciones que podían ser olvidadas.

SAN ILDEFONSO

Siglo VIII. Libro de los Varones Ilustres.

Capital del Andalus



TOLEDO es capital del Andalus y está en la parte oriental de la ciudad de Valladolid. Se encuentra enclavada sobre un monte elevado y es de las ciudades más inexpugnables y de las más fortificadas. Tiene un río que pasa ciñéndola en su mayor parte. Es ciudad primitiva, y su nombre, Tolaitola, significa la alegre. Desde ella, hasta El Andalus oriental, por la parte de El Hayiz, hay próximamente un mes, y lo mismo hacia el mar Océano, por la parte de Silves, que está

en la extremidad del Andalus accidental. Toledo está rodeada de arboleda por todas partes y parece convertirse en flor de granado ante la enormidad de granados que contiene, sin exceptuar la existencia de otras clases de árboles. Excedió Toledo a cuanto se narró de ella —es ciudad de aspecto riente y dulce— Dios la embelleció rodeando su contorno con el río Tajo y ramos de estrellas.

ISMAEL IMAD - AB - DIN - AL - AYUBI

Siglo XII. «Takaim - al - boldan». Publicado por Mollá, F., Descripción de España en el Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid. Madrid, primer trimestre 1906.

Centro de todas las provincias

MEDINA Tolaitola es centro de todas las provincias del Andalus (España), de tal suerte, que desde ella a Medina Corteva (Córdoba), entre occidente y mediodía, hay nueve jornadas; y desde la misma a Lisbona (*Ullis - ippone,* según Antonino Pio) nueve jornadas; y desde Tolaitola a Sant - Jacûb (Santiago), que está sobre el mar Alanklisin (océano cantábrico) hay nueve jornadas; y de la misma a Gaca (Jaca) hacia el oriente nueve jornadas; y de la misma a Medina Valensia, entre oriente y mediodía, nueve jornadas; y de la misma también a Medina Almería sobre el mar de Xâm (mediterráneo) nueve jornadas.

EL NUBIENSE

Descripción de España de Xerif Aledris, conocido por el Nubiense, con traducción y notas de don Josef Antonio Conde, de la Real Biblioteca. Madrid. Imp. Real. 1799.

La primera leyenda

"EN la cibdad de Toledo avíe entonces un palacio que estidiera siempre cerrado de tiempo ya de muchos reys, et tenía muchas cerraduras, e el rey Rodrigo fizol abrir porque cuedava que yazíe i algún grand auer; mas quando el palacio fué abierto non fallaron í ninguna cosa sinon una arca otro sí cerrada. E el rey mandó la abrir, et non fallaron en ella sinon un paño

en que estavan escriptas letras ladinas que dizien asi: que quando aquellas cerraduras fuessen crebantadas et ell arca et el palacio fuessen abiertos et lo que í yazíe fuesse visto, que las gentes de tal manera como en aquel paño estaban pintadas que entraríen en España et la conquerirían et seríen ende señores."

ALFONSO EL SABIO

Primera crónica general de España, que mandó componer hacia 1275.

De lo que contesció a un deán de Santiago con don Illán, el gran maestro de Toledo

OTRO día fablava el conde Lucanor con Patronio, su consejero, et contayal su fazienda en esta guisa: "Patronio, un omne vino a me rogar quel ayudasse en un fecho que avía mester mi ayuda, et prometióme que faría por mí todas las cosas que fuessen mi pro et mi onra, et yo començel a ayudar quanto puede en aquel fecho; et ante que el pleito fuesse acabado, teniendo él ya que su pleito era librado, acaesçió una cosa en que cumplía que la fiziesse por mí et él púsome escusa; et después acaesçió otra cosa que pudiera fazer por mí et púsome escusa commo a la otra; et esto me fizo en todo lo quel rogué que fiziesse por mí. Et aquel fecho por que él me rogó non es aun librado, nin se librará si yo non quisiere; et por la fiuza que yo he en vos et en el vuestro entendimiento, ruégovos que me consejedes lo que faga en esto".

"Señor conde", dixo Patronio, "para que vos fagades en esto lo que devedes, mucho querría que sopiésedes lo que contesçió a un deán de Santiago con don Illán, el grand maestro que morava en Toledo".

Et el conde le preguntó cómmo fuera aquello.

"Señor conde", dixo Patronio, "en Santiago avía un deán que avía muy grant talante de saber el arte de la nigromançía, et oyó dezir que don Illán de Toledo sabía ende más que ninguno que fuesse en aquella sazón et or ende vínose para Toledo, para aprender de aquella sçiencia".

"Et el día que llegó a Toledo endereçó luego a casa de don Illán et fallólo que estava leyendo en una cámara muy apartada. Et luego que llegó a él, recibiólo muy bien et díxol que non quería quel dixiesse ninguna cosa de lo que por venía fasta que oviese comido. Et pensó muy bien dél et fízol dar muy buenas posadas et todo lo que ovo mester, et diól a entender quel plazía mucho con su venida.

"Et después que ovieron comido, apartósse con él et contól la razón por que allí viniera, et rogól muy affincadamente quel mostrasse aquella sçiencia que él avía muy grant talante de la aprender. Et don Illán díxol que él era deán et omne de grant guisa et que podría llegar a grant estado, et los omnes que grant estado tienen de que todo lo suyo an librado a su voluntad, olbidan mucho aína lo que otre a fecho por ellos; et él, que se recelava que, de que él oviesse apprendido dél aquello que él quería saber, que non le faría tanto bien commo él le prometía. Et el deán le prometió et le asseguró que cualquier bien que él oviesse que nunca faría sino lo que él mandasse; et en estas fablas estudiaron desque ovieran yantado fasta que fué ora de cena. Et de que su pleito fué bien assossegado entre ellos, dixo don Illán al deán que aquella sçiencia non se podía aprender sinon en lugar mucho apartado, et que luego essa noche le quería amostrar do avían de estar, fasta que oviesse apprendido aquello que él quería saber. Et tomól por la mano et levól a una cámara; et en apartándose de la otra gente, llamó a una manceba de su casa et díxol que tuviese perdizes para que cenassen aquella noche, mas que non las pusiessen a assar fasta que él gelo mandasse.

"Et desque esto ovo dicho, llamó al deán, et entraron entramos por una escalera de piedra muy bien labrada, et fueron descendiendo por ella muy gran pieça, en guisa que paresçía que estavan tan vaxos que passava el río de Tajo por çima dellos. Et desque fueron en cabo del escalera, fallaron una possada muy buena, et una cámara mucho apuesta que í avía, o estavan los libros et el estudio en que avía de leer.

"De que se assentaron, estavan parando mientes en quáles libros avían de començar; et estando ellos en esto, entraron dos omnes por la puerta, et diéronle una carta quel enviava el arçobispo su tío, en quel fazía saber que estava muy mal doliente, et quel enviava rogar que sil quería veer vivo, que se fuesse luego para él. Al deán pesó mucho con estas nuebas, lo uno por la dolençia de su tío, et lo al por que reçeló que avía de dexar su estudio que avía començado. Pero puso en su coraçón de no dexar aquel estudio tan aína, et fizo sos cartas de respuestas et envió las al arçobispo su tío.

"Et dende a tres o cuatro días llegaron otros omnes a pie que traían otras cartas al deán, en quel fazían saber que el arçobispo era finado et que estavan todos los de la eglesia en su eslección, et que fiavan por la merçed de Dios que eslerían a él. Et por esta razón que non se quexasse de ir a la eglesia, ca mejor era para él en quel esleyessen seyendo en otra parte que non estando en la eglesia."

"Et dende a cabo de siete o de ocho días, vinieron dos escuderos muy bien vestidos et muy bien aparejados, et quando llegaron a él, vesáronle la mano et mostráronle las cartas en cómmo le avían esleído por arço-

bispo. Et quando don Illán esto oyó, fué al electo et dixol cómmo gradesçía mucho a Dios por que estas buenas nuevas le llegaran a su casa; et pues Dios tanto bien le fiziera, quel pedía por merçed que el deanasgo, que fincaba vagado, que lo diesse a un su fijo. Et el electo díxol quel rogava quel quisiesse consentir que aquel deanadgo que lo oviesse un su hermano, mas que él le faría bien en la eglesia en guisa que él fuesse pagado, et quel rogava que fuesse con él para Santiago et que levasse con él aquel su fijo. Et don Illán dixo que lo faría.

"Et fuéronse para Santiago; et quando í llegaron, fueron muy bien reçebidos et mucho onradamente. Et desque moraron í un tiempo, un día llegaron al arçobispo mandaderos del papa con sos cartas en cómmol dava el obispado de Tolosa et quel fazía gracia que pudiesse dar el arçobispado a qui quisiesse. Quando don Illán oyó esto, retrayéndol mucho affincadamente lo que con él avíal passado, pidiól merced que lo diesse a su fijo. Et el arçobispo le rogó que consentiese que lo oviesse un su tío, hermano de su padre. Et don Illán dixo que bien entendíe quel fazía grand tuerto, pero que esto que lo consintía en tal que fuesse seguro que gelo emendaría adelante. Et el arçobispo le prometió en toda guisa que lo faría assí, et rogól que fuesse con él a Tolosa et que levasse su fijo.

"Et desque llegaron a Tolosa fueron muy bien recebidos de condes et de quantos omnes buenos avía en la tierra. Et desque ovieron í morado fasta dos años, llegáronle mandaderos del papa con sos cartas en commo le fazía el papa cardenal, et quel fazía graçia que diesse el obispado de Tolosa a qui quisiesse. Entonçe fué a él don Illán et díxol que pues tantas vezes le avía fallesçido de lo que con él pusiera, que ya aquí non avía lograr del poner escusa ninguna que non diesse alguna de aquellas dignidades a su fijo. Et el cardenal rogól que consentiesse que oviesse aquel obispado un su tío hermano de su madre, que era omne bueno ançiano, mas que, pues él cardenal era, que se fuese con él para la corte, que asaz avía en que le fazer bien. Et don Illán quexósse ende mucho, pero consintió en lo que el cardenal quiso, et fuesse con él para la corte.

"Et desque í llegaron, fueron muy bien reçebidos de los cardenales et de quantos en la corte eran, et moraron í muy grand tienpo. Et don Illán affincando cada día al cardenal quel fiziese alguna graçia a su fijo, et él poníal sos escusas. Et estando assí en la corte, finó el papa; et todos los cardenales esleyeron aquel cardenal por papa. Entonçe fué a él don Illán et díxol que ya non podía poner escusa de non conplir lo quel avía prometido. Et el papa le dixo que non lo affincasse tanto, que siempre avría lugar en quel fiziesse merced, segund fuesse razón. Et don Illán se conmençó a quexar mucho retrayéndol quantas cossas le prometiera et que nunca le avía conplido ninguna, et diziéndol que aquello reçelara él la primera vegada que con él fablara. Et pues aquel estado era llegado

et nol cunplía lo quel prometiera, que ya non le fincava logar en que atendiesse dél bien ninguno. Deste affincamiento se quexó mucho el papa et començól a maltraer, diziendol que si más le affincasse, quel faría echar en una cárcel, que era ereje et encantador, et que bien sabía él que non avía otra vida nin otro officio en Toledo, do él morava, sinon bivir por aquella arte de nigromacía. Et desque don Illán vió quanto mal le gualardonava el papa lo que por él avía fecho, espidióse dél; et solamente nol quiso dar el papa qué comiese por el camino.

"Entonce don Illán dixo al papa que pues al non tenía de comer, que se avría de tornar a las perdizes que mandara assar aquella noche. Et llamó a la muger et díxol que assasse las perdizes. Et quando esto dixo don Illán, fallóse el papa en Toledo deán de Santiago, commo lo era quando í bino; et tan grand fué la vergüença que ovo, que non sopo quel dezir. Et don Illán díxol que fuesse en buena ventura, et que assaz avía provado lo que tenía en él, et que ternía por muy mal empleado si comiesse su parte de las perdizes.

"Et vos, señor conde Lucanor, pues vedes que tanto fazedes por aquel omne que vos demanda ayuda, et non vos da ende mejores graçias; tengo que non avedes por qué trabajar nin aventurarvos mucho por llegarlo a logar que vos dé tal galardón commo el deán dio a don Illán."

El conde tovo esto por buen consejo, et fízolo assí, et fallóse ende bien. Et por que entendió don Johán que era éste muy buen enxiemplo, fízolo poner en este libro, et fizo estos viessos que dizen assí:

Al que mucho ayudares et non te lo conosçiere
menos ayuda abrás desq'en gran onra subiere.

DON JUAN MANUEL

Siglo XIV. Libro de Patronio o del conde Lucanor. Enxienplo XI.

Respetada por los Arabes

ES Toledo una ciudad que tiene un castillo y que está situada en un collado que rodea un llano y por su importancia es quizá la segunda ciudad de Castilla; hay en ella un hermosísimo templo en que se guardan muchas reliquias de santos, y es fama que cuando los infieles conquistaron esta ciudad, perdonaron y respetaron el templo por su elegancia y belleza. En otro tiempo, cuando el divino Ildefonso iba a celebrar

la fiesta de la Natividad de Cristo, se le apareció la Virgen y le ofreció una casulla para que el sólo y no otro dijese misa con ella.

SCHASCHEK

Año 1466. Publicado en Literatura Nacional. Sociedad literaria de Stuttgart. Stuttgart, 1844. Tomo VII.

Entierro del Cardenal Mendoza

ES Toledo una de las más ilustres y mejor fortificadas ciudades de España. Hállase situada en un monte y en sus tres cuartas partes circundada por el Tajo, que corre al pie de sus muros en un profundo valle, situación muy semejante a la de Berna (Suiza), aunque el monte es mucho más escarpado. Sus murallas, construídas por los moros, son de una solidez extraordinaria; así es que bien puede decirse que el arte y la naturaleza han concurrido de consumo a fortificar la ciudad. Tiene iglesia catedral.

En aquellos días había muerto el cardenal arzobispo, llamado don Pedro González de Mendoza, cuyo entierro presenciamos. Trajeron el cadáver de Guadalajara, población a 22 leguas de Toledo, y el entierro fue con tal pompa y solemnidad, que causaba admiración. Así en los arrabales como en las calles de la ciudad había millares de personas asomadas a las ventanas, pues Toledo es mayor y más populoso que Nuremberga. Este cardenal dejó inmensas riquezas en dinero, joyas y muebles, por un valor que se calcula en más de 200.000 ducados; verdad es que la iglesia de Toledo es primada y la más rica de España.

La ciudad de Toledo está situada en un monte áspero, rodeado casi por tres partes por el río Tajo; por donde el río no pasa la ciudad es fuerte también, por lo pendiente y difícil de la subida; más junto a ella, en lo bajo, tiene una llanura que se llama la Vega, pasado el río por todas partes hay riscos y montes muy ásperos más elevados que aquel en que está situada la ciudad, de modo que, aun cuando en alto, como la rodean por todas partes montañas más grandes, está como ahogada, y en el verano hace en ella grandísimo calor y en el invierno es muy húmeda, porque entra poco el sol, y por las contínuas emanaciones del río, porque la Vega está a la parte del Norte. Los montes cercanos a Toledo son pedregosos, desnudos de árboles muy ásperos.

El Tajo nace en Aragón, no lejos de Calatayud, donde dicen que estaba Bilbis, patria de Marcial. Antes de llegar a Toledo pasa el río por un llano que llaman la Huerta del Rey y que se riega todo con norias,

que son ruedas hidráulicas que sacan el agua del río, por lo cual está lleno de árboles y de muchos frutos, y está todo labrado y hecho huertos, de donde se surte la ciudad de hortalizas, principalmente cardos, zanahorias y berenjenas, que aquí se gastan mucho. En esta llanura hay un antiguo palacio arruinado que llaman de Galiana, que fue hija de un rey moro de la que se cuentan muchas cosas, no sé si verdaderas o fabulosas, que se suponen acaecidas en tiempo de los paladines de Francia; más sea de esto lo que fuere, las ruinas muestran que el palacio era hermoso y están en un lugar muy apacible. Pasado este llano, el río se acerca a Toledo entre empinados montes, el que le sirve de asiento y otro enfrente; y entre ellos pasa por toda la extensión que circunda a la ciudad, que, como he dicho, es por tres partes de ella. Al salir de entre los montes el río deja a mano derecha otra llanura que es la vega, en la cual, y en la parte cercana al río hay también bastantes huertas, que se riegan, como las otras, con norias que sacan el agua del Tajo: el resto de la Vega es estéril y sin un árbol. A poco de entrar el río entre los montes se encuentran ruinas de un edificio hecho para sacar agua del río y llevarla a la ciudad para su consumo. El César ha dispuesto que se restaure esa fábrica para dar esta comodidad a Toledo, que hará la obra a su costa, e importará, según dicen, cincuenta mil ducados, habiéndose hallado un hombre que prometía hacerla, y cuando yo estaba en España entendí que la cosa había llegado a buen término[1]. Poco más adelante se encuentran vestigios de un antiguo acueducto que venía por los montes del lado de allí del río, los cuales, como he dicho, son más altos que la ciudad, de suerte que no era sólo acueducto, sino también puente. En aquella parte del camino se ven, durante algunas millas, trozos de los canales por donde venía el agua, y en la manera de la fábrica se conoce que son antiguos. También en la vega se ven rastros certísimos de un *circo* bastante grande, y otras antiguas ruinas que no se puede saber qué serían.

JERONIMO MUNZER

Año 1495. «Itinerario Hispánico», «Viajeros extranjeros por España», García Mercadal.

---

[1] Aquí no se alude al artificio que dirigió Juanelo Turriano, sino a la obra que emprendió en 1528, con escaso éxito, un arquitecto que fue criado del conde de Masao (Pisa, folio 23 vuelto).

Montuosa y aspera

AL presente estoy en Toledo, donde pienso detenerme algunos meses; esta ciudad está situada en un áspero cerro que circunda casi por tres partes el río Tajo; por la parte que no pasa el río la ciudad es fuerte por lo empinado y áspero del monte, y a su falda hay una llanura que se llama la Vega; por todos los otros tres lados, pasado el río, hay collados y montes muy ásperos y más alto que aquél en que se halla la ciudad; de suerte que aunque elevada, como por casi todos lados la dominan los montes, está como oprimida y ahogada y en el verano hace gran calor, que se concentra en aquellas montañas, siendo en el invierno muy húmeda, porque la penetra poco el sol, por las contínuas emanaciones del río y porque la llanura que se llama la Vega está hacia el norte de la ciudad. Los montes inmediatos a Toledo son muy pedregosos y desnudos de árboles y muy ásperos. El Tajo nace en Aragón, no lejos de Calatayud, donde dicen que estaba Bílbilis [1], patria de Marcial. Cerca de Toledo viene el río por una región algo llana, que se llama la Huerta del Rey, la cual se riega con *anorias*, que son unos artificios para sacar el agua del río, y está poblada de varias especies de árboles y labrada para toda clase de frutos, formando huertos [2], de los cuales se trae toda la hortaliza que se gasta en la ciudad, y principalmente cardos, zanahorias y berenjenas, que se consumen en gran cantidad; a los caballos y mulas dan muchas zanahorias. En este llano hay un antiguo palacio arruinado que dicen que fue de Galiana, hija de un rey moro, de la cual se cuentan muchas cosas verdaderas o falsas, que pasaron en tiempo de los paladines de Francia; más sea de esto lo que fuere, las ruinas muestran que el palacio era hermoso y el lugar que ocupaba es muy apacible. Pasado el llano, el río se aproxima a la ciudad entre montes escarpados; el uno, donde está Toledo, y el otro, a la parte opuesta, circundando, como he dicho, la ciudad casi por tres partes, y al salir deja a la mano derecha la llanura que se llama la Vega, en la cual y en la orilla del río hay también bastantes huertos, que se riegan asimismo con *anorias* que sacan el agua del río: lo demás de la Vega es estéril y sin árboles. A poco de entrar el río entre los montes se ven ruinas de un antiguo edificio hecho para sacar el agua

---

[1] El lugar donde estuvo Bílbilis es una de las cosas que preguntaba Castellón a Lucio Mariñeo Sículo en una carta inserta al principio de las *Cosas memorables de España*. El Tajo nace en la sierra de Cuenca.

[2] Estos son los famosos Cigarrales.

del río y elevarla hasta la ciudad, a fin de abastecerla con comodidad; el César[3] ha ordenado que se renueve aquel artificio para que la ciudad tenga esa ventaja, pero cargando Toledo con el gasto, que dicen será más de cincuenta mil ducados; se ha encontrado persona que dice que podrá hacerlo, y por lo que he entendido la cosa está en buen camino[4]. Más arriba del lugar de que hablo se descubren ruinas de un acueducto muy antiguo que venía por los montes del lado de allá del río (los cuales, como he dicho, son más altos que la ciudad), y pasando el río entraba en ella; tal vez lo que se descubre a la margen del río no sería sólo acueducto, sino también puente; lo cierto es que por aquella parte y camino se encuentran canales que con maravilloso artificio conducían el agua, hallándose trozos por espacio de algunas millas y conociéndose en la fábrica que son obra de los antiguos. También se ven en la Vega claros vestigios de un circo harto grande, y otras antiguas ruinas que no puede saberse los edificios que fueron. La ciudad es desigual y áspera; y sus calles muy estrechas, sin ninguna plaza, salvo una muy pequeña llamada Zocodover. La forma de la ciudad es casi redonda y un poco entrelarga, tendida en el monte; su mayor longitud es de Levante a Poniente, desde el Alcázar a la puerta del Cambrón: tiene dos puentes sobre el río, uno que va a la Huerta del Rey, que se llama puente de Alcántara, y a su lado derecho hay un castillo arruinado; el otro puente se llama de San Martín, y está pasado San Juan de los Reyes y San Agustín. Además de las puertas que están cerca de estos puentes, hay otras dos principales, una llamada puerta Visagra, por donde se va a Olías, y la otra la del Cambrón, que sale a la Vega. El circuito de la ciudad es de tres millas y media a cuatro, más por estar en terreno muy desigual, es más grande que lo que parece, y está muy poblada sin solares ni jardines; tiene muchas casas buenas y cómodos palacios, más quizá que ninguna otra ciudad de España, pero no tienen por fuera vista ni apariencia alguna; son todos hechos de cantos, y alguna parte de piedra labrada y de ladrillo y lo demás de tierra como se usa en España; tienen pocos balcones y pequeños, lo cual dicen que es por el calor y por el frío, y la mayor parte de las casas no tienen más luz que la de la puerta. La manera de construir es dejar en medio el patio y labrar en sus frentes cuatro crujías divididas como les conviene. Hay en la ciudad algunas buenas iglesias, y entre ellas la Mayor es hermosísima y muy grande con muchas capillas, donde

---

[3] Carlos V.

[4] Esta persona no fue Juanelo Turriano, del cual, y de su famoso artificio todos tienen noticia, sino otro arquitecto de que se da noticia en el viaje; Juanelo hizo después esta misma obra.

se dice gran número de misas por el alma de los nobles que tienen allí sus sepulcros. La casa arzobispal está cerca de la iglesia y es harto buena. El arzobispado tiene ochenta mil ducados de renta, y la iglesia no tiene menos; el arcediano tiene seis mil ducados; el deán de tres a cuatro mil, y creo que hay dos; los canónigos, que son muchos, tienen algunos ochocientos, ninguno menos de seiscientos ducados de renta; hay además capellanes que tienen doscientos ducados, de modo que los amos y señores de Toledo, principalmente de las mujeres, son los clérigos que tienen hermosísimas casas y gastan y triunfan dándose la mejor vida del mundo, sin que nadie les vaya a la mano. El tesoro de esta iglesia es además muy rico y está lleno de paños bordados de oro, de alhajas y preseas, dejadas por varios reyes y arzobispos para ornamento de la iglesia; entre otras cosas hay una custodia o tabernáculo para poner el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, de oro y plata con piedras preciosas, que dicen vale treinta mil ducados, y en verdad es bellísima y soberbia[5]. Hay también una mitra muy rica con varias piedras muy buenas, y, aunque no tanto como dicen, vale mucho. Hay otras alhajas y perlas de que no hablo en particular, pero todas juntas son de gran valor, por lo que puede decirse que ésta es ciertamente la iglesia más rica de la cristiandad y que tienen más rentas el arzobispo y la catedral que la ciudad toda, aunque hay caballeros y señores principales poderosos, entre ellos el marqués de Villena, que tiene más de sesenta mil ducados de renta.

Las principales casas de Toledo son las de los Ayalas y Silvas, que son enemigos y traen dividida en bandos la ciudad; el jefe de la casa de Ayala es el conde de Fuensalida, que no tiene grandes rentas; el que hace cabeza de los Silvas es don Juan de Rivera, que es muy rico. Pocos son los caballeros de gran renta, pero la suplen con la soberbia, o como aquí dicen, con *fantasía,* de la que abundan tanto que si sus facultades y medios igualaran con ella no bastaría todo el mundo contra ellos[6].

Muchos señores tienen hermosos palacios en la ciudad, y los habitan

---

[5] En este tiempo no había hecho aún Juan de Arfe la custodia que se usa en la procesión del Corpus y otras fiestas.

[6] *Si tú tuvieras dineros*
como tienes fantasía,
el río de Manzanares
por tu puerta pasaría.

Así dice un cantar que concuerda con esta observación de Navaguero, en la que convienen casi todos los que han juzgado nuestro carácter español: en tiempo del embajador veneciano era natural que fueran soberbios los que dominaban y poseían la mayor parte del mundo; lo malo es que se haya acabado nuestra grandeza y nos haya quedado la soberbia.

por tiempo, como el marqués de Villena, el conde de Cifuentes y otros varios; entre ellos tiene uno muy bueno don Diego de Mendoza, que fue hermano del marqués de Cenete, y segundo hijo de don Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo y cardenal; y habiendo hecho al primogénito marqués de Cenete, con treinta mil ducados de renta, dejó al segundo quince mil ducados asimismo de renta.

Este cardenal hizo también un magnífico hospital en Toledo, que está junto a la puerta de Alcántara, de hermosa y grande fábrica, sin que nada le falte.

Hay fuera de Toledo varios monasterios, y entre ellos dos bellísimos, uno llamado Las Islas, que es de frailes jerónimos, en el cual hay un buen manantial de agua que hace el lugar apacible y poblado de árboles, lo cual es de notar en este país; el otro, que es de monjes bernardos, y se llama San Bernardo, está más allá de las Islas por la parte del puente de San Martín; es también hermoso con grandes pinos y otros árboles en bastante número; también tiene agua, que es lo que produce la hermosura de este sitio. Os he escrito desde Toledo más de lo que pensé al principio. Pasadlo bien. Salud de mi parte a Fracastoro y a los señores Torre, cuando escribáis a Verona, y procurad enriquecer la alquería (villa) Ramusia con muchos frondosos y deleitables árboles, para que a mi vuelta no sólo en Murano y en la Selva, sino también en ese lugar, pasemos una buena parte de la vida con nuestros libros.

De Toledo, a 12 de septiembre de 1525.

ANDRES NAVAGUERO

Año 1525. «Cartas a Juan Bautista Ramusio», «Viajeros extranjeros por España», García Mercadal.

«Parece de contínuo Semana Santa...»

ES mucho de alabar y engrandecer en esta ciudad la forma de su asiento, su sanidad, fertilidad y gran fortaleza, y su virtuosa y noble constelación que inclina a sus moradores a ser de dulce y amigable conversación con todos, mayormente con los extranjeros. Es también mucho de loor en ella la gran lealtad que por tanto tiempo estuvo con los romanos y después con los godos y con los reyes de sus sucesores: por los cuales fue ensalzada con los títulos de Ciudad Regia y cabeza de las Españas; el cual título le fue después acrecentado por los Reyes Cristianos llamándola Ciudad Imperial: por los

cuales fue muy privilegiada. Y así en el un tiempo como en el otro fue tenida por tutela, guarda, amparo y defendimiento de toda España; como parece por las historias y consta por lo que el arzobispo de Colocia (que es Hungría) dijo en presencia de muchos el año del Señor de 1539 años que estuvo en esta ciudad: conviene a saber, que si en el reino de Hungría hubiera otra ciudad como Toledo no temiera aquel reino la presencia del Turco, aunque mayor fuera, y lo mismo dirán todos los que la vieren. Es también mucho de alabar en esta ciudad el recogimiento y honestidad de la clerecía y la magestad y devoción con que celebran las misas y los otros divinos oficios y las grandes limosnas y dotaciones que ha hecho y cada día hace para casamiento de huérfanas y vestidos y mantenimientos de pobres: las cuales cosas no son menos de loar en los otros seglares que en ellos. Es mucho de alabar en esta ciudad la muchedumbre de religiosos que tanto fruto espiritual en ella hacen. Ha sido siempre esta ciudad guardada por la misericordia divina de daños, peligros, terremotos e inundaciones de ríos, habiendo desde su principio permanecido sana y entera: obrando en ella menos las guerras, pestilencias y hambres que en otras, siendo guardada de todo género de enfermedades aborrecibles y contagiosas así como lepra, mal de S. Lázaro, cáncer, gota coral y buvas, que en ella menos fuerza que en otras han tenido. Es asimismo mucho de alabar en esta ciudad la gran hermosura de las mujeres juntamente con su castidad y honestidad, sin las cuales virtudes valdrían muy poco. La industria y habilidad de los hombres y la gran devoción de los unos y de los otros como consta por la frecuentación y ordinaria costumbre que tienen en el oir de los sermones y misas y en el confesar y comulgar, tanto que en ello parece de contínuo Semana Santa. Adorna mucho en esta ciudad la frescura de los sotos, huertas y arboledas fructíferas que entorno de ella hay y la grande abundancia de pan, vino, carne, aceite y frutas y de todas las cosas necesarias: la amenidad y hermosura de sus riberas que le causa el famosísimo río Tajo que la cerca casi en torno, que por sus auríferas arenas y su dulce y celebrada agua es muy celebrado de historiadores y poetas.

Es adornada y guarnecida de aquellos tres órdenes de bienes que Aristóteles escribe que hacen al hombre bienaventurado: que unos son de ánima, otros de cuerpo y otros de fortuna: los cuales aplicados a ella diremos que los de ánima se pueden entender por la santidad de muchos hombres santos e ilustres que en ella ha habido, que han sido como su ánima para la vegetación y acrecentamiento de la vida espiritual: y los del cuerpo se pueden aplicar a su grandeza, fortaleza, excelencia, dignidad y majestad: y los de fortuna a su templanza, fertilidad, abundancia y sanidad, teniendo de sí misma todo lo necesario a la república humana sin faltarle cosa alguna: por las cuales cosas y por cada una de ellas (por

usar de las palabras de los abogados) se puede fácilmente conocer cuanta es la dignidad y excelencia de esta ciudad y con cuanta razón y causa mereció y merece ser estimada, magnificada y privilegiada por los reyes, y reverenciada, alabada y acatada por los otros de menor estado; y aún por lo que hemos escrito podrá cualquiera conocer y juzgar cuan contra razón le han sido opuestas a esta ciudad algunas objeciones por algunos que no le han tenido el amor y respeto que es razón, pues consta por las historias haber sido sus moradores leales y fieles a sus reyes, como lo manda la razón y el derecho divino y humano.

PEDRO DE ALCOCER

Año 1554. Epílogo de «Historia o descripción de la Imperial Ciudad de Toledo».

Capital del Imperio

FUERTEMENTE asentada, está rodeada de buenas murallas y defendida por una ciudadela bien fortificada. Ha sido fundada en época muy remota por los amalecitas. Está situada sobre un cerro y hay pocas villas que se puedan comparar con ella por la solidez y la altura de los edificios, la belleza de los alrededores y la fertilidad de sus campos regados por el gran río llamado Tajo. Se ve allí un acueducto muy curioso compuesto de un solo arco, por debajo del cual las aguas corren con una gran violencia y hacen mover, en la extremidad del acueducto, una máquina hidráulica que hace subir las aguas a noventa estadales de altura; llegadas a lo alto del acueducto, siguen la misma dirección y penetran después en la ciudad.

En la época de los antiguos cristianos, Toledo fué la capital de su imperio y el centro de sus comunicaciones. Cuando los musulmanes se apoderaron de Andalucía, encontraron riquezas incalculables, y entre otras, ciento setenta coronas de oro adornadas con perlas y piedras preciosas; mil sables reales adornados con alhajas de perlas y rubíes; gran cantidad de vasos de oro y plata y la mesa de Salomón, hijo de David, que según dicen, estaba construída de una esmeralda de una pieza.

Los jardines que rodean a Toledo están regados por canales, sobre los cuales hay establecidas ruedas de rosario destinadas al riego de las

huertas, que producen en cantidad prodigiosa frutos de una belleza y una bondad extraña. Se admiran desde todos lados las bellas posesiones y los castillos fortificados.

ABU - ABD - ALLA MOHAMED - AL - EDRISI

Siglo XVI. «Recreo de quien desea recorrer el mundo». Publicado por Blázquez, A., «Descripción de España» por Abu-Abd-Allá Mohamed-Al-Edrisi. Madrid, 1901.

Un hidalgo en Toledo

DESTA manera me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, dende a quince días se me cerró la herida; y mientras estaba malo siempre me daban alguna limosna: más después que estuve sano todos me decían: "Tú, bellaco y gallofero eres; busca, busca un amo a quien sirvas". ¿Y adónde se hallará ése, decía yo entre mí, si Dios agora de nuevo (como crió al mundo) no lo criase? Andando así discurriendo de puerta en puerta con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden; miróme y yo a él, y díjome: "Mochacho, ¿buscas amo?" Yo le dije: "Sí, señor". —"Pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo; alguna buena oración rezaste hoy." Y seguíle, dando gracias a Dios por lo que oí, y también que me parecía, según su hábito y continente, ser el que yo había menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasábamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones; yo pensaba y aun deseaba que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque ésta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario; más muy a tendido paso pasaba por estas cosas. "Por ventura no lo ve aquí a su contento, decía yo, y querrá que lo compremos en otro cabo."

Desta manera anduvimos hasta que dió las once: entonces entró en la iglesia mayor, y yo tras él; y muy devotamente le vi oír misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fue acabado y la gente ida. Entonces salimos de la iglesia, y a buen paso tendido comenzamos a ir por la calle abajo: yo iba el más alegre del mundo, en ver que no nos había-

mos ocupado en buscar de comer; bien consideré que debía ser hombre, mi nuevo amo, que se proveía en junto, y que ya la comida estaría a punto, y tal como yo lo deseaba y aun la había menester. En este tiempo dió el reloj la una, después de medio día, y llegamos a una casa, ante la cual mi amo se paró y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta y entramos en casa, la cual tenía la entrada oscura y lóbrega, de tal manera, que parecía que ponía temor a los que en ella entraban, aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él; y hecho esto, sentóse cabo della, preguntándome muy por extenso de dónde era y cómo había venido a aquella ciudad, y yo le dí más larga cuenta que quisiera; porque me parecía más conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedía; con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara.

Esto hecho, estuvo ansí un poco, y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las dos y no le ver más aliento de comer que a un muerto. Después desto, consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa; todo lo que yo había visto eran paredes, sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras finalmente, ella parecía casa encantada. Estando así, díjome: "Tú, mozo, ¿has comido?" —"No, señor, dije yo, que aun no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré". —"Pues, aunque de mañana, yo había almorzado, dice, y cuando ansí como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy ansí; por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos." Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve un poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné a llorar mis trabajos; allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que aunque aquél era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor; finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera; y con todo, disimulando lo mejor que pude: "Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios; deso me podré yo alabar entre todos mis iguales, por de mejor garganta, y ansí fuí yó loado della hasta hoy día de los amos que yo he tenido." —"Virtud es ésa, dijo él, y por eso te querré yo más: porque el hartar es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien." —Bien te he entendido, dije yo entre mí; maldita tanta medicina

y bondad como aquestos mis amos, que yo hallo, hallan en la hambre. Púseme a un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios.

El, que vió esto, díjome: "Ven acá, mozo; ¿qué comes? Yo lleguéme a él, y mostréle el pan; tomóme él un pedazo, de tres que eran, el mejor y más grande, y díjome: "¡Por mi vida, que parece éste buen pan!" —"¡Y cómo agora, dije yo, señor, es bueno!" —"Sí, a fe, dijo él; ¿adónde lo hubiste? ¿Si es amasado de manos limpias?" —"No sé yo eso, le dije; más a mí no me pone asco el sabor dello." —"Ansí plega a Dios", dijo el pobre de mi amo, y llevándolo a la boca comenzó a dar en él tan fieros bocados como yo en lo otro. "¡Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios!" Y como le sentí de qué pie coxqueaba, dime priesa, porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comediría a ayudarme a lo que me quedase; y con esto acabamos casi a una. Mi amo comenzó a sacudir con las manos unas pocas de migajas, y bien menudas, que en los pechos se le habían quedado, y entró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado, y no muy nuevo, y desque hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije: "Señor, no bebo vino." —"Agua es, me respondió, bien puedes beber." Entonces tomé el jarro y bebí, no mucho, porque de sed no era mi congoja. Ansí estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome: "Mozo, párate allí, y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante." Púseme de un cabo y él del otro, y hecimos la negra cama, en la cual no había mucho que hacer, porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa... Hecha la cama, y la noche venida, díjome: "Lázaro, ya es tarde, y de aquí a la plaza hay gran trecho; también en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche, capean; pasemos como podamos, y mañana, viniendo el día, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveído; antes he comido estos días por allí fuera, más agora hacerlo hemos de otra manera." —"Señor, de mí, dije yo, ninguna pena tenga vuestra merced, que sé pasar una noche, y aun más, si es menester, sin comer." —"Vivirás más, y más sano, me respondió, porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho, que comer poco." Si por esa vía es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha tenella toda mi vida. Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubón, y mandóme echar a sus pies, lo cual yo hice; más maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse que con mis trabajos, males y hambre, pienso que en mi cuerpo no había libra de carne. Y tam-

bién, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad, maldíjeme mil veces. Dios me lo perdone, y a mi ruin fortuna. Allí lo más de la noche y lo peor, no osándome volver por no despertalle, pedí a Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida, levantámonos, y comienza a limpiar y sacudir sus calzas y jubón y sayo y capa, ¡y yo que le servía de pelillo!; y vísteseme muy a su placer de espacio; echéle aguamanos, peinóse y puso su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponía, díjome: "¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta! No hay marco de oro en el mundo porque yo la diese; más así, ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó a ponelle los aceros tan prestos como ésta los tiene", y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo, "Vesla aquí, yo me obligo con ella cercenar un copo de lana." Y yo dije entre mí. "Y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras." Tornóla a meter, y ciñósela, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro, y a veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo: "Lázaro, mira por la casa en tanto que voy a oír misa. y haz la cama, y ve por la vasija de agua al río, que aquí bajo está; y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo y ponla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto, pueda entrar." Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente al Conde Claros, o a lo menos camarero que le daba de vestir.

ANONIMO

Siglo XVI. «El Lazarillo de Tormes». Tratado 3.º

Del titulo y condiciones de Toledo y de las calidades de los moradores del

CUANTO al primero capitulo tratados de la ciudad de Toledo de cuya antiguedad, nonbre y fundación, escriuio largamente Pedro de Alcoçel, natural della, en un su libro que anda inpreso, y porque la felicidad umana a sido de los bibientes signada en barios jeneros de cosas segun el aficion que del vmor procedida cada una tuvo, aunque cierto ninguno de los que en esto filosofaron confesara que en lo que eligieron la an hallado, puesto que todos unanimes se resuman que en el contento, y qual

sea este por la variedad y sucesos del mundo, tan poco se hallara estabilidad en cosa criada, es justo que por los discursos del apetito del onbre comencemos a ynquirilla es felicidad ser un onbre bien nacido, de proporcion agradable, de conposicion perfeta, de padres libres, de noble familia, de religion verdadero, en tierra fertil, en pueblo seguro, entre jente leal, en vulgo pacifico, en congregacion discreta, y finalmente debajo del rey justo y caritatibo. Todas estas condiciones tienen los bienabenturados hijos de esta ciudad de Toledo, berificando el reflan o sentencia de la vieja filosofia que dize: a quien quiso bien, en Toledo le dio de comer. Porque lo primero los moradores de esta ciudad como mas claro se bera en las coronicas de España y en la que Pedro de Alcoçel hizo de Toledo, suceden de los godos, quien tanto tienpo la señorearon, jente fuerte, discreta y noble, religiosisima y temida en su proporcion, dispuestos en su conplexion, sanos en su ynclinacion, jenerosos y no tan blancos que por flaqueça sean timidos, ni tan negros que por calefacion sean crueles, no se halla en Toledo jente lisiada, a lo menos de nacimiento, aunque mucha señalada de las cicatrices del belioso exercicio, y porque de Toledo tanto tienpo a son expelidos los ydolatras y jente contraria de nuestra verdadera e santisima religión cristiana los que nacen en esta ciudad nascen de padres libres, y no solamente libres de esclavonia y cauptiuerio mas libres de pechos, ni tributos, sisas, ni gabelas, seruicios, alaxores, moteas, nueuas impusiciones, son de tan noble familia quanto demuestra lo declarado de sus fundadores y antecesores, y mas sus afetos y ynclinacion sienpre son cagnanimos y jenerosos, lo qual no se ve tan generalmente en alguna nacion ser de religion verdadera, examinelo el que considerare quan ecelente, quan sancta, quan justa, facil y suave es lo religion y fee cristiana. Pues es cierto si a los que la sigen e creen les dexasen en toda libertad a que por la redondez del mundo buscasen ley mas facil y probechosa y menos escandalosa, no se hallaria quien la mudase por otra, aunque mas libertades sensuales tuviese, porque aunque le diese algun fingido contento la sensualidad, le duplicaria la tal lei el trauajo en los preceptos y cerimonias ser nascidos en tierra fertil. Veose por las dos comarcas que tiene esta ciudad de Toledo cercadas como son la Mancha y la Sagra, en las quales no falta esquilmo de pan y le vino en los dos estremos temporales, con la mucha agua en la Mancha, y con la poca en la Sagra, de manera que en todo tienpo le prometio e le probeyo Dios de ser alimentada la seguridad deste pueblo, es ser el coraçon y centro de toda España, de mas de lo quan sin cercas ni algunos muros es tan inexpugnable quanto demuestra la Peñatajada que casi a toda en la riuera de su rio le es dando anparo, y los terraplenos que por la parte llana de su bega defienden bibir entre jente leal demas de sello a Dios y asu rey, en la conposicion

de sus casas se vera en quan pequeñas pieças, en quan juntas moradas sin cerraduras sin puertas tan barios estados en una misma casa biben siguros, y quanto se hallan fuera de su pueblo, quan unidos, quan hermanos, quan defensores y conpañeros son de sus naturales, y de esta lealtad de entienda que, aunque en Toledo en barios tienpos aya avido algunas alteraciones, no fueron ynbentadas, sustentadas, ni proseguidas por ningun natural de Toledo, sino por alienigenas, bulgares y jentes que con tirania suya y descuydo de la replublicaauian entronizandose en algun mando y señorio porque los naturales son y an sido tan leales quanto consta por la lealtad que tubieron con romanos y godos y otras naciones que los señorearon, y por el allanamiento y pazes que en las alteraciones ellos hizieron, y por la palabra que sienpre su rey declara en la controbersia de cortes de Burgos y Toledo, diziendo Hable Burgos que Toledo hara lo que yo mandare, por la confiança de lealtad que del tiene. Ser el bulgo pacifico bien se manifiesta, pues auiendo tanto numero de pobres, los ricos y tratantes sin armas ni aun familiares buen seguros, que sea discreta su congregación y consejo se muestra muy claro, pues demas de vibir este pueblo de yndustria y acarreo, y tener notable providencia en su mantenimiento y gouierno, son de tan delicado entendimiento, discreto lenguaje, traje onesto, senblante señoril, quanto los onbres en su conversación, y las damas en su apariencia y lenguaje, dan testimonio que demas de la constancia de los barones y hermosura y magestad de las mugeres, donde quiera que van a ser moradores y vezinos, son notablemente respetados, y ansi esta ciudad fue llamada civitas regia, caveça de las Españas, ser basallos de Rey justo y caritativo, por que no se me quente a adulicion y lisonja, responda por mi la curia judicial de su monarchia, en la qual se exercita tanta y tan verdadera justicia y tanbien la clemencia que con los fragiles culpados vemos que usa no solamente en perdonar flaquezas sino en reconpensar servicios haziedo notables y largas mercedes.

Capitulo segundo, tercero, quarto, quinto y sesto. De la antiguedad y fundacion, titulo y reyno frontera y apellido de Toledo.

Esta ciudad esta debaxo del planeta Mercurjo, por cuya causa sus moradores son dados a notables ciencias y inteligencias de tratos y mercaderias, esta fundada mas al norte que al oriente, su polo dista quarenta y un grados de elevacion, y hallarse que el Rey don Alonso sumo en Toledo lo mas perfecto y yntelegible de la astrologia, y lo puso en un libro que llaman las tablas alfonsis, y este Rey gano la dicha ciudad de los moros a veynte e cinco de mayo de mill y ochenta y tres años, a los mill e ciento y veynte e un años de la era de Cesar, dia de San Urbano, cae Toledo en

la mitad de España, que por todas partes casi tiene la distancia ygual a la maritima.

Su reyno es Toledo, cuya imperial caueça es la misma ciudad, esta ciudad es libre de todo pecho, y las alcaualas de su Magestad se cobran en ella por avenencia o repartimiento fieldad segun la calidad de los tienpos y cantidad de los negociantes. Las armas de Toledo son un Rey justicieron con una espada en la mano y un cetro o mundo en la otra, dando a entender que los hijos de su nido son ynstrumento para el castigo de los culpados y para el ensalçamiento de la fee de forma que su rey posea y su jente todo el mundo.

LUIS HURTADO DE TOLEDO

Año 1576. «Relaciones de los pueblos de España ordenadas por Felipe II». Carmelo Viñas. Ramón Paz, 1963.

Roma segunda y corazón de España

REGOCIJADA estaba la emperatriz de Europa —Roma segunda y corazón de España—, de que en competencia del cielo cuyas benévolas influencias goza, una noche serena y apacible, guardajoyas de sus diez recámaras, hubiese sacado a vistas más ostentativa que otras el lucido aparador de sus estrellas cuya claridad participada hacía las veces del sol, pues como virreinas suyas substituyen en su ausencia. No las echara menos Toledo, aunque como otras veces se atreviera la oscuridad (sumiller de sus cortinas) a echar las ordinarias de sus nubes, pues en su emulación esta noche había coronado sus altas torres, elevados capiteles, antiguos muros, ventanas y claraboyas, con lo más lucido del cuarto elemento que cebado en el blanco artificio de las abejas, por verse tan alto señorear de la sagrada Vega, creyó estar en su natural centro. Y los esmaltados valles y enriscados montes que la miraban ufanos por verse vecinos suyos (en fe de ser ahora cabeza de Castilla, si primero del mundo) juzgaban sus inquietas luces por apretadores, plumas y medallas de diamantes con que adornando su cabeza a imitación de sus hermosas damas, mostraba en su tocado que hasta las cosas inanimadas hermosea el adornarse al uso. El nunca suficientemente alabado Tajo, incansable rondador de su belleza, retratando en el oro potable de su cristal las luminarias, daba más quilates dél a sus arenas y materia más copiosa a los versos de Marcial, Ovidio y Juvenal, para celebrarlas. Hasta el mismo Tiempo —que al casi eterno círculo de Apolo obliga, a los principios del estío, a coronar de azucenas y claveles

la celeste cerviz del León hercúleo, como Julio de espigas a Ceres—, parece que con más sutileza desvelaba sus pinceles en el natural esmalte de los árboles.

... ...

Resolvióse en fin, en humo y llamas la máquina artificiosa, y desvanecida la confusa niebla volvió a su posesión la claridad, quedando la barca desembarazada, y en la proa, vestido de reales ropas, sobre una silla augusta, don Fernando, coronado de las dos diademas que hacen la Imperial, con un estoque desnudo en la mano diestra y en la otra un globo o esfera, armas de nuestro Toledo, que por ser tan hijo suyo quiso representarlas en sí mismo; y los seis que bogaban antes encubiertos, ya patentes, vestidos de africanos, a los bordes, con las armas pintadas (en los remos) de las principales ciudades y villas que se incluyen en este Reino, conquistadas por el valor de nuestros antepasados.

Admiró la invención y celebraron la voluntad que el Mantenedor tenía a su Patria recibiendo los jueces la letra que decía:

Las armas me hacen feliz,
letras y hermosura heredo;
más ¿qué mucho, si Toledo
en todo es la Emperatriz?

Estimaron la letra cuantos la oyeron por la parte que en ellos les cabía, e hicieron misterio del postrer verso viendo abreviado en él el nombre desta ciudad llamándola Emperatriz de todo, pues la síncopa de Toledo, quitándole la sílaba de en medio, viene a ser *todo,* con tanta propiedad, como puedan verificar sus ingenios, religión, hermosura, nobleza, hazañas, riqueza, clima, aguas y frutos. Pues hasta su río produce oro, sus montañas plata y sus fuentes jacintos. Siendo esto tanta verdad como muestra la experiencia, y yo tanto menos apasionado en su alabanza, cuanto no siendo natural ni vecino della, debo ser tenido más fidedigno.

TIRSO DE MOLINA

Año 1621. «Cigarrales de Toledo». Tomo I. Espasa Calpe. Madrid 1952.

Ciudad fortaleza

CIUDAD situada en medio de España, luz y fortaleza de toda ella, fuerte por la naturaleza del sitio, excelente por la hermosura e ingenios de sus moradores, señalada por el culto de la religión y estudio de las ciencias, bienaventurada por el saludable cielo de que goza. Y dado que su suelo es estéril y en gran parte lleno de peñas, más por la bondad de los campos comarcanos es abundante de todo género de mantenimientos y arreos. Cíñela el río casi toda alrededor, que pasa acanalado por entre dos montes ásperos y altos, no sin grande maravilla de la naturaleza. Queda solamente de la ciudad por ceñir hacia el septentrión una pequeña entrada de la áspera subida y agria.

Susténtase la ciudad de Toledo comúnmente de acarreo, a causa que la tierra de su contorno es muy falta por ser de suyo delgada y arenisca y por las muchas piedras y peñas que en ella hay, las fuentes son pocas, y sus manantiales cortos; llueve pocas veces por caerle lejos la mar y ser la tierra la más alta de España. Sólo por la vega por do pasa el río Tajo hay una llanura y valle no muy ancho, pero muy fértil y alegre.

... ...

Como se ganó la ciudad de Toledo.

Las contínuas correrías y entradas que los fieles hacian por las tierras de Toledo, las talas, las quemas, los robos traían tan cansados á los Moros de aquella ciudad, que no sabian que partido tomar ni donde acudir. Los cristianos que allí moraban, alentados con la esperanza de la libertad no cesaban de solicitar al rey don Alonso para que juntadas todas sus fuerzas, se pusiese sobre aquella ciudad. Prometian si lo hiciese, de abrille luego las puertas y entregársela. Las fuerzas de los nuestros y las haciendas estaban gastadas, los ánimos cansados de guerra tan larga: estas dificultades y otras muchas que se representaban, grandes trabajos y peligros, venció y allanó la constancia del rey, y el deseo que todos tenian de llevar al cabo aquella conquista: hiciéronse nuevas y grandes levas de gente, juntaron los pertrechos y municiones necesarias con determinación de no desistir ni alzar la mano hasta tanto que se apoderasen de aquella ciudad. Su asiento y esperanza es de tal suerte que para cercarla por todas partes era fuerza dividir el ejército en diversas escuadras y estancias, y que para esto el número de los soldados fuese muy crecido.

Es muy importante la amistad y buena correspondencia entre los príncipes comarcanos: grandes efectos se hacen cuando se ligan entre sí y se ayudan, cosa que pocas veces sucede, como se vió en esta guerra. Demás de los Castellanos, Leoneses, Vizcainos, Gallegos, Asturianos, todos vasallos del rey don Alonso, acudieron en primer lugar el rey don Sancho de Aragon y Navarra con golpe de gente: asimismo socorros de Italia y de Alemaña, movidos de la fama desta empresa que volaba por todo el mundo. De los Franceses por estar más cerca vino mayor número: gente muy alegre y animosa para tomar las armas, no tan sufridora de trabajos; mas porque en estas y otras guerras contra los Moros sirvieron muy bien, á los que dellos se quedaron en España para avecindarse y poblar en ella, los reyes les otorgaron muchas exenciones y franquezas: ocasion segun yo pienso de que procedió llamar en la lengua castellana comunmente francos así a los hombres generosos, como á los hidalgos y que no pagan pechos; lo cual todo se saca de escrituras antiguas y privilegios que por estos tiempos se concedieron á los ciudadanos de Toledo. De todas estas gentes y naciones se formó un campo muy grueso, que sin dilación marchó la via de Toledo muy alegre y con grandes esperanzas de dar fin á aquella demanda.

El rey moro avisado del intento de los enemigos, de sus apercibimientos y aparato, y movido del peligro que le amenazaba, se aprestaba para hacer resistencia. Tenia soldados, vituallas y municiones: faltábale el mas fuerte baluarte, que es el amor de los vasallos. Todavía, aunque no ignoraba esto, tenía confianza de poderse defender por la fortaleza y sitio natural de aquella ciudad, que es en demasía alto y enriscado. De todas las partes le cercan peñas muy altas y barrancas, por medio de las cuales con grande maravilla de la naturaleza rompe el río Tajo y da vuelta á toda la ciudad de tal suerte, que por tierra deja sola una entrada para ella á la parte del Setentrion y del Norte de subida empinada y agria, y que está fortificada con dos murallas, una por lo alto y otra tirada por lo mas bajo. Para cercar la ciudad por todas partes fué necesario dividir la gente en siete escuadrones con otras tantas estancias que fortificaron á ciertos espacios a propósito de cortar todos los pasos, que ni los de dentro saliesen, ni les entrasen de fuera socórros ni vituallas. El rey con la mayor parte de la gente asentó sus reales, y los fortificó y barreó por todas partes en la vega que se tiende á las haldas del monte sobre que está asentada la ciudad.

Todos así Moros como cristianos mostraban grande ánimo y deseo de venir á las manos cerca de los muros se trabaron algunas escaramuzas en que no sucedió cosa señalada que sea de contar; solo se echaba de ver que los Moros en la pelea de á pie no igualaban á los cristianos en la ligereza, fuerzas y ánimo; más en las escaramuzas á caballo les hacian

ventaja en la destreza que tenian por larga costumbre de acometer y retirarse, volver y revolver sus caballos para desordenar los contrarios. Levantaron los nuestros torres de madera, hicieron trabucos, otras máquinas y ingenios para batir y arrimarse á la muralla, y con picos y palancas abrir entrada. La diligencia era grande, los ingenios dado que ponian espanto, y hacian maravillar á los Moros por no estar acostumbrados á ve semejantes máquinas, no eran de provecho alguno; porque si bien derribaron alguna parte del muro, la subida era muy agria, las calles estrechas, los edificios altos y muchos que la defendian. El cerco con tanto iba á la larga, y por el poco progreso que se hacia, se cansaban los cristianos de suerte que deseaban tomar algun asiento para levantar el cerco sin perder reputación. Apretábalos la falta que padecian de todo, que por estar la tierra talada y alzados los mantenimientos eran forzados proveerse de muy lejos de vituallas para los hombres y forrage para los caballos. Los calores del verano comenzaban: por esto y por el mucho trabajo y poco mantenimiento, como es ordinario, picaban enfermedades de que moria mucha gente.

Hallábanse en este aprieto, cuando S. Isidoro se apareció entre sueños á Cipriano obispo de León, y con semblante todo y grave y lleno de magestad le avisó no alzasen el cerco, que dentro de quince días saldrian con la empresa, porque Dios tenia escogida aquella ciudad para que fuese asiento y silla de su gloria y de su servicio. Acudió el obispo al rey, dióle parte de aquella vision tan señalada: con que los soldados se animaron para pasar cualquier mengua y trabajo por esperanzas tan ciertas que les daban de la victoria. Era así que los cercados padecian á la misma sazon mayor necesidad y falta de todo, tanto que se sustentaban de jumentos y otras cosas sucias por tener consumidas las vituallas; hallábanse finalmente en lo último de la miseria y necesidad: ellos flacos y cansados, los enemigos pujantes, que ni escusaban trabajo ni temian de ponerse á cualquier riesgo. Acordaron persuadir al rey moro tratase de conciertos: apellidáronse los ciudadanos unos á otros y de tropel entraron por la casa real, y con grandes alaridos requieren al rey moro ponga fin á trabajos y cuitas tan grandes ántes que todos juntos pereciesen, y se consumiesen de pena, tristeza y necesidad.

Alteróse el rey moro con aquella demanda y vocería de los suyos, que mas parecia motin y fuerza; sosegóse empero, y hablóse en esta sustancia: "Bueno es el nombre de la paz, sus frutos gustosos y saludables; pero advertid so color de paz no nos hagamos esclavos. A la paz acompañan el reposo y la libertad; la servidumbre es el mayor de los males, y que se debe rechazar con todo cuidado con las armas y con la vida, si fuere necesario. Gran mengua y muestra de flaqueza no poder sufrir la necesidad y falta por un poco de tiempo. Mas fácil cosa es hallar quien

se ofrezca á la muerte y á perder la libertad, que quien sufra la hambre. Yo os aseguro que si os entreteneis por pocos dias y no desmayais, que saldreis deste aprieto; ca los enemigos forzosamente se irán, pues padecen no menos necesidad que vos, y por ella y otras incomodidades cada dia se les desbandan los soldados y se les van; además que muy en breve nos acudirán socorros de los nuestros, que cuidan grandemente de nuestro trabajo".

No se quietaron los Moros con aquellas razones: el semblante no se conformaba con las esperanzas que daba. Parecia usarian de fuerza, y que todos juntos, sino otorgaba con ellos, irian á abrir al enemigo las puertas de la ciudad: grande aprieto y congoja; así forzado el moro vino en que se tratase de conciertos, como lo pedian sus vasallos. Salieron comisarios de la ciudad, que dado que afligidos y humildes en presencia del rey don Alonso le representaron sus quejas: acusáronle el juramento que les hizo, la palabra que les dió, la amistad que asentó con ellos, y las buenas obras que en tiempo de su necesidad recibió de aquella ciudad y de sus moradores: despues desto le dijeron que si bien entendian no era menor la falta que padecian en los reales que dentro de la ciudad, todavía vendrian en hacer algun concierto, como fuese tolerable, hasta pagar las parias y tributo que se asentase.

A esto respondió el rey que fué tiempo en que se pudiera tratar de medios; que al presente las cosas estaban en término que á menos de entregarle la ciudad, no daria oidos á concierto ninguno. Sobre esto fueron y vinieron diversas veces, en que se gastaron algunos dias. La falta crecia en la ciudad, y la hambre, que de cada día era mayor. Los nuestros estaban aminados de ántes, y de nuevo mas porque los enemigos fueron los primeros á tratar de concierto.

Finalmente los Moros vinieron en rendir la ciudad, con las condiciones siguientes: El Alcázar, las puertas de la ciudad, las puentes, la huerta del Rey (heredad muy fresca á la ribera del río Tajo) se entreguen al rey don Alonso: el rey moro se vaya libre á la ciudad de Valencia ó donde él mas quisiere; la misma libertad tengan los Moros que le quisieren acompañar, y lleven consigo sus haciendas y menage: á los que quedaren en la ciudad, no les quiten sus haciendas y heredades; y la mezquita mayor quede en su poder para hacer en ella sus ceremonias: no les puedan poner mas tributos de los que pagaban ántes á sus reyes: los jueces para que los gobiernen conforme á sus fueros y leyes, sean de su misma nación, y no de otra. Hiciéronse los juramentos de la una parte y de la otra como se acostumbra en casos semejantes, y para seguridad se entregaron por rehenes personas principales moros y cristianos.

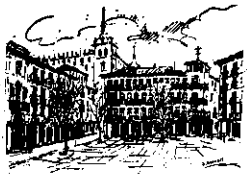
Hecho esto, y tomado este asiento en la forma susodicha, el rey don Alonso alegre cuanto se puede pensar por ver concluida aquella empresa,

y ganada ciudad tan principal, acompañado de los suyos á manera de trinfador hizo su entrada, y se fué á apear al alcázar á veinte y cinco de mayo dia de S. Urban papa y mártir el año que se contaba de nuestra salvacion de 1085. Algunos deste cuento quitan dos años por escrituras antiguas y privilegios reales, es que por aquel tiempo el rey don Alonso se llamaba rey de Toledo. Lo cierto es que aquella ciudad estuvo en poder de Moros por espacio como de trescientos y sesenta y nueve años (Juliano dice trescientos y sesenta y seis, y que los Moros la tomaron año de setecientos y diez y nueve el mismo dia de S. Urban) en que por ser los Moros poco curiosos en su manera de edificar, y en todo género de primor, perdió mucho de su lustre y hermosura antigua.

P. JUAN DE MARIANA

Año 1601. «Historia de España», Madrid, 1848. Tomo I, pá ginas 448 a 450.

Ciudad Imperial



TOLEDO, Ciudad Imperial, llamada en las historias cabeza de las Españas, de quien hacen mención, entre los antiguos, Tito Livio, Ptolomeo y Plinio, está situada en la España llamada interior o de aquende o por propio nombre Taraconense, en la provincia de Carpetania, cuyo sitio es muy conjunto al medio o centro de las Españas, casi igualmente distante de sus circunferencias, de la manera que está el corazón en el cuerpo humano. Participa del quinto clima y dista de la línea equinoccial por cuarenta y un grados; predominan en ella el signo de Virgo y el planeta Mercurio.

Es el asiento de esta ciudad alto, áspero, firmísimo y inexpugnable, por ser fundada sobre una alta montaña de dura y fuerte peña, del tamaño de ella misma, cercada casi en torno del famosísimo río Tajo que a la forma de una herradura cerca la mayor parte de ella, cuyos callos y extremos son la entrada y salida, del que por una pequeña distancia se apartan el uno del otro, quedando esta ciudad en medio a manera de isla. Y puesto que las riberas del río antes de llegar a la ciudad y después de apartado de ella van coronadas y adornadas de frescas y hermosas arboledas, llenas de todas partes de sotos y huertas, con gran muchedumbre de árboles frescos y deleitosos; al tiempo de llegar a ella divide en dos partes una grande y alta sierra de peña Tejada, por medio de la cual pasa muy estrecho y acanalado, metido por una honda cava cercada por ambas partes de grandes riscos y altas peñas que dan buena

demostración de haber sido hechos no por artificio humano sino por obra divina en la creación del mundo. Cuya subida es por todas partes dificil y por algunas del todo inaccesible. Y en esta división y apartamiento que el río hace queda esta ciudad a la parte septentrional de él; y por donde no la cerca el río, cercada de doble y firme muro, con altas y espesas torres, y entre el un muro y el otro queda el suelo natural de ella, macizo con sus terraplenes.

... ...

Aprovecha también este famoso río para la abundancia de molinos que en él hay; y la dulzura y suavidad de su agua, demás de la sustentación corporal para que es muy excelente, da grande y hermosa tez y resplandeciente lustre a los rostros que con ella se lavan, para el cual uso se lleva de aquí a diversas partes y lugares.

... ...

Tiene esta ciudad por particular excelencia cerca de sí muchos mineros de oro y plata y otros metales que si fuesen con diligencia buscados como lo era en tiempos que los romanos eran poderosos en España, por ventura se hallaría no pequeña cantidad de ellos.

FRANCISCO DE PISA

Año 1605. Cap. I de «Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo».

Escuela del bien hablar

AL fin fué preferida la imperial Toledo, a voto de la Católica Reina cuando decía que nunca se hallaba necia, sino en esta oficina de personas, taller de la discreción, escuela del bien hablar, toda corte, ciudad toda, y más después que la esponja de Madrid le ha chupado las heces, donde, aunque entre, pero no duerme la villanía. En otras partes tienen el ingenio en las manos aquí en el pico. Si bien censuraron algunos que sin fondo, y que se conocen pocos ingenios toledanos de profundidad y de sustancia. Con todo, estuvo firme Artemia, diciendo:

—¡Ea!, qué más dice aquí una mujer en una palabra, que en Atenas un filósofo en todo un libro. Vamos a este centro, no tanto material cuanto formal de España.

... ...

—¿No hay maravillas en España? —dijo Critilo, volviendo la mira a

su centro—. ¿Qué ciudad es aquélla que tan en punta parece que amenaza al cielo?

—Será Toledo, que a fianzas de sus discreciones aspira a taladrar las estrellas, si bien ahora no la tiene.

—¿Qué edificio tan raro es aquél, que desde el Tajo sube escalando su alcázar, encaramando cristales?

—Ese es el tan celebrado artificio de Juanelo, una de las maravillas modernas.

—No sé yo por qué —replicó Andrenio—, si al uso de las cosas muy artificiosas tuvo más de gasto que de provecho.

—No discurría así —dijo Argos— cuando lo vió el eminentemente discreto cardenal Tribulcio, pues dijo que no había habido en el mundo artificio de más utilidad.

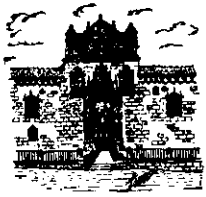
—¿Cómo pudo decir eso quien tan al caso discurría?

—Ahí veréis — dijo Argos—, enseñando a traer el agua a su molino desde sus principios, haciendo venir de un cauce en otro al palacio del Católico Monarca el mismo río de la plata, las pesquerías de las perlas, el uno y otro mar, con la inmensa riqueza de ambas Indias.

BALTASAR GRACIAN

Siglo XVII. «El Criticón». Obras Completas. Aguilar, 1960, págs. 611 y 683.

Corte de nuestro lenguaje



LAS voces hebreas no son tan antiguas en el español como la gramática, la cual estuvo con la lengua propia, que éstas en la lengua antigua introdujeron los judíos que marcharon a España. ¡Maldita inundación!

Estos borraron lengua, palabras y obras y nobleza en gran parte, y tuvieron asistencia principal en Toledo. Conócese del *Fuero Juzgo* de Toledo que está en mi poder manuscrito en pergamino, donde dice así de la constitución que enviaron los judíos al rey: "Al nuestro señor mui piadoso el Rey don Rescicindo: Nos, todos los judíos de la cibdat de Toledo", etc.; los cuales, como cabezas y superiores y asistentes en la imperial ciudad prometen por todos los otros judíos. Y si éstos estuvieron en Toledo tantos y desde tan antiguo tiempo, siendo Toledo la corte de nuestro lenguaje y lo más elegante siempre, ¿qué mucho que mezclasen muchas palabras con nuestro idioma y lo turbasen?

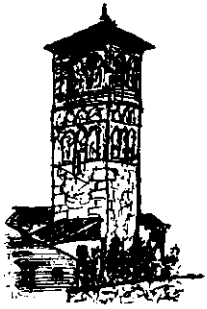
... ...

Y pues España no sólo mereció que con amor adelantado y alborozo de su remedio prometieses el venir a ella; como veniste por tan dilatado rodeo, sino que la espada que te degolló asistiese en ella, como se ve y adora en el convento real de la Sisla, de la orden de San Jerónimo, en la imperial ciudad de Toledo; ya que por insignia de tu muerte con ella te coronaste, pásala hoy del lado en que la tienes a la diestra, y en compañía de la de Santiago, cuyos somos, esgrímela en defensa desta monarquía, que pretende despedazar traidores con robos y rebeliones, y herejes con falsas doctrinas.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Siglo XVII. «Escritos Políticos», pág. 506. «Vida de San Pablo Apóstol», pág. 1.533. Aguilar. Obras Completas. Tomo I.

Impresión



HICIMOS nuestra entrada en Toledo, palpitantes de curiosidad y de sed, por una magnífica puerta árabe con un arco elegantemente abierto con pilares de granito coronado de bolas y adornos con versículos del Corán. Esta puerta se llama la "Puerta del Sol"; es rojiza, cocida, de tono curtido, como una naranja de Portugal, y se perfila admirablemente sobre el azul de un cielo lapislázuli. En nuestros climas brumosos no es fácil formarse una idea de la violencia de color y de esta aspereza del contorno, y todo lo que se diga parecerá exagerado.

Después de haber pasado la Puerta del Sol, se llega a una especie de terraza donde se otea una vista muy extensa; descúbrese desde allí la Vega, con manchas de árboles y de cultivos que deben su frescura al sistema de riegos implantado por los moros. El Tajo, atravesando por el Puente de San Martín y el de Alcántara, rueda con rapidez sus ondas amarillentas y rodea casi por completo la ciudad. Al pie de la terraza brillan ante los ojos los tejados obscuros y lucientes de las casas y los campanarios de los conventos e iglesias con ajedrezados de azulejos verdes y blancos; más allá se divisan las colinas rojas y los escarpados que forman el horizonte de Toledo. Esta vista tiene la particularidad de que carece de aire ambiente y de esa neblina que en nuestro país envuelve todas las perspectivas lejanas; la trasparencia de la atmósfera deja toda su precisión a las líneas y permite distinguir los menores detalles a distancias considerables.

Las calles de Toledo son extremadamente estrechas; podrían darse

las manos de una ventana a otra, y nada más fácil que saltar de balcón a balcón si las hermosas rejas y los encantadores barrotes de esa rica forja no pusieran coto e impidieran las familiaridades aéreas...

Las casas de Toledo ofrecen un aspecto imponente y severo; tienen pocas ventanas en la fachada y las que tienen suelen estar defendidas con rejas. Las puertas, adornadas con pilares de granito azulado, coronadas de bolas —adorno que se repite con frecuencia— muestran un aire de solidez y de espesor, al que contribuyen constelaciones de clavos enormes. Tienen a la vez algo de convento, de cárcel, de fortaleza y un poco también de harén, pues no en balde los moros pasaron por allí.

Una admirable puesta del sol completaba el cuadro; el cielo, por gradaciones insensibles, pasaba del rojo más vivo al naranja, luego al amarillo pálido, para llegar a un azul raso; color de turquesa verdosa, que concluirá por fundirse al Occidente en los tintes violetas de la noche, cuya sombra ya enfriaba todo por aquel lado.

TEOFILO GAUTIER

Año 1840. «Viaje por España».

Defensa de la Patria, legisladora del mundo

¿QUE haces ahí con el semblante triste, roto el hermoso manto de perlas que te cobijaba, despedazada tu corona, escarnecido el riquísimo sólio de tus reyes y lanzando del pecho ayes que nadie escucha y suspiros que nadie recoge?... ¿Qué haces ahí, defensa de la patria, legisladora del mundo?... ¿En dónde están tus sabios prelados, tus ilustres rabinos, tus celebrados ulemas? ¿Qué haces ahí, defensa de la patria, legisladora del mundo?... Dirian los hijos de Toledo, si pudieran evocarse sus sombras por algún mágico conjuro y bullese otra vez en sus plazas aquel pueblo de imaginación ardiente que bajo el imperio del Islam en otro tiempo las llenaba. ¿Qué haces ahí, Toledo, decimos también nosotros, asentada sobre esa alta roca de siete cerros, que ciñe en ancho rodeo el celebrado Tajo del oriente al occidente, dominando esa fértil y frondosa Vega y rodeada de empinados montes? Ahí estás como una reina hermosa, olvidada por la ingratitud, y maltratada por los años, ostentando aun tus antiguas galas; ahí estás presentando en magnífico panorama tus más preciadas joyas. Aquí tu Alcázar suntuoso que domina con su mole inmensa á la ciudad que aparece adormida á sus plantas: allí la gótica catedral, cuya gigantesca torre parece taladrar las nubes; acá el célebre

monasterio, erigido por la fé de Isabel y de Fernando, con sus gallardas agujas y airosos botareles: mas allá la grandiosa fábrica levantada por la caridad del consejero del primer monarca de ambos mundos; al lado del occidente las celebradas sinagogas, que respiran todo el orientalismo de sus fundadores; y mas adelante, en fin, otros cien monumentos, cuyas ruinas aumentan tu dolor y amargura. En tu seno guardas todos los recuerdos, todas las tradiciones de España; la fábula y la historia se disputan tu nombre; los pueblos la gloria de haber abierto los cimientos de tus muros.—Ya fuiste edificada, según unos, por Hércules, el de los Geriones; ya segun otros te poblaron los rodios y focenses, dándote el nombre de *Ptoliethron;* ora debiste el sér á los hebreos que te llamaron *Toledoch;* y ora en fin eres de orígen romano, erigiéndote los cónsules Tolemon y Bruto, un siglo antes de la era del César, y apellidándote *Toletum.*

... ...

Toledo, tú fuiste la fuente de donde manó en copiosa vena la civilizacion española.—El pueblo cristiano abrió los ojos á la ciencia al verse rodeado de tus hijos, y comenzó á desterrar los groseros instintos que hasta entonces le habian dominado, sintiendo como un deseo, que preludiaba elevados triunfos, el estímulo de la cultura.—Tú fuiste la cuna del habla castellana, tan sonora, tan magnífica y severa: en tu plaza de Zocodover el franco y el navarro, el aragonés y el castellano, el muzárabe y el moro se ajuntaron para celebrar sus tratos y contratos, y fuiste la feria del mundo, articulándose bajo tus arabescos soportales esa lengua, ruda en un principio y menospreciada, elevada despues y señora en mas adelantados tiempos de ambos hemisferios.

... ...

Toledo ¡cuántas veces, al contemplar tus cuestas y retorcidas calles, al visitar tus olvidadas mezquitas, caliente ya y arrebatada nuestra imaginación por tantos recuerdos, hemos esperado á que se levantase en tu seno aquel pueblo, que era convocado á la oracion desde el alto alminar, creyendo escuchar la voz del almuedano!.. Porque todavía eres una ciudad árabe; porque todavía parece anidar dentro de tus muros aquel pueblo caballeresco y culto, que vino á España para traer la civilización á la moderna Europa y para despertar á los últimos visigodos del profundo letargo en que dormian.—Córdoba, Sevilla y Granada, esas celebradas ciudades, tan queridas del árabe, en donde tantos monumentos de su cultura excitan la admiración de los viajeros, han cambiado su antiguo carácter algun tanto, reemplazando sus casas con otras nuevas, fabricadas segun el gusto y la manera de vivir de las modernas socieda-

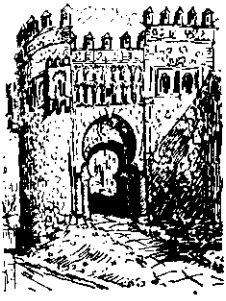
des.—Pero tú estás ahí como un inmenso monumento histórico, sin que haya podido el tiempo mas que injuriarte, sin que hayan tenido en ti ninguna influencia las nuevas ideas que han agitado desde entonces al género humano.

¡Cuán triste y abatida te ofreces ahora á la vista de los hombres!.. El portugues envidioso osó incendiar tu alcázar; el galo altivo puso fuego á tus monasterios y saqueó tus templos y palacios... y tus hijos, lejos de enjugar el llanto de tus ojos, aumentaron tu amargura con su culpable desden y su indiferencia.— ¿Qué haces ahí con el semblante triste, roto el hermoso manto de perlas que te cobija, defensa de la patria, legisladora del mundo? Ahí estás, asentada sobre esa alta roca, como una reina hermosa olvidada por la ingratitud, llorando amargos desdenes y lamentando tu ruina.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS

Año 1845. «Toledo Pintoresca», págs. 1 y 11.

Un viajero en Toledo



RINDAMOS justicia al camino de hierro de Toledo: No arroja bruscamente al visitante en medio de sus grandes ruinas; le deposita respetuosamente a la orilla del Tajo, al pie de esas abruptas murallas que la naturaleza ha levantado en torno a la ciudad de Alfonso VI y de Carlos V. Y préstale también la magia del primer golpe de vista.

Es la hora del sol poniente el mejor momento para llegar: Cuando envuelta la ciudad en luminosa aureola, puede contemplársela recogida en sí misma, en el centro de montañas que la ciñen y de las que sólo está separada por el barranco profundo donde discurre el Tajo.

Aislado por masa de rocas, en la que se diría germinado, Toledo presenta a primera vista un aspecto sorprendente; y la impresión que se recibe no hace sino dilatarse a medida que se avanza y escala cualquiera de las vecinas alturas; "pues a cada paso dibújase más limpiamente alguno de esos monumentos cuyo nombre por si sólo constituye una fecha en la historia de España".

...Vale más, ciertamente, hacer revivir Toledo prendiéndole en el poético desorden de sus elementos diversos: Mezcla original, confusa, sorprendente, de una triple civilización, en que lo godo se enfrenta con lo romano y lo árabe se codea con lo judío; donde al lado de la iglesia se

erige la mezquita, donde sobre el circo se levanta la basílica, donde una fecha cubre otra sin borrarla, y en que los siglos, las razas, las religiones, se entrechocan o funden; y a cada paso, en fin, el pasado brota a través del presente.

ANTOINE DE LATOUR

Año 1860. «Tolede et les bords du Tage». Resumen de Fernado Allue y Morer publicado en el Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y C. Históricas de Toledo (1951).

Conjunto maravilloso

TOLEDO no merece el abandono en que ahora yace, porque es un conjunto maravilloso de situación, de aspecto y de luces; porque tiene veinte iglesias más ricas y mejor talladas que ninguna de las de Francia; porque reúne recuerdos para ocupar diez años á un historiador, y á un cronista durante toda su vida; y ésto sin contar aquella magestad de los pueblos muertos ó moribundos, en que se envuelve con la dignidad de una reina. A los que no la conozcan, hay que repetirles lo que el Alejandro decia de cierta escritura ilegible:—Leed la *Epoca.*

ALEJANDRO DUMAS

Impressions de voyage par A. Dumas.—París, 1854.

Reverso de los pueblos modernos

DESDE luego, se vé que sus habitantes hacian una vida diferente en un todo de la de los pueblos modernos: vida interior y recogida en lo íntimo de las familias y con muy escasa comunicación con los estraños. Así, las casas que no se han reformado, que es la mayor parte, son grandes y espaciosas y con anchos y hermosos patios interiores; pero su aspecto exterior es en extremo desagradable. Apenas tienen luces ó ventanas á la calle; las que tienen son altas, estrechas y enrejadas que se conoce haber sido abiertas mas bien para la luz y la ventilación que para disfrutar desde ellas la vista de las calles y el movimiento popular, que tanto placer nos causa en la actualidad. Reunido esto, añade, á la naturaleza del piso de Toledo, fabricado en las pen-

dientes de una colina, resultan sus calles estrechas, tuertas, oscuras y empinadas, y sin mas ornato que la portada de alguna casa particular notable, ó la fachada de algun templo ó de algun edificio moderno. Este aspecto desagradable en sí y que lo parece mucho mas por lo desusado, hace un contraste singularísimo con lo ámplio, espacioso y alegre de las casas: es el reverso de los pueblos modernos, donde las calles son por lo general alegres y cómodas, y las casas estrechas, tristes y mezquinas.

PEDRO JOSE PIDAL

Siglo XIX. En sus artículos de Recuerdos de un viaje a Toledo.

Cuna de la civilización ibérica

TOLEDO, á lo que puede hoy sospecharse, primitivo aduar de pastores celtas, razas nómadas hasta que fijaron su asiento en los poblados bosques y fértiles campiñas que baña el caudaloso Tajo; la *parva urbs* que encontraron los romanos, en sus correrías hácia el interior, bien fortificada por la naturaleza sobre la márgen derecha de este rio; corte y residencia despues de los césares visigodos; cuna de la civilización ibérica, y firmísimo cimiento en que se fueron alzando poco á poco, poderosas y florecientes, nuestras veneradas instituciones civiles, políticas y religiosas;—Toledo, repetimos, vista en el mapa de España, figura el punto medio ó centro de la península, casi equidistante de sus extremos. La Providencia sin duda la eligió desde un principio para que fuera por algun tiempo el alma, corazon y la cabeza de la monarquía.

... ...

Limpiemos ahora á Toledo de aquellas capas sobrepuestas que ocultan las primitivas: despojémosla del rico ropaje de alcázares y palacios, templos y basílicas, hospitales y seminarios, con que se ha adornado paulatinamente: coloquemos en el lugar de los edificios actuales, simples cabañas ó guaridas como de fieras, abiertas en los antros mismos de las rocas: volvamos á observarla desde las llanuras de la Vega, ó sobre la ancha y elevada cordillera que la cerca, rodeada casi del Tajo, como ya antes la hemos visto, por una angosta entrada ofreciendo difícil acceso hasta la cumbre: hagamos todo ésto, y retrocediendo con la imaginacion á los tiempos de las rudas batallas y de los sitios obstinados, en que los combatientes luchaban entre sí brazo á brazo, sin la superioridad que dan las armas de fuego, encontraremos el pueblo celta, vírgen y selvático,

vigoroso y sencillo como sus costumbres, esperando los tibios albores de una era nueva, que le arrastre á la vida activa y arriesgada de otras razas más atrevidas y codiciosas.

Así el primer aspecto de la poblacion desaparece de repente cuando los romanos la invaden á la fuerza, y seducidos por las ventajas de su sitio, construyen un presidio ó fortaleza que se la asegure contra los naturales, si intentan recobrar lo perdido, y contra cualquier extraño que tratara de disputarles la buena presa conquistada. Desde entonces Toledo se convierte en una plaza de armas, segura y guarnecida con una doble é irresistible muralla la que la ha hecho la naturaleza y otra artificial que sus conquistadores levantaron, no comprendiendo en su recinto todo el terreno que enlazan los siete cerros antes descritos, sino tan sólo la parte preeminente y elevada. Más que tener una ciudad grande, populosa, se propusieron sin duda hacer un pueblo fuerte, inexpugnable; lo que prueba que á esta region la temian, tanto como la codiciaron.

... ...

Antonio Pio en los *Itinerarios* nos habla de caminos que enlazaban con la ciudad, pero que no partian de ella. Roma no la debió tribunos ni repúblicos, cónsules ni emperadores, gramáticos ni retóricos, como á otros pueblos de España. La habia tenido en una constante humillación, la habia dado tan solo *panem et circenses,* y la esclavitud y la ociosidad no producen frutos maduros.

Hubo además otra causa poderosa, que debió producir y produjo sin duda el mismo resultado. Toledo fué de los primeros centros que abrazaron en España el cristianismo; y ésto por una parte la atrajo persecuciones terribles que hicieron más dura su condición, enrojeciendo de vez en cuando las ondas del Tajo con la sangre de sus mártires, y por otra fué poco á poco suavizando las asperezas de su carácter originario, endulzando sus costumbres, y preparándola á los altos destinos que habia de realizar en epoca no lejana. Para que un dia predicara á las gentes cordura y mansedumbre, prudencia y sabiduría, tenia que cursar en las aulas de la adversidad, y los romanos se encargaron de ser sus maestros. La utilidad de esta enseñanza estaba reservada para generaciones futuras. La Roma de los Césares, por designios inescrutables del cielo, debia educar á la hija predilecta de la Roma de los Pontífices, ya que la loba de Rómulo y Remo jamás pudo atraer á su cubil, ni con alhagos ni con amenazas, á los afiliados á la bandera de Jesucristo.

ANTONO MARTIN GAMERO
Año 1862. «Historia de Toledo»

Roma y Toledo

LO que en Toledo se llama Varrio nuevo, es en Roma *Vicus novus*. Si en esta ay Zapatería y Chapinería, en aquella Sandalario. El Alfahar de Toledo, es en Roma *Vicus Floxinus*. Las Tendillas de San Nicolás y Sancho Bienaya (de nuestra ciudad) llamadas antiguamente Sancho Bonagias, en Roma se llama Varrio de Taberneros. Si en una ay Varrio de Cuatro calles, en otra le huvo de tres calles, que estaba en la sexta Región. Lo que en nuestra ciudad se llama Torrentero, que baja del Corral de las casas del Marques de Montemayor, en la parroquia de S. Nicolás, á la puerta de la Cruz, que ahora está poblado de casas, en la insigne Roma sea *Libicus Publicus*. Llámase en Toledo un Varrio del Arquillo, como se baxa desde la plaza de Santo Tomé á San Juan de los Reyes: y en Roma ay otro llamado *Arcus Bifrons*. Si en una ay plaza mayor, en otra *Forum maius*. Y el Alhondiga de Toledo, es *Vicus Frumentarius* en Roma. Y el *Vicus Gorgonius* de los romanos, que era una cabeza llena de Sierpes; en Toledo es calle llamada de la Sierpe. Y si tienen en su ciudad árbol santa, en la nuestra tenemos Alamillo de San Cristoval, que en tiempo de la gentilidad estuvo consagrado á Hércules. *Angi Portus* de Roma, que es callejon sin salida, hartos ay en Toledo. *Campo Marcio* de Roma; tambien le hubo en Toledo, llamado aora la Vega (campo bien dilatado, como se baxa desde las puertas de Bisagra y el Cambron al rio) muy celebrada en todos tiempos de los Poetas y Historicos. Y si la antigüedad no hubiera escurecido la noticia, la huviera mayor de otras cosas, en que estas dos ciudades han sido y son parecidas.

CONDE DE MORA

Siglo XVII

La decadencia

ASI se concibe como una población que en sus buenos tiempos se había acercado á 200.000 almas (según algunos escritores de aquella época), apenas contaba hace un siglo la octava parte, y hoy seguramente no llega á 20.000 habitantes aun calculando los forasteros y transeuntes, á quienes la curiosidad o los negocios traen aquí diariamente, y los alumnos permanentes y temporeros del Colegio de Infantería, del Seminario Conciliar y del Instituto provincial de segunda enseñanza. De esta despoblación provino forzosamente el decrecimiento de su comercio, hoy escaso é insignificante.

... ...

...se puede decir que no habia una Corte fija en España, con todo seguía Toledo considerada como la principal morada Real: pero desde algunos reinados anteriores al de Felipe II había ido adquiriendo la villa de Madrid cierta importancia, que atrayendo frecuentemente á los Monarcas á morar varias temporadas en el antiguo Alcázar edificado allí para recreacion y solaz de sus augustos dueños, los fué aficionado á detenerse en ella mas amenudo y á hermosear su sitio como de esparcimiento y desahogo de las fatigas que el mando y gobierno de tan vastos dominios traía consigo. Sin embargo, quien mas de contínuo residió allí fué dicho D. Felipe, con motivo de que los aires saludables de aquel Real sitio le eran conocidamente provechosos para sus achaques, y por otras causas que no son de este lugar; hasta que por fin fijó en ella la Corte, declarando oficialmente a Madrid por capital de las Españas en 1563. Esta resolución ha cambiado la suerte de ambas poblaciones, pues Madrid ha ido creciendo en estensión, riqueza y prosperidad en todos los ramos, á espensas de Toledo que comenzó desde entonces á declinar visiblemente, si bien, como tenía mucho que perder, se han necesitado tres siglos para que la veamos reducida á la ruinosa postración en que yace actualmente. Fijada ya la corte en la afortunada villa, á imitación del Soberano trasladaron á ella su domicilio todos los Grandes y la mayor parte de los Títulos de Castilla que tenían aquí sus casas, y casi todos las conservan aunque desfiguradas y amenazando ruina muchas; y reducidas algunas al solar ó asiento que tuvieron: con ellos desertaron tambien de esta abandonada ciudad un sin número del total de sus fábricas é industrias, especialmente la de la sedería que era la principal, reducida al presente á algunas labores de listonería ó cintería, muy poquisimo de pasamane-

ría y todavía menos de telas como pañuelos, medias y gorros de punto, etcétera; no habiendo sucedido otro tanto con la fabricación de espadas porque la tomó el Gobierno á su cargo, organizándola como dependencia suya, levantando su actual edificio y encargando su dirección al cuerpo de Artillería.

Mas rápida hubiera sido sin duda la decadencia de Toledo sin los esfuerzos loables que casi todos sus Prelados de los dos siglos últimos, ricos todavía en rentas y grandes también en ánimo y virtudes, han hecho para irla sosteniendo en la pendiente de su ruina y retardan la consumación de su completo aniquilamiento. Los nombres de los dignos sucesores de los Mendozas, Cisneros, Taveras y Silicéos, como fueron los insignes Cardenales Arzobispos Quiroga, Sandoval, Moscoso, Aragon, Portocarrero, Lorenzana (y aun Borbon, en el presente siglo, á pesar de haberle tocado tiempos bien azarosos para la Iglesia y el Estado) van unidos á una multitud de establecimientos y fundaciones dignas de su acendrada piedad, ó de monumentos artísticos propios de su ilustración, magnificencia y buen gusto; sin que por haber mencionado únicamente á estos Prelados, falten motivos de agradecimiento y aplauso para con los demas que aqui no son nombrados en obsequio de la brevedad.

Hoy, empero, que carece ya nuestra inclita ciudad hasta de este último apoyo de sus príncipes eclesiásticos y corporaciones del clero secular y regular, que ó han desaparecido ó quedado sin sus antiguos medios de ocurrir á las necesidades de esta desgraciada ahora cuanto antes afortunada población, y que por efecto de las revueltas de la época que atravesamos ha sufrido mas que ninguna otra ciudad del Reino, puede decirse que Toledo vive tan solo para la historia de las glorias españolas, porque su nombre va asociado á casi todos los grandes sucesos reliogiosos, políticos y sociales que han ocurrido en la península de catorce siglos á esta parte, y que solo existe para las artes, como un vasto museo medio de pié y medio arruinado, al que todavía pueden venirse á estudiar obras modelos en todas líneas y géneros.

SIXTO RAMON PARRO

Año 1857. «Toledo en la mano», págs. 25 a 28.

La ajorca de oro

(Leyenda toledana)

I

ELLA era hermosa, hermosa con esa hermosura que inspira el vértigo, hermosa con esa hermosura que no se parece en nada a la que soñamos en los ángeles y que, sin embargo, es sobrenatural; hermosura diabólica, que tal vez presta el demonio a algunos seres para hacerlos sus instrumentos en la tierra.

El la amaba; la amaba con ese amor que no conoce freno ni límite; la amaba con ese amor en que se busca un goce y sólo se encuentran martirios, amor que se asemeja a la feliciad y que, no obstante, diríase que lo infunde el Cielo para la expiación de una culpa.

Ella era caprichosa, caprichosa y extravagante, como todas las mujeres del mundo; él, supersticioso, supersticioso y valiente, como todos los hombres de su época. Ella se llamaba María Antúnez; él, Pedro Alfonso de Orellana. Los dos eran toledanos, y los dos vivían en la misma ciudad que los vió nacer.

La tradición que refiere esta maravillosa historia, acaecida hace muchos años, no dice nada más acerca de los personajes que fueron sus héroes.

Yo, en mi calidad de cronista verídico, no añadiré ni una sola palabra de mi cosecha para caracterizarlos mejor.

II

El la encontró un día llorando, y le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Ella se enjugó los ojos, lo miró fijamente, arrojó un suspiro y volvió a llorar.

Pedro, entonces, acercándose a María le tomó una mano, apoyó el codo en el pretil árabe desde donde la hermosa miraba pasar la corriente del río y tornó a decirle:

—¿Por qué lloras?

El Tajo se retorcía gimiendo al pie del mirador, entre las rocas sobre que se asienta la ciudad imperial. El sol transponía los montes vecinos; la niebla de la tarde flotaba como un velo de gasa azul, y sólo el monótono ruido del agua interrumpía el alto silencio.

María exclamó:

—No me preguntes por qué lloro, no me lo preguntes, pues ni yo sabré contestarte ni tú comprenderme. Hay deseos que se ahogan en nuestra alma de mujer, sin que los revele más que un suspiro; ideas locas que cruzan por nuestra imaginación, sin que ose formularlas el labio; fenómenos incomprensibles de nuestra naturaleza misteriosa, que el hombre no puede ni aun concebir. Te lo ruego, no me preguntes la causa de mi dolor, si te la revelase, acaso te arrancaría una carcajada.

Cuando estas palabras expiraron, ella tornó a inclinar la frente y él a reiterar sus preguntas.

La hermosa, rompiendo al fin su obstinado silencio, dijo a su amante con voz sorda y entrecortada:

—Tú lo quieres; es una locura que te hará reír; pero no importa; te lo diré, puesto que lo deseas. Ayer estuve en el templo. Se celebraba la fiesta de la Virgen: su imagen, colocada en el altar mayor sobre un escabel de oro, resplandecía como un ascua de fuego; las notas del órgano temblaban, dilatándose de eco en eco por el ámbito de la iglesia, y en el coro los sacerdotes entonaban el *Salve, Regina*. Yo rezaba, rezaba absorta en mis pensamientos religiosos, cuando maquinalmente levanté la cabeza y mi vista se dirigió al altar. No sé por qué mis ojos se fijaron, desde luego, en la imagen; digo mal; en la imagen, no; se fijaron en un objeto que, hasta entonces, no había visto, un objeto que, sin que pudiese explicármelo, llamaba sobre sí toda mi atención... No te rías...; aquel objeto era la ajorca de oro que tiene la Madre de Dios en uno de los brazos en que descansa su Divino Hijo... Yo aparté la vista y torné a rezar... ¡Imposible! Mis ojos se volvían involuntariamente al mismo punto. Las luces del altar, reflejándose en las mil facetas de sus diamantes, se reproducían de una manera prodigiosa. Millones de chispas de luz rojas y azules, verdes y amarillas, volteaban alrededor de las piedras como un torbellino de átomos de fuego, como una vertiginosa ronda de esos espíritus de las llamas que fascinan con su brillo y su increíble inquietud... Salí del templo, vine a casa, pero vine con aquella idea fija en la imaginación. Me acosté para dormir: no pude... Pasó la noche, eterna, con aquel pensamiento... Al amanecer se cerraron mis párpados, y, ¿lo creerás?, aún en el sueño veía cruzar, perderse y tornar de nuevo una mujer, una mujer morena y hermosa, que llevaba la joya de oro y pedrería; una mujer, sí, porque ya no era la Virgen que yo adoro y ante quien me humillo; era una mujer, otra mujer como yo, que me miraba y se reía mofándose de mí. "¿La ves? —parecía decirme, mostrándome la joya—. ¡Cómo brilla! Parece un círculo de estrellas arrancadas del cielo de una noche de verano. ¿La ves? Pues no es tuya, no lo será nunca, nunca... Tendrá acaso otras mejores, más ricas, si es posible; pero ésta, ésta, que resplandece de un modo tan fantástico, tan fascinador..., nunca...,

nunca..." Desperté; pero con la misma idea fija aquí, entonces como ahora, semejante a un clavo ardiendo, diabólica, incontrastable, inspirada sin duda por el mismo Satanás... ¿Y qué?... Callas, callas y doblas la frente... ¿No te hace reír mi locura?

Pedro, con un movimiento convulsivo, oprimió el puño de su espada, levantó la cabeza, que, en efecto, había inclinado, y dijo con voz sorda:

—¿Qué Virgen tiene esa presea?

—La del Sagrario— murmuró María.

—¡La del Sagrario! —repitió el joven con acento de terror—. ¡La del Sagrario de la Catedral!...

Y en sus facciones se retrató un instante el estado de su alma, espantada de una idea.

—¡Ah! ¿Por qué no la posee otra Virgen? —prosiguió con acento enérgico y apasionado—. ¿Por qué no la tiene el arzobispo en su mitra, el rey en su corona o el diablo entre sus garras? Yo se la arrancaría para tí, aunque me costase la vida ó la condenación. Pero a la Virgen del Sagrario, a nuestra Santa Patrona, yo..., yo, que he nacido en Toledo, imposible, imposible.

—¡Nunca! —murmuró María con voz casi imperceptible—. ¡Nunca¡

Y siguió llorando.

Pedro fijó una mirada estúpida en la corriente del río; en la corriente, que pasaba y pasaba sin cesar ante sus extraviados ojos, quebrándose al pie del mirador, entre las rocas sobre que se asienta la ciudad imperial.

III

¡La catedral de Toledo! Figuraos un bosque de gigantescas palmeras de granito que al entrelazar sus ramas forman una bóveda colosal y magnífica, bajo la que se guarece y vive, con la vida que le ha prestado el genio, toda una creación de seres imaginarios y reales.

Figuraos un caso incomprensible de sombra y luz, en donde se mezclan y confunden con las tinieblas de las naves los rayos de colores de las ojivas, donde lucha y se pierde con la oscuridad del santuario el fulgor de las lámparas.

Figuraos un mundo de piedra, inmenso como el espíritu de nuestra religión, sombrío como sus tradiciones, enigmático como sus parábolas, y todavía no tendréis una idea remota de ese eterno monumento del entusiasmo y la fe de nuestros mayores, sobre el que los siglos han derramado a porfía el tesoro de sus creencias, de su inspiración y de sus artes.

En su seno viven el silencio, la majestad, la poesía del misticismo y un santo horror que defiende sus umbrales contra los pensamientos mundanos y las mezquinas pasiones de la tierra. La consunción material

se alivia respirando el aire puro de las montañas; el ateísmo debe curarse respirando su atmósfera de fe.

Pero si grande, si imponente se presenta la catedral a nuestros ojos a cualquiera hora que se penetra en su recinto misterioso y sagrado, nunca produce una impresión tan profunda como en los días en que despliega todas las galas de su pompa religiosa, en que sus tabernáculos se cubren de oro y pedrería; sus gradas, de alfombras, y sus pilares, de tapices.

Entonces, cuando arden despidiendo un torrente de luz sus mil lámparas de plata; cuando flota en el aire una nube de incienso, y las voces del coro y la armonía de los órganos y las campanas de la torre estremecen el edificio desde sus cimientos más profundos hasta las más altas agujas que lo coronan, entonces es cuando se comprende, al sentirla, la tremenda majestad de Dios, que vive en él, y lo anima con su soplo, y lo llena con el reflejo de su omnipotencia.

El mismo día en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir se celebraba en la catedral de Toledo el último de la magnífica octava de la Virgen.

La fiesta religiosa había traído a ella una multitud inmensa de fieles; pero ya ésta se había dispersado en todas direcciones, ya se habían apagado las luces de las capillas y del altar mayor, y las colosales puertas del templo habían rechinado sobre sus goznes para cerrarse detrás del último toledano, cuando de entre las sombras, y pálido, tan pálido como la estatua de la tumba en que se apoyó un instante mientras dominaba su emoción, se adelantó un hombre que vino deslizándose con el mayor sigilo hasta la verja del crucero. Allí, la claridad de una lámpara permitía distinguir sus facciones.

Era Pedro.

¿Qué había pasado entre los dos amantes para que se arrestara, al fin, a poner por obra una idea que sólo el concebirla había erizado sus cabellos de horror? Nunca pudo saberse. Pero él estaba allí, y estaba allí para llevar a cabo su criminal propósito. En su mirada inquieta, en el temblor de sus rodillas, en el sudor que corría en anchas gotas por su frente, llevaba escrito su pensamiento.

La catedral estaba sola, completamente sola y sumergida en un silencio profundo. No obstante, de cuando en cuando se percibía como unos rumores confusos: chasquidos de madera tal vez, o murmullos del viento, o, ¿quién sabe?, acaso ilusión de la fantasía, que oye y ve y palpa en su exaltación lo que no existe; pero la verdad era que ya cerca, ya lejos, ora a sus espaldas, ora a su lado mismo, sonaban como sollozos que se comprimen, como roce de telas que se arrastran, como rumor de pasos que van y vienen sin cesar.

Pedro hizo un esfuerzo para seguir en su camino; llegó a la verja y subió la primera grada de la capilla mayor. Alrededor de esta capilla están las tumbas de los reyes, cuyas imágenes de piedra, con la mano en la empuñadura de la espada, parecen velar noche y día por el santuario, a cuya sombra descansan por toda una eternidad. "¡Adelante!", murmuró en voz baja, y quiso andar y no pudo. Parecía que sus pies se habían clavado en el pavimento. Bajó los ojos, y sus cabellos se erizaron de horror: el suelo de la capilla lo formaban anchas y oscuras losas sepulcrales.

Por un momento creyó que una mano fría y descarnada lo sujetaba en aquel punto con una fuerza invencible. Las moribundas lámparas, que brillaban en el fondo de las naves como estrellas perdidas entre las sombras, oscilaron a su vista, y oscilaron las estatuas de los sepulcros y las imágenes del altar, y osciló el templo todo, con sus arcadas de granito y sus machones de sillería.

"¡Adelante!", volvió a exclamar Pedro como fuera de sí, y se acercó al ara; y trepando por ella, subió hasta el escabel de la imagen. Todo alrededor suyo se revestía de formas quiméricas y horribles; todo era tinieblas o luz dudosa, más imponente aún que la oscuridad. Solo la Reina de los cielos, suavemente iluminada por una lámpara de oro, parecía sonreír tranquila, bondadosa y serena en medio de tanto horror.

Sin embargo, aquella sonrisa muda e inmóvil que lo tranquilizara un instante concluyó por infundirle temor, un temor más extraño, más profundo que el que hasta entonces había sentido.

Tornó empero a dominarse, cerró los ojos para no verla, extendió la mano, con un movimiento convulsivo, y le arrancó la ajorca, la ajorca de oro, piadosa ofrenda de un santo arzobispo, la ajorca de oro cuyo valor equivalía a una fortuna.

Ya la presea estaba en su poder; sus dedos crispados la oprimían con una fuerza sobrenatural; sólo restaba huir, huir con ella; pero para esto era preciso abrir los ojos, y Pedro tenía miedo de ver, de ver la imagen, de ver los reyes de las sepulturas, los demonios de las cornisas, los endriagos de los capiteles, las fajas de sombras y los rayos de luz que, semejantes a blancos y gigantescos fantasmas, se movían lentamente en el fondo de las naves, pobladas de rumores temerosos y extraños.

Al fin abrió los ojos, tendió una mirada, y un grito agudo se escapó de sus labios.

La catedral estaba llena de estatuas, estatuas que, vestidas con luengos y no vistos ropajes, habían descendido de sus huecos y ocupaban todo el ámbito de la iglesia y lo miraban con sus ojos sin pupila.

Santos, monjes, ángeles, demonios, guerreros, damas, pajes, cenobitas y villanos se rodeaban y confundían en las naves y en el altar. A sus

pies oficiaban, en presencia de los reyes, de hinojos sobre sus tumbas, los arzobispos de mármol que él había visto otras veces inmóviles sobre sus lechos mortuorios, mientras que, arrastrándose por las losas, trepando por los machones, acurrucados en los doseles, suspendidos en las bóvedas, pululaba, como los gusanos de un inmenso cadáver, todo un mundo de reptiles y alimañas de granito, quiméricos, deformes, horrorosos.

Ya no pudo resistir más. Las sienes le latieron con una violencia espantosa; una nube de sangre oscureció sus pupilas; arrojó un segundo grito, un grito desgarrador y sobrehumano, y cayó desvanecido sobre el ara.

Cuando al otro día los dependientes de la iglesia lo encontraron al pie del altar, tenía aún la ajorca de oro entre sus manos, y al verlos aproximarse exclamó con una estridente carcajada:

—¡Suya, suya!

El infeliz estaba loco.

El Cristo de la Calavera

(Leyenda toledana)

I

El rey de Castilla marchaba a la guerra de moros, y para combatir con los enemigos de la Religión había apellidado en son de guerra a todo lo más florido de la nobleza de sus reinos. Las silenciosas calles de Toledo resonaban noche y día con el marcial rumor de los atabales y los clarines, y ya en la morisca puerta de Visagra, ya en la de Valmardón o en la embocadura del antiguo puente de San Martín, no pasaba hora sin que se oyese el ronco grito de los centinelas anunciando la llegada de algún caballero que, precedido de su pendón señorial y seguido de jinetes y peones, venía a reunirse al grueso del ejército castellano.

El tiempo que faltaba para emprender el camino de la frontera y concluir de ordenar las huestes reales discurría en medio de fiestas públicas, lujosos convites y lucidos torneos, hasta que, llegada, al fin, la víspera del día señalado de antemano por Su Alteza para la salida del ejército, se dispuso un postrer sarao, con el que debieran terminar los regocijos.

La noche del sarao, el alcázar de los reyes ofrecía un aspecto singular. En los anchurosos patios, alrededor de inmensas hogueras y diseminados sin orden ni concierto, se veía una abigarrada multitud de pajes, soldados, ballesteros y gente menuda, quienes (estos aderezando sus

corceles y sus armas y disponiéndolas para el combate; aquellos saludando con gritos o blasfemias las inesperadas vueltas de la fortuna, personificada en los dados del cubilete; los otros repitiendo en coro el refrán de un romance de guerra que entonaba un juglar, acompañado de la guzla; los de más allá comprando a un romero conchas, cruces y cintas tocadas en el sepulcro de Santiago, o riendo con locas carcajadas de los chistes de un bufón, o ensayando en los clarines el aire bélico para entrar en la pelea, propio de sus señores, o refiriendo antiguas historias de caballería o aventuras de amor, o milagros recientemente acaecidos) formaban un infernal y atronador conjunto, imposible de pintar con palabras.

Sobre aquel revuelto océano de cantares de guerra, rumor de martillos que golpeaban los yunques, chirridos de limas que mordían el acero, piafar de corceles, voces descompuestas, risas inextinguibles, gritos desaforados, notas destempladas, juramentos y sonidos extraños y discordes, flotaban a intervalos, como un soplo de brisa armoniosa, los lejanos acordes de la música del sarao.

Este, que tenía lugar en los salones que formaban el segundo cuerpo del alcázar, ofrecía, a su vez, un cuadro, si no tan fantástico y caprichoso, más deslumbrador y magnífico.

Por las extensas galerías que se prolongaban a lo lejos, formando un intrincado laberinto de pilastras esbeltas y ojivas caladas y ligeras como el encaje; por los espaciosos salones vestidos de tapices, donde la seda y el oro habían representado con mil colores diversas escenas de amor, de caza y de guerra, y adornados con trofeos de armas y escudos, sobre los cuales vertían un mar de chispeante luz un sinnúmero de lámparas y candelabros de bronce, plata y oro, colgadas aquellas de las altísimas bóvedas y enclavados estos en los gruesos sillares de los muros; por todas partes adonde se volvían los ojos se veía oscilar y agitarse en distintas direcciones una nube de damas hermosas con ricas vestiduras chapadas en oro, redes de perlas aprisionando sus rizos, joyas de rubíes llameando sobre su seno, plumas sujetas en vaporoso cerco a un mango de marfil, colgadas del puño, y rostrillos de blancos encajes que acariciaban sus mejillas, o alegres turbas de galanes con talabartes de terciopelo, justillos de brocado y calzas de seda, borceguíes de tafilete, capotillos de mangas perdidas y caperuza, puñales con pomo de filigrana y estoques de corte, bruñidos, delgados y ligeros.

Pero entre esta juventud brillante y deslumbradora, que los ancianos miraban desfilar con una sonrisa de gozo, sentados en los altos sitiales de alerce que rodeaban el estrado real, llamaba la atención por su belleza incomparable una mujer, aclamada reina de la hermosura en todos los torneos y las cortes de amor de la época, cuyos colores habían adop-

tado por emblema los caballeros más valientes, cuyos encantos eran asunto de las coplas de los trovadores más versados en la ciencia del gay saber, a la que se volvían con asombro todas las miradas, por la que suspiraban en secreto todos los corazones; alrededor de la cual se veían agruparse con afán, como vasallos humildes en torno de su señora, los más ilustres vástagos de la nobleza toledana, reunida en el sarao de aquella noche.

Los que asistían de continuo a formar el séquito de presuntos galanes de doña Inés de Tordesillas, que tal era el nombre de esta celebrada hermosura, a pesar de su carácter altivo y desdeñoso, no desmayaban jamás en sus pretensiones; y este animado con una sonrisa que había creído adivinar en sus ojos; el otro, con una palabra lisonjera, un ligerísimo favor o una promesa remota, cada cual esperaba en silencio ser el preferido. Sin embargo, entre todos ellos había dos que más particularmente se distinguían por su asiduidad y rendimiento, dos, que, al parecer, si no los predilectos de la hermosa, podrían calificarse de los más adelantados en el camino de su corazón. Estos dos caballeros, iguales en cuna, valor y nobles prendas, servidores de un mismo rey y pretendientes de una misma dama, llamábanse Alonso de Carrillo, el uno, y el otro, Lope de Sandoval.

Ambos habían nacido en Toledo; juntos habían hecho sus primeras armas, y en un mismo día, al encontrarse sus ojos con los de doña Inés, se sintieron poseídos de un secreto y ardiente amor por ella, amor que germinó algún tiempo retraído y silencioso, pero que al cabo comenzaba a descubrirse y a dar involuntarias señales de existencia en sus acciones y discursos.

En los torneos de Zocodover, en los juegos florales de la corte, siempre que se les había presentado coyuntura para rivalizar entre sí en gallardía y donaire, la habían aprovechado con afán ambos caballeros, ansiosos de distinguirse a los ojos de su dama; y aquella noche, impelidos, sin duda, por un mismo afán, trocando los hierros por las plumas y las mallas por los brocados y la seda, de pie junto al sitial donde ella se reclinó un instante después de haber dado una vuelta por los salones, comenzaron una elegante lucha de frases enamoradas e ingeniosos epigramas embozados y agudos.

Los astros menores de esta brillante constelación, formando un dorado semicírculo en torno de ambos galanes, reían y esforzaban las delicadas burlas; y la hermosa objeto de aquel torneo de palabras aprobaba con una imperceptible sonrisa los conceptos escogidos o llenos de intención que ora salían de los labios de sus adoradores como una ligera onda de perfume que halagaba su vanidad, ora partían como una saeta aguda

que iba a buscar, para clavarse en él, el punto más vulnerable del contrario: su amor propio.

Ya el cortesano combate de ingenio y galanura comenzaba a hacerse de cada vez más crudo; las frases eran aún corteses en la forma, pero breves, secas, y al pronunciarlas, si bien las acompañaba una ligera dilatación de los labios, semejantes a una sonrisa, los ligeros relámpagos de los ojos, imposibles de ocultar, demostraban que la cólera hervía comprimida en el seno de ambos rivales.

La situación era insostenible. La dama lo comprendió así, y levantándose del sitial se disponía a volver a los salones, cuando un nuevo incidente vino a romper la valla del respetuoso comedimiento en que se contenían los dos jóvenes enamorados. Tal vez con intención, acaso por descuido, doña Inés había dejado sobre su falda uno de los perfumados guantes, cuyos botones de oro se entretenía en arrancar uno a uno mientras duró la conversación. Al ponerse de pie, el guante resbaló por entre los anchos pliegues de seda y cayó en la alfombra. Al verlo caer, todos los caballeros que formaban su brillante comitiva se inclinaron presurosos a recogerlo, disputándose el honor de alcanzar un leve movimiento de cabeza en premio de su galantería.

Al notar la precipitación con que todos hicieron ademán de inclinarse, una imperceptible sonrisa de vanidad satisfecha asomó a los labios de la orgullosa doña Inés, que después de hacer un saludo general a los galanes que tanto empeño mostraron en servirla, sin mirar apenas y con la mirada alta y desdeñosa, tendió la mano para recoger el guante en la dirección en que se encontraba Lope y Alonso, los primeros que parecían haber llegado al sitio en que cayera.

En efecto, ambos jóvenes habían visto caer el guante cerca de sus pies; ambos se habían inclinado con igual presteza a recogerlo, y al incorporarse, cada cual lo tenía asido por un extremo. Al verlos inmóviles, desafiándose en silencio con la mirada y decididos ambos a no abandonar el guante que acababan de levantar del suelo, la dama dejó escapar un grito breve e involuntario, que ahogó el murmullo de los asombrados espectadores, los cuales presentían una escena borrascosa que en el alcázar, y en presencia del rey, podría calificarse de un horrible desacato.

No obstante, Lope y Alonso permanecían impasibles, mudos, midiéndose con los ojos, de la cabeza a los pies, sin que la tempestad de sus almas se revelase más que por un ligero temblor nervioso que agitaba sus miembros como si se hallasen acometidos de una repentina fiebre.

Los murmullos y exclamaciones iban subiendo de punto; la gente comenzaba a agruparse en torno de los actores de la escena; doña Inés, o aturdida o complaciéndose en prolongarla, daba vueltas de un lado para otro, como buscando dónde refugiarse y evitar las miradas de la

gente, que cada vez acudía en mayor número. La catástrofe era ya segura; los dos jóvenes habían ya cambiado algunas palabras en voz sorda, y mientras que con la una mano sujetaba el guante con una fuerza convulsiva, parecían ya buscar instintivamente con la otra el puño de oro de sus dagas, cuando se entreabrió respetuosamente el grupo que formaban los espectadores y apareció el rey.

Su frente estaba serena; ni había indignación en su rostro ni cólera en su ademán.

Tendió una mirada alrededor, y esta sola mirada fue bastante para darle a conocer lo que pasaba. Con toda la galantería del doncel más cumplido, tomó el guante de las manos de los caballeros, que, como movidas por un resorte, se abrieron sin dificultad al sentir el contacto de la del monarca y volviéndose a doña Inés de Tordesillas, que apoyada en el brazo de una dueña parecía próxima a desmayarse, exclamó, presentándolo, con acento, aunque templado, firme:

—Tomad, señora, y cuidad de no dejarlo caer en otra ocasión donde al devolvéroslo, os lo devuelvan manchado en sangre.

Cuando el rey terminó de decir estas palabras, doña Inés, no acertaremos a decir si a impulsos de la emoción o por salir más airosa del paso, se había desvanecido en brazos de los que la rodeaban.

Alonso y Lope, el uno estrujando en silencio entre sus manos el birrete de terciopelo, cuya pluma arrastraba por la alfombra, y el otro mordiéndose los labios hasta hacerse brotar la sangre, se clavaron una mirada tenaz e intensa.

Una mirada en aquel lance equivalía a un botefón, a un guante arrojado al rostro, a un desafío a muerte.

I I

Al llegar la medianoche, los reyes se retiraron a su cámara. Terminó el sarao, y los curiosos de la plebe, que aguardaban con impaciencia este momento formando grupos o corrillos en las avenidas de palacio, corrieron a estacionarse en la cuesta del alcázar, los Miradores y el Zocodover.

Durante una o dos horas, en las calles inmediatas a estos puntos reinó un bullicio, una animación y un movimiento indescriptibles. Por todas partes se veían cruzar escuderos caracoleando en sus corceles ricamente enjaezados, reyes de armas con lujosas casullas llenas de escudos y blasones, timbaleros vestidos de colores vistosos, soldados cubiertos de armaduras resplandecientes, pajes con capotillos de terciopelo y birretes coronados de pluma, y servidores de a pie que precedían las lujosas literas y las andas cubiertas de ricos paños, llevando en sus manos

grandes hachas encendidas, a cuyo rojizo resplandor podía verse a la multitud que, con cara atónita, labios entreabiertos y ojos espantados, miraba desfilar con asombro a todo lo mejor de la nobleza castellana, rodeada en aquella ocasión de un fausto y un esplendor fabulosos.

Luego, poco a poco, fueron cesando el ruido y la animación; los vidrios de colores de las altas ojivas del palacio dejaron de brillar; atravesó por entre los apiñados grupos la última cabalgata; la gente del pueblo, a su vez, comenzó a dispersarse en todas direcciones, perdiéndose entre las sombras del enmarañado laberinto de calles oscuras, estrechas y torcidas, y ya no turbaba el profundo silencio de la noche más que el grito lejano de vela de algún guerrero, el rumor de los pasos de algún curioso que se retiraba el último o el ruido que producían las aldabas de algunas puertas al cerrarse, cuando en lo alto de la escalinata que conducía a la plataforma del palacio apareció un caballero, el cual, después de tender la vista por todos lados, como buscando a alguien que debía esperarlo, descendió lentamente hasta la cuesta del alcázar, por la que se dirigió hacia el Zocodover.

Al llegar a la plaza de este nombre se detuvo un momento y volvió a pasear la mirada a su alrededor. La noche estaba oscura; no brillaba una sola estrella en el cielo, ni en toda la plaza se veía una sola luz; no obstante, allá a lo lejos, y en la misma dirección en que comenzó a percibirse un ligero ruido como de pasos que iban aproximándose, creyó distinguir el bulto de un hombre: era, sin duda, el mismo a quien parecía aguardaba con tanta impaciencia.

El caballero que acababa de abandonar el alcázar para dirigirse a Zocodover era Alonso Carrillo, que, en razón al puesto de honor que desempeñaba cerca de la persona del rey, había tenido que acompañarlo en su cámara hasta aquellas horas. El que, saliendo de entre las sombras de los arcos que rodeaban la plaza, vino a reunírsele, Lope de Sandoval. Cuando los dos caballeros se hubieron reunido cambiaron algunas frases en voz baja.

—Presumí que me aguardabas— dijo el uno.

—Esperaba que lo presumirías— contestó el otro.

—¿Y adónde iremos?

—A cualquier parte en que se puedan hallar cuatro palmos de terreno donde revolverse y un rayo de claridad que nos alumbre.

Terminado este brevísimo diálogo, los dos jóvenes se internaron por una de las estrechas calles que desembocaban en el Zocodover, desapareciendo en la oscuridad como esos fantasmas de la noche que, después de aterrar un instante al que los ve, se deshacen en átomos de nieblas y se confunden en el seno de las sombras.

Largo rato anduvieron dando vueltas a través de las calles de Toledo,

buscando un lugar a propósito para terminar sus diferencias; pero la oscuridad de la noche era tan profunda, que el duelo parecía imposible. No obstante, ambos deseaban batirse, y batirse antes que rayase el alba, pues al amanecer debían partir las huestes reales, y Alonso con ellas.

Prosiguieron, pues, cruzando al azar plazas desiertas, pasadizos sombríos, callejones estrechos y tenebrosos, hasta que, por último, vieron brillar a lo lejos una luz, una luz pequeña y moribunda, en torno a la cual la niebla formaba un cerco de claridad fantástica y dudosa.

Habían llegado a la calle del Cristo, y la luz que se divisaba en uno de sus extremos parecía ser la del farolillo que alumbraba en aquella época, y alumbra aún, a la imagen que le da su nombre.

Al verla, ambos dejaron escapar una exclamación de júbilo, y, apresurando el paso en su dirección, no tardaron mucho en encontrarse junto al retablo en que ardía.

Un arco rehundido en el muro, en el fondo del cual se veía la imagen del Redentor enclavada en la Cruz y con una calavera al pie; un tosco cobertizo de tablas que lo defendían de la intemperie, y el pequeño farolillo colgado de una cuerda, que lo iluminaba débilmente, vacilando al impulso del aire, formaban todo el retablo, alrededor del cual colgaban algunos festones de hiedra que habían crecido entre los oscuros y rotos sillares, formando una especie de pabellón de verdura.

Los caballeros, después de saludar respetuosamente a la imagen de Cristo quitándose los birretes y murmurando en voz baja una corta oración, reconocieron el terreno con una ojeada, echaron a tierra sus mantos, y apercibiéndose mutuamente para el combate y dándose la señal con un leve movimiento de cabeza, cruzaron los estoques. Pero apenas se habían tocado los aceros, y antes que ninguno de los combatientes hubiese podido dar un solo paso o intentar un golpe, la luz se apagó de repente y la calle quedó sumida en la oscuridad más profunda. Como guiados por un mismo pensamiento, y al verse rodeados de repentinas tinieblas, los dos combatientes dieron un paso atrás, bajaron al suelo las puntas de sus espadas y levantaron los ojos hacia el farolillo, cuya luz, momentos antes apagada, volvió a brillar de nuevo, al punto en que hicieron además de suspender la pelea.

—Será alguna ráfaga de aire que ha abatido la llama al pasar— exclamó Carrillo, volviendo a ponerse en guardia y previniendo con una voz a Lope, que parecía preocupado.

Lope dio un paso adelante para recuperar el terreno perdido, tendió el brazo y los aceros se tocaron otra vez; más, al tocarse, la luz se tornó a apagar por sí misma, permaneciendo así mientras no se separaron los estoques.

—En verdad que esto es extraño— murmuró Lope, mirando al faro-

lillo, que espontáneamente había vuelto a encenderse y se mecía con lentitud en el aire, derramando una claridad trémula y extraña sobre el amarillo cráneo de la calavera colocada a los pies del Cristo.

—¡Bah! —dijo Alonso—. Será que la beata encargada de cuidar el farol del retablo sisa a los devotos y escasea el aceite, por lo cual la luz, próxima a morir, luce y se oscurece a intervalos en señal de agonía.

Y dichas estas palabras, el impetuoso joven tornó a colocarse en actitud de defensa. Su contrario le imitó; pero esta vez no tan sólo volvió a rodearlos una sombra espesísima e impenetrable, sino que al mismo tiempo hirió sus oídos el eco profundo de una voz misteriosa, semejante a esos largos gemidos del vendaval, que parece que se queja y articula palabras al correr aprisionado por las torcidas, estrechas y tenebrosas calles de Toledo.

Qué dijo aquella voz medrosa y sobrehumana, nunca pudo saberse; pero al oírla ambos jóvenes se sintieron poseídos de tan profundo terror, que las espadas se escaparon de sus manos, el cabello se les erizó y por sus cuerpos, que estremecía un temblor involuntario, y por sus frentes, pálidas y descompuestas, comenzó a correr un sudor frío como el de la muerte.

La luz, por tercera vez apagada, por tercera vez volvió a resucitar, y las tinieblas se disiparon.

—¡Ah!— exclamó Lope al ver a su contrario entonces, y en otros días su mejor amigo, asombrado como él, como él pálido e inmóvil—. Dios no quiere permitir este combate, porque es una lucha fratricida, porque un combate entre nosotros ofende al Cielo ante el cual nos hemos jurado cien veces una amistad eterna.

Y esto diciendo, se arrojó en los brazos de Alonso, que lo estrechó entre los suyos con una fuerza y una efusión indecibles.

Pasados algunos minutos, durante los cuales ambos jóvenes se dieron toda clase de muestras de amistad y cariño, Alonso tomó la palabra, y con acento conmovido aún por la escena que acabamos de referir, exclamó, dirigiéndose a su amigo:

—Lope, yo sé que amas a doña Inés; ignoro si tanto como yo, pero la amas. Puesto que un duelo entre nosotros es imposible, resolvámonos a encomendar nuestra suerte en sus manos. Vamos en su busca: que ella decida con libre albedrío cuál ha de ser el dichoso, cuál el infeliz. Su decisión será respetada por ambos, y el que no merezca sus favores, mañana saldrá con el rey de Toledo, e irá a buscar el consuelo del olvido en la agitación de la guerra.

—Puesto que tú lo quieres, sea— contestó Lope.

Y el uno apoyado en el brazo del otro, los dos amigos se dirigieron

hacia la catedral, en cuya plaza, y en un palacio del que ya no quedan ni aun los restos, habitaba doña Inés de Tordesillas.

Estaba a punto de rayar el alba, y como algunos de los deudos de doña Inés, sus hermanos entre ellos, marchaban al otro día con el ejército real, no era imposible que en las primeras horas de la mañana pudiesen penetrar en su palacio.

Animados con esta esperanza, llegaron, en fin, al pie de la gótica torre del templo; más al llegar a aquel punto un ruido particular llamó su atención, y deteniéndose en uno de los ángulos, ocultos entre las sombras de los altos machones que flanquean los muros, vieron, no sin grande asombro, abrirse el balcón del palacio de su dama, surgir en él un hombre que se deslizó hasta el suelo, al parecer con la ayuda de una cuerda, y, por último, una forma blanca, doña Inés, sin duda, que, inclinándose sobre el calado antepecho, cambió algunas tiernas frases de depedida con su misterioso galán.

El primer movimiento de los dos jóvenes fue llevar las manos al puño de sus espadas; pero, deteniéndose como heridos de una idea súbita, volvieron los ojos a mirarse, y se hubieron de encontrar con una cara de asombro, tan cómica, que ambos prorrumpieron en una ruidosa carcajada, carcajada que, repitiéndose de eco en eco en el silencio de la noche, resonó en toda la plaza y llegó hasta palacio.

Al oírla, la forma blanca desapareció del balcón, se escuchó el ruido de las puertas, que se cerraron con violencia, y todo vovió a quedar en silencio.

III

Al día siguiente, la reina, colocada en un estrado lujosísimo, veía desfilar las huestes que marchaban a la guerra de moros, teniendo a su lado a las damas más principales de Toledo. Entre ellas estaba doña Inés de Tordesillas, en la que aquel día, como siempre, se fijaban todos los ojos; pero, según a ella le parecía advertir, con diversa expresión que la de costumbre. Diríase que en todas las curiosas miradas que a ella se volvían retozaba una sonrisa burlona.

Este descubrimiento no dejaba de inquietarla algo, sobre todo teniendo en cuenta las ruidosas carcajadas que la noche anterior había creído percibir a lo lejos y en uno de los ángulos de la plaza, cuando cerraba el balcón y despedía a su amante; pero al mirar aparecer entre las filas de los combatientes, que pasaban por debajo del estrado lanzando chispas de fuego de sus brillantes armaduras y envueltos en una nube de polvo los pendones reunidos de las casas de Carrillo y Sandoval; al ver la significativa sonrisa que al saludar a la reina le dirigieron los dos

antiguos rivales, que cabalgaban juntos, todo lo adivinó, y la púrpura de la vergüenza enrojeció su frente y brilló en sus ojos una lágrima de despecho.

La voz del silencio

(Tradición de Toledo)

En una de las visitas que como remanso en la lucha diaria hago a la vetusta y silenciosa Toledo, sucedieron estos pequeños acontecimientos que, agrandados por mi fantasía, traslado a las blancas cuartillas.

Vagaba una tarde por las estrechas calles de la imperial ciudad con mi carpeta de dibujo debajo del brazo, cuando sentí que una voz como un inmenso suspiro pronunciaba a mi lado vagas y confusas palabras: me volví apresuradamente y cuál no sería mi asombro al encontrarme completamente sólo en la estrecha calleja. Y, sin embargo, indudablemente una voz, una voz extraña, mezcla de lamento, voz de mujer sin duda, había sonado a pocos pasos de donde yo estaba. Cansado de buscar inútilmente la boca que a mi espalda había lanzado su confusa queja, y habiendo ya sonado la hora del *Angelus* en el reloj de un cercano convento, me dirigí a la posada que me servía de refugio en las interminables horas de la noche.

Al quedarme solo en mi habitación, y a la luz de la débil y vacilante bujía, tracé en mi álbum una silueta de mujer.

Dos días después, y cuando ya casi había olvidado mi pasada aventura, la casualidad me llevó nuevamente a la torcida encrucijada teatro de ella. Empezaba a morir el día; el sol teñía el horizonte de manchas rojas, moradas; caía grave en el silencio la voz de bronce de las horas. Mi paso era lento, una vaga melancolía ponía un gesto de duda en mi semblante.

Y otra vez la voz, la misma voz del pasado día, volvió a turbar el silencio y mi tranquilidad. Esta vez decidí no descansar hasta encontrar la clave del enigma, y cuando ya desconfiaba de mis investigaciones, descubrí en una vieja casa, de antiquísima arquitectura, una pequeña ventana cerrada por una reja de caprichoso y artístico enrejado. De aquella ventana salía, indudablemente, la armoniosa y silente voz de mujer.

Era completamente de noche; la voz-suspiro había callado y decidí volver a mi posada, en cuya habitación de enjalbegadas paredes, y tendido en el duro lecho, ha creado mi fantasía una novela que, desgraciadamente..., nunca podrá ser realidad.

Al día siguiente, un viejo judío que tiene su puesto de quincalla frente a la vieja casa en que sonó la misteriosa voz, me contó que dicha casa está deshabitada desde hace mucho tiempo. Vivía en ella una bellísima mujer acompañada de su esposo, un avaro mercader de mucha más edad

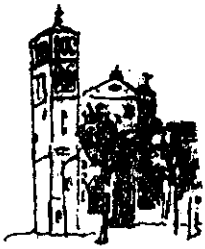
que ella. Un día el mercader salió de la casa cerrando la puerta con llave, y no volvió a saberse de él ni de su hermosa mujer. La leyenda cuenta que desde entonces todas las noches un fantasma blanco con formas de mujer vaga por el ruinoso caserón, y se escuchan confusas voces mezcladas de maldición y lamento.

Ya la misma leyenda cree ver en el blanco fantasma a la bella mujer del mercader avaro.

Voz de mujer que como música celeste, como suspiro de un alma enamorada, viniste a mí, traída por la caricia del aire lleno de aromas de primavera. ¿Qué misterio hay en tus palabras confusas, en tus débiles quejas, en tus armoniosas y extrañas canciones?

GUSTAVO ADOLFO BECQUER
Leyendas. Obras Completas. Aguilar 1969.

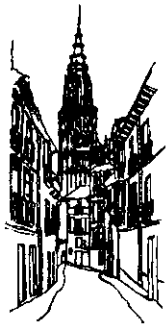
Cuarenta veces secular



TOLEDO... ciudad cuarenta veces secular, segunda Roma, cuna de la civilización ibérica, cabeza durante siete centurias y sede religiosa hoy mismo de la monarquía y de la iglesia española..., codiciada de los romanos, perla de los godos, encanto de los sarracenos, premio de los cristianos reconquistadores, orgullo del césar Carlos V, compendio y suma en fin en que se encierran por maravilloso modo las glorias históricas y artísticas de España.

VIZCONDE DE PALAZUELOS
Año 1890. «Toledo».

Relicario de la historia



CIÑELA el caudaloso Tajo y admíranla sin cesar nacionales y extranjeros. Es su recinto arqueológico relicario donde perduran veneradas y lozanas las más gloriosas tradiciones de nuestra historia nacional; joyel delicadísimo en que se conservan intactas las preseas más ricas y envidiadas de nuestras pretéritas grandezas. Cada piedra evoca allí un recuerdo; cada edificio atesora con amoroso orgullo su leyenda. Desde la soberbia Catedral, majestuoso poema heroico que esculpiera en piedra un siglo de gigantes, hasta el incomparable claustro de San Juan de los Reyes, sublime oda pindárica en la que se agotaron los maravillosos

primores y filigranadas bellezas de una lírica exhuberante y sentida; desde el suntuoso Alcázar hasta la interesantísima sinagoga consagrada en ocasión memorable a la Virgen Madre de Dios con el título de Santa María la Blanca, todo, todo proclama en alta voz que en la ciudad imperial las huellas que imprimieron las cáligas romanas y los inquietos corceles de la morisma bulliciosa y guerrera quedaron obscurecidas por el predominio de la idea católica, por los explendores iridiscentes de la civilización cristiano-goda y el poderío sin segundo con que pluguiera al Cielo recompensarnos la titánica obra de la Reconquista.

JUAN GARCIA CRIADO Y MENENDEZ
Año 1896. «A orillas del Tajo»

Peñascosa pesadumbre

¡OH peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas, por infinitos siglos, las reliquias de los valientes godos para volver a resucitar su muerta gloria y ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! ¡Salve, oh ciudad santa!

«Los trabajos de Persiles y Segismunda». Libro III. Cap. VIII.

... ...

—¿Adónde vas a parar, Sancho, que seas maldito? —dijo Don Quijote—. Que cuando comienzas a ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?

—¡Oh! Pues si no me entienden —respondió Sancho—, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates. Pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho; sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos.

—*Fiscal* has de decir —dijo Don Quijote—; que no *friscal*, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.

—No se apunte vuesa merced conmigo —respondió Sancho—, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado o quito alguna letra a mis vocablos. Sí, que, ¡válgame Dios!, no hay para qué obligar al sayagués a que hable como el toledano, y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar pulido.

—Así es —dijo el licenciado—; porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos.

Don Quijote de la Mancha. Parte II. Cap. XIX.

... ...

Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: mi padre es sastre; enseñóme su oficio, y de corte de tijera, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas. Enfadóme la vida estrecha de la madrastra; dejé mi pueblo, vine a Toledo a ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca ni hay faltriquera tan escondida que mis dedos no visiten ni mis tijeras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos. Y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresalto ni corrido de corchetes, ni soplado de ningún cañuto; bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dió noticias de mi habilidad al corregidor, el cual, aficionado a mis buenas partes, quisiera verme; más yo, que, por ser humilde, no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y así, salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgadura ni blancas, ni de algún coche de retorno, o por lo menos de un carro.

«Rinconete y Cortadillo».

... ...

Entraron, en fin, en la posada, y la Argüello, que era una mujer de hasta cuarenta y cinco años, superintendente de las camas y aderezo de los aposentos, los llevó a uno que ni era de caballeros ni de criados, sino de gente que podía hacer medio entre los dos extremos. Pidieron de cenar; respondióles Argüello que en aquella posada no daban de comer a nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo que los huéspedes traían de fuera comprado; pero que bodegones y casas de estado había cerca donde, sin escrúpulo de conciencia, podían ir a cenar lo que quisiesen. Tomaron los dos el consejo de Argüello y dieron con sus cuerpos en un bodegón, donde Carriazo cenó lo que le dieron y Avendaño lo que con él llevaba, que fueron pensamientos e imaginaciones.

Lo poco o nada que Avendaño comía admiraba mucho a Carriazo. Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, al volverse a la posada le dijo:

—Conviene que mañana madruguemos, porque antes que entre la calor estemos ya en Orgaz.

—No estoy en eso —respondió Avendaño—, porque pienso, antes que de esta ciudad me parta, ver lo que dicen que hay famoso en ella, como

es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las Vistillas de San Agustín, la Huerta del Rey y la Vega.

—Norabuena —respondió Carriazo—, eso en dos días se podrá ver.

—En verdad que lo he de tomar de espacio, que no vamos a Roma a alcanzar alguna vacante.

—¡Ta, ta! —replicó Carriazo—. A mí me maten, amigo, si no estáis vos con más deseo de quedaros en Toledo que de seguir nuestra comenzada romería.

—Así es la verdad —respondió Avendaño—; y aun tan imposible será apartarme de ver el rostro de esta doncella como no es posible ir al Cielo sin buenas obras.

—¡Gallardo encarecimiento —dijo Carriazo— y determinación digna de un tan generoso pecho como el vuestro! ¡Bien cuadra un don Tomás de Avendaño, hijo de don Juan de Avendaño, caballero lo que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegra, discreto lo que admira, con enamorado y perdido por una fregona que sirve en el mesón del Sevillano!

—Lo mismo me parece a mí que es —respondió Avendaño— considerar un don Diego de Carriazo, hijo del mismo, caballero del hábito de Alcántara el padre, y el hijo a pique de heredarle con su mayorazgo, no menos gentil en el cuerpo que en el ánimo y con todos estos generosos atributos, verle enamorado, ¿de quién, si pensáis? ¿De la reina Ginebra? No por cierto, sino de la almadraba de Zahara, que es más fea a lo que creo, que un miedo de santo Antón.

—¡Pata es la traviesa, amigo! —respondió Carriazo—. Por los filos que te herí me has muerto; quédese aquí nuestra pendencia, y vámonos a dormir, y amanecerá Dios, y medraremos.

—Mira, Carriazo: hasta ahora no has visto a Costanza; en viéndola, te doy licencia para que me digas todas las injurias o reprehensiones que quisieres.

—Ya sé yo en qué ha de parar esto —dijo Carriazo.

—¿En qué? —replicó Avendaño.

—En que yo me iré con mi almadraba y tú te quedarás con tu fregona —dijo Carriazo.

—No seré yo tan venturoso— dijo Avendaño.

—Ni yo tan necio —respondió Carriazo— que por seguir tu mal gusto deje de conseguir el bueno mío.

En estas pláticas llegaron a la posada, y aun se les pasó en otras semejantes la mitad de la noche; y habiendo dormido, a su parecer, poco más de una hora, los despertó el son de muchas chirimías que en la calle sonaban. Sentáronse en la cama, y estuvieron atentos, y dijo Carriazo:

—Apostaré que es ya de día y que debe de hacerse alguna fiesta en un monasterio de Nuestra Señora del Carmen, que está aquí cerca, y por eso tocan estas chirimías.

... ...

Resta ahora por decir qué es lo que le pareció a Carriazo de la hermosura de Costanza; pero de lo que le pareció a Avendaño, ya está dicho, cuando la vió la vez primera. No digo más sino que a Carriazo le pareció tan bien como a su compañero, pero enamoróle mucho menos; y tan menos, que quisiera no anochecer en la posada, sino partirse luego para sus almadrabas. En esto, a las voces de Costanza, salió a los corredores la Argüello, con otras dos mocetonas, también criadas de casa, de quien se dice que eran gallegas; y el haber tantas lo requería la mucha gente que acude a la posada del Sevillano, que es una de las mejores y más frecuentadas que hay en Toledo. Acudieron también los mozos de los huéspedes a pedir cebada; salió el huésped de casa a dársela, maldiciendo a sus mozas, que por ellas se le había ido un mozo que la solía dar con muy buena cuenta y razón, sin que le hubiese hecho menos, a su parecer, un solo grano. Avendaño, que oyó esto, dijo:

—No se fatigue, señor huésped; déme el libro de la cuenta, que los días que hubiere de estar aquí, yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren que no eche menos al mozo que dice que se le ha ido.

—En verdad que os lo agradezco, mancebo —respondió el huésped—, porque yo no puedo atender a esto, que tengo otras muchas cosas a que acudir fuera de casa. Bajad; daros he el libro, y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo y hacen trampantojos un celemín de cebada con menos conciencia que si fuese de paja.

Bajó al patio Avendaño, entregóse en el libro, y comenzó a despachar celemines como agua, y a asentarlos con tan buen orden, que el huésped, que lo estaba mirando, quedó contento; y tanto que dijo:

—Pluguiere a Dios que vuestro amo no viniese y que a vos os diese gana de quedaros en casa, que a fe que otro gallo os cantase. Porque el mozo que se me fue vino a mi casa habrá ocho meses, roto y flaco, y ahora lleva dos pares de vestidos muy buenos y va gordo como una nutria. Porque quiero que sepáis, hijo, que en esta casa hay muchos provechos, amén de los salarios.

—Si yo me quedase —replicó Avendaño—, no repararía mucho en la ganancia; que con cualquier cosa me contentaría a trueco de estar en esta ciudad que me dicen que es la mejor de España.

—A lo menos —respondió el huésped—, es de las mejores y más abundantes que hay en ella; más otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al río; que también se me fue otro mozo que con un

asno que tengo famoso me tenía rebosando las tinajas y hecha un lago de agua la casa; y una de las causas porque los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos a mi posada, es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella; porque no llevan su ganado al río, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños.

Todo esto estaba oyendo Carriazo, el cual, viendo que ya Avendaño estaba acomodado y con oficio en casa, no quiso él quedarse a buenas noches, y más que consideró el gran gusto que haría a Avendaño si le seguía el humor; y así, dijo al huésped:

—Venga el asno, señor huésped, que tan bien sabré yo cincharle y cargarle como sabe mi compañero asentar en el libro su mercancía.

—Sí —dijo Avendaño—; mi compañero Lope Asturiano servirá de traer agua como un príncipe, y yo le fío.

La Argüello, que estaba atenta desde el corredor a todas estas pláticas, oyendo decir a Avendaño que él fiaba a su compañero, dijo:

—Dígame, gentil hombre: ¿y quién le ha de fiar a él? Que en verdad que me parece que más necesidad tiene de ser fiado que de ser fiador.

—Calla, Argüello —dijo el huésped—; no te metas donde no te llaman; yo los fío a entrambos, y por vida de vosotras que no tengáis dares ni tomares con los mozos de casa, que por vosotras se me van todos.

—Pues qué —dijo otra moza—, ¿ya se quedan en casa estos mancebos? Para mi santiguada, que si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota.

—Déjese de chocarrerías, señora Gallega —respondió el huésped—, y haga su hacienda, y no se entremeta con los mozos, que la moleré a palos.

—¡Por cierto sí! —replicó la Gallega—. ¡Mirad qué joyas para codiciarlas! Pues en verdad que no me ha hallado el señor mi amo tan juguetona con los mozos de casa, ni de fuera, para tenerme en la mala piñón que me tiene; ellos son bellacos, y se van cuando se les antoja, sin que nosotras les demos ocasión alguna. ¡Bonica gente es ella, por cierto, para tener necesidad de apetito que los inciten a dar un madrugón a sus amos cuando menos se percatan!

—Mucho habláis, Gallega hermana —respondió su amo—; punto en boca, y atended a lo que tenéis a vuestro cargo.

Ya en esto tenía Carriazo enjaezado el asno, y subiendo en él de un brinco, se encaminó al río, dejando a Avendaño muy alegre de haber visto su gallarda resolución.

He aquí tenemos ya —en buen hora se cuente— a Avendaño hecho mozo del mesón con nombre de Tomás Pedro, que así dijo que se llamaba, y a Carriazo, con el de Lope Asturiano, hecho aguador: transformaciones dignas de anteponerse a las del narigudo poeta. A malas penas

acabó de entender la Argüello que los dos se quedaban en casa, cuando hizo designio sobre el Asturiano, y le marcó por suyo, determinándose a regalarle de suerte que, aunque él fuese de condición esquiva y retirada, le volviese más blando que un guante. El mismo discurso hizo la Gallega melindrosa sobre Avendaño, y como las dos, por trato y conversación y por dormir juntas, fuesen grandes amigas, al punto declaró la una a la otra su determinación amorosa, y desde aquella noche determinaron de dar principio a la conquista de sus dos desapasionados amantes. Pero lo primero que advirtiron fue en que les habían de pedir que no las habían de pedir celos por cosas que las viesen hacer de sus personas, porque mal pueden regalar las mozas a los de dentro si no hacen tributarios a los de fuera de casa "Callad, hermanos —decían ellas como si los tuvieran presentes y fueran ya sus verdaderos mancebos y amancebados—; callad y tapaos los ojos, y dejad tocar el pandero a quien sabe y que guíe la danza quien la entiende, y no habrá par de canónigos en esta ciudad más regalados que vosotros lo seréis de estas tributarias vuestras."

Estas y otras razones de esta sustancia y jaez dijeron la Gallega y la Argüello, y en tanto, caminaba nuestro buen Lope Asturiano la vuelta del río, por la cuesta del Carmen, puestos los pensamientos en sus almadrabas y en la súbita mutación de su estado. O ya fuese por esto o porque la suerte así lo ordenase, en un paso estrecho, al bajar de la cuesta, encontró con un asno de un aguador, que subía cargado; y como él descendía y su amo era gallardo, bien dispuesto y poco trabajador, tal encuentro dió al cansado y flaco que subía, que dió con él en el suelo, y por haberse quebrado los cántaros se derramó también el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo, despechado y lleno de cólera, arremetió al aguador moderno, que aún se estaba caballero, y antes que se desenvolviese y apease le había pegado una docena de palos tales, que no le supieron bien al Asturiano. Apeóse, en fin; pero con tan malas entrañas, que arremetió a su enemigo, y asiéndole con ambas manos por la garganta dió con él en el suelo, y tal golpe dió con la cabeza sobre una piedra, que se la abrió por dos partes, saliendo tanta sangre, que pensó que le había muerto.

Otros muchos aguadores que allí venían, como vieron a su compañero tan malparado, arremetieron a Lope y tuvieronle asido fuertemente, gritando:

—¡Justicia, justicia!... ¡Qué este aguador ha muerto a un hombre!

Y a vuelta de estas razones y gritos, le molían a mojicones, y a palos. Otros acudieron al caído, y vieron que tenía hendida la cabeza y que casi estaba expirando. Subieron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Carmen dieron en los oídos de un alguacil, el cual, con dos corchetes, con más ligereza que si volara, se puso en el lugar de

la pendencia, a tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre su asno, y el de Lope asido, y Lope rodeado de más de veinte aguadores que no le dejaban rodear, antes le brumaban las costillas de manera que más se pudiera temer de su vida que de la del herido, según menudeaban sobre él los puños y las varas aquellos vengadores de la ajena injuria.

Llegó el alguacil, apartó la gente, entregó a sus corchetes al Asturiano, y antecogiendo a su asno y al herido sobre el suyo, dió con ellos en la cárcel, acompañado de tanta gente y de tantos muchachos que le seguían, que apenas podía hender por las calles. Al rumor de la gente, salió Tomás Pedro y su amo a la puerta de casa, a ver de qué procedía tanta grita, y descubrieron a Lope entre los dos corchetes, lleno de sangre el rostro y la boca; miró luego por su asno el huésped, y vióle en poder de otro corchete que ya se les había juntado; preguntó la causa de aquellas prisiones; fuéle respondida la verdad del suceso; pesóle por su asno, temiendo que lo había de perder, o a lo menos hacer más costas por cobrarle que él valía. Tomás Pedro siguió a su compañero, sin que le dejasen llegar a hablarle una palabra: tanta era la gente que lo impedía y el recato de los corchetes y del alguacil que le llevaba. Finalmente, no le dejó hasta verle poner en la cárcel, y en un calabozo, con los pares de grillos, y al herido en la enfermería, donde se halló a verle curar, y vió que la herida era peligrosa, y mucho, y lo mismo dijo el cirujano. El alguacil se llevó a su casa los dos asnos, y más cinco reales de a ocho que los corchetes habían quitado a Lope.

Volvióse a la posada lleno de confusión y de tristeza; halló al que ya tenía por amo con no menos pesadumbre que él traía, a quien dijo de la manera que quedaba su compañero, y del peligro de muerte en que estaba el herido, y del suceso de su asno. Díjole más: que a su desgracia se le había añadido otra de no menor fastidio, y era que un grande amigo de su señor le había encontrado en el camino y le había dicho que su señor, por ir muy de prisa y ahorrar dos leguas de camino, desde Madrid, había pasado por la barca de Azeca, y que aquella noche dormía en Orgaz y que le había dado doce escudos que le diese, con orden de que se fuese a Sevilla, donde le esperaba.

—Pero no puede ser así —añadió Tomás—, pues no será razón que yo deje a mi amigo y camarada en la cárcel y en tanto peligro: mi amo me podrá perdonar por ahora; cuanto más que él es tan bueno y honrado, que dará por bien cualquier falta que le hiciere, a trueco que no la haga a mi camarada. Vuesa merced, señor amo, me la haga de tomar este dinero y acudir a este negocio; y en tanto que esto se gasta, yo escribiré a mi señor lo que pasa, y sé que me enviará dineros que basten a sacarnos de cualquier peligro.

Abrió los ojos de un palmo el huésped, alegre de ver que en parte iba

saneando la pérdida de su asno. Tomó el dinero y consoló a Tomás, diciéndole que él tenía personas en Toledo de tal calidad, que valían mucho con la Justicia, especialmente una señora monja, parienta del corregidor, que le mandaba con el pie y que una lavandera del monasterio de la tal monja tenía una hija que era grandísima amiga de una hermana de un fraile muy familiar y conocido del confesor de la dicha monja, la cual lavandera lavaba la ropa en casa...

—Y como ésta pida a su hija, que si pedirá, hable a la hermana del fraile que hable a su hermano que hable al confesor, y el confesor a la monja, y la monja guste de dar un billete —que será cosa fácil— para el corregidor, donde le pida encarecidamente mire por el negocio de Tomás, sin duda alguna se podrá esperar buen suceso. Y esto ha de ser con tal que el aguador no muera y con que no falte ungüento para untar a todos los ministros de la Justicia; porque si no están untados gruñen más que carretas de bueyes.

En gracia le cayó a Tomás los ofrecimientos del favor que su amo le había hecho y los infinitos y revueltos arcaduces por donde le habían derivado; y aunque conoció que antes lo había dicho de socarrón que de inocente, con todo eso, le agradeció su buen ánimo, y le entregó el dinero, con promesa que no faltaría mucho más, según él tenía la confianza en su señor, como ya le había dicho. La Argüello, que vió atraillado a su nuevo cuyo, acudió luego a la cárcel a llevarle de comer; más no se le dejaron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta; pero no por esto desistió de su buen propósito. En resolución, dentro de quince días estuvo fuera de peligro el herido, y a los veinte declaró el cirujano que estaba del todo sano, y ya en este tiempo había dado traza Tomás como le viniesen cincuenta escudos de Sevilla, y sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped con cartas y cédulas fingidas de su amo; y como al huésped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogió el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho.

Por seis ducados se apartó de la querella el herido; y en diez, y en el asno y las costas, sentenciaron al Asturiano. Salió de la Cárcel; pero no quiso volver a estar con su compañero, dándole por disculpa que en los días que había estado preso le había visitado la Argüello y requerídole de amores, cosa para él de tanta molestia y enfado que antes se dejara ahorcar que corresponder con el deseo de tan mala hembra; que lo que pensaba hacer era, ya que él estaba determinado a seguir y pasar adelante con su propósito, comprar un asno y usar el oficio de aguador en tanto que estuviesen en Toledo; que con aquella cubierta no sería juzgado ni preso por vagabundo, y que con sola una carga de agua se podía andar todo el día por la ciudad a sus anchuras, mirando bobas.

—Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama

de tener las más discretas mujeres de España, y que andan a una su discreción con su hermosura; y si no, míralo por Costancica, de cuyas sobras de belleza puede enriquecer, no sólo a las hermosas desta ciudad, sino a las de todo el mundo.

... ...

En tanto que esto sucedió en la posada, andaba el Asturiano comprando el asno donde los vendían; y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un gitano anduvo muy solícito por encajarle uno que más caminaba por el azogue que le había echado en los oídos que por ligereza suya; pero lo que contentaba con el paso desagradaba con el cuerpo, que era muy pequeño y no del grandor y talle que Lope quería, que le buscaba suficiente para llevarle a él por añadidura, ora fuesen vacíos o llenos los cántaros.

Llegóse a él en esto un mozo, y díjole al oído:

—Galán, si busca bestia cómoda para el oficio de aguador, yo tengo un asno aquí cerca, en un prado, que no le hay mejor ni mayor en la ciudad; y aconséjole que no compre bestia a gitanos, porque, aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de dolamas; si quiere comprar la que le conviene, véngase conmigo y calle la boca.

Creyóle el Asturiano, y díjole que guiase a donde estaba el asno que tanto encarecía. Fuéronse los dos mano a mano, como dicen, hasta que llegaron a la Huerta del Rey, donde, a la sombra de una azuda, hallaron muchos aguadores, cuyos asnos pacían en un prado que allí cerca estaba. Mostró el vendedor su asno, tal, que le hinchó el ojo al Asturiano, y de todos los que allí estaban fue alabado el asno de fuerte, de caminador y comedor sobre manera. Hicieron su concierto, y sin otra seguridad ni información, siendo corredores y mediadores los demás aguadores, dió diez y seis ducados por el asno, con todos los adherentes del oficio.

Hizo la paga real en escudos de oro. Diéronle el parabién de la compra y de la entrada en el oficio, y certificaróule que había comprado un asno dichosísimo, porque el dueño que le dejaba, sin que se le mancase ni matase, había ganado con él en menos tiempo de un año, después de haberse sustentado a él y al asno honradamente, dos pares de vestidos y más aquellos diez y seis ducados, con que pensaba volver a su tierra, donde le tenían concertado un casamiento con una medio parienta suya.

Amén de los corredores del asno, estaban otros cuatro aguadores jugando a la primera, tendidos en el suelo, sirviéndoles de bufete la tierra y de sobremesa sus capas. Púsose el Asturiano a mirarlos, y vió que no jugaban como aguadores, sino como arcedianos, porque tenía de resto cada uno más de cien reales en cuartos y en plata. Llegó una mano de echar todos el resto, y si uno no diera partido a otro, él hiciera mesa

gallega. Finalmente, a los dos en aquel resto se les acabó el dinero y se levantaron; viendo lo cual el vendedor del asno dijo que si hubiera cuarto, que él jugara porque era enemigo de jugar en tercio. El Asturiano, que era de propiedad del azúcar, que jamás gastó menestra, como dice el italiano, dijo que él haría cuarto. Sentáronse luego, anduvo la cosa de buena manera, y queriendo jugar antes el dinero que el tiempo, en poco rato perdió Lope seis escudos que tenía, y viendose sin blanca, dijo que si le querían jugar el asno, que él le jugaría. Aceptaron el envite, y hizo de resto un cuarto del asno, diciendo que por cuartos quería jugarle. Dióle tan mal que en cuatro restos consecutivamente perdió los cuatro cuartos del asno, y ganóselos el mismo que se le había vendido; y levantándose para volverse a entregarse en él, dijo el Asturiano que advirtieran que él solamente había jugado los cuatro cuartos del asno; pero la cola, que se la diesen, y se le llevasen norabuena.

Causóles risa a todos la demanda de la cola, y hubo letrados que fueron de parecer que no tenía razón en lo que pedía, diciendo que cuando se vende un carnero u otra res alguna no se saca ni quita la cola, que con uno de los cuartos traseros ha de ir forzosamente. A lo cual replicó Lope que los carneros de Berberia ordinariamente tienen cinco cuartos, y que el quinto es de la cola, y cuando los tales carneros se cuartean, tanto vale la cola como cualquier cuarto; y que a lo de ir la cosa junto con la res que se vende viva y no se cuartea, que lo concedía; pero que la suya no fué vendida, sino jugada, y que nunca su intención fué jugar la cola, y que al punto se la volviesen luego con todo lo a ella anejo y concerniente, que era desde la punta del cerebro, con toda la osamenta del espinazo, donde ella tomaba principio y descendía, hasta parar en los últimos pelos de ella.

—Dadme vos —dijo uno— que ello sea así como decís, que os la den como la pedís, y sentáos junto a lo que del asno queda.

—¡Pues así es! —replicó Lope—. Venga mi cola; si no, por Dios que no me lleven el asno si bien viniesen por él cuantos aguadores hay en el mundo; y no piensen que por ser tantos los que aquí están me han de hacer superchería, porque soy yo un hombre que me sabré llegar a otro hombre y meterle dos palmos de daga por las tripas sin que se sepa de quién, por dónde o cómo le vino; y más, que no quiero que me paguen la cola rata por cantidad, sino que quiero que me la den en ser y la corten del asno, como tengo dicho.

Al garancioso, y a los demás les pareció no ser bien llevar aquel negocio por fuerza, porque juzgaron ser de tal brío el Asturiano, que no consentiría que se la hiciesen; el cual, como estaba hecho al trato de las almadrabas, donde se ejercita todo género de rumbo y jácara y de extraordinarios juramentos y boatos, voleó allí el capelo y empuñó un

puñal que debajo del capotillo traía, y púsose en tal postura, que infundió temor y respeto en toda aquella aguadora compañía. Finalmente, uno de ellos, que parecía de más razón y discurso, los concertó en que se echase la cola contra un cuarto del asno a una quínola o a dos y pasante. Fueron contentos, ganó la quínola Lope, picóse el otro, echó el otro cuarto, y a otras tres manos quedó sin asno. Quiso jugar el dinero; no quería Lope; pero tanto le porfiaron todos, que lo hubo de hacer, con que hizo el viaje del desposado, dejándole sin un solo maravedí; y fué tanta la pesadumbre que de esto recibió el perdidoso, que se arrojó en el suelo y comenzó a darse de calabazadas por la tierra. Lope, como bien nacido y como liberal y compasivo, le levantó y le volvió todo el dinero que le había ganado, y los diez y seis ducados del asno, y aun de los que él tenía repartió con dos circunstantes, cuya extraña liberalidad pasmó a todos; y si fueran los tiempos y las ocasiones de Tamorlán, le alzaran por el rey de los aguadores.

Con grande acompañamiento volvió Lope a la ciudad, donde contó a Tomás lo sucedido, y Tomás asimismo le dió cuenta de sus buenos sucesos. No quedó taberna, ni bodegón, ni junta de pícaros donde no se supiese el juego del asno, el desquite por la cola y el brío y la liberalidad del Asturiano; pero como la mala bestia del vulgo, por la mayor parte, es mala, maldita y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brío y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola; y así, apenas hubo andado dos días por la ciudad echando agua, cuando se vió señalar de muchos con el dedo, que decían: "Este es el aguador de la cola." Estuvieron los muchachos atentos, supieron el caso, y no había asomado Lope por la entrada de cualquiera calle, cuando por toda ella le gritaban, quién de aquí y quién de allí: "¡Asturiano, daca la cola! ¡Daca la cola, Asturiano!" Lope, que se vió asaetear de tantas lenguas y con tantas voces, dió en callar, creyendo que en su mucho silencio se anegara tanta insolencia; mas ni por esas, pues mientras más callaba, más los muchachos gritaban; y así, probó a mudar su paciencia en cólera, y apeándose del asno dió a palos tras los muchachos, que fué afinar el polvorín y ponerle fuego, y fué otro cortar las cabezas de la serpiente, pues en lugar de una que quitaba, apaleando a algún muchacho, nacían en el mismo instante, no otras siete, sino setecientas, que con mayor ahinco y menudeo le pedían la cola. Finalmente, tuvo por bien de retirarse a una posada que había tomado fuera de la de su compañero, por huir de la Argüello, y de estarse en ella hasta que la influencia de aquel mal planeta pasase y se borrase de la memoria de los muchachos aquella demanda mala de la cola que le pedían.

... ...

Las once serían de la noche cuando de improviso y sin pensarlo vieron entrar en la posada muchas varas de justicia, y al cabo, el corregidor. Alborotóse el huésped, y aun los huéspedes; porque así como los cometas, cuando se muestran, siempre causan temores de desgracias e infortunios, ni más ni menos la Justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas. Entróse el corregidor en una sala, y llamó al huésped de casa, el cual vino temblando a ver lo que el señor corregidor quería. Y así como le vió el corregidor, le preguntó con mucha gravedad:

—¿Sois vos el huésped?

—Sí, señor —respondió él—, para lo que vuesa merced me quisiese mandar.

Mandó el corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban y que le dejasen solo con el huésped. Hiciéronlo así, y quedándose solos, dijo el corregidor al huésped:

—Huésped, ¿qué gente de servicio tenéis en esta casa?

—Señor —respondió el—, tengo dos mozas gallegas, y una ama, y un mozo que tiene cuenta con dar cebada y paja.

—¿No más? —replicó el corregidor.

—No, señor —replicó el huésped.

—Pues decidme, huésped —dijo el corregidor—, ¿dónde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa, tan hermosa que por toda la ciudad la llaman *la ilustre fregona*, y aun me han llegado a decir que mi hijo don Periquito es su enamorado y que no hay noche que no le dé música?

—Señor —respondió el huésped—, esa *fregona ilustre* que dicen es verdad que está en esta casa; pero ni es mi criada ni deja de serlo.

—No entiendo lo que decís, huésped, en eso de ser y no ser vuestra criada la fregona.

—Yo he dicho bien —añadió el huésped—; y si vuesa merced me da licencia, le diré lo que hay en esto, lo cual jamás he dicho a persona alguna.

—Primero quiero ver a la fregona que saber otra cosa; llamadla acá, dijo el corregidor.

Asomóse el huésped a la puerta de la sala, y dijo:

—¡Oíslo, señora: haced que entre aquí Costancica!

Cuando la huéspeda oyó que el corregidor llamaba a Costanza, turbóse y comenzó a torcerse las manos, diciendo:

—¡Ay desdichada de mí! ¡El corregidor a Costanza y a solas! Algún gran mal debe de haber sucedido: que la hermosura de esta muchacha trae encantados los hombres.

Costanza, que lo oía, dijo:

—Señora, no se acongoje, que yo iré a ver lo que el señor corregidor quiere, y si algún mal hubiere sucedido, esté segura vuesa merced que no tendré yo la culpa.

Y en esto, sin aguardar que otra vez la llamasen, tomó una vela encendida sobre un candelero de plata, y con más vergüenza que temor fué donde el corregidor estaba.

Así como el corregidor la vió, mandó al huésped que cerrase la puerta de la sala; lo cual hecho, el corregidor se levantó, y tomando el candelero que Costanza traía, llegándole la luz al rostro, la anduvo mirando toda de arriba abajo; y como Costanza estaba con sobresalto, habíasele encendido la color del rostro, y estaba tan hermosa y tan honesta, que al corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un ángel en la tierra; y después de haberla bien mirado, dijo:

—Huésped, ésta no es joya para estar en el bajo engaste de un mesón: desde aquí digo que mi hijo Periquito es discreto, pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos. Digo, doncella, que no solamente os pueden y os deben llamar *ilustre*, sino *ilustrísima;* pero estos títulos no habían de caer sobre el nombre de *fregona*, sino sobre el de una duquesa.

—No es *fregona*, señor —dijo el huésped—, que no sirve de otra cosa en casa que de traer las llaves de la plata, que por la bondad de Dios tengo alguna, con que se sirven los huéspedes honrados que a esta posada vienen.

—Con todo eso —dijo el corregidor—, digo, huésped, que ni es decente ni conviene que esta doncella esté en un mesón. ¿Es parienta vuestra, por ventura?

—Ni es mi parienta ni es mi criada; y si vuesa merced gustare de saber quién es, como ella no esté delante, oirá vuesa merced cosas que, juntamente con darle gusto, le admiren.

—Sí, gustaré —dijo el corregidor—; y sálgase Costancica allá fuera, y prométase de mí lo que de su mismo padre pudiera prometerse: que su mucha honestidad y hermosura obligan a que todos los que la vieren se ofrezcan a su servicio.

No respondió palabra Costanza, sino con mucha mesura hizo una profunda reverencia al corregidor y salióse de la sala, y halló a su ama desalada esperándola, para saber de ella qué era lo que el corregidor la quería. Ella le contó lo que había pasado y cómo su señor quedaba con él para contarle no sé qué cosas que no quería que ella las oyese. No acabó de sosegarse la huéspeda, y siempre estuvo rezando hasta que se fué el corregidor y vió salir libre a su marido, el cual, en tanto que estuvo con el corregidor, le dijo:

—Hoy hacen, señor, según mi cuenta, quince años, un mes y cuatro días que llegó a esta posada una señora en hábito de peregrina, en una

de mi voluntad estos doscientos escudos de oro que van en este bolsillo". Y sacando debajo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja, de oro y verde, se le puso en las manos de mi mujer, la cual, como simple y sin mirar lo que hacía, porque estaba suspensa y colgada de la peregrina, tomó el bolsillo, sin responderle palabra de agradecimiento ni de comedimiento alguno. Yo me acuerdo que le dije que no era menester nada de aquello: que no éramos personas que por interés, más que por caridad, nos movíamos a hacer bien cuando se ofrecía. Ella prosiguió, diciendo: "Es menester, amigos, que busquéis dónde llevar lo que pariere luego, buscando también mentiras que decir a quien lo entregáreis; que por ahora será en la ciudad, y después quiero que se lleve a una aldea. De lo que después se hubiere de hacer, siendo Dios servido de alumbrarme y de llevarme a cumplir mi voto, cuando de Guadalupe vuelva lo sabreís, porque el tiempo me habrá dado lugar de que piense y escoja lo mejor que me convenga. Partera no la he menester, ni la quiero: que otros partos más honrados que he tenido me aseguran que con sola la ayuda de estas mis criadas facilitaré sus dificultades y ahorraré de un testigo mas de mis sucesos".

Aquí dió fin a su razonamiento la lastimada peregrina y principio a un copioso llanto, que en parte fué consolado por las muchas y buenas razones que mí mujer, ya vuelta en más acuerdo, le dijo. Finalmente, yo salí luego a buscar donde llevar lo que pariese, a cualquiera hora que fuese, y entre las doce y la una de aquella misma noche, cuando toda la gente de la casa estaba entregada al sueño, la buena señora parió una niña, la más hermosa que mis ojos hasta entonces habían visto, que es esta misma que vuesa merced acaba de ver ahora. Ni la madre se quejó en el parto, ni la hija nació llorando; en todos había sosiego y silencio maravilloso, y tal cual convenía para el secreto de aquel extraño caso. Otros seis días estuvo en la cama, y en todos ellos venía el médico a visitarla, pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedía su mal; y las medicinas que le ordenaba nunca las puso en ejecución, porque sólo pretendió engañar a sus criados con la visita del médico. Todo esto me dijo ella misma después que se vió fuera de peligro, y a los ocho días se levantó con el mismo bulto, o con otro que parecía a aquel con que se había echado.

Fué a su romería, y volvió de allí a veinte días, ya casi sana, porque poco a poco se iba quitando del artificio con que después de parida se mostraba hidrópica. Cuando volvió, estaba ya la niña dada a criar por mi orden, con nombre de mi sobrina, en una aldea dos leguas de aquí. En el bautismo se le puso por nombre Costanza, que así lo dejó ordenado su madre, la cual, contenta de lo que yo había hecho, al tiempo de despedirse me dió una cadena de oro que hasta ahora tengo, de la cual

quitó seis trozos, los cuales dijo que traería la persona que por la niña viniese. También cortó un blanco pergamino a vueltas y a ondas, a la traza de manera como cuando se enclavijan las manos y en los dedos se escribe alguna cosa que estando enclavijados los dedos se puede leer y después de apartadas las manos queda dividida la razón, porque se dividen las letras, que en volviendo a enclavijar los dedos se juntan y corresponden de manera que se pueden leer continuamente: digo que el un pergamino sirve de alma del otro, encajados se leerán, y divididos no es posible, si no es adivinando la mitad del pergamino; y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo esperando el contraseño hasta ahora, puesto que ella me dijo que dentro de dos años enviaría por su hija, encargándome que la criase, no como quien ella era, sino del modo que suelen criar una labradora. Encargóme también que si por algún suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija, que aunque creciese y llegase a tener entendimiento, no le dijese del modo que había nacido, y que la perdonase el no decirme su nombre ni quién era, que lo guardaba para otra ocasión más importante. En resolución, dándome otros cuatrocientos escudos de oro y abrazando a mi mujer con tiernas lágrimas, se partió, dejándonos admirados de su discreción, valor, hermosura y recato. Costanza se crió en la aldea dos años, y luego la traje conmigo, y siempre la he traío en hábito de labradora, como su madre me lo dejó mandado. Quince años, un mes y cuatro días ha que aguardo a quien ha de venir por ella, y la mucha tardanza me ha consumido la esperanza de ver esta venida; y si en este año en que estamos no vienen, tengo determinado de prohijarla y darle toda mi hacienda, que vale más de seis mil ducados, Dios sea bendito.

Resta ahora, señor corregidor, decir a vuesa merced, si es posible que yo sepa decirlas, las bondades y las virtudes de Costancica. Ella, lo primero y principal, es devotísima de Nuestra Señora; confiesa y comulga cada mes; sabe escribir y leer; no hay mayor randera en Toledo; canta a la almohadilla como unos ángeles; en ser honesta no hay quien la iguale. Pues en lo que toca a ser hermosa, ya vuesa mercede lo ha visto. El señor don Pedro, hijo de vuesa merced, en su vida la ha hablado; bien es verdad que de cuando en cuando le da alguna música, que ella jamás escucha. Muchos señores, y de título, han posado en esta posada, y aposta, por hartarse de verla, han detenido su camino muchos días; pero yo sé bien que no habrá ninguno que con verdad se pueda alabar que ella le haya dado lugar de decirle una palabra sola ni acompañada. Esta es, señor, la verdadera historia de *la ilustre fregona*, que no friega, en la cual no he salido de la verdad un punto.

... ...

Un mes se estuvieron en Toledo, al cabo del cual se volvieron a Burgos don Diego de Carriazo y su mujer, su padre y Costanza, con su marido don Tomás, y el hijo del corregidor, que quiso ir a ver su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos y con muchas joyas que Costanza dió a su señora: que siempre con este nombre llamaba a la que la había criado. Dió ocasión la historia de *la fregona ilustre* a que los poetas del dorado Tajo ejercitasen sus plumas en solemnizar y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual aún vive en compañía de su buen mozo de mesón, y Carriazo, ni más ni menos, con tres hijos, que, sin tomar el estilo del padre ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca; y su padre, apenas ve algún asno de aguador, cuando se le representa y viene a la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que cuando menos se cate ha de remanecer en alguna sátira el "¡Daca la cola, Asturiano! ¡Asturiano, daca la cola".

MIGUEL DE CERVANTES
Siglo XVI. «La Ilustre Fregona».

La fundación del Monasterio del glorioso San José

ESTABA en la ciudad de Toledo un hombre honrado y siervo de Dios, mercader, el cual nunca se quiso casar, si no hacía una vida como muy católico, hombre de gran verdad y honestidad. Contrato lícito allegaba su hacienda, con intento de hacer de ella una obra que fuese muy agradable al Señor. Dióle el mal de la muerte. Llamábase Martín Ramírez. Sabiendo un Padre de la Compañía de Jesús, llamado Pablo Hernández, con quien yo, estando en este lugar, me había confesado cuando estaba concertando la fundación de Malagón, el cual tenía mucho deseo de que se le hiciese un monasterio de estos en este lugar, fuéle a hablar, y díjole el servicio que sería de nuestro Señor tan grande, y cómo los capellanes y capellanías que quería hacer, las podía dejar en este monasterio, y que se harían en él ciertas fiestas y todo lo demás que él estaba determinado dejar en una parroquia de este lugar.

El estaba ya tan malo, que para concertar esto vió no había tiempo, y dejóle en las manos de un hermano que tenía, llamado Alonso Alvarez Ramírez, y con esto le llevó Dios. Acertó bien; porque es este Alonso Alvarez hombre harto discreto y temeroso de Dios, y mucha verdad y limosnero, y llegado a toda razón, que de él, que le he tratado mucho, como testigo de vista, puedo decir esto con gran verdad.

Cuando murió Martín Ramírez, aún me estaba yo en la fundación de Valladolid, a donde me escribió el Padre Pablo Hernández, de la Compañía, y el mismo Alonso Alvarez, dándome cuenta de lo que pasaba, y que si quería aceptar esta fundación me diese priesa a venir; y así me partí poco después que se acabó de acomodar la casa. Llegué a Toledo víspera de nuestra Señora de la Encarnación, y fuíme en casa de la señora doña Luisa, que es a donde había estado otras veces, y la fundadora de Malagón. Fuí recibida con gran alegría, porque es mucho lo que me quiere. Llevaba dos compañeras de San José, de Avila, harto siervas de Dios. Diéronnos luego un aposento, como solían, a donde estábamos con el recogimiento que en un monasterio.

Comencé luego a tratar de los negocios con Alonso Alvarez y un yerno suyo, llamado Diego Ortiz, que era, aunque muy bueno y teólogo, más entero en su parecer que Alonso Alvarez; no se ponía tan presto a la razón. Comenzáronme a pedir muchas condiciones, que yo no me parecía convenía otorgar. Andando en los conciertos y buscando una casa alquilada para tomar posesión, nunca la pudieron hallar, aunque se buscó mucho, que conviniese; ni yo tampoco podía acabar con el gobernador que me diese la licencia (que en este tiempo no había arzobispo) aunque esta señora a donde estaba lo procuraba mucho. Y un caballero, que era canónigo en esta iglesia. llamado don Pedro Manrique, hijo del adelantado de Castilla (era muy siervo de Dios, y lo es, que aún es vivo, y con tener bien poca salud, unos años después que se fundó esta casa, se entró en la Compañía de Jesús, a donde está ahora), era mucha cosa en este lugar, porque tiene mucho entendimiento y valor. Con todo, no podía acabar que me diesen esta licencia; porque cuando tenía un poco blando al gobernador, no estaban los del Consejo. Por otra parte, no acabábamos de concertar Alonso Alvarez y yo, a causa de su yerno, a quien él daba mucha mano. En fin, vinimos a desconcertarnos del todo.

Yo no sabía qué hacerme, porque no había venido a otra cosa, y veía que había de ser mucha nota inme sin fundar. Con todo, tenía más pena de no darme la licencia que de lo demás; porque entendía que, tomada la posesión, nuestro Señor lo proveería, como había hecho en otras partes. Y así me determiné de hablar al gobernador, y fuíme a una iglesia que está junto con una casa, y enviéle a suplicar que tuviese por bien de hablarme. Había ya más de dos meses que se andaba en procurarlo y cada día era peor. Como me vi con él, díjele "que era recia cosa que hubiese mujeres que querían vivir con tanto rigor y perfección y encerramiento, y que los que no pasaban nada de esto, sino que se estaban en regalos, quisiesen estorbar obras de tanto servicio de nuestro Señor". Estas y otras hartas cosas le dije, con una determinación grande que me

daba el Señor. De manera le movió el corazón, que antes que me quitase de con él, me dió la licencia.

Yo me fuí muy contenta, que me parecía ya tenía todo, sin tener nada; porque debían ser hasta tres o cuatro ducados los que tenía, con que compré dos lienzos (porque ninguna cosa tenía de imagen para poner en el altar) y dos jergones y una manta. De casa no había memoria: con Alonso Alvarez ya estaba desconcertada. Un mercader, amigo mío, del mismo lugar, que nunca se ha querido casar, ni entiende sino en hacer buenas obras con los presos de la cárcel, y otras muchas obras buenas que hace, y me había dicho que no tuviese pena, que él me buscaría casa (llámase Alonso de Avila), cayóme malo. Algunos días antes había venido a aquel lugar un fraile franciscano, llamado fray Martín de la Cruz, muy santo. Estuvo algunos días, y cuando se fue, envióme un mancebo que él confesaba, llamado Andrada, no nada rico, sino harto pobre, a quien él rogó hiciese todo lo que yo le dijese. El, estando un día en una iglesia en misa, me fue a hablar y a decir lo que le había dicho aquel bendito, y que estuviera cierta que en todo lo que él podía, que lo haría por mí, aunque sólo con su persona podía ayudarnos. Yo se lo agradecí, y me cayó harto en gracia, y a mis compañeras más, ver el ayuda que el santo nos enviaba, porque su traje no era para tratar con Descalzas.

Pues como yo me vi con la licencia, y sin ninguna persona que me ayudase, no sabía qué hacer ni a quién encomendar que me buscase una casa alquilada. Acordóseme del mancebo que me había enviado fray Martín de la Cruz, y díjelo a mis compañeras. Ellas se rieron mucho de mí, y dijeron que no hiciese tal, que no serviría de más de descubrirlo. Yo no las quise oir, que por ser enviado de aquel siervo de Dios, confiaba había de hacer algo, y que no había sido sin misterio. Y así le envié a llamar, y le conté, con todo el secreto que yo le pude encargar, lo que pasaba, y que para este fin le rogaba me buscase una casa, que yo daría fiador para el alquiler; éste era el buen Alonso de Avila, que he dicho que me cayó malo. A él se le hizo muy fácil y dijo que la buscaría. Luego otro día de mañana, estando en misa en la Compañía de Jesús, me vino a hablar, y dijo que ya tenía la casa, que allí traía las llaves, que cerca estaba, que la fuésemos a ver, y así lo hicimos, y era tan buena, que estuvimos en ella un año casi.

Muchas veces, cuando considero en esta fundación, me espantan las trazas de Dios. Que había casi tres meses, al menos más de dos, que no me acuerdo bien, que habían andado dando vuelta a Toledo para buscarla personas tan ricas; y como si no hubiera casas en él, nunca la pudieron hallar. Y vino luego este muchacho, que no lo era, sino harto pobre, y quiere el Señor que luego la halla, y que pudiéndose fundar sin trabajo,

estando concertada con Alfonso Alvarez, que no lo estuviese, sino bien fuera de serlo, para que fuese la fundación con pobreza y trabajo.

Pues como nos contentó la casa, luego di orden para que se tomase la posesión antes que en ella se hiciese ninguna cosa, porque no hubiese algún estorbo; y bien en breve me vino a decir el dicho Andrada que aquel día se desembarazaba la casa, que llevásemos nuestro ajuar. Yo le dije que poco había que hacer, que ninguna cosa teníamos sino dos jergones y una manta. El se debía espantar: a mis compañeras les pesó de que se lo dije, y me dijeron que cómo lo había dicho, que de que nos viese tan pobres, no nos querría ayudar. Yo no advertí en eso, y a él le hizo poco al caso; porque quien le daba aquella voluntad, había de llevarla adelante hasta hacer su obra; y es así, que con la que él anduvo en acomodar la casa y traer oficiales, no me parece le hacíamos ventaja. Buscamos prestado aderezo para decir misa, y con un oficial nos fuimos, a boca de noche, con una campanilla para tomar la posesión de las que se tañen para alzar, que no teníamos otra. Y con harto miedo mío anduvimos toda la noche aliñándolo, y no hubo a donde hacer la iglesia, sino en una pieza, que la entrada era por otra casilla, que estaba junto, que tenían unas mujeres, y su dueño también nos la había alquilado.

Ya que lo tuvimos todo a punto que quería amanecer, y no habíamos osado decir nada a las mujeres porque no nos descubriesen, comenzamos a abrir la puerta, que era de un tabique y salía a un patiecillo bien pequeño. Como ellas oyeron golpes, que estaban en la cama, levantáronse despavoridas. Harto tuvimos que hacer en aplacarlas, más ya era hora, que luego se dijo la misa; y aunque estuvieran recías, no nos hicieran daño; y como vieron para lo que era, el Señor las aplacó.

Después veía yo cuán mal lo habíamos hecho que entonces con el embebecimiento que Dios pone para que se haga la obra, no se advierten los inconvenientes. Pues, cuando el dueño de la casa supo que estaba hecha la iglesia, fue el trabajo, que era mujer de un mayorazgo: era mucho lo que hacía. Con parecerle que se la compraríamos bien, si nos contentaba, quiso el Señor que se aplacó. Pues cuando los del Consejo supieron que estaba hecho el monasterio, que ellos nunca habían querido dar licencia, estaban muy bravos, y fueron en casa de un señor de la iglesia (a quien yo había dado parte en secreto) diciendo que querían hacer y acontecer. Porque el gobernador habíasele ofrecido un camino después que me dió la licencia, y no estaba en el lugar fuéronlo a contar a éste que digo, espantados de tal atrevimiento, que una mujercilla, contra su voluntad, les hiciese un monasterio. El hizo que no sabía nada, y aplacólos lo mejor que pudo, diciendo, que en otros cabos lo había hecho, y que no sería sin bastantes recaudos.

Ellos, desde a no sé cuántos días, nos enviaron una descomunión para

que no se dijese misa hasta que mostrase los recaudos con que se había hecho. Yo les respondí muy mansamente que haría lo que mandaban, aunque no estaba obligada a obedecer en aquello; y pedí a don Pedro Manrique, el caballero que he dicho, que los fuese a hablar y a mostrar los recaudos. El los allanó, como ya estaba hecho, que si no, tuviéramos trabajo.

Estuvimos algunos días con los jergones y la manta, sin más ropa, y aun aquel día ni una seroja de leño no teníamos para asar una sardina, y no sé a quien movió el Señor, que nos pusieron en la iglesia un hacecito de leña, con que nos remediamos. A las noches se pasaba algún frío, que le hacía: aunque con la manta, y las capas de sayal que traemos encima, nos abrigábamos, que muchas veces nos aprovechan. Parecerá imposible, estando en casa de aquella señora que me quería tanto, entrar con tanta pobreza. No sé la causa, sino que quiso Dios que experimentásemos el bien de esta virtud. Yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre, y ella no advirtió, por ventura; que más que lo que nos podía dar, le soy a cargo.

Ello fue harto bien para nosotras, porque era tanto el consuelo interior que traíamos y la alegría, que muchas veces se me acuerda lo que el Señor tiene encerrado en las virtudes. Como una contemplación suave me parece causaba esta falta que teníamos, aunque duró poco, que luego nos fueron proveyendo, más de lo que quisiéramos, el mismo Alonso Alvarez y otros. Y es cierto que era tanta mi tristeza, que no me parecía sino como si tuviera muchas joyas de oro, y me las llevaran y dejaran pobre; así, sentía pena de que se nos iba acabando la pobreza, y mis compañeras lo mismo; que como las vi mustias, les pregunté qué habían, y me dijeron: "¿Qué hemos de haber, Madre?, que ya no parece somos pobres".

Desde entonces me creció deseo de serlo mucho, y me quedó señorío para tener en poco las cosas de bienes temporales; pues su falta hace crecer el bien interior, que cierto trae consigo otra hartura y quietud. En los días que había tratado de la fundación con Alfonso Alvarez eran muchas las personas a quien parecía mal, y me lo decían, por parecerles que no eran ilustres y caballeros, aunque harto buenos en su estado, como he dicho, y que en un lugar tan principal como éste de Toledo, que no faltaría comodidad. Yo no reparaba mucho en esto, porque gloria sea Dios, siempre he estimado más la virtud que el linaje; más habían ido tantos dichos al gobernador, que me dió la licencia con esta condición, que fundase yo como en otras partes.

Yo no sabía qué hacer, porque hecho el monasterio, tornaron a tratar del negocio; más como ya estaba fundado, tomé este medio de darles la capilla mayor, y que en lo que toca al monasterio, no tuviesen ninguna cosa, como ahora está. Ya había quien quisiese la capilla mayor, persona

principal, y había hartos pareceres, no sabiendo a qué determinarme. Nuestro Señor me quiso dar luz en este caso, y así me dijo una vez cuán poco al caso harían delante del juicio de Dios estos linajes y estados; y me hizo una reprensión grande, porque daba oídos a los que me hablaban en esto, que no eran cosas para los que ya tenemos despreciado el mundo.

Con éstas y otras razones, yo me confundí harto, y determiné concertar lo que estaba comenzado de darles la capilla, y nunca me ha pesado; porque hemos visto claro el mal remedio que tuviéramos para comprar casa, porque con su ayuda compramos en la que ahora están, que es de las buenas de Toledo, que costó doce mil ducados; y como hay tantas misas y fiestas, está muy a consuelo de las monjas, y hácele a las del pueblo. Si hubiera mirado a las opiniones vanas del mundo, a lo que podemos entender, era imposible tener tan buena comodidad, y hacíase agravio a quien con tan buena voluntad nos hizo esta caridad.

SANTA TERESA DE JESUS
Año 1569. «Las Fundaciones». Capitulo 15.

Antigüedad de Toledo

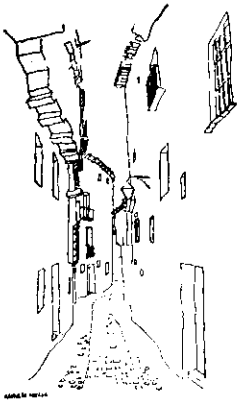
SE ha dicho de Toledo que debe parte de su gloria a que es imposible averiguar su antigüedad. Seguramente hay pocas ciudades en España que puedan vanagloriarse de un origen tan remoto. Pero hay también pocas cuya historia haya sido mezclada con fábulas tan ridículas. Unos han pretendido que vinieron los judíos a establecerse en ella después de la cautividad de Babilonia. Otros atribuyen su fundación a Hércules o también a Tubal, hijo de Caín, que se estableció allí ciento cuarenta y tres años, ni uno más ni uno menos después del diluvio Universal.

Los antiguos historiadores españoles cuentan toda clase de fábulas con motivo de la antigüedad de su país; según ellos, entre los primeros príncipes que gobernaron la Península figuran personajes fabulosos como Caco, Hércules el Grande, Osiris, Atlas y otros cuya existencia es, cuando menos problemática. Estas son las fábulas que hicieron decir burlonamente a un escritor, el abate de Vayrac, que los historiadores consideraban a Adán, el primer rey de Toledo, y que, según ellos, el sol, desde que fue creado se había elevado por encima de la ciudad, que era el trono y el centro del mundo.

Se cree que el nombre de Toledo viene de dos palabras hebreas que significan la madre de las ciudades. Y sea verdadera o falsa esta etimología, lo que se sabe con más seguridad sobre la antigüedad de Toledo es que existía más de doscientos años antes de Jesucristo.

BARON CHARLES DAVILLIER
Año 1862. «Viaje por España». Ediciones Castilla. Madrid, 1957.

Toledo



No era ya esta ciudad en aquel tiempo capital política de la monarquía. Años antes, en 1561, Felipe II había fijado la corte en Madrid, más cerca de su predilecto Escorial; y en Madrid y en el monasterio vino a concentrarse por entoneces, con la vida oficial, la vida artística. Ya, desde principios del siglo, acentuado el movimiento centralizador, la actividad de todos órdenes, esparcida antes, casi por igual, en varias ciudades, iba perdiéndose, y, al mediar aquél, destacabánse con claridad dos focos preponderantes: Sevilla, rica e internacional por sus relaciones mercantiles, y Toledo, señoril por sus tradiciones, dominada por su clero, enorgullecida con la imperialidad, y archivo sagrado de vida y de monumentos nacionales.

Toledo, en efecto, era entonces y continúa siendo la ciudad que ofrece el conjunto más acabado y característico de todo lo que han sido la tierra y la civilización genuinamente españolas; el resumen más intenso, brillante y sugestivo de historia patria. Toledo expresa de un modo perfecto la compenetración de los dos elementos capitales de la cultura nacional, el cristiano y el árabe; la nota más típica que ofrece también España en la esfera del arte. Ninguna otra ciudad de la península posee en tan alto grado la inagotable serie de monumentos arquitectónicos que hacen de ella un museo, donde poder investigar los rasgos originales del arte español en todas las épocas. En ninguna tampoco, como en Toledo, llegó a acumularse y se conserva tan enorme masa de joyas artísticas de los siglos medios y del Renacimiento: la muestra más gallarda del genial ambiente de inspiración que allí debió de respirarse en aquel tiempo. Difícil es encontrar ciudad más pintoresca que Toledo, donde a una excepcional situación topográfica —áspera y elevada roca de granito, apretadamente ceñida por el profundo cauce del Tajo— se junta el es-

pectáculo de cien civilizaciones apiñadas, cuyos restos conviven, formando innumerables iglesias y conventos, viviendas góticas, mudéjares y plateresca, empinados y estrechos callejones moriscos, cuadro real, casi vivo y casi intacto, en suma, de un pueblo donde cada piedra es una voz que habla al espíritu. Y todo ello, en medio de un paisaje que resume los accidentes geográficos más característicos de las altas mesetas castellanas: la vasta, despoblada y árida llanura, donde alterna la estepa con la roja tierra de labor (la Sagra), finamente modelada por los cenicientos, grises, cerros terciarios y suavemente surcada por el río, que avanza tranquilo en clásico meandro, bordeado de huertas y alamedas; y la abrupta y dura sierra arcaica con sus piedras caballeras, sus encinas, su tomillo y romero, sus colmenares, sus huertos de frutales en las laderas soleadas, y a la cual, en llegando, rompe con violencia el Tajo, que forma en Toledo una de las hoces más soberbias del relieve de la península.

MANUEL B. COSSIO

Año 1897. Preparación para el estudio del arte en Toledo, artículo del autor en el Boletín de la Inst. Libre de Enseñanza.

El entierro del Conde de Orgaz

COMENZO a andar sin rumbo por las callejuelas en cuesta.

Se había nublado; el cielo, de color plomizo, amenazaba tormenta. Aunque Fernando conocía Toledo, por haber estado varias veces en él, no podía orientarse nunca; así que fue sin saber el encontrarse cerca de Santo Tomé, y una casualidad hallar la iglesia abierta. Salían en aquel momento unos ingleses. La iglesia estaba oscura. Fernando entró. En la capilla, bajo la cúpula blanca, en donde se encuentra *El entierro del conde de Orgaz*, apenas se veía; una luz débil señalaba vagamente las figuras del cuadro. Ossorio completaba con su imaginación lo que no podía percibir con los ojos. Allá en el centro del cuadro veía a San Esteban, protomártir, con su áurea capa de diácono, y en ella, bordada, la escena de su lapidación, y San Agustín, el santo obispo de Hipona, con su barba de patriarca, blanca y ligera como humo de incienso, que rozaba la mejilla del muerto.

Revestidos con todas sus pompas litúrgicas, daban sepultura al conde de Orgaz, y contemplaban la milagrosa escena monjes, sacerdotes y caballeros.

En el ambiente oscuro de la capilla el cuadro aquel parecía una oquedad lóbrega, tenebrosa, habitada por fantasmas inquietos, inmóviles, pensativos.

Las llamaradas cárdenas de los blandones flotaban vagamente en el aire, dolorosas como almas en pena.

De la gloria, abierta al romperse por el ángel de la guarda, las nubes macizas que separan el cielo de la tierra, no se veían más que manchones negros, confusos.

De pronto, los cristales de la cúpula y de la capilla fueron heridos por el sol, y entró un torrente de luz dorada en la iglesia. Las figuras del cuadro salieron de su cueva.

Brilló la mirada obispal de San Agustín con todos sus bordados, con todas sus pedrerías; resaltó sobre la capa pluvial del santo obispo de Hipona la cabeza dolorida del de Orgaz, y su cuerpo, recubierto de repujada coraza milanesa, sus brazaletes y guardabrazos, sus manoplas, que empuñaron el fendiente.

En hilera colocados, sobre las rizadas gorgueras españolas, aparecieron severos personajes, almas de sombra, almas duras y enérgicas, rodeadas de un nimbo de pensamiento y de dolorosas angustias. El misterio y la duda se cernían sobre las pálidas frentes.

Algo aterrado de la impresión que le producía aquello, Fernando levantó los ojos, y en la gloria abierta por el ángel de grandes alas sintió descansar sus ojos y descansar su alma en las alturas donde mora la Madre, rodeada de la eucarística blancura en el fondo de la Luz Eterna.

Fernando sintió como un latigazo en sus nervios, y salió de la iglesia.

PIO BAROJA

«Camino de Perfección». Madrid 1901. Obras Completas, pág. 64.

Enhiesto y desigual peñasco

POR los recuerdos que despierta y anima; por el número, la variedad y la categoría de los monumentos que atesora; por el ambiente singular que se respira en ella, y por el aspecto que presenta aún, a través de las edades, tantas y tan repetidas veces, y en tan diversos tonos ha sido ensalzada la legendaria Toledo, y en tantas ocasiones proclamada la más interesante y más famosa entre las ciudades de nuestra España, que pálido sin duda habrá de parecer cuanto hoy se diga de la egregia matrona, cuyos vetustos y descompuestos despojos la admiración de propios y de extraños causan.

Encaramada sobre aquel enhiesto desigual peñasco, por cuyos senos y repliegues trepa afanosa con aires de conquista desde lo hondo, y cuyas plantas de granito besa por el Oriente, Ocaso y Mediodía tranquilo y perezoso el Tajo, sorprendente es en verdad y pintoresco el espectáculo que ofrece, con el escalonado caserío, polvoriento y de tonos grises uniformes, apiñado sin orden ni concierto, y a veces interrumpido por la mancha sombría de los árboles, y con los desmochados torreones y cortinas de sus defensas, otro tiempo formidable, y hoy en mucha parte derruídas: conjunto heterogéneo y extraño que compone y armoniza con el fresco tapiz verdoso de la tendida *Vega*; las amontonadas rocas renegridas de la margen del río; el reflejo acerado de las aguas, y las escasas arboledas, al ser herido por los rayos ardorosos del sol, bajo un cielo fuertemente azulado, y teniendo por corona y remate la rígida silueta de aquel severo Alcázar, que recorta sus clásicos y angulosos contornos en la altura, y que parece en coloquio eterno con las ruinas lastimosas del Castillo de San Servando, levantado sobre otra eminencia, casi frente a frente, y a la opuesta orilla del Tajo caudaloso.

Unas en pos de otras, razas y gentes diversas han ido laboriosamente depositando en aquella Ciudad insigne sus memorias; extraño amasijo, que cautiva y da realce a Toledo, en cuyos recintos se acumulan, perdidos ya los anteriores, con los recuerdos, bien escasos, de la edad romana, los de la era visigoda, que ilustra allí San Ildefonso, el cantor de la Virgen; era en la cual sus Prelados gozan de eclesiástica primacía, en balde disputada; en que los monarcas, sucesores de Leovigildo, apellidándola *regia*, la engrandecen y la habitan, y convocan y celebran dentro y fuera de sus muros uno y otro nacional Concilio, y en que, por último, la ennoblecen y avaloran todo género de monumentos, de los cuales subsisten aún inestimables restos en capiteles peregrinos y en otros dislocados miembros de composición arquitectónica, empotrados en fábricas más o menos recientes, y empleados en ellas al acaso como rudos materiales.

... ...

Perderán el tiempo, sin embargo, quienes seducidos por la contemplación de tanta grandeza como encerró esta Ciudad en el recinto de sus hoy carcomidas murallas, pretendan seguir en la actual, las huellas y el ejemplo de los historiadores de otras edades, para investigar los orígenes y conocer la fecha de la fundación de Toledo. ¿Qué nos importan las noticias y el nombre de las gentes que buscaron primitivamente asiento en aquellas enriscadas alturas, a la orilla del río poderoso que las rodea y fertiliza su *Vega* renombrada? ¿Qué timbre de gloria añadirá a los por ella conseguidos, el conocimiento de la fecha de su fundación, y el de la raza a que pertenecían aquéllos, cuando no ha quedado rastro de su exis-

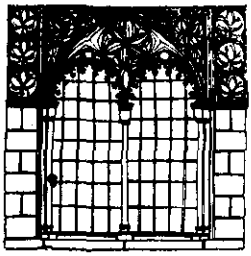
tencia, y si el testimonio vive, permanece oculto, revuelto y confundido con tantos otros que guarda en las entrañas de la rocosa eminencia, o yacen entre el légamo del Tajo?

Dejemos, pues, a aquellos escritores perderse voluntariamente y sin provecho en el dédalo de confusiones por ellos con afán insaciable fabricado; y ya fueren célticos, ya griegos, ya de la raza hebráica los fundadores de la Ciudad, apartémonos de tales quimeras, que no otro calificativo merecen en justicia, sin tropezar tampoco para nada en lucubraciones tan peregrinas y estériles como las encaminadas a averiguar la etimología del nombre que la población ostenta, y que desde la edad romana ha conservado, porque sería con verdad tarea inútil la de inquirir con más o menos ingenio en idiomas de una o de otra naturaleza, y según las aficiones de cada escritor, conforme a las corrientes y gustos de cada época, el origen del apelativo Toledo, que a tantas combinaciones se ha prestado.

Sólo hay un hecho cierto, indudable, incontrovertible: y éste es el de que sobre la eminencia abrupta que perseverante y fiel, desde la formación plutónica de aquel cabezo rodea el Tajo, existía una población, antes de que Roma hubiera traído a esta región occidental de Europa sus legiones triunfadoras.

Rodrigo AMADOR DE LOS RIOS Y VILLARTA
Año 1905. «Monumentos Arquitectónicos de España: Toledo». Tomo I, pág. 3 y siguientes. Madrid, 1905.

Corte de Castilla



TOLEDO es la única corte de la Castilla vieja y venerable; la corte de las ricas hembras, de los silenciosos caballeros, de las secretas aventuras amorosas, de las matanzas de judíos, de los moros sabios que curan y envenenan, de los alarifes que crean mundos nuevos e ignoradas especies vegetales en columnas, frisos y alharacas, almocárabes y ataurique, de los carpinteros que ensamblan los dorados alfarjes, de los orfebres que trabajan el oro como si fuese pasta, de los escultores arquitectos que labran la piedra como si fuese oro, de los imagineros que estofan y esculpen historias interminables y meten fantásticos reinos entre una ménsula y un doselete, de los espaderos que hacen del hierro acero y del acero cinta que se dobla y no se rompe, de los escritores que refinan y sutilizan el lenguaje, de

los confesores que depuran y lubrican los más obscuros rincones de las conciencias, dejándoles como relucientes joyas, de las damas filósofas y senequistas, como las dos hermanas Sigeas, en cuyos corazones revivió la llama del maestro cordobés, de las Celestinas magras que con sus hechizos apañan las voluntades para el amor dulce, de los magistrados graves, como los Covarrubias en quienes parece reunirse la España doctoral y omnisciente bajo las togas ocultas, de los pintores teólogos, humanos, locos y cuerdos, sublimes y visibles, como el solo, como el sabio griego Theotocópulos, en quien la luz, el color y la vida de Toledo se resumen como en su más acabada fórmula artística.

Toledo, al comenzar el siglo XVII, es la ciudad más compleja y más espiritual de España; compleja y espiritual como una gran dama que lució y gozó en la corte sus años de juvenil hermosura codiciable y que se retira a remembrar su pasado, sola en un palacio regio, entregada a sus devociones y principalmente a la devoción de sí misma. Por las calles toledanas retumban a todas horas, en el silencio que de eternidad parece, los pasos del amor, vestido de soldado, oculto bajo los pingos de azacán, escondido so la basquiña de la moza de posada, ardiente bajo las galas del caballero, conservado entre los negros pliegues de la toga del jurisperito. Es un amor loco, desenfrenado, de raptos y de secretas locuras, como el que irradia en las pupilas de los apóstoles y guerreros que pintó Theotocópulos: es un amor sin alegría, un amor cruel, que jura ante los Cristos clavados en los paredones de las callejuelas, bajo un tejaroz o un guardapolvo, y perjura en saliendo de la misteriosa ciudad; es un amor que encierra a sus víctimas en los grandes caserones de portadas platerescas, las recluye hacia los fríos patios, las deja mustiarse, secarse, morirse en la desesperanza; es un amor que sorprende a las incautas jóvenes camino de la Vega o de las alamedas que cantó Garcilaso y en los anocheceres friolentos, cuando el sol huye y el Tajo le persigue y los cigarrales ya cárdenos se tornan negros, las arrebata, las hace suyas, entre los gritos de los padres ochentones que al cielo tienden con sus manos trémulas el acero inútil, y después las abandona. Esta es la historia de "La fuerza de la sangre", esta es la historia de "A buen juez mejor testigo". La leyenda amorosa toledana es de Cervantes; su variante italianesca de Zorrilla, pero uno y otro poeta enfocan el asunto de igual modo. Esto es lo primero, no lo más sazonado que de Toledo saca Cervantes.

Francisco NAVARRO LEDESMA

Año 1905. («El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra», Madrid).

En El Toboso

EL Toboso es un pueblo único, estupendo. Ya habéis salido de Criptana; la llanura ondula suavemente, roja, amarillenta, gris, en los trechos de eriazo, de verde imperceptible en las piezas sembradas. Andáis una hora, hora y media; no veis ni un árbol, ni una charca, ni un rodal de verdura jugosa. Las urracas saltan un momento en medio del camino, mueven nerviosas y petulantes sus largas colas, vuelan de nuevo; montoncillos y montoncillos de piedras grises se extienden sobre los anchurosos bancales. Y de tarde en tarde, por un extenso espacio de sembradura, en que el alcacel apenas asoma, camina un par de mulas, y un gañán guía el arado a lo largo de los surcos interminables.

—¿Qué están haciendo aquí?— preguntáis un poco extrañados de que se destroce de esta suerte la siembra.

—Están rejacando— se os contesta naturalmente.

Rejacar vale tanto como meter el arado por el espacio abierto entre surco y surco, con el fin de desarraigar las hierbezuelas.

—Pero ¿no estropean la siembra? —tornáis a preguntar—. ¿No patean y estrujan con sus pies los aradores y las mulas los tallos tiernos?

El carretero con quien vais sonríe ligeramente de vuestra ingenuidad; tal vez vosotros sois unos pobres hombres —como el cronista— que no habéis salido jamás de vuestros libros.

—¡Ca! —exclama este labriego—. ¡La siembra en este tiempo, contra más se pise es mejor!

Los terrenos grisáceos, rojizos, amarillentos, se descubren, iguales todos, con una monotonía desesperante. Hace una hora que habéis salido de Criptana; ahora, por primera vez, al doblar una loma distinguís en la lejanía remotísima, allá en los confines del horizonte, una torre diminuta y una mancha negruzca, apenas visible, en la uniformidad plomiza del paisaje. Esto es el pueblo del Toboso. Todavía han de transcurrir un par de horas antes de que penetremos en sus calles. El panorama no varía; veis los mismos barbechos, los mismos liegos hoscos, los mismos alcaceles tenues. Acaso en una distante ladera alcanzáis a descubrir un cuadro de olivos, cenicientos, solitarios, simétricos. Y no tornáis a ver ya en toda la campiña infinita ni un rastro de arboledas. Las encinas que estaban propincuas al Toboso y entre las que Don Quijote aguardara el regreso de Sancho, han desaparecido. El cielo, conforme la tarde va avan-

zando, se cubre de un espeso toldo plomizo. El carro camina, dando tumbos, levantándose en los pedruscos, cayendo en los hondos baches. Ya estamos cerca del poblado. Ya podéis ver la torre cuadrada, recia, amarillenta, de la iglesia y las techumbres negras de las casas. Un silencio profundo reina en el llano; comienzan a aparecer a los lados del camino paredones derruídos. En lo hondo, a la derecha, se distingue una ermita ruinosa, negra, entre árboles escuálidos, negros, que salen por encima de largos tapiales caídos. Sentís que una intensa sensación de soledad y de abandono os va sobrecogiendo. Hay algo en las proximidades de este pueblo que parece como una condensación, como una síntesis de toda la tristeza de la Mancha. Y el carro va avanzando. El Toboso es ya nuestro. Las ruinas de paredillas, de casas, de corrales, han ido aumentando; veis una ancha extensión de campo llano cubierta de piedras grises, de muros rotos, de vestigios de cimientos. El silencio es profundo; no descubrís ni un ser viviente; el reposo parece que se ha solidificado. Y en el fondo, más allá de todas estas ruinas, destacando sobre un cielo ceniciento, lívido, tenebroso, hosco, trágico, se divisa un montón de casuchas pardas, terrosas, negras, con paredes agrietadas, con esquinazos desmoronados, con techos hundidos, con chimeneas desplomadas, con solanas que se bombean y doblan para caer, con tapiales de patios anchamente desportillados...

Y no percibís ni el más leve rumor: ni el retumbar de un carro, ni el ladrido de un perro, ni el cacareo lejano y metálico de un gallo. Y comenzáis a internaros por las calles del pueblo. Y veis los mismos muros agrietados, ruinosos; la sensación de abandono y de muerte que antes os sobrecogiera acentúase ahora por modo doloroso a medida que vais recorriendo estas calles y aspirando este ambiente.

Casas grandes, anchas, nobles, se han derrumbado y han cubierto los restos de sus paredes con bajos y pardos tejadillos; aparecen vetustas y redondas portaladas rellenas de toscas piedras; destaca acá y allá, entre las paredillas terrosas, un pedazo de recio y venerable muro de sillería; una fachada con su escudo macizo perdura, entre casillas, bajas, entre un montón de escombros... Y vais marchando lentamente por las callejas; nadie pasa por ellas; nada rompe el silencio. Llegáis de este modo a la plaza. La plaza es un anchuroso espacio solitario; a una banda destaca la iglesia, fuerte, inconmovible, sobre las ruinas del poblado, a su izquierda se ven los muros en pedazos de un caserón solariego; a la derecha aparecen una ermita agrietada, caduca, y un largo tapial desportillado. Ha ido cayendo la tarde. Os detenéis un momento en la plaza. En el cielo plomizo se ha abierto una ancha grieta; surgen por ella las claridades del crepúsculo. Y durante este minuto que permanecéis inmóviles, absortos, contempláis las ruinas de este pueblo vetusto, muerto, ilumi-

nadas por un resplandor rojizo, siniestro. Y divisáis —y esto acaba de completar vuestra impresión—, divisáis, rodeados de este profundo silencio, sobre el muro ruinoso adosado a la ermita, la cima aguda de un ciprés negro, rígido, y ante su oscura mancha el ramaje fino, plateado, de un olivo silvestre, que ondula y se mece en silencio, con suavidad, a intervalos...

¿Cómo el pueblo del Toboso ha podido llegar a este grado de decadencia? —pensáis vosotros, mientras dejáis la plaza—. "El Toboso —os dicen— era antes una población caudalosa: ahora no es ya ni sombra de lo que fue en aquellos tiempos. Las casas que se hunden no tornan a ser edificadas; los moradores emigran a los pueblos cercanos; las viejas familias de los hidalgos —enlazadas con uniones consanguíneas desde hace dos o tres generaciones— acaban ahora sin descendencia". Y vais recorriendo calles y calles. Y tornáis a ver muros ruinosos, puertas tapiadas, arcos despedazados. ¿Dónde estaba la casa de Dulcinea? ¿Era realmente Dulcinea esta Aldonza Zarco de Morales, de que hablan los cronistas? En el Toboso abundan los apellidos de Zarco; la casa de la sin par príncesa se levanta en un extremo del poblado, tocando con el campo; aún perduran sus restos. Bajad por una callejuela que se abre en un rincón de la plaza desierta; reparad en unos murallones desnudos de sillería que se alzan en el fondo; torced después a la derecha; caminad luego cuatro o seis pasos; deteneos al fin. Os encontráis ante un ancho edificio, viejo, agrietado; antaño esta casa debió de constar de dos pisos, más toda la parte superior se vino a tierra, y hoy, casi al ras de la puerta, se ha cubierto el viejo caserón con un tejadillo modesto, y los desniveles y rajaduras de los muros de noble piedra se han tabicado con paredes de barro.

Esta es la mansión de la más admirable de todas las princesas manchegas. Al presente es una almazara prosaica. Y para colmo de humillación y vencimiento, en el patio, en un rincón, bajo gavillas de ramaje de olivo, destrozados, escarnecidos, reposan los dos magníficos blasones que antes figuraban en la fachada. Una larga tapia parte del caserón y se aleja hacia el campo, cerrando la callejuela...

"—Sancho, hijo, guía al palacio de Dulcinea, que quizás podrá ser que la hallemos despierta— decía a su escudero don Alonso, entrando en El Toboso a medianoche.

"—¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol —respondía Sancho—, que en el que yo vi a su grandeza no era sino casa muy pequeña?".

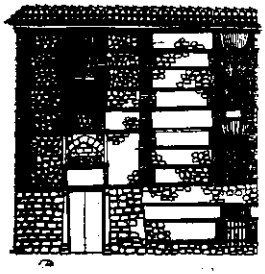
La casa de la supuesta Dulcinea, la señora doña Aldonza Zarco de Morales, era bien grande y señoril. Echemos sobre sus restos una última mirada; ya las sombras de la noche se allegan; las campanas de la alta y recia torre dejan caer sobre el poblado muerto sus vibraciones; en la

calle del Diablo —la principal de la villa—, cuatro o seis yuntas de mulas que regresan del campo arrastran sus arados con su sordo rumor. Y es un espectáculo de una sugestión honda ver a estas horas, en este reposo inquebrantable, en este ambiente de abandono y de decadencia, cómo se desliza de tarde en tarde, entre las penumbras del crepúsculo, la figura lenta de un viejo hidalgo con su capa, sobre el fondo de una redonda puerta cegada, de un esquinazo de sillares tronchado o de un muro ruinoso por el que asoman los allozos en flor o los cipreses...

A Z O R I N

Año 1905. «La ruta de Don Quijote». Obras Selectas. Biblioteca Nueva. Madrid, 1962.

Toledo



TOLEDO, en la Edad Media, era el laboratorio universal de la Magia. Michelet, en su libro *La Sorciére*, dice: "Toledo era la ciudad de los brujos, y su nombre tenía algo como cabalístico. Los brujos formaban en Toledo una especie de Universidad, y su importancia estaba acrecida por sus relaciones con los moros, con los judíos". Victorien Sardou, el dramaturgo, ha leído seguramente esas líneas de Michelet y ha intuído, en sus saberes de erudito, en sus cavilaciones de espiritista, un cigarral en el Tajo y un palacio y una plaza en Toledo; serán esos los escenarios de una tragedia que va a escribir y que situará en 1507. Título, el mismo de Michelet, *La Sorciére;* protagonista, una bella y dolorosa hebrea, Zoraya. La obra se estrena en París, en 1903, y de Zoraya hace Sara Bernhardt. ¿Qué es lo que tendrá que ver Zoraya, hechicera joven —hechiceras jóvenes las encontramos en los procesos antiguos—, con el gran nigromante de Toledo? Ese gran nigromante lo crea otro toledano. El Infante don Juan Manuel nace en Escalona; en su *Conde Lucanor* nos dice que el deán de Santiago desea consultar un nigromante y que sólo en Toledo podrá encontrar el más sabio de todos los nigromantes. Tiene don Illán su consultorio en una cámara "muy apartada"; se baja a ella por "una escalera de piedra muy bien labrada"; el lugar es harto profundo; el Tajo corre cerca. Gran lección de prudencia, de cautela, nos da el Infante don Juan Manuel con la extraña aventura que nos cuenta: pero queda en el aire un cierto desasosiego, una cierta inquietud, un cierto misterio. Pronto vamos a quedar prendidos en las mallas de "El Greco"; pronto el mismo "Greco"

—lo evidenciará el Doctor Marañón— quedará prendido en las murallas de Toledo. "El Greco" va a vivir en un ambiente de sobreexcitación cerebral. ¿Qué inquietud ha venido a entreverse con el antiguo misterio? Sospechamos que está latente aquí un antagonismo de razas. En el libro del Conde de Cedillo, *El Cardenal Cisneros* (1938) —publicado por la Academia de la Historia—, se lee una carta reveladora. Con fecha de 25 de enero de 1516 se le escribe a Cisneros desde Toledo que "está la gente común de mercaderes y personas de su calidad tan amedrantadas, que toda esta noche pasada no han hecho otra cosa sino pasar fardeles y arcas a monasterios". Añadid el nerviosismo que ocasiona y deja tras sí una discordia civil —la de las Comunidades— y las perturbaciones que suscitan las guerras internacionales, lejanas. Los matices que van, en gradación penosa, del hombre simplemente decentado al loco de atar, son múltiples. El Doctor Marañón, clarividentemente, ha cotejado el loco, los rostros del loco, con las visiones de "El Greco". De "El Greco" que visitaba el manicomio de Toledo. Hay que reflexionar sobre el ambiente de Toledo y el ambiente total de España en aquellos días, en aquel siglo, el XVI. Toledo representa hondura de sensibilidad. Pensemos —debemos pensar— que hay un momento en que conviven en Toledo dos de las más finas sensibilidades de España: Santa Teresa y "El Greco". Y precisamente Santa Teresa nos conduce también al estudio del desequilibrio mental. Santa Teresa ha estado en Toledo varias veces; pero la más notable de sus visitas es la de 1569, cuando viene a fundar. En el capítulo VII de *Las Fundaciones*, Santa Teresa trata de cómo, en los monasterios, "se han de haber con las que tienen humor de melancolía". De varios conventos se han dirigido a la Santa en súplica de remedio. La gran preocupación de Santa Teresa son las "melancólicas" —neurasténicas—, y ciertos señores, los cuales imponen el ingreso de una joven en un monasterio, y luego, cuando cansada esta joven quiere salir, la retiran más o menos violentamente.

Los colores en "El Greco" y los colores en la flora silvestre; el amarillo delicadísimo del jaramago, el rojo encendido de la amapola, el azul intenso del cardo. Desde lo alto de un antiguo cigarral, convertido en hotel, he contemplado enfrente Toledo una tarde de abril. Veía, primero, el pardo hacinamiento de las edificaciones, y abajo, en el llano, el verde claro de los frutales entremezclados a los cinereos olivos. He leído en un libro de mineralogía española que en tierras de Toledo se encuentra "espato adamantino". Raya el cristal. ¡Cuántas sensibilidades son rayadas en el mundo, como este espato el cristal, por el genio de una santa, el genio de un pintor!

... ...

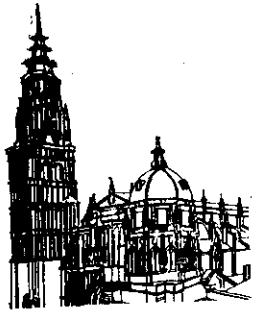
Callejitas y callejitas. Altos, tras mucho andar, en plazoletas desier-

tas. Diríase que allá arriba, en la celosía de un convento, se ha producido un ruidito. Seguramente habrá unos ojos que nos estarán mirando en este ámbito de soledad. Ya en el hospital de Santa Cruz —una de las bellas cosas de Toledo—, todos en redor del sepulcro del cardenal Tavera. Berruguete no ha esculpido nada más bello. El arte literario no ha heho tragedia más angustiosa. Todo el horror de la muerte está en la nariz afilada del cardenal que yace tendido en el sepulcro. El nihil supremo e inapelable se expresa en esa nariz, que es la nariz de los que llevan dos días insepultos.

AZORIN

Siglo XX.

La Catedral



COMENZABA a amanecer cuando Gabriel Luna llegó ante la catedral. En las estrechas calles toledanas todavía era de noche. La azul claridad del alba, que apenas lograba deslizarse entre los aleros de los tejados, se esparcía con mayor libertad en la plazuela del Ayuntamiento, sacando de la penumbra la vulgar fachada del palacio del arzobispo y las dos torres encaperuzadas de pizarra negra de la casa municipal, sombría construcción de la época de Carlos V.

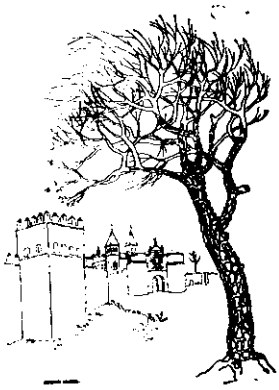
Gabriel paseó largo rato por la desierta plazuela, subiéndose hasta las cejas el embozo de la capa, mientras tosía con estremecimientos dolorosos. Sin dejar de andar para defenderse del frío, contemplaba la gran puerta llamada del Perdón, la única fachada de la igleia que ofrece un aspecto monumental. Recordaba otras catedrales famosas, aisladas, en lugar preeminente, presentando libres todos sus costados, con el orgullo de su belleza, y las comparaba con la de Toledo, la iglesia madre española, ahogada por el oleaje de apretados edificios que la rodean y parecen caer sobre sus flancos, adhiriéndose a ellos, sin dejarle mostrar sus galas exteriores más que en el reducido espacio de las callejuelas que la oprimen. Gabriel, que conocía su hermosura interior, pensaba en las viviendas engañosas de los pueblos orientales, sórdidas y miserables por fuera, cubiertas de alabastros y filigranas por dentro. No en balde habían vivido en Toledo, durante siglos, judíos y moros. Su aversión a las suntuosidades exteriores parecía haber inspirado la obra de la catedral,

ahogada por el caserío que se empujaba y arremolinaba en torno de ella como si buscase su sombra.

La plazuela del Ayuntamiento era el único desgarrón que permitía al cristiano monumento respirar su grandeza. En este pequeño espacio de cielo libre mostraba a la luz del alma los tres arcos ojivales de su fachada principal y la torre de las campanas, de enorme robustez y salientes aristas, rematada por la montera del *alcuzón*, especie de tiara negra con tres coronas, que se perdía en el crepúsculo invernal nebuloso y plomizo.

BLASCO IBAÑEZ
Año 1907. «La Catedral». Obras Completas. Aguilar. pág. 929.

El secreto de Toledo



DESDE hace tres siglos que va arruinándose, Toledo ha sostenido su tradición. Se hundirá antes que desmentirla.

En tiempos de El Greco era la misma ciudad que yo veo ahora; era el mismo río que corre delante de mis ojos... Sigue siendo la ciudad edificada sobre una roca de granito, cercada ásperamente por la profunda torrentera del Tajo. En medio de un paisaje inmóvil todavía hay un enorme racimo, una ascensión compuesta de iglesias, de conventos, de casas góticas, de aposentos árabes elevados y angostos. Y sus piedras siguen diciendo las mismas cosas que escuchara El Greco y que fortificó el artista con el abundante discurso de sus cuadros en las capillas ruinosas. ¡Las razones de Toledo! ¡El soberbio diálogo entre la cultura cristiana y la cultura árabe, que se atacan y se confunden luego!

... ...

He recorrido Toledo en todas las direcciones, a todas horas, y su alma permanece todavía bajo cuatro llaves. "Las casas de esta ciudad —dice el encantador Teófilo Gautier, cuyo recuerdo, invenciblemente melancólico, aparece en el fondo de todos nuestros placeres de España— tienen a la vez algo de convento y de prisión, de fortaleza y hasta un poco de harén". Respiro aquí una voluptuosidad cuyo nombre ignoro, y no se qué, semejante a un pecado, se mezcla a todo un pretérito de religión, de amor y de honor. Es el misterio de Toledo, del que nosotros querría-

mos apoderarnos. ¿Quién podrá dirigirnos en esta empresa? Todo el mundo ha huído de esta ruina imperial. El palacio más hermoso puede adquirirse por veinte mil pesetas, y otros excelentes por diez mil, sólo quedan aquí modestos propietarios que no se preocupan de atraer a los extranjeros. Mi barbero, extraño de mi larga estancia, cuando, por lo general los turistas llegan por la mañana y se van por la tarde, me decía: "¿Le gusta a usted Toledo? Vale poco. No hay sino algunas antigüedades solamente". ¡Y era de oir el tono de aquel vale poco y de aquel solamente!

En esta desolación, El Greco, a duras penas descubierto, me revela, me transmite el secreto de Toledo.

Me aventuro en un caos de peñascos por donde trepan los famosos cigarrales, humildes vergeles comparables a las bastidas de Marsella. Son alrededor de doscientos, cercados con ásperas piedras y con una casita en el centro y un poco de follaje devorado por el polvo. Un débil aroma exhalan esta tarde las retamas. A lo largo de las pendientes pedregosas, que llaman aquí rodaderos, me encamino a la Virgen del Valle, pequeña ermita que se levanta en la orilla izquierda frente a la ciudad.

Desde la ermita se abarca de una mirada la vasta roca que sostiene a Toledo y que contiene al Tajo. La Imperial Ciudad se recoge sobre la recia montaña, se apodera de todos sus salientes y cubre su altura por completo... Los escombros de sus palacios resbalan al Tajo generosamente, y dejan en la cumbre a Toledo, en una posición soberbia de orgullosa en desgracia.

¿Cómo aprisionar los grandes movimientos monócromos de esta tierra violácea y ocrosa? Sería preciso marcar su color y sus curvas, y, además, hacer también sensibles aquellas partes nutridas y densas en las que ningún edificio es notable, pero que precisamente tiene la belleza de los grandes espacios llenos en arquitectura.

El enorme peñasco que soporta a una ciudad tan gloriosa está magníficamente proporcionado para servir de montura a tal diamante. Se recibe una impresión de plenitud y de fuerza al ver sus pendientes anchas y decididas, sus negras asperezas que baña el río.

Las casas se yerguen en la cúspide de la roca y se recortan sobre el cielo. Sus paredes, de un blanco crudo, tienen un aspecto oriental, mientras los techos se confunden con la inmensa entonación violeta de toda la montaña. Este grandioso amontonamiento, donde nos extrañamos de ver, mezclados a los campanarios de las iglesias y a los claustros superiores de los conventos, tantos alminares de mezquitas, está dominado por el Alcázar. Construído en un pesado estilo, se diría que el Alcázar exclama: *"¡No necesito ser hermoso. Me basta con que los malvados tiemblen y los buenos se tranquilicen"*!

A la hora del crepúsculo es cuando Toledo, desde la Virgen del Valle, se hace más extraordinaria. Cuando el poderoso soporte granítico de la ciudad se ha fundido en los tintes violetas, los últimos rayos solares, que pasan por encima de la Sierra, lo iluminan con un resplandor amarillento, al que algunas sombras se entremezclan. Muy pronto las montañas, que se han ennegrecido, se recortan sobre un cielo rojo que inflama a la ciudad, y luego, extinguiéndose, la abandona a la noche. Una tras otra, las luces, como las lámparas al pie de las vírgenes santas, punzan aquellas ruinas. Una emoción de belleza me invade. Una esquila remota, el trote de una caballería y algunos estruendos de la música, los domingos, alteran mis potencias intelectuales.

Y renuncio a seguir esas Toledos sucesivas, cuyos furtivos esplendores se encaminan a la inmovilidad de la noche. Necesitaríase el alma apasionada de un Declaroix para aprehender y fijar en un segundo la mutabilidad del cielo, de las tierras, de los edificios, y en sus remolinos, al Tajo. Yo sé, a lo menos, lo que nos dice esta puesta del sol en Toledo: congrega todas las formas, todos los colores, todos los sueños, para hablarnos de una vida verdadera a la cual nos creemos predestinados y que nos falta conquistar...

Cuando nos devolvemos a Toledo repican algunas campanas, convocando en la Catedral a los personajes de El Greco.

Mauricio BARRES
Año 1912. «El Greco o El secreto de Toledo».

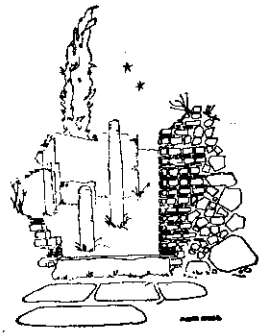
Amanecer en Toledo

MIL y mil veces anduve, solo o en compañía, por unos y otros parajes; al día siguiente me enteraban de todos los pasos que había dado y aún solían inventar, por añadidura, algún mal paso. Yo no había visto a nadie, y con un minuto de aproximación, me decían la hora de mi entrada y salida a cualquier casa que hubiera visitado. Y no se crea fácil, porque hay en Toledo una hora en que el cielo está como plateado y las calles envueltas en sombra, y sólo se rompe el augusto silencio por el grito estridente del gallo o el tañer de timbre chillón de la campana de algún convento. Media hora después ya todo variaba; descendía la luz y comenzaba el ruido, los arrieros, los recoveros, los cazadores, sacristanes y monagos, los portones de las casas que se abren. ¡Quién fuera aquel que no envidiaba al Conde de Almaviva y conocía en Toledo las

rejas por donde trepan jazmines, y donde hay macetas de claveles, y nardos, y rosas, y ojos negros, y dulces palabras que nos hacen amar la vida!

Gustavo MORALES
Año 1918. «Toledo, Añoranzas».

Variación sobre Toledo



HACE algunos años tuve ocasión de recibir con breve intervalo, tras de la impresión de Sevilla, la que causa Toledo. ¡Qué diferencia entre la ciudad ancha y el encrespamiento urbano de Toledo! Es aquélla una población abierta y asequible; en Toledo, por el contrario, áspero y hermético, más bien que entrar tenemos que insinuarnos. Ello le presta el encanto propio de las ciudades a que hay que llegar poco a poco, como a Jericó. Y al hallarnos dentro del recinto mágico nos sorprende el acierto con que la arquitectura ha obedecido la razón topográfica del más ilustre cerro manchego, siguiendo palmo a palmo los relieves del suelo. En lugar de suprimir la posibilidad graciosa que el capricho del terreno ofrece, allanándolo, geometrizándolo, se ha hecho de él, como suele hacerlo el poeta de la rima, motivo inspirador para una idea arquitectónica. Por esto, es cada rúa individual, única, y cada casa parece haber estado nominativamente prevista por la gleba. El capricho del hombre queda sustituído por el de la tierra, y el perfil de la ciudad parece dibujado por la misma voluntad telúrica que ideó las crestas de la frontera serranía.

Breñosos, crudos, estériles, los cerros que ciñen a Toledo, ¿qué pueden producir? ¿Para qué sirven en el finalismo planetario? ¿Qué fruto puede llevar un paisaje así —circo de cerros— en torno a otro defendido por la hoz de un río de foso natural? Cuando los toledanos salían a pasear por sus murallas y veían las colinas inmediatas, que son una amenaza petrificada, sentirían sus almas ponerse tensas y combadas como arcos de ballestas prontos a expulsar la flecha defensora. De las barbacanas naturales que cercan la ciudad parecen llegar constantemente dardos enemigos, estableciéndose entre unos y otros cerros un perpetuo sistema dinámico de ofensiva y defensiva, adormecido hoy, pero que cualquier pretexto puede despertar, disparando de nuevo su funcionamiento.

Si nos detenemos en el paseo de San Cristóbal, hallaremos tan gue-

trero lugar, que nos asaltan preocupaciones tácticas de conquista y defensa, ajenas a nuestra pacífica condición habitual, y si no nos retuviese diligente atención adoptaríamos actitudes de centinela. (Tal vez hay rumor de campanas en el aire y ponemos el oído como una copa para recoger la afluencia sonora, que es como un vapor metálico derramándose en el ámbito azul. Al fondo, esfumada, espectral, se encorva la sierra, árida y terrible como un paisaje tibetano). Ello es que Toledo sólo despierta en nosotros pensamientos polioréticos de eversor de ciudades, y comprendemos que la vida allí sólo es posible como un alerta eterno.

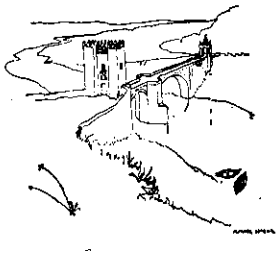
Durante los crepúsculos vespertinos, si el cielo está sin nubes, la cintura terrena de Toledo repite el milagro de la sangre fluescente. Reanimada por la jornada solar, liquefacta por el calor acumulado, la sangre de los guerreros muertos en las guerras milenarias alrededor de la ciudad asciende por secretas venas a la superficie. Por eso vemos la gleba bajo los olivos y las barrancadas que araña el Tajo teñirse de un rojo cruento cuando el sol occiduo sucumbe. ¡Toledo se sonroja toda de placer y de vanidad, como las mejillas de una zona por quien los hombres pelean y caen ensangretados! (No se ha inventado todavía licor más eficaz que la sangre para dedicar los brindis esenciales).

Este cerro aquilino e imperial contiene, pues, una razón topográfica distinta de la de Sevilla y enuncia un destino humano contrapuesto. Don Juan no hubiera tenido espacio en este nido de piedra para vacar a sus preocupaciones personales. En Toledo no cabe la aventura privada porque es demasiado inminente el peligro colectivo. Además, la mujer no podía aquí distraerse de dar al mundo hijos que ocupasen en las almenas los huecos de los heridos. Durante siglos debió ser la vida en Toledo una prisión que los prisioneros mismos habían de defender. La ciudad sólo tiene escape hacia el firmamento. Cenobio y cuartel, la existencia aparece en ella como un servicio militar de tierra y cielo, que endurece los pechos contra el dardo y la tentación.

Desde todas partes y en todos sus puntos, Toledo es alucinante y desmesurado. Siempre que lanzáis la mirada os sorprende tropezar con un torreón, con la espadaña de un convento, con un muro enorme que no habíais advertido y se alza de pronto. Son aquí inevitables almas estrechas y como ojivales de ascetas, de soldados, dominadas por unos cuantos fantasmas trascendentes, regidas por alucinaciones.

JOSE ORTEGA Y GASSET
Siglo XX. («Teoría de Andalucía y otros ensayos»).

Victoria sobre la tierra



PASEO por los Cigarrales. Lo que puede suscitar en El Greco la extraña partenogenesis que en él se manifiesta, tal manera de engendrar formas indefinidas, es, primordialmente, el aspecto de Toledo, donde nunca se llegan a alcanzar los límites de la roca, del suelo o de los edificios; donde cada cosa se refleja y encarna en las demás. Ciudad sin rúa exacta, que parece una frágil victoria sobre la tierra y la piedra; urbe que trepa y desciende, en torbellinos. Si es que acaso existe un "secreto de Toledo" que, en el plano de la plástica, El Greco haya adivinado, es éste de la comunión de las formas humanas con la naturaleza, el de una natural y sobrenatural reversibilidad. Los borriquillos mismos que pacen en la roca, no se distinguen apenas de ella; y la ciudad, colocada sobre pendientes que se derrumban, no subsiste en la cima de su árido acantilado sino en virtud de un inverosímil equilibrio.

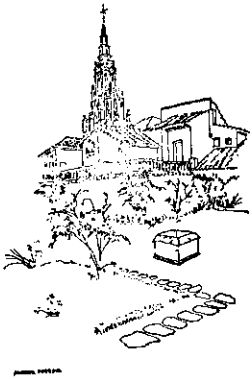
En la pequeña iglesia de San Vicente; ante el lienzo de la Asunción: El ángel de la izquierda ha roto, definitivamente, con toda forma humana. Su cuerpo, o, por mejor decir, su veste, se enreda, desde los pies hasta el cuello, en un inmenso remolino. Otro, tiene los pies sueltos, aislados. Un tercero, no es sino una masa de ocre, con un ala desplegada y la otra recogida. El Greco ha querido pintar aquí el movimiento mismo de la elevación virginal: el mundo no le ha servido sino de pretexto; "y de ello ha resultado esta inmensa rueda elíptica a punto de girar".

Por lo demás —clama maravillado el escritor—, este lienzo no es un cuadro: *¡Es una llama que se eleva, una melodía parada en el más dulce instante!* En los confines de la pintura y la música, por un extraño misterio, las formas se convierten en sonido. No hay aquí, como en el "Entierro", volúmenes que se repiten; o, como en el "Apostolado", el misterio de la Trinidad. Se siente uno subyugado: *"¡Hay sólo acordes, ascendiendo en un aire abrasado de llamas que se agitan"!*

René SCHWOB

Año 1920 (¿). «Profondeurs de l'Espagne». Resumido por Fernando Allué en el Boletín de la Academia de Bellas Artes de Toledo, 1951.

Clavada en una peña



AL subir al Zocodover por el camino que la municipalidad ha abierto con un supremo esfuerzo para unir a Toledo con el resto del mundo, se puede observar la desmesurada altura que ocupa la ciudad sobre el nivel del Tajo.

Es preciso subir otra cuesta para poder contemplar toda entera aquella gran masa de piedra, colocada más alta que la ciudad, para dominarlo todo y verlo todo. Los techos de las casas están más bajos que sus cimientos enclavados en las entrañas de la roca; de su explanada se descubre un paisaje inmenso, limitado por el más amplio horizonte; y tal es la disposición de aquel tronco, que el que sube a sus galerías y se asoma a sus balcones cree tener a toda España postrada a sus pies.

Al norte la Vega con los barrios o arrabales de Santiago, Antequeruela y Covachuelas; al este el castillo de San Servando y la agreste y salvaje colina en que está situado. Toda esta parte oriental tiene un aspecto tal que infunde sorpresa y pavor. Corre a una gran profundidad el río, haciendo un ruido espantoso, sin cañaverales ni malezas, entre peñascos, cuya concavidad produce siniestros ecos, batiendo trozos de muralla, vestigios de antiguos puentes, interrumpidos por aceñas y diques, atronador, rabioso, teñido por la tierra que arrastra en su curso, en lo cual algunos viajeros sentimentales suelen ver un emblemático color de sangre.

Si fuera posible elevarse a mayor altura que la del Alcázar, se abarcaría de un golpe de vista el panorama monumental, y sería fácil metodizar la relación que vamos a hacer. Suponiéndonos con el lector en esa altura imaginaria, veríamos en el centro, situada de oriente a occidente, la Catedral, y al costado meridional de ella los barrios de Andaque, San Lucas y de los Tintes; frente a ella, y en el punto más alto de la ciudad, el barrio de San Román, bien indicado por su pintoresca torre. Más allá, y enfrente también de la iglesia mayor, está la judería, fácil de conocer por su miserable aspecto y por la crestería de San Juan de los Reyes, que está al borde de la ciudad por occidente; al costado norte, el arrabal de Santiago, junto a la muralla; y más al centro el de Santa Justa. Detrás del ábside del templo, el de San Miguel el Alto, determinado por otra torre muzárabe; y junto a éste, el cerro del "Espinar del Can" y las Carreras de los Cabestreros, próximos al Alcázar.

Pero de una simple contemplación de la ciudad no saca el viajero

sino una gran confusión de ideas. Ve una multitud de edificios de todos estilos: góticos, árabes y del renacimiento; de todas clases: religiosos, señoriales y militares; y no acierta a clasificarlos con algún método.

Toledo es una historia de España completa.

... ...

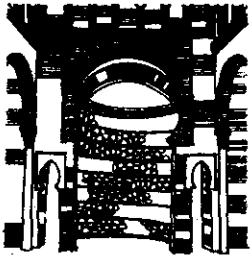
Y si abandonando las soledades del pueblo os internáis en la parte más bulliciosa, recordaréis su antigua Alcana, centro de comercio de joyas y sederías, donde Cervantes coloca la ingeniosa invención de la compra del manuscrito arábigo que adquirió por medio real, el cual manuscrito le tradujo después un morisco aljamiado, mediante el pago de dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo.

En resumen, todo lo que aquí ha habido de caballeresco en las costumbres, de noble y ejemplar en la vida, de osado en las empresas, de original y picante en la literatura, de delicado en las artes, ha tenido por teatro esta ciudad, clavada en una peña, combatida siempre por recios y helados vientos, en situación inaccesible, áspera, sombría, oscura, silenciosa, menos cuando tocan, simultáneamente, a misa, las campanas de sus cien iglesias.

Benito PEREZ GALDOS

Siglo XX.

Oscuridad acerca de la toma de Toledo



LA toma de Toledo es el hecho de la reconquista que tuvo más resonancia en el Islam y en la cristiandad, y, sin embargo, no hay suceso más oscuro en su esencia y en su desarrollo. Las más inconciliables versiones han sido dadas por los historiadores; el arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, en vista de documentos árabes, asegura haberse hecho la reconquista de la ciudad después de larga guerra emprendida en connivencia con los moros toledanos mismos, enemistados con su rey Alcádir; mientras el historiador holandés R. Dozy, aprovechando todos los autores musulmanes conocidos, afirma, al revés, que la entrega de la ciudad fue pacífica, en connivencia con Alcádir. Unos testimonios antiguos dicen que el asedio de la fortísima ciudad duró cuatro años; otros, que seis; otros, que siete. Los cristianos dicen que Toledo fue tomada el 25 de mayo; los musulmanes, que el 6 de ese mes. Por todas partes hallamos dificultades en conciliar unos con otros los relatos más antiguos.

A aumentar tanta complicación, a la vez que a dar nueva luz, ha venido ahora un relato más, hallado en unos capítulos de la *Dahira*, de Ben Bassam, escrita hacia 1110. Este hallazgo se debe al director del Institut des Hautes Etudes Marocaines, de Rabat, el señor E. Lévi-Provençal, quien, fundado en esos capítulos, ha escrito una monografía donde renueva completamente los episodios de la reconquista de Toledo, ofreciéndonos varios extrañamente diversos de los conocidos.

Yo debo al señor Lévi-Provençal, con el mayor agradecimiento, la comunicación del texto íntegro de Ben Bassam, por él utilizado. Ese texto, escrito en estilo excesivamente retórico, en prosa rimada a menudo muy oscura, ofrece varias dificultades de interpretación y varias de acoplamiento con los otros relatos árabes o cristianos. Intentaré vencerlas. Y para ello compondré una nueva exposición de la conquista de Toledo, haciéndome cargo de todas las fuentes que creo útiles, a fin de que tengamos idea lo más clara posible de ese gran suceso del reinado de Alfonso VI. En esta nueva exposición corregiré imprecisiones de la que escribí en mi *España del Cid*, donde justamente caí en faltas por no conocer el texto de Ben Bassam. Como mi reconstrucción es muy delicada, citaré para cada afirmación que haga el texto en que me apoyo; quiero tener siempre al lector en disposición de comprobar fácilmente lo que digo para que me discuta.

Esplendor de Toledo bajo Mamún

El reino musulmán de Toledo, en el corto transcurso de diez años, pasó desde su mayor grandeza a su total ruina.

Mamún (1043-1075) dio a su Estado la mayor extensión territorial entre todos los demás reinos de taifas; dilató su soberanía hasta Valencia (1065) y, por último, hasta Córdoba (1075). A la vez hizo de la fuerte ciudad del Tajo uno de los principales centros culturales; en ella tenían acogida muchos sabios y artistas; los palacios y jardines de Mamún dieron mucho que hablar a los coetáneos y mucho que escribir a los autores árabes, por su lujo y sus maravillas, en que competían el arte más refinado con la técnica más docta; las fiestas y las orgías de este rey fueron por mucho tiempo proverbiales en España, a causa de la magnificencia y la prodigalidad en ellas desplegadas.

En esta corte estuvo desterrado nueve meses (enero-octubre de 1072) Alfonso VI, cuando fue destronado por Sancho II de Castilla. El expatriado fue acogido por Mamún en el alcázar que daba al puente de Alcántara, por donde el cristiano, sin atravesar la ciudad mora, podía salir a espaciarse en la suntuosa Huerta del Rey, que se extendía al otro lado del río Tajo. En esa Huerta, según cantaban después los juglares caste-

llanos, concibió el futuro emperador español el proyecto de recobrar para la cristiandad la antigua capital goda.

... ...

Pero Toledo no absorbía totalmente la atención del emperador, a quien el pacto secreto impedía apresurar su acción contra la ciudad codiciada. En este mismo año 1082 Alfonso en persona combatió victoriosamente a Sevilla, devastando todo su reino, y en diciembre hacía otra incursión (ésta desdichada) para apoderarse del castillo zaragozano de Rueda, de donde se retiró muy perdioso el 6 de enero de 1083. De la guerra de Toledo no sabemos cosas tan precisas como ésas. Ben Bassam continúa sus noticias diciéndonos que Alcádir, metido dentro de la ciudad, seguía estrujando a sus súbditos para pagar sumas a Alfonso y que éste talaba los alrededores, hacía cautivos, mataba e incendiaba y vedaba la entrada y la salida a los vecinos. Y se refiere como caso maravilloso que el trigo, que antes solía conservarse hasta cincuenta años en los silos sin alterarse, ahora, durante la guerra, apenas se levantaba de la era se corrompía y quedaba imposible para hacer harina. Así que el hambre era grande y cuantos podían huir, emigraban.

Los últimos meses del sitio

El emperador, por fin, resolvió acabar con la resistencia, asentándose sobre la ciudad misma. Y en lo más oscuro de una noche (debió de ser en el otoño de 1084), con una pequeña tropa de caballeros, irrumpió en los jardines de Mamún, en la Huerta del Rey que se extiende a las puertas mismas de Toledo, el río Tajo por medio, y allí se aposentó definitivamente.

Pero el invierno vino muy malo, que puso intransitables los caminos del Norte. Dos meses estuvo el emperador sin recibir provisiones de allá. Pero al fin salvó esta difícil situación gracias al auxilio de los otros reyes de taifas, que le enviaron todos los víveres que necesitó. Esto lo pudieron comprobar los sitiados en ocasión bien amarga.

Aunque el vecindario estaba, por la estrechez del cerco, reducido a extremos insufribles de hambre y de agotamiento, intentó todavía el partido intransigente buscar la salvación pidiendo socorro a los reyes de taifas amigos, y un grupo de magnates toledanos bajó al campo del emperador a solicitar paso para los mensajeros que pensaban enviar en diversas direcciones. Era costumbre de la guerra antigua, desde los tiempos bíblicos, que el sitiador concediese a los sitiados una tregua para pedir auxilio a los aliados o amigos y los toledanos quisieron intentar este último recurso. Los magnates de la ciudad llegaron, pues,

con esta suprema ilusión a la Huerta del Rey, donde el portero de la corte les dijo secamente: "El emperador está durmiendo. ¿Cómo vamos a despertarlo?" Ellos entonces se dirigieron a la tienda de un renegado sevillano, que hacía veinte años vivía refugiado entre los cristianos, después de haber mediado en tratos de Fernando I con el rey Motámid de Sevilla; ése se interesó por ellos y logró introducirlos en la estancia del emperador.

Alfonso, restregando el sueño de sus ojos, componiendo con los dedos sus revueltos cabellos, avanzó, la cabeza erguida y el orgullo en el alma: "¿Hasta cuándo me vais a engañar? ¿Qué queréis aquí?", fue su saludo. "Pues queríamos —respondieron ellos humildemente— pedir auxilio a tal y tal de los reyes de taifas. Nos queda esta esperanza última". Y Alfonso, sin nada replicarles, hirió nerviosamente el suelo con el pie, dio unas palmadas, y al que se presentó le dijo: "Que vengan los embajadores de Ben Abbed, de Sevilla". Los embajadores vinieron; arrastraban sus rozagantes ropas de gala; en sus bocas traían frases de gran rendimiento: "oído y obedecido", con todas las demás zalamerías que podían. El emperador no les dirigió sino palabras altaneras, y cuando los embajadores le presentaron multitud de tesoros preciosos, él, apartando con el pie todo aquello que le habían puesto delante, mandó a sus servidores retirarlo de allí. Después fue llamando a otros embajadores de los reyes de taifas, y a todos trató con igual desdén y de todos recogieron los sirvientes del cristiano dones en abundancia.

Los cuitados magnates toledanos se hartaron de admirar a qué grado de envilecimiento habían llegado todos los reyes de taifas, y con el más amargo desengaño salieron de la presencia del emperador para volverse a Toledo.

Allí se escondieron, solitarios, avergonzados, durante tres días, al cabo de los cuales la ciudad se entregó al sitiador.

Rendición de la ciudad

Toledo se rindió el 6 de mayo de 1085, fecha dada por varios autores árabes y los pactos de la rendición fueron estos:

Los moros toledanos quedarían a salvo en sus personas y haciendas, así como en las de sus mujeres e hijos. Los que quisiesen podían abandonar el país sin obstáculo, y si regresaban podrían volver a ocupar sus propiedades. Los moros que quedasen pagarían los tributos que por derecho antiguo pagaban a sus reyes moros; conservarían por siempre su mezquita mayor, pero entregarían a Alfonso las fortalezas, el alcázar real y la Huerta del Rey, al otro lado del puente de Alcántara, en la cual estaba a la sazón asentado el sitiador.

Alcádir, por su parte, tenía la promesa del emperador de ponerle en posesión de Valencia, y aún se dijo que le había prometido ayudarle a ganar Denia y Santa María de Albarracín, pues bien sabía que suyas serían esas tierras teniéndolas Alcádir, y que los moros no podrían resistir por el estado de discordia en que estaban.

Establecidos estos pactos, el emperador, después de dejar pasar dos semanas, acaso para que Alcádir desalojase el alcázar, hizo su entrada solemne en Toledo el día de San Urbano, el 25 de mayo, fecha indudable, establecida por varios cronicones, con toda individuación de ser ese día de San Urbano un domingo.

En cumplimiento de lo pactado, Alfonso tomó posesión del alcázar, mientras Alcádir salió de la mansión abolenga y bajó a hospedarse en el campamento de Alfonso, para de allí buscar dónde establecerse. El pobre rey destronado tenía en las manos un astrolabio, en el cual consultaba con estúpida ansiedad en qué momento preciso emprendería el viaje y que camino había de escoger; los cristianos le rodeaban burlones y los musulmanes se dolían de ver tanta necedad en el nieto de Mamún. Al fin, Alcádir se dirigió a Santaver, heredad de su familia, para explorar desde allí si los de Valencia estaban dispuestos a recibirle. Los valencianos le recibieron y, gracias al apoyo de Alvar Háñez y del Cid, gobernó allí Alcádir siete años, hasta que los hijos de Ben Al-Hadidí le dieron muerte violenta.

RAMON MENENDEZ PIDAL

Siglo XX. «Adefonsus Imperator». Se publicó por primera vez este trabajo en el Boletín de la Academia de la Historia, tomo C, 1932, págs. 513-538.

Hay que saborearla despacio...

ESTE pueblo me atrae, a pesar de su cara de quintañona vieja y agria. Los turistas pasan por su piel de piedra sin conocerla. Ven parte del manto; pero no viven la vida de la ciudad. No oyen su respiración. No sienten el íntimo misterio de su carne desgarrada. No llegan al altar de sus entrañas, para sorprender su concepción, estéril hoy, mañana acaso fecunda.

Esta urna de variadas razas, sólo puede conocerse paseando constantemente por su corteza. Hay que saborear despacio, penetrando diariamente en sus más ocultos rincones. Hay que recorrer sus calles silenciosas, descifrar el enigma de sus ruinas, romper con los ojos la escondida virginidad de sus olvidadas galas, penetrar en estas casitas silenciosas,

que al recibir el beso de la lluvia, semejan llorar con empolvidas lágrimas, su eterno abandono.

Pero esta tarea es pequeña, comparada con la que supone analizar las almas. Todas estas gentes dan la sensación de algo borroso, de algodonada voluntad. Tan malsanas como las nieblas del Tajo, se deshacen en cuanto las pica el sol forastero de la observación. Tal vez contribuya a ello el contraste... La piedra es tan magnífica, que los espíritus quedan empequeñecidos. Se enroscan como gusanillos para no ser aplastados.

Quien más pronto deplora la presencia del animal humano, es el olfato y el oido. Desde el amanecer, verdaderos ejércitos de cabras transitan pacíficamente por la acera; apretadas cohortes de asnos, traen el agua de lejanas fuentes y pasan recuas de mulas que van a descansar al parador... Su música es bellísima, al lado del ruido que producen pastores, arrieros y carreteros.

Tal abundancia de fauna, acaba por convertir la población en un retrete pintoresco, al cual profesan místico respeto los concejales, sean católicos o libre pensadores. Creen, con un optimismo estupendo, que esta molicie manchega es salud... Y conste que esta raza rebelde, engendró a Padilla. Solo que ahora la rebeldía ha degenerado. Los regidores sólo se rebelan contra los limpios requerimientos de doña Higiene.

Por esta causa, o por otras, pues también hay suciedad en las almas, los poetas han hablado mal de Toledo. Desde Quevedo a Zorrilla, exceptuando a Garcilaso, cuyo rubor regional le impidió desnudar a sus paisanos, todos se han hartado de mantener la dignidad urbana de la ciudad, por medio de cáusticos adjetivos. Yo, ni quito ni pongo soneto. Los poetas ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo.

... ...

En Toledo, la piedra se ha dormido hace siglos. Todo exhala aroma de cementerio; todo es frío, noble, lejano. La raza sufre un invierno tan largo y tan duro, que acaso el fruto venidero vuelva a ser glorioso. Y luego, esta luz intensa que se pliega a las colinas; que arma de austeridad los olivos y cubre con un velo espiritual las carnes de la piedra. Luz divina, nacida en algún ideal y que envuelve a Toledo como una clámide luminosa...

Siendo esta ciudad tan vieja y de paredes tan ruinosas, no es de extrañar que las almas, en tertulias, casinos o visitas, se dediquen a roer al prójimo. Los caserones destartalados son siempre nidos de ratones.

Se les da una idea y la destrozan; abren una galería en cualquier hora. Sus dentelladas tienen una gracia y un ingenio soberanos.

Cuando eran fuertes, allá en otros siglos, estas almas fueron orgullosas con corazón. Hoy sólo son vanidosas; necesitan escenario, exhibición. La vanidad es el orgullo del débil.

Pero volvamos a la tierra. El encanto mayor de esta Ciudad única, consiste en contemplar sus apartados callejones, cuando quedan bañadas por la luna y los ilumina con su sonrisa melancólica.

Buscando los besos pálidos de esta luz, voy a pasear a los cobertizos; unos pasajes obscuros, enormes, donde todo recato y misterio encuentran asilo seguro. En un pasadizo de esta guisa, se comprende que Mañara viera pasar su propio entierro. La alucinación embota los sentidos. Un rayo mortecino, reflejado en la pared, semeja una tizona desenvainada. El aire trae eco de gemidos y ayes, mezclados en una canción de angustia. Al avanzar, veo una cariátide, mutilada y deforme, que empieza a mover sus mejillas de bruja...

Cuando llego a la claridad, sonrío de mis miedos. Me encuentro en un remanso de luna, junto a los muros de un convento, ante el pórtico de Santo Domingo, cuyo ceño adusto desarrugan unos hilos juguetones que atraviesan las celosías, se hacen dueños de las tapias y se detienen, sosteniendo una lucha callada y triste con su enemiga la sombra.

Sentado en una piedra, me detengo contemplando los efectos de esta luz pálida, sobre las paredes del convento. Esta luz de agonizante, apaga todo color fuerte, y lo que es más bonito, recorta el dibujo como un cromo. Las tapias, parecen crenchas; las sombras, clámides. Arriba, el cielo limpio y sereno hace más blandas las sombras de las columnas y los muros; da ternura al negro manto en que se cobija la espadaña y pone una sonrisa en los ojos azules de los tejados.

Allá dentro, se oyen unos rezos; voces de tristes velos; voces suaves impregnadas de paz. Es un canto tejido de perdones y olvidos. Riman con esta luz, que carece del humano calor del sol. Son como ella, divinamente artísticas, y están limpias del barro fecundo de las pasiones. Acaso sean vidas tronchadas por vientos fuertes, que segaran cariños y anhelos y acabaron enterrando su corazón, que quiso ser cuna... Acaso por estas almitas tan resignadas, pasó un hombre que olvidó o no supo despertar. Cantan, como si la voz fuera un vuelo hacia el cielo. No mojan sus ruegos en ninguna sentina terrenal de ira, codicia o venganza... Piden nuestra salvación... ¡Vestales del más puro amor, que habéis apagado la impura lámpara de Eros! ¡Almas piadosas que huís del sol y de la vida... rezad! Nuestro corazón es un lobo. Acaso las azucenas de vuestra oración calmen a esta fiera y lo conviertan en un albo cordero...

Año 1920. "Toledo: Piedad". Págs. 73 a 77.

La oración del vencido

Toledo, esa cimitarra gris que los árabes se dejaron olvidada entre la chilaba mugrienta que el Tajo arrulla con su eterno rezo, ha sido ana-

lizada y descrita en tono mayor y menor por los modestos Atlantes del huecograbado y por los pomposos ensayistas, depositarios del secreto a voces que encierran todas las ciudades milenarias, pero siempre, invariablemente, Toledo ha sido vista desde una altura. Y se explica. Desde la cumbre, el paisaje se entrega pronto y la silueta del burgo se recorta al primer ojeo. Tanto de la Peña del Rey Moro como los torreones de San Servando, igual la terraza del Valle que cualquiera de los cigarrales que se posan como palomas curiosas en las arrugas del terreno. Cualquiera que sea el punto de mira, Toledo quedará inerte a nuestros pies, encintado por el doble damasquino de sus murallas y el lomo azul, plateado e inquieto, enroscado a sus flancos, a modo de esos aceros toledanos que se dejan aprisionar en el hueco de la mano.

Cada pueblo tiene, además de su fisonomía, un ademán, un gesto propio. Hay ciudades arrogantes que avanzan hacia el viajero con la audacia de su juventud, y hay otras tímidas, recatadas, medrosas y asustadizas; son la que se agazapan en los hondones o en las laderas, protegidas por las altas montañas. Las hay dispersas, individualistas, valientes y dominadoras, y las hay desoladas, humildes, sombrías y discretas como una página de la Biblia. Parecen hechas con almas muertas y carnes atormentadas por deseos imposibles y melancolías incurables...

Toledo es de estas últimas. Aparece siempre acostada, dormida. Es una matrona vieja, cansada de trajinar, que se ha tendido al desgaire, entregando a nuestra mirada gran parte de sus encantos íntimos. Sorprende sobre todo su quietud, su transparencia luminosa de estampa alemana, limpia, quieta, cerrada, nueva. En todo el cuadro no hay más movimiento que el de las aguas del río, y ése tan hondo, que sólo por el rugido se delata su andadura. Es la eterna vista panorámica, reproducida hasta la hartura en guías, postales y revistas de ocasión. En ella, las cercas simétricas han convertido el paisaje en una plana caligráfica. El texto lo escriben los olivos, y abajo, entre los adobes que sirven de límite, va el pie de imprenta del Tajo. Nada falta en el marco para la evocación fácil. En el ajimez mudéjar puede adivinarse una figura moruna, amenazadora o amorosa, según la hora y el temple espiritual. Sobre las mil torrecitas cristianas, los campaniles de halda hueca y voltijeadora son monjes que nos invitan a orar.

... ...

El solar de las santas leyendas

Para llegar a este cristiano yermo que se llama La Guardia hay que aventurarse por tierras de la Mancha Alta, empresa un poco descabellada, sobre todo si la acometéis en pleno verano. Y no porque sea hostil

el paisaje, que está pidiendo un templo a la diosa eterna de los surcos romanos y de la gleba castellana. Cruzaréis Mora, la de gran valía, la que arrastra varios kilómetros en torno a una cabellera ondeada de olivos celtíberos que tienen un gesto pagano de hartura en sus copas; esos olivos morachos, rígidos, firmes, disciplinados como ejército aprestado a la conquista de los predios fronterizos. Y una vez en Mora comienza la altiplanicie de Tembleque, ictérica y enfebrecida bajo el violento ajetreo de la trilla. Por Tembleque pasó Theofile Gautier; pero su retina sólo atenazó la visión de unas ligas estupendas y de un grotesco Quasimodo, que nos describe con su habitual tono fruslero. Sin duda que Tembleque no es Chamounix; pero sobre su piel reseca por el trigo hay florecillas curiosas y retazos de opulencias pretéritas. La iglesia, por ejemplo, tiene un retablo magnífico, obra de algunos discípulos de Borgoña o Berruguete; no nos decidimos a resbalar por el precipicio de las afirmaciones.

Más aún que la iglesia nos gusta la plaza. Castilla es la tierra de los ejidos espléndidos; los de los porches rancios, solemnes, ahitos de dulce sosiego; los de los balcones saledizos, hechos para saborear zambras, torneos o capeas lugareñas; los de los herrajes retorcidos, clásicamente trabajados, como un bostezo retórico de Calderón de la Barca. El de Tembleque es un ejido tipo, desde el tuétano originario de su traza medieval hasta el remendado pellejo de las viviendas limítrofes. Marco grave de gorgueras y corpiños, que aún relegado al presente a acoger y cohonestar festejos de gañanía todavía guarda hedores de ropilla vellosa, de esbirros del Santo Oficio, de carnes cristianamente achicharradas. Olor inconfundible a historia castellana, épica y perdenalina, ciega y horra de ciencia, como toda fe (con la venia de don Gabriel Maura, heredero del cirio del inmortal don Marcelino y autor de un segundo tomo de cuyo nombre no pienso acordarme).

Por medio de esta plaza cruza una carretera que, luego de rendir pleitesía al zagúan de la iglesia, busca la Mancha camino de Sevilla. Arteria hidalga, de muchos pícaros y pocos santos. Antaño era la vereda única que lleva a Andalucía; el camino tan trillado por el bachiller Trapaza, y no digamos por su ejemplar Beatriz, la simpática Garduña. Al trote largo de sus polvorientos lomos bajaron Rinconete y Cortadillo, "ambos de muy buena traza, pero muy descosidos, rotos y maltrechos", a enverdecer sus hazañas en tierras menos friolentas que las prietas de la Mancha. Por ella marchó Guzmán en uno de los escasos paréntesis en que no se sentía dogmático ni cuatrero, y Marcos de Obregón, el escudero docto, pelmazo de moralina, que de haber nacido hogaño fuera de fijo ensayista, y el Donado Hablador, y Gil Blas, con todas las demás frescas y pulidas flores de la jacarandaina...

Y no espiguemos en nuestro siglo, donde la cosecha de pícaros, vayan o no a Andalucía, produce el ciento por uno. Pero ya se ve La Guardia. Es aquel pueblecito que se acuesta en una ladera cercada de trigales, con dos molinos de viento guardando la entrada y un calor de horno que envía sus vaharadas ardientes hasta el camino, como un piadoso avance entrenador. Hemos penetrado en las tierras bíblicas, que tanto hicieran anhelar a los israelitas el prometido edén, repleto de fontanares. El ambiente que rodea a tan noble lugar es duro, seco, austero y recocido. Ni la gloria de las espigas doradas, ni la albura inocente de los encalados molinos, ni el zumbido glotón de los insectos, que borrachos de sol bordean sobre los secos fangales, alivian esta pesadilla calenturienta, de infinita sequía. Tierra fecunda de secano, matriz de cereales recios, de mieses afogaradas que jamás vieron un regato, ni saben la húmeda trova de la nieve espiritual de un medallón romano...

Dentro del pueblo sigue triunfando la sed. Hay algunas casas grandes, de portalón labrado, alineadas a ambos lados de la carretera. En una de ellas nos acogen en el patio, confortable, fresco y umbrátil bajo el toldo blanco que tamiza la luz. Junto a la parra rumian su pereza muchos tiestos con flores, que festonean también el pozo de brocal labrado. Estas gentes, hidalgas y hospitalarias, nos regalan con un vinillo alegre que hace olvidar los arroyos norteños y nos torna bondadosos y devotos de La Guardia para el resto de nuestra vida. A la salida, el paisaje se hunde y desaparece. ¿Será el vinillo traidor? Pero no; no es espejismo. Es que el pueblo, por este lado, queda casi cortado a pico. Lo que al entrar en la villa nos pareció altísima ladera es una cumbre afilada, a manera de cuña, que concluye en la pequeña meseta del cementerio. En el hondón que circunda a La Guardia se asienta un enorme anfiteatro de montañas calcáreas en forma de hinchados cilindros puestos en pie y afofados por algún cataclismo geológico. Estos hitos cierran el valle como un gigantesco dique circular puesto para contener los desbordamientos del mar de trigo.

Pero lo maravilloso de esta cuña que nos soporta, intentando rasgar el paisaje, es que está casi hueca. Todo el monte aparece arañado por senderitos tortuosos que van a desembocar en las anchas bocas de los *silos*, especie de viviendas de un sabor tan primitivo que nos retraen, por su consoladora pureza, a la dichosa edad y siglos dichosos en que no había Prensa católica ni Ateneos reformistas. Cada *silo* es un lindo poema de Teócrito que podemos releer en su desnudez original. Las habitaciones —que nunca llegan a cuatro— están hurtadas a la entraña de la tierra. De puerta oficia un tapiz corcusido con telas de saco. El recibidor, diminuto, atesora como un féretro egipcio las más preciadas joyas del ajuar casero: la cómoda, con su tapete rameado; las efigies

familiares colgando de la pared, el espejo y la concha de un caracol. La alcoba es tan menguada, que el lecho rasca las paredes por los cuatro costados, y en tan reducido espacio se ama, se sufre, se nace y se muere...

Una inquietud nos asalta. Cuando estas familias tengan cinco o seis críos, ¿cómo evitar la promiscuidad, el triste despertar del sexo en esos espacios carentes de aire y de luz? Sólo el hecho de vivir aquí demuestra la bondad infinita de estas gentes, que no se rebelan y hasta parecen alegres y dichosas. Afirman —y quizá sea cierto— que se vive mucho mejor que en Madrid. En invierno, no penetran las heladas; dentro del *silo*, incluso hace calor. En verano, mientras el sol tuesta y fríe los pedruscos y los cráneos, aquí, en lo hondo de la alcoba, se goza de una temperatura de cámara frigorífica o de tumba clásica. Por lo visto, si la Humanidad viviera bajo tierra no se enteraría de los cambios de clima. El *silo* a todo pasto; nueva panacea para enfermos de sensibilidad agudizada. De donde resulta que La Guardia sería una residencia ideal para intelectuales y para otros que no lo son, pero a quienes no vendría mal una temporadilla a la sombra. Por nuestra parte, haríamos el sacrificio de vivir en cualquier palacio de la Castellana. Aun reconociendo que no son tan confortables como estos *silos*, sabríamos resignarnos con el estoicismo de un abnegado banquero o un ascético ex ministro. Aunque luego nos acorralaran en Madrid con sus donaires esos temidos troveros que también poseen su correspondiente *silo* en la Gran Vía. En España, los veinte millones de súbditos somos así: temperamento de mártir y espíritu de sacrificio, ante todo y sobre todo...

... ...

Balada agridulce de un pueblo ejemplar

Lector: ¿Por ventura conoces los montes de Toledo? Si es así, habrás visto de seguro un pueblecillo triscador haciendo equilibrios sobre el borde geológico de una sartén montañosa. Sartén donde se refríen olivos martirizados de retorcido tronco; substanciosas fanegas de plantío; cepas bíblicas de aparrados pámpanos, que ondulan al aire purísimo de la sierra; apacentaderos minúsculos improvisados en los añojales; todo ello cubierto por la salsa espesa de estas tierras bermejas, tan jugosamente carnosas, tan prometedoras de esas cosechas recias logradas sólo a fuerza de trabajo en montes muy altos y por razas muy fuertes. Este pueblo valeroso, incapaz de amedrentarse ante el rimero de colinas y peñascos que cabalgan sobre barrancadas cruzadas de amoratados verdugones que el sol besa con franciscano deleite, se llama Navalucillos, nombre infantil y claro, que suena a agua limpia —el agua que chorrea de la cercana melenita de Gredos—, a aire fresco de serranía y a luz de lugarejo castellano.

Desde luego, si lo comparamos con el Pirineo, el paisaje tiene una sobriedad infinita, una dureza acerada, una austeridad de Tebaida. Aun en la huerta del Virrey, lo más parejo a los escenarios norteños, un manojo de cipreses negruzcamente melancólicos escribe sobre el azul una página del *Kempis*. No es mimoso ni llorón el ambiente en Navalucillos; por eso la raza tiene aquí fuerzas y energías que están pidiendo corazas de titán. A once leguas de Toledo, unido a la civilización solamente por el débil cordón umbilical de una carretérita secundaria, Navalucillos es un pueblo sano y fuerte que se basta a sí mismo y aun le sobran arrestos para desbordarse sobre otras provincias. En el año 80 tenía trescientos vecinos; hoy pasa de los mil cuatrocientos.

Desde la fábrica de harinas a la entrada de la villa, hasta sobrepujar la ermita de la Salera, se extiende el burgo, con formidable carácter mudéjar. ¡Cómo trabajan la piedra estas gentes de Navalucillos! Aquí debieran venir a aprender gracia y estilo esos arquitectos que han llenado la Gran Vía de cajones superpuestos y de tartas barrocas. En el manejo del vocablo, también la raza, sin pujos de ateniense, propende innatamente a la ironía maliciosa, a la burla y al apodo. Abundan los personajes pintorescos que atienden por el Tío Zorrita, el Profeta, el Feo, el Santo y otros que decorosamente no es posible estampar.

El indígena de Navalucillos trabaja siempre, aunque con facetas variadas; el sobrancero no existe. Cuando se agarra a la cumbre origina el caserío serrano, o bien de la chavola si se dedica al pastoreo. Si tiene dos pesetas se hace tratante, y si no las tiene, se echa un buen día con su carro y arreos a trashumar por los caminos. Lleva miel, que cambia por cáñamo en Anchuras o en la Nava, y, naturalmente, gana en el trueque. Sigue andando, y, según hacia donde enfile, mercadea su cáñamo; por corcho, en Extremadura; por suela, en Albacete, o por cualquier otro producto pintoresco si prefiere no salir de la Mancha Alta. Así cambiando siempre, desemboca en Madrid, y para la fiesta del pueblo retorna al hogar. La miel, que se hizo sucesivamente —como en la fábula de la lechera— esparto, suela, corcho o chacina, vuelve a su punto de origen transformada en sólidos cartuchos de duros relucientes; dineros sonantes, que inspiran mayor confianza que el papel moneda.

El tratante en ganado forma ya una categoría superior al nivel medio de la población económica. Maneja muchos intereses. Tiene sus criados, su cuenta corriente y su red financiera perfectamente escalonada, pues con frecuencia no es sino el gerente de una Sociedad formada por los vecinos de holgada hacienda. Otras veces es un guerrillero suelto que ha cogido anticipos a rédito muy bajo, y gracias a transacciones afortunadas logra amortizar la deuda y volar con alas propias. En ambos casos, el tratante así enfocado requiere ciertas condiciones magnéticas de cap-

tación monetaria y una vista infalible para tasar la ganancia con rapidez y certeza.

Pero todavía no basta. Un tratante que se estime ha de poseer agilidad imaginativa, destreza mercantil y dominio de la mesura. Ha de ser sagaz en fórmulas aritméticas, aun cuando no sepa leer ni escribir, y, sobre todo, ha de dominar el palabreo retórico. No hace falta que sea un Castelar, pero tampoco un Beunza. Precisamente en este punto del trato es donde el navalucense desarrolla su ingenio. La raza, primitiva y sencilla, patriarcal y heroica, une a la sagacidad de Ulises la férrea paciencia de los Fernán González al cobrar los réditos a sus gerifaltes. De esta suerte, los acuciosos financieros que saben negociar las terneras al contado y las mulas a pagar por San Miguel reviven por las veredas y senderos de la meseta castellana —humildes y apartados caminos de España— la andadura gloriosa de los peregrinos romanceros de la miel y el cáñamo. Acaso su ideal sea más estrecho. Navalucillos no es Atenas, aunque a las veces sus hombres desplieguen un talento sofístico y unos recursos dialécticos dignos de cualquier ingenio de la *Revista de Occidente*. Recordemos un caso:

A las ferias de Navalucillos pueden ir todos los gitanos que quieran; pero no van. No es que el vecindario se oponga, sino que ellos, graciosamente, declinan el honor, porque, pese a los magníficos ditirambos de García Lorca, el gitano es un ser infeliz, un romántico sentimental, frente a estos centauros del trato. Ello fue desde cierto día en que el Tío Cabrita —respetable varón, cuya vida está llena de heroicas hazañas, un poco largas de contar— decidió vender el burro, un ejemplar famoso en la comarca, y abordó al gitano más chapucero y curtido en las artes del trujamaneo. La venta no fue laboriosa, porque el buche era una ganga.

—¡Anda ya, hombre, y fíjate bien en lo que compras, que te llevas la mejor alhaja de la feria!

—¿Tan buena le parece al payo?

—¿Cómo buena? —protestó el Tío Cabrita—. ¡No le falta más que la lengua para hablar como nosotros!

Y, en efecto, como a aquel sufrido corcel le faltaba la lengua casi de raíz, se murió a los dos días. El gitano quiso deshacer la venta; pero el Tío Cabrita se negó a soltar los cuartos.

—¿No le dije a usted que sólo le faltaba la lengua a aquella joya? Pues, amigo, el trato es trato; en Navalucillos a nadie engañamos...

... ...

Camino de Talavera

Oropesa, Lagartera, y en grado máximo Talavera, se han convertido, por obra y gracia del maestro Guerrero, en tópicos de zarzuela. Creyé-

rase que la primordial ocupación de la talaverana es bailar seguidillas embutida en el típico traje regional, nada propicio a tan dinámico deporte. ¿Quién se atreve a aventurarse por la carretera general y a entrar silenciosamente en la ciudad —Talavera no es un pueblo— sin encontrar siquiera una pareja danzarina, pagada por el Patronato Nacional del Turismo con el fin de mantener el fuego sagrado de la leyenda?

Huyamos del camino real. Utilicemos un movimiento envolvente, con sus pujos de diversión estratégica; después de todo, está demostrado que un escritor puede ser un formidable ministro de la Guerra. Y el enemigo en nuestro caso no tiene más que fachenda. Es el Tajo —que, según fray Luis, saca el pecho fuera— y Gredos, el gigante sin categoría indígena, pero pronto a ejercer con su aliento de titán una influencia gélida sobre la dureza nativa del suelo toledano.

¡Pobre padrecito Tajo! Camino de Talavera es aún más indeciso y vacilante que nuestra medrosa pluma. También él se aparta de la carretera general, esquivando con un supremo gesto de hastío los cigarrales enhiestos en el peñascal agareno donde algunos dicen que frutece el albaricoque. No lo conquistan la gracia norteña de los Lavaderos ni el boquete idílico de San Bernardo. Soñoliento y sumiso, da vueltas y más vueltas por la llanada torrijeña, hasta que, atacado repentinamente por una ternura subterránea, se hunde en busca de las capas geológicas de mayor profundidad, para concluir expatriándose, correcto y disciplinado en la superficie, pero rebelde en el fondo, hacia la hidalga planicie del viejo Portugal.

El abuelo Gredos es el patriarca reposado y grave, de lengua melena nívea, pies cosidos y suelo y mirada perdida por los senderos celestes. Su mole blanca, tan inerte para los ojos viajeros, es un vuelo fracasado hacia las nubes vecinas. El Tajo es la montaña líquida, deshecha entre dos carriles azules. Su paso cauto, arropado entre cañaverales y meandros, se percibe apenas en los rabiosos mordiscos con que alicatan las márgenes del cauce. Y los dos son gigantes a su modo: el padrecito Tajo, torbellino circulatorio, siempre en busca, con su dinamismo erótico, de la entraña toledana; el abuelo Gredos, sereno y reposado, con su hambre infinita de lejanía azul...

Rebasamos muchas dehesas, y una vez cruzado el río en la barca de Portusa, soslayada la Puebla y siempre a honesto apartamiento de las sendas trajineras y las veredas trilladas, caemos en Carmena, pueblo feliz, porque tiene poca historia y buenos vivos, ninguna casona heráldica y profusión de olivos excelentísimos. La piel terrosa carece de esa desnudez agresiva que afosca el paisaje cuando mira a los montes de Toledo. Sin ser Sagra, esta tierra cárdena, avaramente labrada hasta las lindes de las venas urbanas, da la sensación de que a cualquiera de sus

casas podría volver el rico Camacho. El agro, casi planoso, se irrita nada más que lo preciso para acarrear los ribazos colmados de oliva que sestean en los repechos.

El corazón mercantil y político de Carmena es Torrijos, frontera espiritual que recoge dos potencias: la talaverana, de fisonomía casi extremeña, y la de Toledo, glorioso cementerio de almas y de cruces. Por consecuencia, Carmena, aledaño solitario enlazado a Torrijos por un atajo primitivo con honores de camino vecinal, vuelve la espalda a ambas rivales y sigue viendo en Torrijos su Dulcinea comercial.

Desde luego, le va perfectamente. Es un pueblo limpio, y aun fragante, donde la cal se prodiga con desbordamientos de endecha luminosa. Hay viviendas de fachada relativamente urbana y hasta alguna con pretensiones mudéjares, que vacila entre la pacotilla y la seriedad. Hay una iglesia ancha y alta, de sólida cúpula. Y hay una Casa del Pueblo más sólida todavía...

Hasta Novés vamos por carretera, sin variar de panorama. En las lindes, matojos de cambroneras y sardones casi sequizos. Tierras ígneas, cielo añil, campamentos grises de olivos. De los surcos se despegan escuadrillas ligeras de alondras o de perdices (no estamos muy seguros). Cantan unos labriegos en la amelga, repica un campanil lejano. La sombra de Gabriel y Galán se cierne sobre la tierra, que crepita bajo el sol como una gran candelada.

Por el centro de Novés pasaba otrora la calzada romana que iba a Talavera y a Mérida. Los códices judíos y las losas sepulcrales citan a cada paso este pueblo, y, sin embargo, aquí nadie ha oído hablar jamás de aljamas ni de sinagogas. Ahora Novés es un pueblo francamente toledano y regularmente cristiano, que ignora todo su pasado histórico. Sin duda, los Reyes Católicos, con su fobia dramática de la unidad religiosa, dejaron la provincia en cuadro. El tronco toledano tenía tres ramas: judía, mora y cristiana. Podar dos de ellas era dañar el árbol nacional, quizá en sus más inteligentes frutos.

Rectamente enfilamos la Casa de las Cadenas. En el zaguán y portalón triunfa la piedra heráldica. Destacan más los blasones entre el concertante de bardas y corralizas tapadas con tejaroz. Esta Casa de las Cadenas es la mansión que habitó Lope de Vega con su primera mujer, Isabel de Urbina; es decir, su primera luna de miel legítima, porque de las otras, hablen la viuda Marfisa, Elena Ossorio, Antonia Trillo, Micaela de Luján, Jerónima de Burgos, Marta de Nevares y tantas otras lindas tapadas a quienes el buen clérigo conoció en el sentido menos cristiano del vocablo.

... ...

Talavera la venerable

¿Cómo es Talavera? ¿Cuáles son las raíces de su entraña actual? He aquí una interrogante peliaguda. Los pueblos, como los enfermos nerviosos, tienen demasiados matices para ser diagnosticados de un solo golpe definitivo y rotundo. Ya antes de pisar Talavera nos acechan numerosas leyendas y romances —cendolillas de la chismografía—, que se ciernen sobre la sin par ciudad, de clara estirpe extremeña y noble historial toledano. En los apuntes de Clío abundan los episodios que tienen como escenario Talavera. Por ella pasaron los Reyes Católicos, camino de Guadalupe. Por ella cruzó —la última vez— el rubio Emperador hacia su celda de Yuste. En ella vivió el Rey poeta con su favorito don Alvaro, hasta que esta intimidad —no sabemos si ambiciosa o erótica— sublevó a los nobles de todos los castillos, desde la Puebla a San Martín de Pusa. Aquí vivió sor Patrocinio, la pintoresca azafata espiritual, con sus no menos pintorescas llagas...

Talavera es, sin duda, un formidable desfiladero histórico; pero en definitiva esto no nos aclara la cuestión. ¡Tiene tantas caras Talavera! Hay una cara romana, desde las murallas hasta los restos de su amplia calzada. Hay una cara árabe, de empuje erótico, hasta más allá de sus bardas. Hay una cara cristiana, llena de Loaysas y de padres Marianas. Hay, en fin, una Talavera taurina, cuna de Corrochanos y tumba de Joselitos. En todas las épocas, además, Talavera ha sido patria de santas y santos, de obispos y arzobispos, de conquistadores aguerridos, que en la primera descubierta de Pizarro, y unidos a los extremeños, se llevaron, ya que no el laurel heroico, al menos los ducados. Por último, judíos hubo siempre en Talavera, como en todo corazón comercial. En suma: cimientos romanos, abolengo árabe, cráneo semita, corazón cristiano...

¡Señor! ¿Cómo es Talavera? Porque recorriendo sus calles, no del todo pulcras, nosotros sólo hemos visto muchos conventos de monjas, muchas iglesias y ermitas, muchas casas con altares y muchos zaguanes cumplidos donde alternan las imágenes con los pucheros, las ánforas y los platos de fina loza floreada; detalle ya presentido por Santa Teresa al afirmar "que también entre los pucheros suele andar Dios".

Entonces..., ¿Talavera es mística? Vamos despacio. Los Cayos Salustios del comadreo actual nos pintan a Talavera como una lonja de fácil contratación amorosa: una especie de ciudadela erótica donde abundan las Aldonzas de vía demasiado ancha. Y se cuenta que durante las ferias —las ferias de Talavera, de universal renombre— acude, a la vez que una nube de carteristas ingenuos y honestos descuideros, un lote de camareras madrileñas, aquellas camareras mezcla de sirvienta y cortesana que ya no existen más que en las novelas de Répide. De tales murmura-

ciones el cronista no responde, porque no es arcipreste ni siquiera talaverano. Con los datos recogidos, Talavera igual puede ser alcázar de brivia que catedral ascética; acaso, como el español legendario, sea mística por fuera y pícara por dentro, o acaso, como el español actual, sea pícara en la apariencia y mística en la realidad...

Mientras lo averiguamos, no estará de más saludar al paisaje. Mirada a dos kilómetros de distancia —desde el puente del Alberche—, Talavera se nos ofrece como una bandeja cincelada con los bordes carcomidos por el cardenillo verdeazul del Tajo. Los brazos morenos que sostienen a esta ciudad, convertida en bandeja de viejos ducados, son las lomas y ribazos que miran a Navalcán, y su contenido, un rebosante amasijo de tejados bermejos, huertos envidiablemente feraces, atados por sendas de cañaverales; calles largas y retorcidas, con salpicaduras de minaretes; tragaluces, espadañas y balconcillos minúsculos, como enanitos en reposo. El efecto es fantástico, porque los ingredientes son de razas distintas: sólidas firmas romanas, rúbricas de taraceado arabesco, índices simbolistas de dulce y triste sonrisa cristiana...

Total: que seguimos sin dar un diagnóstico decisivo. Habrá que ir en busca de las raíces históricas, que se doblan pero no se rompen. Veamos. Por Talavera han desfilado tres sombras gloriosas: dos arciprestes de facetas semíticas y un judío auténtico. Tres artistas por demás divinos "si encubrieran más lo humano". No importa que ninguno de ellos naciese en Talavera. Los tres se han sorbido la silueta ardiente de la ciudad. Son tres afluentes retozones y eróticos del gran río castellano; tres Alberches de andadura humanista que van a dar en el mar del humorismo español, un humorismo amasado con doloridas prudencias y melancólicas corduras: Don Miguel de Cervantes Saavedra. Estos tres hombres encarnan tres siglos. Con haberlos visto pasar, Talavera ya tiene una historia. Pueden tundirnos los eruditos; pueden hacernos migas los académicos. Vamos a levantar el telón en los siglos XIV, XV y XVI. Alevosía, nocturnidad y ensañamiento, señores historiadores...

... ...

Grandeza y podredumbre de una fosa

Ocaña "la bien cercada", que dijera el Romancero, asiento y corte de la alta meseta que lleva su nombre, es una villa albariza de talento prócer y noble ejecutoria santiaguesa, que se llena de dudas topográficas antes de recostarse democráticamente sobre la vieja clámide de sus rotas murallas o de ovillarse tras las cercas bajas que alicatan a trozos la ancha llanura manchega. Esto ocurre cuando mira hacia Aranjuez, porque cuando avizora Noblejas, Dosbarrios o Yepes se dilata feliz con un espon-

jamiento agrícola que engalana de surcos muchas leguas de sembradura, amelgadas y pulidas bajo la pompa pagana de sus vides...

Y no es que Ocaña sea ni con mucho un feudo medieval nostálgico de hidalguías pretéritas ni de pujos aristócratas. Las viejas casas de la antigua nobleza —balcones de ferrado paramento y heráldico portón— muestran sin el menor pudor en sus zaguanes los aperos clásicos del labrantío castellano, y en los largos patios donde antaño caracoleaban los corceles de las yuntas rumían hoy su mansedumbre muchos pares de bueyes pacíficos y alguna mula resabiada que mosquea inquieta, luchando por desasirse del arrendadero.

No obstante, Ocaña dista mucho también de ser un poblacón de terruñeros; por algo su escudo es un castillo en campo de plata. Puede afirmarse que Ocaña y Mora son los pueblos más logrados de la provincia, los únicos casi que respiran civilizada y modernamente. El trigo y las cepas son una faceta formidable, pero no única, de la actividad indígena. Abundan en la contornada las fábricas. De licores, de cordajes, de zapatos, de harinas, de jabón. ¿Y qué decir de las tejerías y alfares? Ocaña es la Atenas del barro en cochura clásica para botijos, adobería y argamandijo arcilloso de toda suerte y condición.

Y es que Ocaña ha sido desde época remota una cosa muy seria. La antigua Alcadia, como la llamaban los árabes —y como la llamamos nosotros para darle cierto sabor añejo que va muy bien a nuestro léxico rural y primitivo—, es la dote que el rey moro de Sevilla da a su hija cuando la casa con Alfonso VI. No diremos que anduvo muy acertado al donarle en arras esta villa romancera, que ya despedía cierto tufillo erótico creado por los régulos, acreditados por el obscuro borrón de los olivos, temblequea indecisa en el silencio anónimo de la "ancha y plana Castilla".

"Para mí —suele decir el toledano clásico— tanto monta Ajofrín como Sonseca". Y esto no puede pasar; es un verdadero insulto para dos pueblos que tienen su personalidad bien definida. Indeciso, estático, trascendiendo a fiambre, Toledo; pero Ajofrín y Sonseca, no. Labrandero y agrómano hasta el tuétano, Ajofrín ha cedido a su vecina la hegemonía comercial. Sonseca profesa el dogma "Más vale onza de trato que arroba de trabajo". De Sonseca son las inteligencias más ágiles y emprendedoras de toda la provincia. Si algún mañana lejano Toledo da una dinastía de banqueros al estilo de los Rostchild alemanes, puede afirmarse sin vacilar que serán sonsecanos. Un pueblo que ha inventado las célebres marquesitas y el auténtico mazapán lleva mucho adelantado para azucarar sólidamente los créditos y las finanzas.

Pero hoy no podemos entrar en Sonseca, porque nos aguarda Orgaz, solar de viejos hidalgos, todos de linajudo abolengo. Pueblo lleno de

prestigio para el artista, hace sonreír un poco socarronamente a los comarcanos. Mientras los de Orgaz cazan o toman el sol, como cumple a tan nobles caballeros, Mora y Sonseca, azadón en ristre —ventajas de no tener pergaminos—, se van metiendo en los fundos nobiliarios gracias a sus estupendos terruñeros, y hoy una oliva, mañana un pegujal, concluirán por anexionarse hasta los dólmenes emplazados a la vera del camino. Dólmenes que desharán para plantar viñas y acrecentar la uvada; porque Mora, como Sonseca, tal vez no tenga sentido histórico; pero económico sí lo tiene, y muy desarrollado...

En Orgaz quedan restos de murallas y las ruinas del castillo donde vivió y murió aquel célebre conde de Orgaz, que sin el pincel de *El Greco* y los comentarios de Cossío, no pasara de ser el vulgar testador que deja un censo a la Iglesia en la forma prosaica de un puñado de escudos y unas cuantas gallinas. Quedan también retazos de perdidas grandezas: la iglesia monumental, las traíllas de galgos, los portones blasonados, y, sobre todo, los hidalgos sesteando en el casino, acodados en el prócer sillón de cuero cordobés, el cigarrillo al desgaire, y los muy activos jugando al tresillo.

Orgaz es cabeza burocrática de partido, con gran disgusto de Mora, que en secreto tal vez le envidia esta primacía, sin perjuicio de sentir un profundo desdén por sus vecinos. Algo parecido a lo que ocurre entre Barcelona y Madrid, a quien en pequeño se asemejan bastante ambos rivales. Si Mora, por su actividad, su espíritu industrial y su fondo trabajador y ahorrativo, recuerda algo a Barcelona, Orgaz, con sus empleados, escribanos, abogados, vagos, señoritos y hasta un cogollo de aristocracia, podría ser el Madrid de la provincia. Un rico de Mora es craso, rechoncho, de moruna pelambrera y cachazudo parlar. Posee por término medio diez o doce mil olivos y un par de fábricas modernas de aceites y jabón. Un rico de Orgaz es alto, enjuto y grave como el caballero de la mano al pecho. Tiene unas piernas de zancuda, unas barbas heroicas, los mejores perros del contorno, una escopeta algo vieja, pero que no cambiaría por nada, y un escudo en su portón. En el casino moracho se habla de cotizaciones, de ventas, de escrituras o hipotecas. En el casino de Orgaz no se oye hablar más que de cacerías, de liebres, de perdices, de jabalíes. Y alguna vez, de Dulcineas...

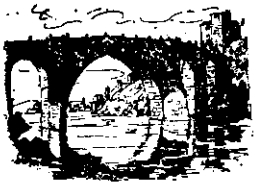
Y así está el problema espiritual. Orgaz, pese a su categoría administrativa, no puede —quizá no lo pretenda tampoco— dominar a Mora, como el mosquito no puede comerse al águila. Mora, por su parte, aunque sí lo pretende, no acaba tampoco de devorar a su presa; siente un vago respeto hacia el gesto señorial, vago e inútil, del histórico Orgaz. Es un problema de ajedrez humano en donde todas las partidas rematan en tablas; avanzan siempre los peones de Mora; más no llegan a comerse

la torre del cazador. Es cierto que el rico Camacho puede acabar con los últimos terrones de nuestro señor Don Quijote; pero no lo es menos que el Quijote orgaceño le amarga sus bodas a la industriosa y rica villa mientras conserve la fuerza de su lanzón curialesco y burocrático. Acaso el pleito tenga feliz solución en la descendencia amalgamada, y todos saldrán ganando. La grasa económica de Mora se afirmará, transformándose en cenceña. El último hidalgo limpiará sus pergaminos de la roña usuaria de las hipotecas. Y hasta puede que se salve de alma y cuerpo relegando el rosario y cogiendo el azadón, pues, según leímos en cierto documento del siglo XVII, unos frailes pleiteantes afirman que al que tiene un trozo de tierra le pertenece por derecho su correspondiente trozo de cielo...

FELIX URABAYEN GUINDO

Año 1934. «Estampas del Camino». Espasa Calpe. Madrid.

Las menudas arenas do se cría



LO que le puedo a usted asegurar con toda certidumbre es, que entre las arenas del Tajo se han encontrado, y cada día se encuentran porciones de oro, y de otros metales; pues se han sacado, y se sacan en las avenidas muchas medallas, y unas como cuentecillas de rosario también de oro, figurillas, instrumentos, y varias cosas de diversas materias; de manera, que un sujeto de mucha verdad me aseguró, que solamente en lo que se acordaba de este siglo, importaba muchos millares de pesos lo que el Tajo había echado fuera, de oro, y las demás cosas, de que el expresado sujeto había comprado varias, que yo ví, y entre ellas tenía porción de las cuentas que he dicho, y de medallas Godas.

El Deán de la Santa Iglesia don Juan Antonio de las Infantas enriqueció no poco su Monasterio y Museo de las diversas piezas, que en su tiempo había arrojado el río entre sus arenas. El modo de encontrarlas es en esta forma: Hay en Toledo ciertos hombres, a quienes llaman Artesilleros; los cuales, después de las inundaciones del Tajo, van a sus orillas, y con unas artesillas que llevan, cogen aquella arena inmediata; y poniéndola agua, la menean, y vierten en manera que las cosas pesadas se quedan, cuando las hay, en el fondo de sus artesillas; y con esta maniobra suelen encontrar lo que van buscando. La lástima es, que las más veces llevan lo que es de oro, y plata a los Plateros, que regularmente deshacen las piezas, y han derretido infinitas, como me dijeron, sin cuidar de lo que representaban.

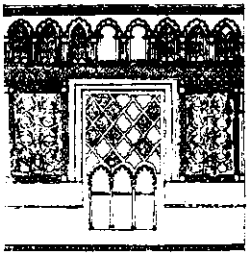
No sé que en todas orillas del Tajo suceda esto; pero es constante, que sucede en las del circuito de Toledo, en donde por esta razón le compete muy bien a este río el renombre de *aurifer*, o que lleva oro; sin que por esto niegue las que los antiguos tuvieron, para darle el mismo renombre, por sus arenas.

Toledo está en grande altura por doquiera que se mire, respecto del río: a él van a parar todos sus conductos, y cloacas: cuanto se vierte, y cuanto llueve baja precipitadamente al río. Siempre ha sucedido esto, porque ni la Ciudad, ni el río se han mudado jamás en su situación. Las fugas que de Toledo han hecho forzadamente una vez Romanos, otra Godos, otra Moros, otra Judíos, es suficiente motivo para congeturar, que en algunos parajes del río hayan escondido sus tesoros parte de aquellas gentes compélidas, con la esperanza de volver por ellos; y de aquí proviene, según mi modo de discurrir, que siempre el Tajo descubra cosas nuevas, preciosas, y de varias edades.

¡Qué no se encontraría en el albeo, o fondo de este río, si se pudiese desaguar, en todo el distrito por donde abraza a Toledo, dándole el curso por otra parte, aunque no fuese sino por tiempo determinado!

Antonio PONZ
Año 1787. «Viaje por España». Tomo I. págs 43 a 45.

Toledo



EL Tránsito. Espectáculo sorprendente: rocas, piedras enormes, bloques caídos hacia el abismo donde, en el fondo, el agua gris y espumante del río se aplasta sin ecos. Parece como si en este instante el suelo acabara de abrirse a nuestros pies, y, aterrados por el desgarramiento, no hubiéramos todavía tomado entera posesión de los sentidos.

Próxima, la Casa del Greco es demasiado alegre, demasiado clara; digámoslo, demasiado artística, pero su encanto es indiscutible, no desprovista de estilo ni gusto. *La pena es que no se siente casi el recuerdo del pintor entre sus muros.* Más, tal como es, a pesar de sus errores, la Casa del Greco, predispone a la reflexión. El Museo —austeridad disfrazada con flores—, está al lado, y nos sumerge en un ambiente preciso: Se contemplan la famosa "Vista de Toledo" y varios retratos de santos, de factura difícil; los del Cristo, y una serie de Apóstoles, de una buscada disonancia, "*cuyos ácidos acordes hacen rechinar los dientes*".

Dédalo de frías callejas, con muros encalados y patios sonoros. Aquí y allá, un convento cerrado, una antigua capilla sin culto, una imagen de la Virgen en nicho con lucecita, un Cristo, un viejo palacio cuya piedra se deshace, un balcón cincelado y, en él, mujeres asomadas... Gracias a Dios, no existe ahora nada extraño por estas calles toledanas: *libres del tiempo, prendidos por el gozo, el deleite es perfecto.*

Posada de la Sangre. Debajo de un busto de Cervantes, esta inscripción: "Fue en la Posada del Sevillano donde, según la tradición y la crítica, escribió "La ilustre fregona" el más grande de los ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra, a cuya buena memoria la gratitud de los toledanos consagra un recuerdo, el 23 de abril de 1872, 256º aniversario de su muerte". ¡Soberbia inscripción, de gran sabor castellano! Estilo de circunstancias, noble, ampuloso, y, desde luego, superior a la apariencia del lugar. Dentro del patio, la clientela de arrieros permanece invariable. Una galería de madera, limpia y brillante, sobre la que se abren estrechas celdas rectangulares, de muros combados y encalados, con bancos, forma una decoración original, "que sería grata de vivir si no fuera por el sofocante olor de transpiración que anuda la garganta".

Descúbrese Toledo sobre su trágico peñasco, cuyos flancos se desploman en el agua del río. El sol los golpea con dureza, arrancando limpios destellos de acero. Toda esta masa rota, contraída, atormentada, aparece dominada por el Alcázar. Y, en el centro, la Catedral, con su peso macizo, imprime a la cima una presión de hundimiento.

Majestuosa bóveda gótica la Catedral. Grupos de extranjeros desfilan por sus naves. Se habla fuerte dentro, sin que se mermen en nada la grandeza ni la dramática piedad. A excepción del coro, de la capilla mayor y del crucero, el resto se considera como deambulatorio. *Los chicuelos saltan allí a la pata coja, las viejas se cuentan sus historias, las muchachas sus amores...* Pero hay de pronto, a continuación, un remover de sillas, un silencio repleto de cuchicheos. Voz sagrada en el púlpito: ¡Sermón vibrante, enérgico! El gran navío que es la Catedral se satura de tonantes palabras, como de un estallar de truenos.

FRANCIS CARCO

Año 1929. «Printemps d'Espagne». Resumen de Fernando Allué en el Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de Toledo, 1951.

Ciudad castrense

ESTA es otra ciudad, roqueña y en extremo castrense. Por su misma situación geográfica equivale a una fortaleza, y tiene en torno suyo, como Roma, siete colinas.

Toledo, ciudad de símbolos y de elección, historia natural y humana de la Historia ibérica.

En esta mitad del siglo XI, Toledo, en su más genuina representación, es un alcázar de rostro duro y hermético, con murallones rodeados de fosos, cubos almenados, y como señales civiles, apenas algunos ajimeces, cuyo fino parteluz contrasta con el semblante del ceñudo edificio.

Muchas veces el áspero almenaje de este palacio se ha visto empavesado de cabezas cortadas, pavoroso escarmiento de enemigos. La guerra pedía esta suma barbaridad pública, aunque las entrañas señoriales de los vencedores no en todos los casos fueran crueles.

Pero no hay en los sótanos cadenas que pesen menos de cuarenta libras, ni prisionero sin un toldo sombrío, cargado con todas las pesadumbres terrenales.

Lo cual no impide que allí se rece, se estudie y hasta se cante. Aquella generación belicista es, físicamente, mineral brote de una resistencia orgánica de inusitado poder. Hombres de hierro los de semejantes lustros, son viriles y homéricos, lo mismo en la fuerza bruta que en la contienda moral, cuando en esta última les asiste un raro valor religioso.

Y tal sucede en las prisiones de Almamún, con exceso de cristianos que han convertido, bajo una secreta comunión, los almacenes en catacumbas, prácticas de fe y de consuelo que desde el humillante y horrible destino procuran una gozosa levitación de las almas.

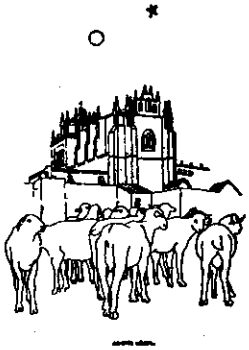
Casilda, envuelta en el rebozo de su manto, suele asistir a las fiestas ocultas de los que ya tiene por hermanos. Jerarquías morales de mucha reciedumbre en el saber católico, dirigen el esforzado culto de los creyentes.

La conversa logra que una noche le acompañe su hermana, a favor de la benevolencia paternal que reside en la monarquía toledana como un signo de progreso y de industria civil: forja de espadas, culminación de alfares célebres en la cerámica del mundo, lozas vidriadas que para siempre han de ser en España un prodigio del arte nacional; así como Toledo sería, para el estímulo de nuestras más honorables tradiciones "taller de la discreción y escuela del bien hablar".

CONCHA ESPINA

«Casilda de Toledo», págs. 59, 60 y 61. Madrid 1940.

Encrucijada inmortal de todas las culturas



Yo pregunto a los españoles si hay en las lenguas diversas de los hombres, uno solo que suscite en ellos una marea tan grande de cosas bellas, profundas y trascendentes como el nombre de Toledo.

Yo no era todavía toledano de adopción, sino sólo español, el día que lo supe. Hasta que un día hube de escribir a un amigo mío, que ya no existe y que habitaba ocasionalmente en la Imperial Ciudad. "Toledo", tracé en el sobre, debajo del nombre de mi amigo. Y entonces fue cuando, de un modo súbito, como si al tocar un botón se descorriera una cortina y apareciese detrás la imagen entera y precisa de España, entonces fue cuando supe íntegramente que yo era español y lo que representaba el serlo.

Decir "Toledo" no evoca una imagen apacible y abierta al mundo por la vía del mar, como el nombre de Cantabria; ni la opulencia de oro sobre fondo azul de las regiones levantinas; ni la gracia de los olivares, salpicados de cortijos blancos, de Andalucía; ni la bravura de Gredos, del Moncayo, del Pirineo, de las Alpujarras y de las otras serranías ibéricas; ni siquiera el mar de espigas o las estepas ásperas y melancólicas de Castilla. Nada de esto; pero es todo a la vez: el símbolo de todos los retazos pintorescos y gloriosos con que está urdida la gran capa tendida al sol que es la Península Ibérica. Eso es Toledo; y por eso, es la suma de seis civilizaciones superpuestas; encrucijada inmortal de todas las culturas; puente insigne entre el Oriente y Occidente; albergue de todas las religiones y Roma de España. En este breve nombre está todo el genio de los poetas y de los cronistas que labraron y pulieron nuestro idioma, y los tajos por donde corrió durante siglos y siglos la sangría de los ejércitos de todos los ideales y de todas las ambiciones. Pero Toledo significa todavía algo más. Como tantos otros nombres de ciudades de España, el suyo iba en las naos aventureras, prendido en el corazón de aquellos hombres sobrehumanos que solemos llamar los conquistadores y debiéramos decir los civilizadores; porque no descubrieron tierras para ganarlas, sino para llevar a ellas la luz; y por eso supieron perderlas con tanta naturalidad como las conquistaron; porque sabían que, después de iluminadas, lo de menos era ya dejárselas arrebatar. Y estos hombres dejaron en el Continente Nuevo, entre las huellas perdurables de su paso, perdido en el camino, el nombre de la ciudad remota: Cór-

doba, Trujillo, Mérida, Cartagena, Santiago, Granada; y Toledo, varios Toledo, en el Norte y en el Sur.

... ...

Ya viene la sombra por los olivares y el Tajo empieza a cantar. Hablemos, pues, de Toledo —historia pura y eterna— y de su río inmortal, que en trozos broncos y en etapas mansas lleva, a través de los siglos, un mensaje cristalino, de una a otra de las dos ciudades señeras de la Península: Toledo, la que mira salir el sol por el Oriente antiguo y sagrado, y Lisboa, la que le ve ponerse hacia el Occidente de las tierras nuevas, donde está la humanidad joven y la continuidad de la civilización.

La verdad es que si la brecha material que une al Mediterráneo con el Atlántico y es, por lo tanto, como el símbolo de las dos manos que se estrechan, una, la de la mar mediterránea, llena de gracia femenina, y otra, la del mar de los atlantes, temeroso y viril, está allá abajo en el estrecho de Gibraltar, en cambio, la llave espiritual que enlaza con ataduras más profundas y complejas que las materiales a las dos civilizaciones, está en ambas ciudades insignes y representativas, en Toledo y Lisboa. Toledo, anclada sobre peñascos rudos, en medio de la Castilla seca, es, sin embargo, más mediterránea que todas las ciudades de Grecia, de Italia y de nuestro litoral levantino. Cada una de estas ciudades, que viven sonriendo en las playas del mar azul, son una parte del alma inmensa y múltiple que dio por vez primera dignidad superior a la raza de los hombres y que aun hoy sigue siendo su faro mejor. Pero Toledo, lejos del mar, es como la suma y representación de todas ellas.

Toledo no es, como se dice, una ciudad castellana; o, si se quiere, lo es sólo a medias. Castellanas puras son Avila y Segovia, Burgos y León. Lo que Toledo tiene de no castellano, de más que castellano, algo que a pesar de las torpes guías y de los prejuicios literarios perciben bien algunos espíritus de fina sensibilidad, es precisamente su orientalismo, su mediterraneidad.

La ciudad imperial es una encrucijada de corrientes raciales, redoma donde en el fuego lento de los siglos se han ido destilando las almas de las viejas civilizaciones: las que venían del Norte bárbaro, las del Africa ruda e impetuosa, las del místico y lejano Oriente; y, antes, aún, las que ya estaban ahí, en la estepa ibérica, cuando vinieron las demás. Pero de todas estas raíces por las que circulan sus savias peculiares, todavía es, sin duda, la más fuerte la mediterránea. Toledo mira con lo más suyo de su alma, empinada sobre las rocas, hacia el Oriente. Y, por ello, el paso del estrecho de Gibraltar que separa a los dos continentes es menos brusco, en la tierra y en las razas, que el simple viaje a Toledo desde Madrid. Entre el Manzanares con sus tierras serranas y la Sagra y su

Tajo, la distancia espiritual es cien veces mayor que las breves leguas del camino real que los une.

Toledo es la ciudad adelantada del Mediterráneo. Roza a Castilla, sin penetrarla. Diríase que pretendió atravesar España llevando hasta las otras orillas, las que entonces eran el Finisterre de lo conocido, el alma de la mediterraneidad. Y que cansada, después de cruzar las sierras fragosas y las llanuras sin fin de Castilla, se reclinó en las colinas del Tajo y allí se quedó para siempre, como petrificada, clavada con cinco clavos inmortales, que son las cuatro agujas del Alcázar y la torre de la Catedral.

No alcanzó a ver las playas del Atlántico, pero su nostalgia corrió por el cauce del río y floreció allí donde éste desemboca, en la Lisboa insigne.

En Lisboa, el Oriente es ya como un eco lejano. Todo es en ella deseo de aventura, proyección hacia lo desconocido, espejismo de las Indias occidentales, misterios puros, aún inaccesibles a la sabiduría secular, promesa de las técnicas que han de matar a la meditación. Y la meditación es la médula del alma mediterránea y oriental.

... ...

El Tajo es como la arteria que enlaza las dos civilizaciones y transmite de una a otra sus jadeos, sus desmayos y sus delirios. Alguien ha dicho que es Gredos la columna vertebral de España. El Tajo, entonces, es la gran aorta del cuerpo peninsular. El más español de nuestros ríos, porque es el más universal. Y he aquí por qué escribo esta tarde: para decir esto, rodeado, en el crepúsculo, del mundo inmenso de espíritus inmortales que pueblan las orillas del río y adquieren realidad milagrosa, todavía hoy, si se los sabe evocar.

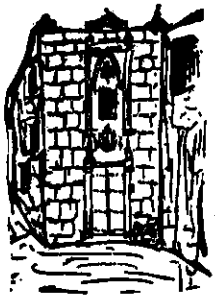
Los que hayan vivido cerca del Tajo, en Toledo, que es donde es más Tajo, donde madura y se carga de historia y de porvenir, han advertido al caer la tarde un rumor sordo y complejo como el que ahora, mientras escribo, se eleva desde el cauce entrecortado de presas y se dilata por los campos vecinos, a veces hasta muchas leguas más allá. Es el mismo rumor que sube también desde el hondo del Darro hasta la Alhambra cuando anochece. Y de todos los ríos que arrastran, mezclado con el agua, el eco misterioso de los mitos.

Los ingenieros, hombres terribles, dicen que se oye al río porque se calla la ciudad, o bien porque se ponen en marcha los artificios de las presas. Pero la verdad es que ese ruido es un rumor extrahumano, un eco remoto de todo lo que sonó durante tantos siglos en las orillas que vieron pasar el amor y la muerte, hechos fuego o espanto vivo, y los dejaron presos para siempre allí. Fabuloso es ese misterio en el río que envuelve a la vieja ciudad. Por eso decía Cervantes que "la fama del río Tajo es tal que no la cierran límites ni la ignoran las más remotas gentes del mundo".

Toledo empezaba a adquirir el aire maravillosamente espectral con que ha llegado hasta nosotros. El rumor del río, despeñándose entre los tajos estrechos o por debajo de los puentes antiguos, sólo dejaba de oirse en la ciudad unas pocas horas, las del centro del día. Porque nada mide, en Toledo, la majestad de su silencio secular como ese hecho extraordinario de que el agua del Tajo resuene en cada una de sus callejas como si estuviera ahí.

GREGORIO MARAÑON
Siglo XX. («Elogio y nostalgia de Toledo»).

Semana Santa en Toledo



HE pasado muchas veces la Semana Santa en Toledo y en ningún sitio de la península tiene tanta severidad. De pasarla en Sevilla quedan arrepentimientos de pecado, pero al pasarla en Toledo queda sólo sombra de contrición.

La montaña toledana es el monte Gólgota mismo y no es una procesión la que se verifica por sus senderos, sino el verdadero tránsito de Cristo con la cruz a cuestas.

Se ve a Jesús escalar el serpenteante camino, cruzar las puertas, caer en las úlceras de la piedra, llevando como cargador menesteroso el extraño y pesado mueble de los cielos, la inmensa cruz.

Así lo pintó El Greco, subiendo la empinada ladera, sudando sangre, sufriendo en sus ideas el dolor de las espinas montadas en coronaria diadema. Por eso es tan verdadero su Cristo con la cruz a cuestas —del que hizo varias réplicas—, porque fue visto en la clarividencia del día de Jueves Santo en que se repite el martirio.

¿De dónde había de sacar esos paños con la vera faz que también repitió en sus cuadros, retratando a la Verónica en el momento en que la toalla saca la prueba del rostro ensangrentado?

Es que vió a la Verónica de ojos negros y llorosos con el lienzo del autorretrato del Redentor en las manos.

Sólo de la real hemofilia del Hijo de Dios pudo El Greco sacar tan perfectas huellas de sangre con el sello del divino rostro preparado para la mascarilla pictórica con su traspirada hematina.

El se había preparado para poder retratar al Salvador, pintándole en su aparición diaria en la sombra de su estudio y representando a la Virgen y a los Apóstoles y a los Santos y a los Angeles.

Todo era en él entrenamiento para pintarle en ese día toledano en que escoge esa montaña, entre todas las montañas, para volver a representar, él mismo, la tragedia del Gólgota.

Gran día de Toledo. Desde por la mañana está oscuro y se cruzan sus vientos como fabricando en la cúspide una cruz de ráfagas.

El Greco se ponía un traje de terciopelo negro y como cuello de sobrepelliz la gola alechugada y nítida. Después, se ceñía su espada por si había que defender al Señor de las hordas y buscaba sitio en las cuestas para verle pasar.

El Greco no se resistió al espíritu de España, como solía resistirse el mismo español.

El se dió cuenta de que España era caballeros y cielo. Visión de las imágenes de los caballeros con los ojos levantados hacia lo alto e imágenes del cielo como ennoviadas con la tierra.

Se dió cuenta de que la tierra hacia abajo no es más que enterración y abismo y que hacia la altura es correr de nubes de torrente entre cuchillas y ojivas de luz.

Ya era categoría ser un caballero entre aquellos caballeros y gozar del sol y del frío en aquel promontorio edificado con expresión de ciudad.

Pero sigamos la procesión.

El Rey de reyes venía de los chaparros cigarrales y atravesaba el arrabal de las covachuelas y comenzaba la lenta y difícil ascensión de los trajineros con el arpa a cuestas, con el olivo labrado en forma de cruz, y era de verle con sus sandalias —en que los pies parecían pálidas manos maniatadas— marcar el camino con el dolor de su altruísmo, pasando la Puerta Visagra y la Puerta del Sol, para internarse por las callejas estrechas y hasta pasar sin inmutarse por la calle de la Judería, que es donde tiene su estudio El Greco. Theotocópuli toma apuntes para sus futuras obras, enmadejando las cosas en sus dibujos.

Se sienten y se ven los montes de Toledo alrededor y El Greco ve el ala de las nubes torsionada por el viento. El pintaba esa torcedura de la nube a la que el puño del viento arremete en su loma.

Es día de frío, pero a El Greco le gusta pintar bajo el hielo y la luz del polo porque así se siluetean mejor los ángeles y consigue nubes azulencas de sierra nevada que convierte en pliegues de manto o túnica. El Greco pintó mucho sus santos orantes metidos en bloques de hielo y así están los que duermen junto a Jesús y el ángel en la "Oración del Huerto" que posee Arthur Sachs. Ya sabía él que en el glacial elemento sólido, carambanal y transparente, adquirirían inmortalidad las figuras.

Puede pintar al Redentor que pasa porque antes le representó en el templo y en el huerto y porque sabe que la pintura es elevación al cielo y es salvar a la muerte las visiones del alma.

El Greco sigue el camino de su vía crucis, pasando junto a puertas con clavos como los que amenazan sus manos y sus pies, sube el monte de Toledo escarpado y suicida, porque se derrumba al mismo tiempo que se levanta cayendo su escarpa en el foso del Tajo.

Esta ciudad de la que nadie ha podido averiguar la verdadera antigüedad de su comienzo, este monte isleño en que se asienta Toledo y que según los geólogos está compuesto de gneis, granito y terrenos de la base del paleozoico; bien es digno de que el Redentor lo escoja la tarde del Jueves Santo para morir de nuevo en su cumbre, allí donde pone sus pies el cielo como forastero que sólo en la azotea del Mirador se atreve a descender y caminar.

El Santo Cristo de la expiación puede ser en el cuadro de El Greco —tomado de la realidad del Jueves Santo en Toledo— uno de esos tornillos sinfín, largos, estriados, de cristal, que siempre parecen estar subiendo al cielo por las escaleras de caracol del aire.

El Redentor, con las rodillas heridas por las caídas sobre el agudo emborrillado de Toledo —empedrado de mazapanes paleolíticos—, pasa los ghettos cerrados —vueltos de espaldas esa tarde—, y ya el sudor de sangre, su hemofilia de rey, impregna todo su rostro y allí está la mujer de El Greco, nueva Verónica en la verdad del Gólgota, con un velo entre las dos manos, para recoger la vaga silueta del Señor, que después Theotocópuli acabará de pintar poniéndola las carnes que le faltan y el brillo de los ojos inmensos que mirará siempre el hombre como consuelo de sus agonías.

Fijemos la mirada en el cuadro en que representó al empinado Toledo bajo sus nubes gangrenadas de Semana Santa y veremos cómo se desenvuelve el zigzag del Calvario y se ve al Hijo de Dios arrastrar la cruz de larga cola, terrible sobrepeso del ancla que se acopla sobre su hombro.

Como están cubiertos los altares y las hornacinas tapadas con los paños morados del escamoteo, este Cristo que recorre las calles toledanas es el de los altares y el de las hornacinas y tiene el pelo largo que tanto sorprende en los Cristos de palo que hay en las callejas entre dos faroles.

Va cayendo el anochecido sobre Toledo como si en la nueva muerte el Salvador quisiera retardar la hora y alargar el suplicio para alejar la agonía.

El Greco tiene erizados todos los pinceles de su paleta, el color de la carne pálida remezclado en medio del valle que rodean en su paleta los montículos de los siete colores.

En el Zocodover hay turistas y pronto El va a llegar a la plaza del Alcázar donde está preparado, como para plantar un gran árbol, el hoyo

en que entrará el remate del gran poste telegráfico que telegrafiará a los cielos la nueva de la Redención.

Hele aquí con más solemnidad que nunca, entre verdugos y sayones que tienen la cara de los que se ensañaron con sus iglesias, y vamos a ver en este Gólgota sin mengua cómo levantan la cruz con El clavado en el madero, cómo se iza una pesada cometa que quisieran lanzar al cielo con las cuerdas que la cabria energiza.

Ya es casi de noche cuando queda erigido el crucificado sobre el Gólgota que emerge entre los montes de Toledo y en ese momento se comprende más que nada cómo El Greco vió a Jesús, y pudo representarle con esa original aureola que ya no es un anillo, sino el resplandor que siluetea al cráter que está sobre la aurora y sobre el ocaso.

Asistiendo a la Semana Santa en Toledo se tiene la impresión de que El Greco vió al más noble de los mártires siguiendo su ruta desde el expolio al último suspiro, y se sabe cómo descansó en la postura suprema de la cruz cuando lanzó el último suspiro con los ojos puestos en el desgarrón de los cielos.

En esa Jerusalén de Occidente, absolutamente cristiana, que es Toledo, El Greco pintó los ex-votos de la Pasión y cumplió lo que fue su principal misión, lograr que el cielo replicase a la tierra en sus cuadros y que los ojos del mortal que no pudo ser testigo de lo sucedido pudiesen volverlo a ver, a través de los agujeros abiertos en el cielo de la ciudad, cadalso y Olimpo de un solo Dios verdadero.

Nunca más consolador que ahora dar la testificación de esa presencia del Dios hallado, mínima constatación del bálsamo de lo inmortal y del mundo de lo justo y de lo grande.

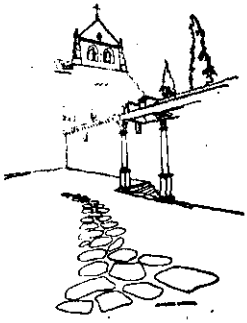
No importan nada las hambres para la adoración, pues en último término la gran base de la mística pura es la angustia, el hambre terrena de Toledo, su ayuno medio fatal que mira los paraísos de la hartura con los ojos del alma y el ojo escondido del ombligo.

Y la Catedral, sepultura eterna, en la que resucitará el sábado, está intangible, sin una huella de incendio, siendo los fuertes ángulos del trascoro los acantilados en que se rompen las olas del tiempo.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

Año 1933. «El Greco».

Toledo, síntesis de Hispanidad



TOLEDO es el grande y eterno convertidor nacional; la fusión hispanoromana es una realidad y el Cristianismo, se extiende como una bendición del Cielo, merced a los dilatados años de "pax augusta". De pronto un choque, y una rotura; son los bárbaros que irrumpen. Hasta aquí llegan a cuestas con su arrianismo, los visigodos. Se han apoderado de Toledo, pero... ¿no se ha apoderado también Toledo de ellos? Y aquel Recaredo del III Concilio olvida el arrianismo, empedrado de paganías, para hacerse católico español.

Y suben más tarde los árabes con su monótona plegaria de Alá. Vienen de las Andalucías, que casi han logrado arabizar. Al llegar aquí, ¿qué ha ocurrido? Vedles cómo su plegaria se va apagando; mirad cómo se pierde el arte califal para dar paso a los mudéjares. Y cuando paséis por la Puerta del Sol, contemplad la clave de su primer arco. ¡Qué defectuosa! Pero, ¡cómo se esfuerza el árabe —que ya piensa en español— por abandonar el ladrillo y trabajar la piedra!

En la reconquista, Toledo es un capullo que abrirá para Europa la flor del Renacimiento. Su Escuela de Traductores trae del Oriente las perdidas culturas clásicas, que aquí nunca estuvieron muertas, porque ¿cuánto de romano —y aún de griego— se encierra en un arabesco?

Y vino el Emperador, que era de Gante y no hablaba castellano, y tan español se hizo, que no quiso en sus últimos años abandonar el suelo que tan dentro del alma le supo llegar.

Llegó El Greco con su paleta veneciana, caliente y fastuosa, y aquí en Toledo, al tiempo que se le enfría el color, se le caldea el ama con emociones nuevas, y ya no es griego ni mediterráneo, sino español. Grandiosa y fuertemente español.

Este es Toledo; no colección, sino síntesis. No místico, sino histórico. Convertidor nacional. Horno donde se funden los más diversos materiales para dar origen al transparente cristal de la solera hispánica.

En la más germánica de sus piedras, en el más arabizado de sus ladrillos, hay un sentido tan español y un fondo tan grandiosamente universal y católico que alabar a Toledo es alabar a Dios y a España.

Ricardo CID LENO

Año 1940.

Los judíos de España

LOS "Askenasi" son los judíos rubios, de pelo rojo, los judíos polacos, lituanos o alemanes, que hablan en "yidish" germánico, y gritan, desaforados, en sus sinagogas.

En ellos ha prendido con fuerza el "sionismo" predicado por Teodoro Herzl; es decir, la vuelta ilusionada a Jerusalén. Ellos quisieran reconstruir el Templo como "Zorobabel", restaurar el reino de David y continuar la historia interrumpida por dos mil años de dispersión.

Pero los verdaderos "sionistas", los que ahora se baten en la parte vieja de Jerusalén, son los judíos hijos del siglo XIX y del XX, racionalistas y laicos, que juegan al tenis y hacen toda clase de deportes; que han llenado a Tel-Aviv, la nueva Sión incrédula, de "cines", "bares", "taxis" y piscinas. Son los judíos medio yanquis o franceses, republicanos y socialistas, que desprecian a los mendigos, abrasados de visiones bíblicas, que gimen ante el Muro de las Lamentaciones.

Los sefarditas, que habitan los Balcanes, son los menos sionistas de todos; porque han sustituído a Jerusalén por Toledo.

—En torno a Toledo —me dice Saúl Mezán— los judíos fundaron pueblos cuyos nombres les recordaban a los que están alrededor de Jerusalén; y así Escalona es Askalón.

España, a la que se llama "Sefar", es aludida en la Biblia, y el profeta Isaías habla de las minas de Tharsis a unos kilómetros de Huelva, con cuyo metal se hizo el "Mar de bronce", que, apoyado sobre doce bueyes del mismo metal, estaba en el centro del primer Templo.

El rabino Hanavel vive cerca de la sinagoga principal de Sofía, construída según los planos de la del Tránsito, de Toledo. Y ved qué hondamente se enraíza España. En 1845, estos judíos, perdidos entre las nieves de Bulgaria, los Popes, los trineos y los búfalos, enviaron a un arquitecto a Toledo para que copiara la sinagoga de sus padres, cuya descripción, de boca en boca, había llegado hasta ellos a lo largo de las generaciones.

En la casa de Hananel Sevilla hay pequeños tubos, como termómetros (para la fiebre religiosa), en el dintel de todas las puertas, con el nombre eterno y militar de "Saboat". Un biombo, con unas garzas bordadas entre juncos, y una estufa rusa de ladrillo esmaltado de verde, sobre cuya repisa hay unas frutas secas y un pequeño candelabro de bronce.

—Muchos judíos —me dice el rabino— huyeron cuando entraron los Ejércitos de Babilonia. Y cerca de Zaragoza habitaba una familia de broncistas, llegada antes de la destrucción del primer Templo.

La mujer del rabino nos ha servido en el almuerzo "hoxaldres" y "arros con reienos".

—Le hemos de faser gostar —me dice sonriendo— un dulse de almendras que sirven los padres el día de la circuncisión de sus hixos; le llamamos masapán.

Me lo sirven con la corteza tostada, y con un sabor antiguo a Toledo y a confitura de la Edad Media.

Elías Roxanes —cuya casa da al río— tiene una mano gafa, engarfiada, como una garra. Se la cortó un turco de un tajo, para robarle, cuando intentaba pasar de Routchuk a Giurgio (el primer puerto rumano), sobre el Danubio helado.

Cuando estuvo en Esmirna, se dirigió en nombre de la comunidad a los rabinos preguntando si eran ellos quienes debían de decidir sobre el empleo o modificaciones de palabras castellanas. Y le respondieron los rabinos: "¿A quién vais a acudir: a los sabios de Salamanca?" Porque a pesar de los siglos, en una ciudad perdida en el Asia Menor todavía se recordaba a la universitaria y dorada capital del Tormes.

Roxanes me enseña una llave herrumbrosa.

—Es la de nuestra casa de Toledo. Acaso todavía agora esté en pie.

Por todos los Balcanes, los judíos sefarditas han guardado durante siglos las llaves de sus casas de España.

Roxanes, con su mano muerta, extiende unos amarillos papeles. Son las listas con los nombres de todos los enterrados en el cementerio hebreo de Toledo, copiados a la luz de las antorchas, en la noche tormentosa en que salió el decreto de expulsión.

—Salieron los trompeteros de los Reyes —dice entornando los ojos, como si lo estuviera viendo, mientras afuera nieva silenciosamente— con altas y argentadas trompetas disiendo que no podíamos portar ni oro, ni armas, ni cabalgaduras. Y nos fuimos por los ataxos o caminos, unos cayendo, otros nasciendo, otros muriendo. Ansí que no había cristiano que no se henchía de piedad dellos. E les proponían de se baptizar para quedarse. E algunos, los más flacos, cedían. Ma otros siguieron. Y ansí salieron de Sevilla, de Córdoba, de Castiella e de los otros reynos.

Estos judíos españoles dicen todavía "trocar" por cambiar; "mercar", por comprar; "chapeo", por sombrero, y en sus boticas venden "ungüentos e pomadas", y al joven escritor le llaman el "mancebo escribano", y a una bella muchacha, "una fermosa doncellica", como en el Romancero.

—Noestros refranes —afirma Roxanes— son los voestros. Y cuando gime una criatura, deximos "cállate, morisco prieto" (negro), porque con el esfuerzo del llanto se pone amoratado como los moros que vivieron con nosotros.

También dicen "el diablo que te ayude; y el sanpablo"; así, seguido y

con minúscula, porque ya han perdido la significación del nombre del apóstol y es para ellos una palabra sin sentido. Y al muchacho travieso le gritan —con recuerdo de la Inquisición— "Vate al quemadero".

—¿Guardan mucha ojeriza a los Reyes Católicos? —bromea con el sobrino de Roxanes—, cuando vamos, sobre la nieve, camino de la Sinagoga.

Y el joven Elías me contesta:

—¡Figúrese!: expulsarnos el mismo año del Descubrimiento de América. Con nosotros allí, el "Commonwealth" sería español.

En la Sinagoga es un rito matemático, geométrico, con los números de las Tablas de la Ley, el triángulo, y el candelabro de los siete brazos, porque ése es el número cabalístico. Entre mármoles espejeantes, verdes y blancos, los pergaminos del "Pentateuco", envueltos en terciopelo de viejos granates con los cabos de afiligranada plata.

Leían en sus gruesos libros, de derecha a izquierda, sus extraños caracteres hebreos bajo los cuales se ocultaban las palabras españolas. Y era curioso sentir a las gentiles palabras de Castilla disfrazadas con las severas túnicas del alfabeto de la Biblia. Y de pronto, claman los hombres: "Elexia por la salidura de la España".

"Vide al Rey de Castiella que su celebro es duro y truxo el captiverio de Sevilla e Murcia e Toledo, e ansí nos arroxó dunque, de aquellas tierras biendichas, que eran como un paradiso del Dio en la tierra."

Y arriba cantan las mujeres:

"Noestro Dios, ¿por qué nos arroxaste de la España?".

Y dicen los hombres, en nombre del Señor:

"Mis hixos; peleatis contra Mí. Os di órdenes, mas no acatéis a Mis mandados. Por eso os arroxé."

Y gimen las mujeres desde el frío de las altas galerías:

"Y si nos pequimos, ¿onde están tus plaseres? Y si con rabia nos exilaste, dinos, ¿en qué pecaron noestros hixos?".

En el corazón de los sefarditas no tuvo mucho eco el grito sionista de Teodoro Herzl. Porque ellos miran todavía a Toledo.

—Estábamos allí —dice Roxanes con la nevisca en las solapas de piel de su abrigo— desde los tiempos de Nabucodonosor. De modo —afirma con dialéctica de judaizante ante un cristiano viejo— que nosotros, los sefarditas, no somos responsables de la muerte de Cristo.

Judá - Halevi

En la época en que le conocí, Mois Fernandes llevaba la gorra verde con visera del Liceo de Sofía. Vino a Epaña y le llevé a Toledo. Cuando contempló en el "Zocodover" una confitería donde con letras grandes y azules se anunciaba "Mazapán", se le llenaron los ojos de lágrimas, re-

cordando el postre de su niñez, preparado por su madre, en el "ghetto" de barro y nieve, bajo los cuervos, posados en la cúpula de color pizarra de la sinagoga.

Contempló con emoción el "Tránsito", y descifró las lápidas de las viejas tumbas hebreas del Museo. Pero no le gustó la corrida de toros. Porque el judío tiene el horror de la sangre.

Si un cazador caza a un animal, dice *El Levítico*, "verterá la sangre y la cubrirá de tierra", porque "la vida de la carne es la sangre".

Mois Fernandes me había conducido en Bulgaria por el "ghetto" para que hablase con la "tía Joya", quien, según decían, "tenía cien y tres años". Llevaba un pañuelo amarillo con motas de color café sobre los cabellos encanecidos. Y en los ojos azules había dos turbias cataratas, como dos nubes sobre un cielo de verano. Sentábase sobre una silla, que cojeaba sobre la acera. Y cantaba junto a la calle, con voz ronca, y tan antigua, que parecía que subía del fondo de los siglos:

El Rey estaba jasino
de dolor de corasón.
Ya llaman a los dotores
cuantos por el mundo son...

También visitamos aquella tarde, con un sol tristemente naranja, a la "lavandera de muertos". Llevaba cincuenta años lavando cuerpos arrugados de ancianos y rosados y tersos de doncellas o "jóvenes mancebicos".

A su hijo le mató el turco. Pero ella no pudo lavar su herida.

Aquella siniestra "Sinagoga de los muertos" tenía unos modestos cristales amarillos y azules, y una estufa de hierro rodeada de ropa blanca puesta a secar.

Correspondía yo ahora a Mois Fernandes, llevándole por las estrechas callejuelas toledanas. Y de pronto, sin que nada se lo indicase, notó a la judería. Percibió algo en el aire, como antiguas presencias.

—Aquí —dijo, palideciendo—, debió ser.

Entrábamos, en efecto, en el antiguo barrio judío.

—Por aquí —añadió— debió de correr de niño; bajo esas oscuras ventanas.

Se refería a Judá-Halevi, su poeta favorito, y uno de los más grandes poetas judíos de la Edad Media española. Mois me lo había hecho leer en Sofía, en un viejo texto del rabino Dejaén (de Jaén), que hace unos meses ha muerto en la Argentina, en la ciudad de Tucumán.

Judá-Halevi nace en aquel Toledo, mágico y misterioso del siglo XI, entre físicos, nigromantes, alquimistas y estrelleros (como se llamaba a los astrólogos), cuyo rescoldo avivará, algunos siglos después, el Rey Sabio.

Es un Toledo musulmán, pero ya el Cid ha alanceado toros en el castillo moro de "Majerit" (el futuro Madrid), y Alfonso VI, que será el conquistador, levanta sus banderas en los cercanos trigales.

Judá se ha hecho rico en su oscura casa de la judería, alumbrada con candiles de aceite, cuyas pequeñas ventanas dan al Tajo y a los verdes cigarrales. Vende paños; se ha casado y tiene varios hijos.

Es ya maduro, ha pasado el medio siglo de vida cuando de repente le entra la fiebre de Sión. No quiere morir sin conocer a Jerusalén. Y entonces surgen sus más bellas y apasionadas "Sionidas". Ya no puede resistir a esa voz. Vende su tienda. Liquida sus negocios; abandona a su mujer y a sus hijos, y emprende el viaje. Va al norte de Africa. Está a punto de naufragar; ve a las olas alborotadas con su melena de espuma, "como leones enfurecidos".

Tarda meses en llegar a Egipto; le detienen; corre mil aventuras; al fin arriba a Jerusalén cuando están desembarcando, bajo las blancas velas de los navíos, aquellos valerosos cruzados, flor y nata de la Caballería, que llevan los más bellos nombres de Europa, y que se desafían enviándose un guante, y consideran descortés herir al caballo del enemigo.

Son los alegres varones de la catolicidad, a los que jamás comprenderá el judaísmo. Se llaman el "Caballero de los Leones", del "Aguila" o de la "Cigüeña". Los colores expresan sus sentimientos: amor, esperanza o tristeza; serán rojos, verdes o blancos penachos sobre los yelmos. Ponen nombre a sus caballos y a sus espadas; sus corceles se denominan "Frontín", "Frontalto", "Rabicán" o "Brilladoro". Sus espadas, "Durindana", "Tranquea", "Altaclara" o "Balisarda".

Llegan ilusionados a rescatar el Sepulcro del Señor, que ahora está bombardeado, sin que en esta Europa, que muere por el petróleo, se levante una voz que gima indignada.

Judá-Halevi contempla, asombrado, el nacimiento de los primeros escudos: los grifos, ciervos alados, leones, unicornios, sirenas y blancos cisnes, esmaltados sobre el acero reluciente de los escudos cuadrados o en forma de corazón.

Una tarde, cuando el sol dora las murallas, intenta entrar en la Ciudad Prometida. Y en la misma rojiza puerta, un caballero árabe le atraviesa con una lanza el corazón.

Judá-Halevi es el héroe de los judíos españoles porque nació en Toledo, pero murió ante los muros de Jerusalén, uniendo así la nostalgia sefardita de España con el sionismo de Palestina. Y es, además, símbolo de todo el judaísmo, porque no pudo, como no podrán, entrar en la Tierra.

Judá-Halevi hizo también versos de amor: y recogiendo la visión, te-

rrible y magnífica de Ezequiel, en el campo de los huesos secos, cuando ante su profecía, en medio de los esqueletos, se oyó "un ruido y un agitarse y un acercarse de huesos a huesos", él es el autor del más sombrío madrigal que jamás he leído:

"¡Oh, amada!, a través de tu carne palparé tus huesos. Para reconocerte en el día de la Resurrección."

AGUSTIN DE FOXA
Un mundo sin melodía. Madrid, 1949.

De Ocaña a Puerto Lápice

PARA llegar a Puerto de Lápice hay que encaramarse en la rasa de Ocaña, buena villa; la villa de don Rodrigo, acaso, don Rodrigo, el maestre, el que Jorge Manrique, con amor filial imperecedero, lloró en sus coplas; la villa que fue, sin duda, de don Alonso de Cárdenas, último maestre de la Orden, que está enterrado en la iglesia de San Pedro.

Ocaña no es lo que a primera vista se cree, por culpa de ese siniestro bloque de altas tapias. En las ciudades españolas por las que pasa una carretera general hay que entrar. Y si entramos en Ocaña podremos rezar un "paternóster" por el alma de otro Alonso (que la Mancha en materia de Alonsos los da locos y cuerdos, pero buenos todos), Alonso de Ercilla, que está sepultado en el convento de Carmelitas Descalzas. De todo esto hay recuerdos y conmemoraciones bastante ruines. Pero las veremos peores en el curso del viaje.

Ocaña es como la charnela de las Ordenes. A su saliente se extiende la propia, la de Santiago (que es una orden leonesa); a su mediodía se extiende San Juan, y a su poniente Calatrava (que es una orden navarra). El agua que le sobra a la rasa de Ocaña se va por las grietas gredosas de la meseta hacia el mar de Ontígola, donde está embalsada desde el siglo XVI por el artificio de un guapo ingeniero lombardo, Juan Narduck, que se metió a fraile descalzo, eligió el nombre de fray Juan de la Miseria, y retrató a Santa Teresa. Parece que el lombardo era mejor ingeniero que pintor, porque el mar de Ontígola sigue regando los jardines de Aranjuez y, en cambio, a Santa Teresa no le gustó ni pizca el retrato.

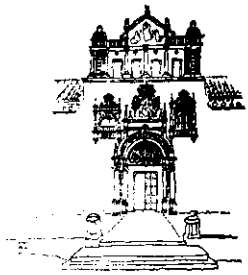
Sigamos, que se va poniendo el sol y vale la pena verle bruñir la silueta de La Guardia, villa encaramada, recortándose sobre unos cerros de una palidez argentina y un poco cadavérica. El pueblo se aparece con

una elegancia irreal, y desde lejos es como una de esas ciudades que sirven para fondo de los cuadros de Patinir, del Perugino o de Bruehgel. El recuerdo del santo niño mártir todavía hiere. ¿Cómo se puede asesinar a un niño, y, además, asesinarle en un pueblo tan bonito? El paisaje se va humanizando con los bosques de olivos y con las viñas tiernas. A la derecha, la Sierra del Castañar, cárdena con el contrasol poniente, se va oscureciendo por segundos y el altiplano tiene una dignidad y una majestad que dan un poco miedo.

VICTOR DE LA SERNA

Año 1953. («A B C» 25 de mayo de 1953).

Luz de Toledo

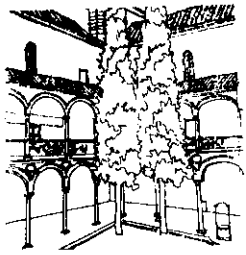


CUANDO se llega a Toledo y se trata de comprender el misterio de Toledo, cuando se ofrece ante nosotros esta especie de gran encrucijada y gran incógnita que Toledo es, la única manera posible de acercarse a él, es acercarse tras de su luz. No es nada complicado, porque Toledo tiene una magia y la magia es y fue siempre luminosa. Los magos llegaron a Oriente tras la luz de una estrella, tras la misma estrella que vemos todos los días sobre San Juan de los Reyes, entre las torres de la Catedral, perdida con todo su encanto, con todo su maravilloso encanto, en la lejanía casi muerta, casi desangrada del Tajo toledano. Por eso sin entender la luz de Toledo no se puede entender a Toledo; esto no significa que se le pueda entender entendiendo esta luz, pero sí que se le puede adivinar por el mejor camino que esta ciudad ofrece a los que llegamos a ella, siempre como peregrinos, y nos quedamos en ella anclados como viejos marineros en el anciano puerto de su seducción y encanto. ¿De dónde viene esta luz? ¿Por qué tiene esta luz? ¿Por qué Toledo se enciende en una serie de colores maravillosos, de rojos de berbellones, de suaves de malvas, de azules, de verdes, y por qué, de repente, se aplaca y se apaga, y por qué se queda dormida como un centinela que soñara en lo alto de su roca?

Manuel POMBO ANGULO

Año 1960. («Programa de las Fiestas del Corpus en Toledo» - 1960).

Toledo, archivo de culturas



CADA ciudad española es más o menos testimonio de una época o de una cultura de las que en España han sido, pero sólo Toledo es archivo de todas ellas. Poblado carpetano, bella ciudad romana, capital visigoda, reino taifa, capital de la Edad Media cristiana, centro del movimiento científico e intelectualidad de la España del medioevo, cabeza de la Iglesia española, corte de emperadores de los siglos medios, sede de la gloria imperial de Carlos V y corte de cardenales-arzobispos. No es una casualidad que en 1958 se centrara en Toledo la conmemoración del centenario de Carlos V, con el título sugestivo de "Carlos V y su ambiente", porque la ciudad única que podía deparar este ambiente es la que durante siglos llevó como título la palabra "imperial".

Ambiente de imperio sobre el tiempo y sobre las cosas. Archivo vivo de la eternidad de lo español. No se trata de los restos romanos que se hallan en la Vega (que son restos vivos en la agricultura y riegos), como restos arqueológicos. O lo mismo en los ajimeces, capiteles y columnas visigodas, vivos en tanto formaban parte de la esencia misma de lo toledano, que es lo español. Vivos restos en las fortificaciones musulmanas, en San Servando, la Catedral, las iglesias y monasterios cristianos medievales, tanto como en las Sinagogas, testimonios de una vida mosaica, hebrea, que se incorpora a la historia de España —por Toledo— a través del legado imperecedero de la Cultura. Pero este archivo no es todo de memorias, sino también de lo que vive siempre: la Religión y el Arte.

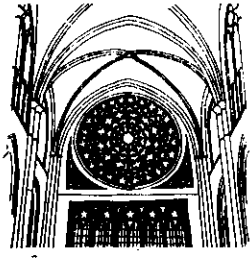
Toledo sigue siendo la Primada de España, su Catedral la central de España, y cada piedra, cada lienzo del Greco, no despierta en el visitante una emoción romántica —como las ruinas y los templos abandonados la despertaban en los viajeros del siglo XIX, amantes del arco roto y el muro cubierto de yedra y musgo—, sino la emoción íntima, viva eterna, operante, del sentimiento artístico, de la contemplación que enriquece su propia experiencia con nuevas adquisiciones emocionales.

Después de este repaso histórico, con la conciencia de que "Toledo está ahí, como siempre fue, eterno e inmutable", no podemos dudar de la providencial y continuada acumulación de elementos que dan por resultado la formación de una esencia imperial que se guarda, como en un cerrado pomo de murallas y puentes, en un archivo vivo, en la indudable capital espiritual de España: Toledo.

Manuel BALLESTEROS GAIBROIS

Año 1960.

Mi Toledo



YO también tengo mi Toledo; un Toledo sin tiempo y sin escombros; el Toledo en que vivo, sueño, realizo mis obras de arte y veo nacer las bellas flores que cuida mi esposa, Zoilita; el Toledo que se eleva sobre el río Tajo y desde el que contemplo el grandioso puente de San Martín, ese puente medieval al que quiero tanto que a veces llego a creer y hasta decir que lo hice yo.

Mi Toledo no es siempre el de las callejuelas laberínticas, sino más bien el de las incomparables siluetas de la gloriosa ciudad que se ven desde los peñascales que se elevan sobre la ermita de la Virgen del Valle y desde la cruz de La Bastida. Y lo es también esa Catedral maravillosa con sus esbeltas columnas, que parecen sonar como un inmenso órgano de piedra, que sólo alcanzaran a escuchar y sentir los espíritus.

Mi Toledo no está en el Zocodover y en sus alrededores, que ni siquiera existe ya aquella famosa posada del Sevillano, donde el inmortal Cervantes escribió "La ilustre fregona".

Mi Toledo está en la iglesia de Santo Tomé, junto al cuadro genial de El Greco "El entierro del Conde de Orgaz" y en el evocador palacio de Fuensalida, donde murió la bella Isabel de Portugal. Mi verdadero Toledo es esta "Roca Tarpeya", "nido de águilas", como le llamó un poeta. Aquí está en realidad, junto a las obras que traje de Hispanoamérica y voy reuniendo en el museo que ofrendaré a mi Patria, como mi más puro homenaje. Este Toledo al que el humanísimo doctor Marañón, el amigo de más de cincuenta años, cuando venía a mi casa, juntos rememorábamos los tiempos pasados a la vez que me posaba para el boceto de su estatua y el busto, donde recogí sus nobilísimos rasgos. Pero ahora ya cuando desde los ventanales de mi estudio contemplo el cigarral que él tanto amaba y donde meditó y escribió, me parece un enorme sepulcro vacío.

Mi Toledo está abismado sobre la corriente del río Tajo. (Y bien me sé que "nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir").

El jardín está lleno de maravillosas flores, y tengo unos árboles, plantados por nosotros, y entre ellos, un bello laurel, fuentes, libros y un perrillo, y a veces, cuando cincelo en el bronce la figura de Zoilita, suelo cantar, acompañado por el rítmico son de campanas que producen las herramientas.

En este mi Toledo realicé hasta hoy, entre otras obras, el sepulcro

monumental de Menéndez Pelayo, para la catedral de Santander, y últimamente he modelado el busto del sabio y siempre juvenil don Ramón Menéndez Pidal, quien, con sus noventa y dos años, ha venido cuatro veces para que hiciera su retrato broncíneo. Y es que el verdadero Toledo tiene un alma inmortal, y será siempre, para los seres de espíritu y cultura, la sagrada Meca de la Historia y del Arte.

VICTORIO MACHO
Año 1960. «Memorias», Publicado en 1972.

Símbolo máximo de España

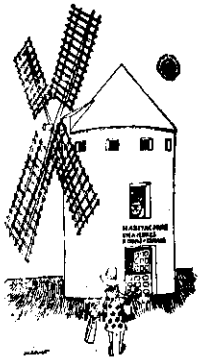
TOLEDO es, quizás, el símbolo máximo de España. Pues además del soberbio esplendor de su arte, Toledo es la prueba más rica, más llena de profundo sentido, de toda la variedad de España. Toledo es un cruce de caminos en donde se juntan y conviven la civilización cristiana, la árabe y la judía. La habréis visto al aparecer ante vuestra mirada las ojivas góticas de la Catedral, los arcos árabes de la Puerta del Sol o los recintos silenciosos de las sinagogas. Toledo es un puente entre Oriente y Occidente, y lo fue de manera decisiva para el mundo occidental cuando su famosa Escuela de Traductores vertió para Europa, en la edad Media, la cultura griega y árabe.

Toledo, romana, visigótica, árabe y judía; Toledo, mestiza, es un resumen histórico de España, este país profundamente europeo por tradición y vocación, pero al mismo tiempo tan diferente, tan lleno de matices diversos que le confieren una original personalidad.

Y Toledo es, también, una fortaleza. Habréis visto la ciudad levantada sobre una colina ceñida por un río militar, como el foso de un castillo; guardada por murallas, comunicada por puentes. Toledo ha sido siempre una posición militar orgullosamente defendida. Toledo ha sido un alcázar, y para que esta condición suya se mantuviera viva, en un tiempo reciente el Alcázar de Toledo ha sido un símbolo máximo del heroísmo y del valor.

Fernando María CASTIELLA
(Del discurso pronunciado el día 29 de mayo de 1961 en la cena ofrecida en Toledo al Conde de Home).

La Mancha de arriba abajo



YA en campo toledano, el camino, hasta las cuestas de Ocaña, corre entre cerrillos pelados: los de la derecha, los que llevan al pueblo que unos dicen Ciruelos y otros Villarreal, son de un color blanco calizo, y los de la izquierda, los que tapan Oreja —la Aurelia de Alfonso VII y los caballeros santiaguistas—, son de un rojo arcilloso, anaranjado y alfarero. En Ciruelos —o Villarreal— está enterrado San Raimundo, abad de Fitero y fundador de la orden de Calatrava. Los carros de mulas sujetan sus inmensas cargas de paja entre los altos varales. Más allá de Ciruelos, en el camino de Huerta de Valdecarábanos, con su ermita de Nuestra Señora del Rosario de los Pastores, queda Yepes, con su pretérita solemnidad; con su presente miseria; con los despoblados de Cincoyugos, San Nicolás y Pelacabeza, y con las cunas —ilustres o milagrosas— de fray Diego, prior del Escorial y confesor de Felipe II, y de Gonzalo de Yepes, tejedor de oficio y padre de San Juan de la Cruz, altísimo poeta. Los gozquecillos de los carreros —a can y carro— caminan entre ruedas por defenderse del sol de los camiones.

Ocaña es un poblachón que se recuesta sobre la ladera que deja en la Mesa de Ocaña, alta llanura desde la que se ve buena parte del mundo. Unos gitanos bien vestidos comen una sandía al pie de un carro, sentados a la parva sombra de su silueta. Ocaña es pueblo viejo; algunos la toman por el Vicus Cuminarius del Itineran Romano. Apoyados en las bardas de una corraliza, unos feriantes de blusa negra y larga y restallante tralla, venden mulas entre bien medidos aspavimientos: contando en duros, atusándose el fiero bigote, gargajeando con prosa popeya, fumando tagarninas y echando el humo por la nariz. Ebn Abed, rey moro de Sevilla, dotó a su hur Zayda, que el vagabundo se imagina bella y de profundos ojos, con el fuerte de Ocaña. Desde un balcón entreabierto caen sobre las baldosas de la calle —unas baldosas en las que se podrían asar chuletas— las delicadas notas de la *Petite suite pour piano*, de Debussy. Alfonso VI, en el siglo XI, plantó sus reales en Ocaña. Una joven esbelta y agraciada, vestida al gusto de la ciudad sopesa un melón con ademán de gran tecnicismo. En el toma y daca de la Edad Media, don Nuño Pérez, maestre calatravo, cedió la villa de Ocaña, a cambio de la Alcobera, a los caballeros de la orden de Santiago. Hay quien dice que Ocaña fue feudo santiaguista por privilegio real. Un niño barrigón pega mocos en la pared, concienzudamente. Don Juan II y don Enrique IV

celebraron cortes en Ocaña. En medio del trajín, un perro canijo hace los inútiles posibles y los ilusionados imposibles por montar a una perra flaca y grandullona. En Ocaña se hizo la jura del príncipe don Miguel, nieto de los Reyes Católicos. El niño que se daba al arte de pegar los mocos a tresbolillo, suspendió sus industrias por atender —atónito y pasmado— a los fallidos esfuerzos amatorios del perrillo ruin. La madre, sin previo aviso, le pegó un capón. En la guerra de la Independencia, a los españoles, por estas trochas, nos tocó llevar más que un pandero. El penal de Ocaña, sobrio como una fortaleza y severo con la amarga severidad de los conventos pobres, estira sus muros sobre la carretera y frente a la picota; sin duda alguna, los simbolismos crecen más lozanos en los países de sol ardiente. Ocaña fue cuna de maestres de la orden de Santiago, de teólogos y de obispos. La cabeza del niño mirón sonó, retumbadora, a hueca.

—¿Quieres más?

—No, madre.

Por el despoblado de Corralejo, ramonea el chivo triscador. Descanse en paz don Alonso de Cárdenas, primer maestre de Santiago.

—¿Nos tomamos un blanco?

—Sea.

Por el encinar que dicen Montechico, de mata parda, relincha el mulo coceador y pedorro. Dios tenga en su gloria a fray Cipriano Suárez y a fray Cristóbal de Castro, doctores en teología.

—Pon unas olivas del país.

—Servidor.

Por la dehesa Recompensa, el galgo corre tras la liebre. Un padrenuestro por el alma de don Alonso de Frías y Zúñiga, autor del *De sacramentis novae legis in genere.*

—A su salud.

—A la suya.

Por la cañada del Aljibe, sestea el ganado lanar. Don Sancho de Bustos y de Villegas, que Dios haya, fue obispo de Avila e ilustrador del *Tesoro de la nobleza.*

—Niño, ¿qué debo?

—Nueve gordas.

Por el despoblado de Ocañuela, hoza el puerco gruñidor. Y don Felipe Antonio Fernández de Vallejo, R. I. P., llegó a arzobispo de Santiago de Compostela.

—¿Seguimos?

—Como usted guste, yo soy un mandado.

Por el despoblado de Chozas Viejas, suele aparecer la pálida fantasma.

—¡Lagarto, lagarto!

—¿Eh?

—Nada.

El campo, después de Ocaña, vuelve a la llanura, a la monotonía y a la soledad.

Dos burrillos peludos y cenicientos, dos burrillos de la gastada y artesana color de la plata vieja, aguantan, en medio del ancho páramo, el sol a pie firme: heroica y olvidadamente plantados como estatuas o como pacientes olivos llenos de resignación. Las ovejas de los rebaños —el mirar triste, los cueros sucios y, en el lomo, el brochazo de almagre— están inmóviles, jadeantes, la boca entreabierta, muertas de sed. Entre los carros de mulas aparece, de cuando en cuando, alguna pesada galera de cuatro ruedas.

Las torres de Dos Barrios vienen viéndose ya desde hace tiempo. Dos Barrios se alza en terreno de vega y a la derecha del camino de Andalucía, donde queda, con la bodega de buen abasto, y la despensa pronta, el parador que dicen Dos Amigos, a uno por barrio. En el término de Dos Barrios y frente a La Guardia, queda el castillo de Monreal. La vega de Monreal termina en la Mesa de Tembleque. El arroyo Monreal, que viene del Escorchón, en Villatobas, confunde su nombre —cuando no sus aguas y sus hambres— con los caños nombrados Mingabuena, Cedrón, Santa María, Testillos, del Valle y del Robledo; al final, abocan todos al arroyo Melgar, que cae al Tajo, más allá de Villasequilla de Yepes, por donde pasa el tren de Aranjuez a Toledo.

Poco antes de La Guardia, el vagabundo, a cuestas de su providencial y mecánico artefacto, salva, entre la fresca y breve y agradecida sombra de los arbolillos de sus márgenes, las pobres aguas del arroyo Cedrón. La Guardia es pueblo que queda a la izquierda del camino, subido a caballo de unas cuestas inverosímiles y fantasmagóricas, con sus mujeres vestidas como para representar un drama de don Pedro Calderón de la Barca, y sus cuevas con la fachadilla enjalbegada. La Guardia tiene un aire judío, extraño, inquietante. La Guardia es villa a la que protege de mayores males el recuerdo del Santo Niño mártir, su patrón, que se llamaba Juan, para los cristianos, y Cristóbal —mágico nombre— para los judíos. En La Guardia, el judío Juan Franco, después de raptar al niño cristiano y toledano Juan Pasamonte, lo tuvo encerrado meses y meses en la cueva de su casa, lo que hoy es ermita de Jesús, hasta que, condenado a muerte por Benito García de las Mesuras, lo crucificaron. Es una historia bárbara y triste, sangrienta y milagrosa, a la que el vagabundo aludió ya, también de pasada, en otro pliego de vagabundaje. En La Guardia, al Santo Niño no le llaman Juan sino Cristóbal.

En el término municipal de La Guardia florece el mísero cardo de los despoblados: Dancos, San Cebrián o Cuartos de la Hoz —queda un

Quintos de la Hoz, como recuerdo—, Villapalomas y Santa María: caseríos muertos, quizás de sed, a los que no bastaron para mantener vivos y latidores las escurridas aguas de los arroyos de Valdeláguila y de la Fuente del Madero.

Más allá del paso a nivel y a no mucho andar de la estación del ferrocarril, se presenta Tembleque: un pueblo grandón, que parece deshabitado. Tembleque está en una hoya, a la sombra de su nombrada Mesa de los altos de la Cebollera, que no son tan altos, y de la sierra de Villacañas con su pico Romeral. Tembleque fue aldea de Consuegra hasta que la reina Juana la hizo villa, a principios del siglo XVI. Tembleque cría muy robustos mosquitos en las lagunas de Villaverde y de la Vega. Tembleque, además de mosquitos, también produjo, en su historia, frailes de tanta fama como ilustración: monseñor Ocampo y Borja, obispo de Milán; fray Martín de Rojas y Portalrubio, obispo de Malta; fray Angelo de las Parras, confesor de Felipe IV; el padre Sánchez Grande, conocido y muy diestro jesuita.

Las gentes de Tembleque, probablemente, duermen ya la siesta mientras el vagabundo, todavía en ayunas, cosa que tampoco es la primera vez que en su vida le sucede, corre como un loco por el camino. Esto de trotar, sin más ni más y venga y venga, por el camino abajo y a lomos de un hierro trepidante y rugidor, es algo que al vagabundo se le antoja punto menos que un grave pecado.

La carretera y el campo aparecen desiertos, absolutamente desiertos. En el cruce de Turleque, un galgo negro duerme a pleno sol tumbado en medio de la calzada; desde lejos parecía muerto y bien sabe Dios que, de no haberse quitado con oportunidad, allí se hubiera quedado, muerto ya para siempre y al sol. Con el rabo entre piernas y huyendo por el barbecho, el galgo turlequeño fingía el avatar del alma en pena y condenada al tueste.

—¡De buena libró!

—Ya, ya.

—Creí que estaba muerto.

—Y yo también.

—A mí esto de andar aplastando perros no me gusta. ¿Y a usted?

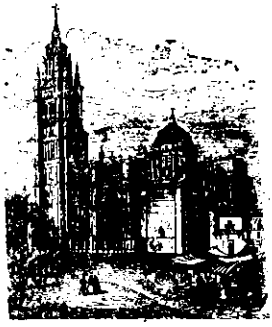
—No, a mí tampoco.

Hacia el sur se recortan en el horizonte unos montes no muy altos que acaban en los cerros Carbonera y Carril, ninguno de los cuales se asoma por encima de los mil metros.

CAMILO JOSE CELA

Año 1959. Primer viaje andaluz. Obras Completas. Tomo VI. Ediciones Destino. Barcelona 1962, págs. 85 a 92.

Diseño de alzado



TRAED a vuestra imaginación la potentosa "Asunción de la Virgen", de El Greco, y observad el despliegue vertical, ascendente, de los varios mundos que en ella aparecen. En la parte inferior del lienzo, la naturaleza, amorosamente representada ahora por ese estallante manojo de rosas y azucenas y por el boscaje que como un fantasma de vegetación, todavía indeciso entre ser pura luz y ser fronda tangible, flanquea la obligada alusión pictórica de Toledo. Muy poco más arriba, la historia, la aventura terrenal del hombre, de que son testimonio delicadísimo ese sumario esquema de Toledo —el puente de Alcántara, San Servando, la Catedral— y la nave que desde un invisible más allá, acaso la lejana Creta, se acerca hacia los ojos del contemplador Y por encima, señoreando la generosa superficie del cuadro, el triunfo espléndido de una sobrenaturaleza cristianamente concebida: la Virgen ascendida a la gloria, ángeles a la vez voladores y poderosos, una paloma que irradia lumbre y fuerza divinas.

¿No es esa, me pregunto, la estructura de toda realidad humana, hombre, ciudad o país, que seriamente aspire a ser lo que desde el fondo de sí misma debe ser? Y viniendo a lo nuestro, a la compleja, fascinante realidad de Toledo, ¿no es esa la pauta descriptiva que mejor puede darnos la clave de la ciudad española que sin necesidad de engolar la voz se llama a sí misma "Imperial"?

Como cimiento, la naturaleza, que en la ciudad misma —no en ese mirador suyo que son los cigarrales— se compone de tres elementos principales, la roca, el agua y la luz. Roca, pura roca es la materia que da su solidez a a naturaleza toledana; bien lo sabía Cervantes cuando en su conocido canto llamó "peñascosa pesadumbre" a la que Toledo pone en la superficie del planeta. Hay tierra sobre las raíces de los olivos, almendros y abaricoques que crecen al sur del Tajo, entre las tapias de los cigarrales, y la hay también, más abierta y pródiga, al norte del río, dando suelo cultivable al paisaje ondulado de la Sagra. Pero solo rocoso es el fundamento de los templos, alcázares y viviendas que se apiñan y mutuamente se ensalzan entre la Puerta de Bisagra y la ribera de las Tenerías, y así lo descubre sin demora el espectador que desde la Virgen del Valle contempla el pasmoso paisaje urbano sobre ese cerro edificado. Roca: la forma que adopta la tierra cuando de veras quiere ser pura tierra firme; la materia que más intuitivamente nos hace descubrir la

índole plenaria, la condición de astro caduco y frío de este grumito cósmico en que habitamos.

En torno a la roca, abrazándola con su corriente, el agua del Tajo, que todas las noches levanta hacia el poblado su voz viejísima y misteriosa. Las aguas quietas, los pantanos y estanques, son lugares donde la vida se hace muerte; tal es la razón profunda de ese aspecto como funeral que tiene los lotes inmóviles y flotantes, y ahí está la verdadera causa de la extraña melancolía que los marjales suelen engendrar en el alma, y el fundamento psicológico del aseo elemental que en nosotros suscita la contemplación de las ciénagas. Con su movimiento y su canción, el agua corriente, regato o surtidor, viene a ser, en cambio, un tránsito visible y audible de la naturaleza muerta a la naturaleza viva. Entre las cosas diversas que la historia de Toledo y la vida del que escucha puedan añadir al sonido nocturno del río, esa constante aspiración dinámica de lo inerte y hacia lo vivo es tal vez el carácter primario del agua toledana, agua que corre y canta, que se va y acompaña.

Y sobre el agua y la roca, la luz, cambiante de color con la hora del día y la estación de año, dosel de la ciudad real, cuando ésta se hace ante los ojos materia recortada y compacta, materia a lo Zurbarán, y argamasa etérea de la ciudad irreal o soñada, cuando el sol tansfigura el cuerpo de Toledo y éste se hace, más allá del fondo de nuestra retina, en el fondo de nuestro espíritu, materia sutil y penetrable, materia a lo Turner.

Sobre esta escueta naturaleza se alza la historia de Toledo, la sucesión concorde o discorde de las distintas civilizaciones y las múltiples acciones humanas de que todavía son firme testimonio puentes y palacios, templos y albergues, tallas y lienzos pintados, joyas y pergaminos. No hay devoto de España ni turista azancanado que no se haya llevado en su alma, hecha recuerdo para siempre, la imagen de los preclaros monumentos toledanos en que los romanos, los godos, los árabes, los judíos y los cristianos medievales y modernos nos están diciendo algo acerca de lo que fueron y tanto o más acerca de lo que quisieron ser. Y a quienes no contente la impresión fugitiva del monumento que se ve y hay que abandonar una vez visto, este libro les ofrecerá copia fiel y decorosa de algunos de los documentos donde la rica historia de Toledo se ha hecho palabra escrita. Aquellos en quienes sea viva la fe religiosa, se estremecerán muy adentro leyendo el texto por el cual en 1086 se restaura el culto cristiano en la Iglesia Catedral. Cuantos tengan un corazón blandamente sensible a los afectos humanos, quizá se conmuevan reviviendo el perdón de Carlos V a los comuneros, a instancia de la esposa de Juan de Padilla. Los estimadores de la ordenación racional de la vida, sea tal ordenación gobierno de la naturaleza o regimiento de la convivencia

humana, sentirán, en fin, un secreto y delicado goce mental descubriendo cómo Alfonso el Sabio regula las medidas de pan y vino y cómo Felipe II establece las cualidades que habrán de tener los regidores de Toledo y su escribano mayor.

A través de monumentos y documentos, ¿qué nos enseña la historia de Toledo? ¿Cuáles son su cifra y su lección? Nadie, creo, ha sabido decirlo tan bella, certera y precisamente como Gregorio Marañón. Tres notas principales serían, según este insigne toledano por vocación, esto es, por amor, la cifra histórica de la ciudad en que él más complacidamente reposó y soñó: su orientalismo, su condición de testimonio del espíritu, su mensaje de tolerancia. Lejos del mar, entre el Mediterráneo de sus orígines y el Atlántico de sus afanes —ese Atlántico misiterioso y distante a que va, cuando traspone el puente de San Martín, la canción nocturna del Tajo—, Toledo es una ciudad oriental anclada en el corazón de Castilla la Nueva. En el borde mismo de la Europa cristiana, puerta de comunicación entre un Occidente europeo todavía infantilmente rudo y un mundo genuinamente oriental, el islámico, en la cima de su vida intelectual, Toledo nos enseña a través de sus piedras, ladrillos y yesos que "cuando todo parece que en el mundo terrenal va a perecer, lo que subsiste y lo que ata al pasado con el porvenir para que la vida siga corriendo, es el espíritu". Casa dulcemente vividera de tres religiones: la cristiana, la musulmana y la rabínica, Toledo, con la realidad a la vez perdurable y arruinada que hoy en él contemplan los turistas, es como una muda exhortación a la tolerancia, un recuerdo vivo de aquellos "cenáculos en que los hombres de las facciones enemigas se reunían y olvidaban sus diferencias, porque por encima de todo les impulsaba el saber".

Pero la historia de una ciudad no queda agotada por sus monumentos y sus documentos. Historia de ella son también las vidas egregias o adocenadas de los hombres que por sus calles y plazas pasean ocios o cumplen tareas: el artista y el médico, el magistrado y el comerciante, el canónigo y el menestral. ¿Cómo pervive en ellas la historia de Toledo? ¿Qué incitación para su vida presente y futura les ofrece o les dispara el pasado que día a día contemplan? Escribí hace años, a la vista de la cronología de sus edificios nobles —sólo en ellos se hace de veras patente una voluntad de historia—, que Toledo ha dormido históricamente desde el siglo XVIII. Sus habitantes, decía yo, han vivido desde entonces en el tráfico cotidiano y en el recuerdo, no en la empresa creadora y en la esperanza histórica. Y veía como un símbolo de todo esto en el hecho de que la huella arquitectónica que en Toledo ha dejado ese siglo —el "Transparente"— se define más por el hueco que por el bulto, más por fosa que por monumento. Una y otra vez he vuelto a hacerme aquellas

preguntas, inconforme con mi diagnóstico, en mis reiteradas visitas a Toledo. La ciudad se ha aderezado para recibir con dignidad suficiente el abigarrado aluvión humano del turismo: esa granjería que los países de historia actual regalan a los países de historia antigua. Pero esto no acaba de ser auténtica "voluntad de historia". Seguiré, pues, preguntándome cavilosamente: ¿cómo la historia de Toledo late y opera en los empeños personales de los toledanos que llenan de vida afanosa Zocodover y la calle del Comercio y de vida deleitable o nostálgica cualquiera de los miraderos sobre la ascendente maravilla de su ciudad? Debo decir, con la más ingenua y menesterosa de las ignorancias, que no lo sé.

Hay ciudades, como Nueva York o Brasilia, en las que la mirada del viajero sólo descubre naturaleza e historia. Hay en ellas, por supuesto, sobrenaturaleza, porque el hombre, de una manera u otra, la lleva siempre consigo, pero en ellas está semioculta y como agazapada entre árboles y edificios civiles. Junto a la mole prodigiosa del Rockefeller Center —la construcción arquitectónica en cuyo seno más intuitiva y plásticamente he sentido mi condición de hombre del siglo XX—, ¿no es esa la impresión que produce la filigrana mimética y edulcorada de la catedral de San Patricio? No es éste el caso de Toledo. Como en otro cuadro de El Greco, ese en que la Virgen, rodeada de ángeles, desciende sobre la ciudad para imponer la casulla a San Ildefonso, la sobre naturaleza campea en Toledo sobre el bien trabado conjunto que forman la naturaleza y la historia. Una realidad trasmundana —una sobrenaturaleza cristianamente entendida— envuelve y empapa tal conjunto. Pero a través de las violencias y los dramas que la vida del hombre, aunque se llame cristiano, lleva siempre consigo, yo diría que aquella realidad cumple en Toledo esta función envolvente y traspasadora asumiendo todo cuanto de sobrenatural hubiese en las almas de los árabes y los judíos de buena voluntad que de tan eficaz modo contribuyeron a dar a la ciudad su figura y su estilo. "Gratia non tollit, sed perficit naturam", y habría que añadir: "et historiam". Sobre la roca, el agua y la luz de su naturaleza, sobre una historia hecha de contrastes violentos y salvadoras armonías, la aspiración del hombre hacia un bien que trasciende su propio ser, y con él todo lo meramente natural e histórico, corona, circunda y perfecciona ese cautivador prodigio urbano a que seguimos dando el hermoso nombre de Toledo.

PEDRO LAIN ENTRALGO

«Diseño de alzado». Privilegios Reales y Viejos Documentos de Toledo, 1963.

El Alcázar, asediado

AGAPITO Sánchez dábale azotes cariñosos a la miliciana Petrita.

—Mañana te llevo a Toledo para que dispares con el cañón contra los del Alcázar.

Aquel era un entretenimiento de fin de semana. Los milicianos solían invitar a sus amigas a tomar unas perdices en la Venta del Aire, de Toledo, o a merendarse una tortilla fría en la ribera del Tajo. En aquella orilla tenían emplazado un cañón que apuntaba al Alcázar en ruinas. Dentro de aquellas piedras desmoronadas había hombres, mujeres y niños, pero ellos no se fijaban en eso.

Después de la comida, regada con vino de la tierra, y de la siesta bajo los árboles, se acercaban riendo al cañón.

—Un minuto, que te voy a retratar.

Luego aparecían en las primeras páginas de "Estampa" o "Mundo Gráfico". Las chicas se tapaban los oídos entre carcajadas.

—Tira.

Se veía la nubecita blanca y un ruido fuerte. Entre el zumbido de los oídos, la felicitaban.

—Muy bien tirado; lo menos has matado a cuatro facciosos.

Se volvían al atardecer, bebidos, cantando por la carretera a Madrid. Y las milicianas contaban en sus casas o en las tertulias de café:

—Ayer he disparado contra el Alcázar.

Largo Caballero había pedido aquella mañana el coche oficial. Acudía solícito el subsecretario.

—Señor Presidente, pasado mañana los de Asturias vuelan la mina.

—Sí; precisamente por eso tengo ganas de ir. Azaña me dijo ayer que era muy interesante.

—¿No le parece a usted que invitáramos a alguien del Cuerpo Diplomático?

Largo Caballero era hombre enérgico, de mirada franca, con una cerrazón mental de fanático del marxismo. Pero su posición era más disculpable que la de aquellos burgueses, aliados con él para la revolución. Iba a ver volar el Alcázar, pero, en realidad no sabía quién era Carlos V, ni le importaba. Para él aquel edificio era simplemente un cuartel rebelde.

Se acomodó en los blandos asientos con el subsecretario.

—A Toledo, pero no muy de prisa.

Pasaba la mano por el tirante de seda. Vestía un mono azul y se to-

caba con un sombrero de alas anchas de campaña, de mahón verdoso, con barbuquejo.

Salieron de Madrid por los Carabancheles; carretera cuidada, entre los surcos y las primeras amapolas aleteantes con el viento en la poximidad de las últimas vías del tranvía. Luego era ya el campo libre.

—Me parece que ésos ya no podrán resistir después de la explosión de la mina.

El subsecretario asentía.

—Es seguro. Lo único molesto es el efecto internacional.

—Nosotros ya hemos hecho lo posible por medio del decano del Cuerpo Diplomático y con el padre Camarasa.

—Se ve que los rebeldes tienen interés en libertarlos. Realmente están muy cerca de Toledo.

—Espero que los detendremos antes, porque si no...

No terminó la frase; el coche había tomado un bache y dieron con las cabezas en el techo.

—Cuidado; más despacio —le gritó al chófer.

Pasaban cerca de los polvorientos olivos que circundan al cerro de los Angeles; el monumento estaba caído, volado por los dinamiteros asturianos; quedaban unos fragmentos de monjas y un obispo descabezado en la alegoría de piedra. Los milicianos antes de volarlo habían fusilado a la imagen.

Cruzaban pueblecillos polvorientos, de moscas y mulos de labor, abrevándose. Ya se notaba allí la guerra; milicianos de los batallones de "Lister" y de "Rosa de Luxemburgo" y grupos de la C. N. T., con sus rojos pañuelos al cuello. Atravesaron las calles de Yuncos.

En Olías del Rey, unos obreros quitaban la última palabra del letrero, fijado en la fachada de una casa que daba a la carretera.

Rezumaban humedad las letras nuevas, con un olor a cemento fresco.

—¿Qué han puesto, don Francisco?

—Creo que Olías del teniente Castillo.

Entraban en Illescas con sus momias arrugadas y sus Grecos de verdes y azules eléctricos. Y de pronto Toledo. Pasaron por la Puerta de Bisagra, orlada de águilas bicéfalas y con el escudo en granito del César.

Toledo ya era marxista; hoces y martillos en las fachadas de las viejas mansiones de los hidalgos. La calle de la Catedral se llamaba de Carlos Marx.

Un grupo de milicianos y vecinos salieron a aplaudirle.

—¡Viva don Paco!

Era como si los infieles hubieran entrado en la ciudad imperial. Comités y sindicatos, con letreros chillones, en los altos balcones de hierro, donde antes se colgaban los reposteros del Corpus. "Juventudes Socialis-

tas Unificadas", "Centro Anarquista de La Sagra", sobre el escudo de heráldicos lobos transitantes.

Bullía la gente en los alrededores de Zocodover casi derruído. Faltaba un lienzo de la fachada, complicada de adornos, donde estuvo el balcón del Cristo de la Sangre. Sobre montones de yeso y ladrillo pulverizado, se alzaban, truncadas, las columnas, cuadrangulares, de los soportales para los días de lluvia. Se había derruído el arco de las Llagas, con su corazón abierto, labrado, verdoso, sobre la piedra pulida. ¡Calles de leyenda; de la Virgen de los Alfileres y la del Hombre de Palo, convertidas en plazuelas de Rusia o de Thaelmann! Se veía desplomada la antigua oficina del Patronato de Turismo y eran milicianos los "cicerones" que antes había explicado las aventuras de don Rodrigo con lenguaje moderno o pedido un suplemento de propina para enseñar la sinagoga del Tránsito.

Era un solar de cascotes con los hierros de los balcones retorcidos, rojizos de herrumbre, la vieja Posada de la Sangre, donde Cervantes escribió "La Ilustre Fregona".

Adelantáronse para saludar al Presidente, los capitanes Rojo y Barceló.

—A las órdenes de V.E.

Se llevaban el puño cerrado a la altura de las gorras de plato, según el nuevo saludo oficial, aparecido en "La Gaceta".

En el centro de la plaza unas acacias tristes, raquíticas, y bancos de piedra que tenían la nostalgia del kiosco de música y de la banda militar de los cadetes.

En los sitios no batidos, había milicianos y muchachas sentados en los bancos de azulejos, de estilo sevillano, con escenas del Quijote.

Balcones y miradores de visillos tenues y verdes persianas enrolladas. Sobre un tejado de viejas tejas, corría un gran cartelón blanco donde ponía: "Mazapán".

Veladores de mármol y sillas de paja en los cafés cercanos a los soportales, donde los milicianos y los vecinos tomaban mantecados con barquillos.

Don Paco manifestó deseos de visitar la mina.

Y le llevaron por callejas resguardadas del tiro del Alcázar. Vió el edificio silencioso, desmochadas las agudas torres de pizarra. Parecía muerto. Daba la sensación de que dentro sólo había cadáveres. Lo llevaron al hospital de Santa Cruz, convertido en museo desde hacía unos años. "Aquí está usted seguro".

Disparaban los milicianos desde las ventanas barrocas. Había varios santos descabezados y faltaba un trozo labrado de la portada. Saludábale el conserje Raimundo quitándose la gorra.

En el patio, a la sombra de las arcadas, sobre el césped sembrado de piedras arqueológicas, distinguieron unos bultos oblongos, cubiertos con mantas.

Barceló le explicaba:

—Son las bajas de esta mañana.

Contempló la enorme abertura de la mina; ya llegaba debajo de una torre. Habían colocado cinco toneladas de dinamita.

Los del Alcázar distinguieron el grupo. Tiroteaban desde las altas ventanas y crepitaron las ametralladoras.

—Póngase aquí. Este ángulo no está batido.

Los mineros se quitaban toscamente la gorra y decían, con bárbara alegría:

—Van a volar todos.

Preguntaba Largo Caballero.

—¿Está ya terminada?

—Sólo falta prender fuego a la mecha. Pero hay que esperar a que fragüe el cemento.

Le explicaba uno, con ínsulas de ingeniero.

—Es que hemos colocado un bloque de cemento en la boca de la mina, para evitar que explote hacia aquí; ya sabe usted que los gases buscan la línea de menor resistencia y el Alcázar tiene cimientos de roca. Mire usted.

Le enseñaban un plano del edificio.

—No podemos hacerla llegar hasta el centro del Alcázar porque estamos trabajando a la altura de los sótanos y corremos el riesgo de desembocar en medio de los rebeldes, que nos destruirán con bombas de mano.

Silbó, metálica, una explosión y todos se tiraron al suelo; levantóse don Paco, quitándose la arena del mono.

—Mire usted, esa que han tirado es una bomba de mano fabricada por ellos con las cabezas de hierro labrado de los clavos de las puertas.

Dentro del Alcázar el coronel Moscardó visitaba la enfermería. Mantenía allí la dignidad del cargo. Iba de uniforme. Un uniforme manchado de yeso, sucio, rasgado. Estaba demacrado, la cara angulosa, crecida la barba negra y entrecana, y con unos ojos de fiebre.

Penetraba en los sótanos; allí se movía un mundo fantasmal de desenterrados, famélicos y heroicos. Mujeres, niños, cadetes, falangistas y guardias civiles.

Habitaban en un caos de cascotes, ruinas, piedras caídas desde las altas galerías. Y un polvo de ladrillo y pólvora, que irritaba los ojos. Y hierros torturados, vigas retorcidas, balcones revueltos.

Pero en aquel caos reinaba la jerarquía. En el cuarto del coronel estaba la mesa del despacho, el tintero de plata, el teléfono y la bandera

en su vitrina sin cristales. Un centinela guardaba la puerta. El secretario anunciaba las visitas como en tiempo de paz.

—Señor coronel, un teniente de la Guardia Civil desea hablarle.

Quedaban en la enfermería los restos de una cama de operaciones, y unos frascos, casi vacíos, de yodo. Pero el médico iba vestido de blanco como en un hospital de retaguardia; de un blanco heroico, con manchas de sangre. Todos estaban en sus puestos. Editaban un periódico: "El Alcázar", donde aparecían las órdenes de la plaza y anuncios. "Se ha perdido un anillo de oro en el patio central. Dirigirse a la Administración".

Comían carne de los caballos y de mulos de las cuadras del Alcázar y machacaban el trigo, fabricando un pan negro, correoso.

Les habían cañoneado, ametrallado, puesto minas, bombardeado; les habían lanzado incendiarias y allí estaban. Les habían halagado, enviado recados, hablando por teléfono; les habían enviado al Padre Camarasa y a un embajador y habían fusilado al hijo del coronel porque no se rendía; y allí permanecían.

Miles de toneladas de pólvora, de trilita, de hierro, de acero, y asaltos a la bayoneta, y un tanque para derribar la puerta, e incendios, y no se rendían.

Y allí estaban las mujeres animándoles.

—No nos iremos; correremos vuestra suerte.

Y no había medicinas, ni muletas, ni camas, ni cunas, ni tumbas.

Enterraban en las piscinas de la Academia; aquel día, bajaban a un cadete muerto en el parapeto. ¡Cómo contrastaba en la alegría de mármoles donde estuvo el agua, aquella sequedad de la tierra mortuoria! Y en la antigua juvenil alegría de los trajes de baño y los cuerpos desnudos, aquella humillación, de esqueleto y cal, de los cadáveres.

La piscina olía a muerto, bajo las duchas secas. En las cabinas, donde se desnudaban los cadetes y se friccionaban con colonia y se quitaban el jabón espumoso, estaban quietos, tapiados en nichos, los cuerpos rotos.

Escuchaban la mina bajo sus pies.

—Todavía trabajan.

Y oían, anhelantes, la radio que habían fabricado con las baterías de los autos.

—Hay que tener fe. Varela se acerca. Dentro de unos días está aquí.

Se reunían en la capilla. Habían colocado el cuadro de la Virgen sobre un tapiz. Y colocado bancos y la mejor alfombra del Alcázar, bajo la luz alta de un ventanal. Al pie del cuadro, un vaso de cristal con flores y unas velas encendidas, fabricadas con sebo de caballo.

—¡Protégenos, Señora!

El Alcázar era una isla de Fe y de honor en medio de aquel mar de

hoces y martillos, de trapos rojos y amenazas. Comentaban sonriendo.

—Dicen que ha venido Largo Caballero a vernos volar.

—Pues que se ande con ojo, no sea que lo vuele Varela.

En la plaza, don Paco, daba por terminada su visita. Todavía entraban en la mina unas brigadas de obreros con las perforadoras. Preguntó:

—¿Pero no decíais que habíais acabado de perforar la mina?

Sonreía el jefe.

—Sí; pero seguimos haciendo ruido para que se crean los de dentro que no hemos acabado y les pille de sorpresa la explosión sobre la misma mina.

Aprobó don Francisco la astucia de su gente y el capitán de artillería guiñaba el ojo.

—El día que vaya a explotar, cañonearemos furiosamente el ala opuesta, para que se refugien aquí y vuelen todos.

Se retiraba el presidente, satisfecho.

¡Qué militares tenía! El ejército del pueblo sabía todas las estratagemas de la guerra.

Se arrellenó en el coche oficial.

—A Madrid.

Le adulaba el subsecretario:

—Estos caen en esta semana.

Pasaban lentos días de zozobra; llovía sobre el Alcázar, se mojaban las ruinas. Encima de la ciudad picuda, se formaban moradas tormentas de otoño; relámpagos y truenos en las nubes violetas, aborregadas, sobre la catedral.

Los sitiados escuchaban la radio. Se animaban unos a otros.

—Ya se acercan.

—Están a quince kilómetros.

—Sí; pero ¿y la mina? ¿Llegarán a tiempo?

Una madrugada los milicianos recorrieron la ciudad con sus linternas. Entraban en los pisos somnolientos y levantaban a los vecinos de las camas.

—Hay que salir de Toledo.

—Vamos a volar el Alcázar.

Salía, lúgubre, la procesión de vecinos por la Puerta de Bisagra. Quedóse la ciudad desierta.

Fue una explosión bárbara; honda, como una tormenta enterrada. La vibración rompió los cristales de colores de la catedral. Y cayó el rosetón con flores, la paloma transparente de la Trinidad y el trozo de vidrio con un girón de manto marrón y la espada azul de San Pablo.

Muchos vecinos, desde el campo, contemplaban la humareda impregnada de yesos y de polvo, de la torre derruída.

Algunos se santiguaban a hurtadillas.

—Hijo mío.

Sollozaba una anciana. Otro lloraba en silencio. Tenía a su mujer y su hijo recién nacido, entre aquellos escombros humeantes.

Al cabo de un cuarto de hora, se oyeron los gritos de triunfo de los milicianos que asaltaban las ruinas. Uno de ellos clavó la bandera roja, entre las piedras movidas de la galería alta, casi derruída por la explosión.

Y de repente ¡las ruinas contestaron!...

De entre los ladrillos, el cono de pizarra caído soltando sus escamas azules, y las vigas retorcidas, todavía calientes, salían los disparos.

La muchedumbre que volvía a Toledo comprendió; todavía vivían los cadetes del Alcázar y se defendían entre los escombros.

Aún pasaron muchos días. Varela se aproximaba a marchas forzadas. Paseábase Moscardó por el patio.

—Ya está a unos kilómetros. ¡Animo, muchachos! Dentro de dos días está en Toledo.

Los milicianos huían asustados.

¡Que llegan lo moros!

—¡Hay que escapar, Remigio, que vienen!

Por los montes violetas, asomaban las pardas chilabas, y se aproximaba la Legión con los brazos remangados, resueltos, dando vivas a la muerte.

Las milicias se desbandaban; trepidaban los motores de las camionetas y camiones, que salían por la carretera de Madrid.

—¡Vamos, Sebastiana, que vienen!

Otros corrían por los campos.

Agapito Sánchez, el huésped del palacio de Medinaceli, ya estaba en la camioneta al lado de Petrita.

—Espérame, se me ha olvidado un bulto en la estación.

Bajó del camión por la rueda, apoyando la alpargata en el neumático polvoriento.

—Déjalo; que te van a coger.

Los milicanos saqueaban la ciudad. En la fábrica de armas, rodeada de huertas con dorados girasoles, los jefes empaquetaban las mejores espadas.

—Mete esa de Felipe II que dicen que vale mucho.

Rompían con las culatas de las pistolas los cristales de las vitrinas, y se llevaban las dagas cinceladas.

Uno guardaba, debajo del asiento del chófer, la Biblia de San Luis, granizada de oro, con miniados de torres y dragones, en las iniciales. Se aglomeraba la gente en la estación.

—¡Que llegan los facciosos!

Agapito no pudo entrar y se volvió a la camioneta. Le abrazó Petrita.

—Siento haberme dejado la maleta, y sobre todo esa pintura.

Bajo la verde campana que avisa a los viajeros y del reloj con sus veinticuatro horas pintadas, cerca de la sala de espera de tercera, estaba la maleta de Agapito con un cuadro enrollado. Decían que era "el entierro del Conde de Orgaz".

Por la calle de Carlos Marx, pasando por debajo de ese "puente de los suspiros", tendido por el Arzobispo desde su palacio a la Catedral, corrían los milicianos, y con sus botas claveteadas, hacían crujir las rotas vidrieras emplomadas, del siglo XIII.

Pero ya entre los olivares y los viñedos agrios, asomaban los blancos turbantes de los Regulares de Varela.

AGUSTIN DE FOXA

«Madrid, de Corte a Checa». Obras Completas, volumen I. Editorial Prensa Española 1963, págs. 1.038 a 1.046.

Misterio de agonía

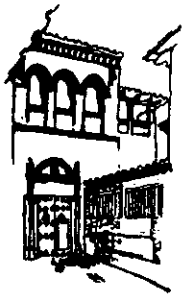
TOLEDO, inundado de luz cegadora, implacable, como plata fundida que salpicase destellos deslumbradores sobre la áspera castidad de una meseta desnuda en la soledad; Toledo... no es sin embargo la luz, sino la sombra; la luz es, simbólicamente, el más allá de Toledo. Toledo es, en muchas maneras, lo contrario del Escorial; éste, geometría; aquél, misterio. Un misterio de agonía. No importa que pueda dar hoy la impresión superficial de lo que llama un escritor, "una ciudad bajo la anestesia del turismo". Toledo sabe que eso ha de pasar porque el turismo así no es más que una vergonzante mendicancia. Toledo es mucho más que una curiosidad del mundo. Toledo es lo más dramático de toda la dramática, alquitara de la agonía hispano-romana frente al semitismo, ciudad entre cuyas sombras se ha vivido durante siglos la más dura tensión entre oriente y occidente, una coexistencia en lucha permanente y sin rendición de lo cristiano con lo oriental, sea bizantino, judío, sarraceno, moscovita... Esos siglos de agonía y tensión dramática tenían que imprimir carácter a la población, el arte, la mentalidad y el talante de esa ciudad, roca y castillo, a la que da foso el Tajo. Es muy difícil que no tenga carácter toledano una vida plenamente vivida en Toledo.

Desde lo alto de sus cerros afueras Toledo es un abismo refulgente y,

al mismo tiempo, casero y cotidiano. Sabemos que hay sol sin verlo, viéndole sólo derramarse por los tejados que forman ladera al Alcázar, adivinándole en las sombras de las callejuelas y de los patios, en el bronce oscuro de los cipreses y los laureles. Parece que todo lo que hay en Toledo es un esfuerzo descomunal para rebajar violentamente la luz cegadora de lo alto y poder ver a Dios. No se trata de ver el mundo, sino de descubrir a Dios en él; es una aspiración desesperada de trascender la visión del mundo material a la luz de la fe, un mundo visible que sólo sirve de pretexto inexcusable para sugerir la realidad de lo invisible; no hay cuerpos humanos, sino almas redimidas, destellos alargados de luz que está escondida a lo lejos en las sombras de la noche; figuras, palabras, gestos y acción se dedican a convertirse en expresión del misterio de Dios en el hombre. Y todo ello, a fuerza de entrega a Dios y de señorío sobre sí, en calma, en medio de un mundo que apenas es un esquema de naturaleza bajo la blanca cascada de luz toledana, seca, abrasada, cruda y violenta, hecha para combatir con las sombras. El Greco no es todo Toledo, es cierto, pero ha mirado lo mismo que todo Toledo, de cara y en calma, el reino de las sombras luminosas, el misterio. Toledo, o el catolicismo como drama de agonía en alta calma de fe.

JOSE MANUEL DE CORDOBA
(«Un católico en la gran crisis de España» - 1964).

"La Orden de los hermanos de Toledo"...



EN cuanto a "La Orden de los hermanos de Toledo"... Eso ya era otra cosa. A pesar del rigor para ser admitido, yo lo fuí ese año. Fundada hacía algún tiempo por aquel grupo de amigos residentes, el principal deber de sus cofrades consistía en vagar, sobre todo de noche, por la maravillosa y mágica ciudad del Tajo. Los hermanos se hospedaban por lo general en la Posada de la Sangre, lugar donde Cervantes escribe y sitúa alguna de sus novelas ejemplares. La posada, aunque algo modernizada en determinados detalles, conservaba entonces toda la atmósfera española de esas ventas o mesones, para alto de arrieros y trajinantes, de los que en el "Quijote" da su autor experimentada y poética cuenta. Cumpliendo cláusulas severas del reglamento de la Orden, los hermanos dejaban la posada cuando ya del reloj de la Catedral había caído la una, hora en que todo Toledo parece estrecharse, complicarse aún más en su fantasmagórico y mudo laberinto. Aquella noche de mi iniciación en los secre-

tos de la Orden, salimos a la calle, llevando todos los hermanos, menos yo, ocultas bajo la chaqueta, las sábanas de dormir, sacadas con sigilo de las camas de nuestros cuartos. Luis Buñuel actuaría de Cofrade Mayor. El acto poético y misterioso preparado para la madrugada, iba a consistir en hacer revivir toda una teoría de fantasmas por el atrio y la plaza de Santo Domingo el Real. Después de un tejer y destejer de pasos entre las grietas profundas del dormido Toledo, vinimos a parar al sitio del convento en el instante en que sus defendidas ventanas se encendían, llenándose de velados cantos y oraciones monjiles. Mientras se sucedían los monótonos rezos, los cofrades de la Hermandad, que me habían dejado solo en uno de los extremos de la plaza, amparados entre las columnas del atrio, se cubrieron de arriba abajo con las sábanas, apareciendo, lentos y distanciados por diveros lugares, blancos y reales fantasmas de otro tiempo, en la callada irrealidad de la penumbra toledana. La sugestión y el miedo que comencé a sentir iban subiendo, cuando de pronto las ensabanadas visiones se agitaron y, gritándome: ¡Por aquí, por aquí!, se hundieron en los angostos callejones, dejándome —una de las peores pruebas a que se veían sometidos los novatos de la Hermandad— abandonado, solo, perdido en aquella asustante devanadera de Toledo, sin saber dónde estaba y sin la posibilidad consoladora de que alguien me indicase el camino de la posada, pues además de no encontrar a esas alturas de la noche un solo transeúnte, en Toledo, si no le informan a uno a cada treinta metros, puede considerarse, y aun durante el día, extraviado definitivamente. Así que me eché a caminar por la primera callejuela —muy contento, por otra parte, de mi falta de brújula—, decidido a dejarme perder hasta el alba. Andar por Toledo, y en la oscuridad de una noche sin luna, como aquélla, es adelgazarse, afinarse hasta quedar convertido en un perfil, una lámina humana, dispuesta a herirse todavía, a cortarse contra los quicios de tan extraña resquebrajadura: es volverse de aire, silbo de agua para aquellos enjutos pasillos, engañosas cañerías, de súbito chapadas, sin salida posible; es siempre andar sobre lo andado, irse volviendo pasos sin sentido, resonancia, eco final de una perdida sombra.

Perdida y mareada sombra era yo, cuando de pronto, en uno de esos imprevistos ensanches —brusquedad de una grieta que supone una plaza, codazo de una calleja que hunde un trecho de espacio para el murallón de un convento, una iglesia, un edificio señorial— se levantó ante mí un desmelenado y romántico muro de yedra, entre la que clareaba algo que me hizo forzar la mirada para comprenderlo. Era una losa blanca, una lápida escrita, interrumpida aquí y allá por el cabello oscuro de la enredadera. El temblequeo de un farolillo colgado a una hornacina me ayudó a descifrar: "Aquí nació Garcilaso de la Vega..." La inscripción

continuaba en letra pequeña, difícil de leer, aumentando otra vez de tamaño al llegar a los números que indicaban el año del nacimiento y el de la muerte del poeta: 1503-1536. Y me pareció entonces como si Garcilaso, un Garcilaso de hojas frescas y oscuras, se desprendiese de aquella enredadera y echase a caminar conmigo por el silencio nocturno de Toledo en espera del alba.

Cerca del Tajo en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura,
toda de yedra revestida y llena,
que por el tronco sube hasta el altura...

"La del alba sería" cuando con estos versos de Garcilaso en la boca, encontré la Posada de la Sangre y me tiré a dormir en mi camastro, feliz con mi primera aventura de iniciado en los misterios de la Orden toledana. Pocas horas después, y a la del almuerzo, ¡qué alegres burlas las de los hermanos, ante una gran cazuela de perdices, famosa especialidad de la Venta del Aire! Allí, bajo el mismo emparrado, patinillo de nuestro banquete, se veían, retratados a lápiz sobre la cal del muro, los principales cofrades de la Orden. Su autor, Salvador Dalí, también figuraba entre ellos. Alguien le dijo a los venteros que no los encalaran, pues eran obras meritorias de un famoso pintor y que valían mucho dinero. A pesar de la advertencia, años después ya no existían. Habían sido borrados por unos nuevos dueños de la Venta.

RAFAEL ALBERTI

La arboleda perdida. Libros I y II de Memorias. Compañía General Fabril Editora. Buenos Aires, 1959. Libro Segundo (1917-1931), Cap. V. págs. 219 a la 222.

Encaramada, ascética

SIEMPRE me he imaginado a Toledo tal como la había pintado el Greco, encaramada, ascética, en medio de una terrible tempestad, mientras la aguja de su maravillosa Catedral gótica, parecida a la aguja del alma humana, rasga las nubes cargadas con el rayo divino. Uno de sus lados, con sus torres, murallas y casas, es iluminado por la chispa azul de un relámpago; el otro desaparece en la nada.

Pero yo llegué a Toledo durante una mañana tranquila y dulce. Dos mujeres jóvenes que regresaban del mercado llevaban sus cestas llenas de frutas y de pimientos colorados. Las pesadas campanas de la Catedral tocaban, las casas abiertas recibían

la luz a raudales y dentro de los frescos patios interiores, las muchachas regaban las macetas de flores con los bordes dentados. Como sucede a veces, este primer contacto no fue para mí ni rayo ni incendio. Me pareció tan agradable como una brisa de primavera.

Encuentro absurdo pedir a las célebres ciudades antiguas que nos muestren sus ruinas pintorescas o una desolación romántica, en suma, esta decoración trivial en la que se complace nuestra imaginación. Ya sé que es muy difícil contemplar un lugar con ojos nuevos cuando un gran poeta ya ha pasado por él. España es la invención de algunos poetas y pintores y de algunos turistas apasionados. Las mantillas, los toreros, las castañuelas, los gitanos de Granada, las cigarreras de Sevilla y las huertas de Valencia han inflamado desde entonces sus espíritus.

Lucho para librarme de este yugo. Como se ha dicho en los libros de leyendas, el hombre lleva sobre sus hombros dos espíritus invisibles. A la derecha un ángel y a la izquierda un demonio. Esta mañana los noto en mí: contemplan Toledo y discuten.

El demonio farfulla, frunciendo sus delgados labios irónicos:

—¿Esta es la célebre ciudad imperial que teníamos tantos deseos de ver? ¿Este enorme edificio sobrecargado, gordo como una nodriza, es la famosa catedral? ¿Y este puente corroído el admirable Alcántara? ¿Dónde están las ciudades cuya sola vista hacía palpitar nuestro corazón? Acuérdate de Jerusalén, Mykonos, Moscú. Acuérdate de Samarcanda y de Bujara. Acuérdate de Jaroslaw, Novgorod y Asís. Y desconfía de cierto romanticismo... Estas calles son sucias; estas mujeres son feas; estos rebaños de turistas, insoportables. ¡Qué fastidio! ¡Vámonos!

Y el ángel murmura con su voz tranquila:

—¿Y si fuéramos a ver el Greco?

Pero yo no tengo prisa. Sé lo dulce que resulta detenerse en el umbral de la felicidad.

Paso por delante de la casa del Greco, que se encuentra en el barrio judío. La gran puerta está abierta. Se distingue un jardín abandonado, pero agradable y cálido. Un rosal lleno de rosas, dos o tres chumberas, una estatua antigua de mármol... La yedra trepa a lo largo de las paredes y las descarna. Una anciana arrugada, sentada al sol, limpia mostaza como las abuelas cretenses. En el fondo del jardín, una terraza sostenida por altas columnas y, encima, una ventana enrejada.

La anciana levanta la cabeza, me mira con indiferencia, y sigue su trabajo. Esta olorosa y cálida paz evoca de pronto en mí a Creta. No me puedo dominar y, franqueando el umbral, le pregunto a la vieja:

—Abuela, ¿puedes decirme dónde nació el Greco?

—No lo sé, hijo mío —me contesta—. Se dice que vino por el mar.

—¿Lo conociste?

—Desde luego, pero yo era muy joven y ya no me acuerdo —dice.

Y esta mentira no la hace enrojecer.

—¿Quién era el Greco, abuela?

—Un hombre que pintaba a Cristo y a sus apóstoles.

Le prometo que le traeré azúcar y café si me dice la verdad. Parece alegrarse, su mejilla enrojece y murmura confidencial:

—Es un tipo que nos trae a los americanos.

Esto fue para mí una agradable sorpresa. Este pueblo hambriento tenía una manera sencilla y pintoresca de admirar sus grandes hombres, con la cual yo no contaba. El gran hombre es aquel que trae a los americanos, es decir, la propina y el bienestar. Sencillo, aprovechador y con los dos pies en el suelo, el campesino lo juzga todo con su vientre.

Un día, me acuerdo de ello, me paseaba por la orilla del Aqueloo. Un campensino vestido con una mugrienta enagüilla, con ojos pequeños y astutos, me precedía. De pronto, un pájaro surgió por encima de nosotros, con el vientre brillante, de un verde mar oscuro y las alas de color azul oscuro. Brilló durante un momento y después se perdió entre las cañas. Lancé un grito de alegría y agarré por el brazo a mi guía:

—¿Qué pájaro es?

Jamás olvidaré el desdén con que aquel griego me miró. Después de haberse encogido de hombros, se dignó contestar:

—¿Para qué puede servirte, mi pobre señor? No se puede comer.

El campesino estimaba inútil dar un nombre a un pájaro que no era comestible. Pero al otro, quiero decir al Greco, se le daba uno, ya que en cierto sentido era comestible.

Abandono el jardín del Greco. Poco profundo, cenagoso, el Tajo se revuelca bajo el sol. Orillas desnudas, peñascos grises y puntiagudos. Ni una hoja verde. Dirijo una lenta mirada sobre las riberas del río y me regocijo al pensar que la mirada ardiente del Greco debió de amar estas piedras ascéticas. Me siento agitado como si fuese posible encontrar de nuevo allí una chispa olvidada de su pupila.

Visito la casa del gran hombre, su museo, las iglesias donde se hallan sus obras. Tengo presente en el espíritu su duro combate. Tengo la vista llena de bocas ardientes, largos dedos pálidos, manos semejantes a estrellas de mar, ojos de brasa inmóviles... Todas estas maravillas se hallan allí impacientes por penetrar en mí y tomar forma. Impaciente también yo, me contengo, por saber bien que cuando llegue la hora del acuerdo perfecto, esta espera del placer, esta alegría, morirá...

Me paseo por las estrechas calles de la ciudad pensando en su pasado.

El día 8 de abril de 1614, durante una alegre mañana como la de hoy, la puerta del gran cretense se hallaba abierta. Niños vestidos con blancas camisas bordadas estaban en el umbral llevando cirios amarillos. El

noble y misterioso extranjero que el mar había traído cuarenta años antes, había muerto. Todo Toledo estaba de luto. La leyenda que había creado a este cretense, taciturno pero violento, revivía aquel día en todos los labios. Su vida había sido extraña, sus palabras raras, pero tajantes. Había dicho de Miguel Angel: "Era un buen hombre, pero no sabía dibujar". Había pintado las alas del ángel tan grandes que la misma iglesia se había asustado.

Al Inquisidor que le preguntó: "¿De dónde vienes? ¿Por qué has venido?", contestó: "No tengo que dar cuentas a nadie".

Había contratado a unos músicos que debían tocar en la habitación contigua a la que tenía por costumbre comer. "Despilfarraba sus ducados —dijo su amigo José Martínez— para llevar un lujoso tren de vida". Le gustaba pasear al crepúsculo por los jardines del cardenal Sandoval y Rojas, plantados de olivos, de naranjos y de pinos, poblados de pájaros exóticos, de peces en las tazas de las fuentes y de estatuas de mujeres desnudas. Allí se encontraba con sus amigos: poetas, frailes, guerreros y prelados. A estos jardines acudían también las mujeres más cultivadas de Toledo y de las que refiere Gracián: "Decían más con una sola palabra que los filósofos atenienses con todo un libro".

Toledo lo había seducido. Era la ciudad que le convenía. Ya vacilante, conservaba los restos de su grandeza y de su esplendor. Sin embargo, por sus estrechas calles caminaban todavía nobles y caballeros llenos de orgullo, de lasitud y de exaltación mística, cardenales indómitos y frailes pálidos. Muchos rostros apasionados y alucinados, propios para seducir la mirada del cretense insumiso. Por sus venas corría la mejor sangre árabe. Los mismos árabes que habían conquistado España, se habían abatido también sobre Creta, "la isla en donde mana la miel y la leche" y, para resistir a la tentación del regreso, para adueñarse con más seguridad del país, habían quemado sus naves tan pronto como hubieron desembarcado. Por esto el Greco descubrió en Toledo una nueva patria. Pero, contrariamente a los pintores españoles, veía por primera vez —y en un momento crítico de su hermosa juventud— el espectáculo de España, sus rostros extasiados y lívidos, el último sobresalto de una raza antes de su decadencia.

Por la misma época, Cervantes inmortalizaba con las risas y las lágrimas estos mismos caballeros de la triste figura. Mientras el Greco, separando el elemento cómico conseguía, gracias al trazo y al color, dar forma a un espectro eterno: el alma desesperada del hombre.

Viejas iglesias, palacios en ruinas y, entre los escombros, una fragante madreselva... Me encuentro de nuevo en el barrio judío, delante de la casa del Greco. Franqueo el umbral. Me basta con lanzar una mirada ávida sobre las pinturas de colores brillantes y sobre sus lívidos per-

sonajes consumidos por una llama interior, para que en seguida se me corte la respiración. Y al igual que siempre en mis momentos de gran alegría o de gran pesadumbre, intento distraer mi espíritu de la emoción que lo embarga, para darle tiempo de comprender que alegrías y penas no son más que pasajeras fosforescencias indignas de destrozar nuestro corazón.

Me pongo, pues, a bromear con el anciano guarda del Museo. Hablar y reír me apacigua. Luego me callo y empiezo a contemplar la obra del Greco.

Rodeado por los retratos de los apóstoles, de repente tengo la impresión de encontrarme en medio de llamas. Bartolomé está vestido de blanco; su cabeza con rizos oscuros, pálida, hambrienta, se agita como una llama y parece querer separarse de su cuello. Hay tanta ligereza y gracia en la mano que levanta el cuchillo, que el apóstol parece más bien que sostiene una pluma y se prepara para escribir. Junto a él, Juan, con los cabellos rojos, a un tiempo efebo y femenino, aguanta un cáliz en donde bullen las serpientes. El viejo Simón, con las mejillas hundidas y los ojos indeciblemente tristes, se apoya con todo su peso sobre su lanza para no caer. Y mientras él os mira, vosotros experimentáis el incurable amargor de la inutilidad del combate.

Todos los apóstoles abrasan. En la entrada, el célebre cuadro de Toledo al pie del cual y a la derecha se puede ver a Jorge, el hijo del Greco, desplegando un mapa. Del cielo desciende sobre la ciudad un grupo de ángeles. La Virgen está en medio de éstos. Se diría que es la reina de las abejas rodeada por sus amorosas obreras de vellosos vientres. Más arriba un ángel que cae, con la cabeza hacia delante, parecido a una estrella fugaz.

Me acuerdo del cuadro de la "Resurrección" del museo de Madrid. En la parte inferior, los guardias, amarillos, azules, verdosos, tumbados boca arriba, forman una masa abigarrada de donde se eleva Cristo, recto como un gran lirio blanco: flecha divina que asciende hacia el cielo tras haber vencido el peso de la materia y la muerte.

Y en el frío Escorial, con un brillo metálico resplandece "El martirio de San Mauricio"; las tres armaduras: azul, esmeralda oscura y amarillo; el vestido verde del niño y la claridad de ultratumba que impregna la atmósfera os ponen en tal estado de exaltación, que os creéis proyectados en un paisaje lunar.

En todos los cuadros del Greco la luz desgarra al aire con la misma violencia. Hay algo de cruel, de feroz. Así sucede en su "Inspiración del Espíritu Santo". Los apóstoles parecen temblar como si quisieran huir, pero es demasiado tarde, ya que el espíritu se arroja sobre ellos como un

halcón. Un apóstol que intenta proteger su cabeza, tiene las manos llenas de sangre.

Así es la luz en la obra del Greco. Devora las carnes, deroga las fronteras que separan las almas de los cuerpos y pone tensos a estos últimos como si fuesen arcos. Y qué importa que se rompan. La luz es movimiento, violencia. No proviene del sol, parece más bien manar de una luna trágica. El aire vibra, cargado de rayos; algunas veces, los ángeles se difunden de la bóveda celeste como amenazadores meteoritos que estallan multicolores por encima de las cabezas humanas. Por esto los rostros pintados por el Greco tienen este aspecto ceroso y extático de los espectros o también el que pueden tomar nuestras caras bajo los rayos de un inmenso relámpago azul.

El Greco está atormentado por el deseo de alcanzar la esencia a través de la substancia. Martiriza los cuerpos, los estira, los ilumina con una luz devoradora, los quema. Menospreciando las reglas del arte, absorbido por su propia visión, coge su pincel como el caballero coge su espada y marcha delante. "La pintura —le gustaba decir— no es una técnica, un conjunto de recetas y de reglas. La pintura es ejecución, inspiración, creación estrictamente personal".

A medida que envejece, en lugar de perder su ardor, el Greco gana vigor. Su pulso se acelera, su "demencia" es cada vez más fecunda. Sus últimas obras: "Laoconte", "Toledo bajo la tormenta", son incendios. Ya no son cuerpos lo que representa. El alma es una espada que sale de su vaina: el cuerpo humano.

Algunas veces es el amor de la vida el que distingue a los personajes del Greco. Sus ángeles son atléticos, morenos, con las narices arremangadas y un ligero vello negro sobre las mejillas y encima de los labios. En la iglesia de San Vicente de Toledo, uno de ellos empuja a la Virgen hacia el cielo con unos brazos tan robustos que, al mirarlo, uno se siente animado por el mismo ímpetu.

Los retratos del Greco son de una extraordinaria intensidad. Uno se estremece a la vista de sus caballeros o de sus cardenales que salen del fondo negro del cuadro como si fuesen espectros.

El Greco consideraba al cuerpo del hombre como a un obstáculo, pero también como el único medio que permite al alma manifestarse. Por eso no renegó de este cuerpo como lo hicieron los árabes que lo reemplazaron por dibujos geométricos. Cuanto más se miran sus retratos, más se nota uno dominado por un miedo metafísico. Se piensa en las fuerzas oscuras: la alquimia, la magia, la brujería, el exorcismo. Todos estos personajes pintados en forma de conservar el cuerpo que tenían en vida, sus mismos rasgos, sus mismos vestidos parecen reaparecer en medio de un espejo mágico, resucitados por un poderoso brujo.

De tal suerte el arte encuentra de nuevo su poder primitivo que era el de hacer revivir a los muertos. Pero a estos cuerpos resucitados les falta la dulzura, la naturalidad y el calor humano. Antes de vover a la tierra han conocido el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso.

El confesor de Santa Teresa, padre Báñez, decía: "Teresa es grande desde los pies hasta la cabeza. Pero de la cabeza para arriba es incomparablemente más grande". Es esta talla invisible del hombre la que el Greco se esforzó en pintar durante toda su vida.

NIKOS KAZANTZAKIS

«Del monte Sinaí a la isla de Venus». (Traducción de Andrés Lupo Canaleta. Editorial Planeta, 1962, págs. 1.117 y siguientes).

Carta al Greco

—No me gustan los santos que pintas, ni tus ángeles —te reprochó un día el gran inquisidor de Toledo. No os incitan a orar sino a admirar: la belleza se interpone como un obstáculo entre Dios y nuestra alma.

Tú reíste:

—Pero yo no quiero hacer orar a los hombres. ¿Quién te ha dicho que yo quiero hacer orar a los hombres? —lo pensaste, pero nada dijiste.

Y otro, un pintor amigo tuyo, cuando vio *Toledo en la tempestad*, meneó la cabeza y te dijo:

—Tú violas las leyes, esto no es arte; tú sales de los límites de la razón, ya entras en la locura.

Y tú —¿cómo hiciste para no enojarte?—, tú sonreiste:

—¿Quién te ha dicho que yo hacía obras de arte? —le respondiste—; yo no hago obras de arte, no me preocupo de la belleza; la razón es demasiado estrecha para mí, y también la ley. Como el pez volador yo salto fuera de las aguas tranquilas y entro en un aire más ligero, lleno de locura.

Tú guardaste silencio un instante y miraste la Toledo que habías pintado, envuelta en nubes negras, desgarrada por los relámpagos —las torres, las iglesias, los palacios que se habían liberado de su cuerpo de piedra y surgían del fondo de la noche negra, espectros revestidos de un brillo inquietante. Tú los mirabas y tus fosas nasales palpitaban, respiraban un olor a azufre. Callabas, pensativo, y luego, al cabo de un momento:

—¿Qué demonio hay en mí? —gritaste. ¿Quién ha pegado fuego a Toledo? En verdad respiro un aire lleno de locura y de muerte. Quiero decir lleno de libertad.

Y clavaste tus diez uñas en tu pecho. Sufrías.

Sólo un poeta, poco importa que también haya sido monje, el Padr Hortensio Félix Paravicinio, pudo comprender tu divina locura. El vei las tineblas amenazadoras, los relámpagos sagrados, las grandes ala: los santos que habían consumido su cuerpo, se habían convertido e antorchas y ardían; tomó un día tu mano manchada de colores y la besó

—Tú haces arder la nieve, tú has superado la naturaleza y el alm permanece indecisa en su admiración y no sabe, entre la criatura d Dios o la tuya, cuál es más digna de vivir —dijo, y al pronunciar esta últimas palabras su voz temblaba.

Y tú escuchabas, impasible, los insultos y los elogios y sonreías si a menudo simulabas enojarte, la cólera era una tempestad superficia sobre tu rostro, el fondo de tu ser permanecía inmóvil. No tenías espe ranza, ni temor, ni vanidad, porque conocías el gran secreto. Los hom bres luchan con la cabeza baja contra los dos grandes elementos —o ta vez los dos rostros de Dios: el bien y el mal. Los más irreflexivos dicen el bien y el mal son enemigos; otros suben un grado más alto y dicen el bien y el mal son complementarios. Y otros, abarcando de una mirad total el juego de la vida y de la muerte sobre esta corteza de la tierra gozan de la armonía y dicen: Bien y Mal sólo son Uno.

Pero nosotros, abuelo, conocemos el gran secreto. Nosotros lo reve iamos, aunque nadie lo crea; y es mejor que no lo crean: el hombre e débil, tiene necesidad de consuelo, y si creyera este secreto, estaría com pletamente desanimado. ¿Cuál secreto? Tampoco este Uno existe.

Un día fui a tu casa de Toledo, abuelo, para ver tus santos, tus após toles, los señores que pintaste, cómo los has aligerado del peso de l carne y preparado para convertirse en llamas. Nunca había visto llama tan ardorosas. Así es, pensé, cómo se triunfa de la carne, así es cómo s salva de la ruina, no estos pies ni estas manos de arcilla, ni estos cabello rubios o negros, sino la sustancia preciosa que lucha en este odre de cue ro y que unos llaman alma y otros llama.

Si todavía estuvieras revestido de tu carne, abuelo, te traería un poc de queso fresco, miel y naranjas, obsequios de Creta; y al buen tañedo de viola, Caridesmos, con una ramita de albahaca en la oreja, para can tarte los tres dísticos que tanto amabas:

Vamos, elige tu camino, y suceda lo que suceda,
Triunfe o fracase tu obra, ¡no importa!

Cuando piensas en un trabajo, ve derecho y no temas;
Entrega tu juventud y no la ahorres.

Soy hijo del rayo y nieto del trueno
Y si quiero trueno y relampagueo y si quiero nievo.

Pero tú ya te habías convertido en una llama. ¿Dónde podría encontrarte, cómo podría verte, qué obsequio podría traerte para hacerte recordar de Creta; para hacerte subir de tu tumba? Sólo la llama puede hallar misericordia ante ti. ¡Ah, si pudiera convertirme en llama para reunirme contigo!

Durante treinta y siete años te encaramabas sobre esta roca de Toledo; durante treinta y siete años debiste asomarte a esta terraza donde yo estaba ahora y contemplar el Tajo fangoso deslizarse bajo el doble arco del puente de Alcántara, ir a verterse y a perderse en el mar. Y tu espíritu se deslizaba con él, y también tu vida iba a verterse y a perderse en la muerte. Amargos gritos de rebelión brotaban del fondo de tu ser. Todavía no he hecho nada, nada —pensabas y apretabas los puños; no suspirabas, te encolerizabas—: no he hecho nada, ¿qué puede hacer el alma con telas y colores? No me corresponde quedarme aquí, en el extremo del mundo, mezclando colores, jugando con un pincel, pintando santos y Cristos crucificados, mi alma no se siente aliviada con estas calcomanías, el mundo es demasiado estrecho, y la vida y Dios son demasiado estrechos, yo hubiera debido coger el fuego —¡el fuego, el mar y los vientos y las piedras y construir el mundo tal como lo quiero, a mi medida!

El sol se ponía, dorábanse los techos de las casas, el río se cubría de sombras, la estrella vespertina caía de lo alto de la montaña. En tu casa se habían encendido las luces, tu vieja y fiel criada, María Gómez, ponía la mesa, tu amada compañera del sueño y de la vigilia, Jerónima, aparecía y te tocaba la mano muy suavemente, para no asustarte.

—Cae la tarde —te decía—, no has comido en todo el día, has trabajado. ¿No tienes piedad de tu cuerpo? Ven...

Pero tú habías dejado de pensar en la creación del mundo, habías saltado hacia Creta, no habías oído la voz dulce, ni sentido la mano de nieve. Tú caminabas por las montañas de Creta, aún no tenías veinte años, el viento olía a tomillo, un pañuelo blanco de largas franjas envolvía tus cabellos de azabache, llevabas un clavel de la India en la oreja, cantabas tus tres dísticos preferidos, e ibas a Vrondissé, al célebre monasterio, a pintar las Bodas de Caná, que te había encargado el higumeno.

Tu espíritu desbordaba colores celestes, carmesíes, verdes, la esposa y el esposo estaban sentados en altos escabeles donde se veían esculpidas águilas de dos cabezas, la mesa de la comida de bodas estaba servida, los invitados comían y bebían, en el medio estaba sentado el tañedor de viola, tocaba y cantaba alegres epitalamios; Cristo se levantaba, había bebido, sus mejillas estaban coloradas, y ponía en la frente del músico una pieza de plata.

Y bruscamente te pareció que la voz amada te llegaba de muy lejos, y la oíste.

—Ya voy —respondiste, y seguiste sonriente a la mujer que una vez más, compasiva, te hacía bajar a la tierra. Pero en tu espíritu habían florecido las Bodas de Caná, el sonido de la viola cretense zumbaba en ti, la mesa cotidiana te parecía ser una mesa de bodas; habías invitado a los dos músicos que estaban a tu servicio para que tocaran el laud y la guitarra mientras tú, el esposo, comías, a fin de que tu humilde yantar se convirtiese en las Bodas de Caná. Y una vez terminada la comida, tú también te levantabas —recordabas en tu espíritu el cuadro que habías pintado— y ponías sobre la frente de los músicos, con una generosidad de gran señor, dos ducados de oro.

Porque tú vivías como un gran señor. Eras un gran señor. Gastabas sin medida, desdeñando la prudencia, todo el dinero que ganabas con tu arte. Amigos y enemigos te reñían y te acusaban.

—¿De qué te sirven —te decían— las veinticuatro habitaciones de tu casa, para qué los músicos, por qué no consientes como todo el mundo en cargar tus cuadros y recorrer las iglesias y los monasterios para venderlos?

Te trataban de arrogante, de desdeñoso, de original, si te decían una palabra para contradecirte te encendías de cólera, y cuando te preguntaban cuántos ducados querías por uno de tus cuadros, te desatabas:

—No son para vender —decías—, no son para comprar; obras de arte como las mías superan los medios de cualquier bolsa. Os los dejo solamente en prenda y cuando yo quiera, os devolveré vuestros ducados y me traeré mi tela.

—¿De dónde vienes? ¿Por qué has venido a Toledo? ¿Quién eres? —te preguntaban los jueces.

—No estoy obligado a responder —replicabas—, ¡no responderé!

Pero cuando ya no te forzaban, tú pintabas tu nombre en tus cuadros, con grandes letras y debajo, con orgullosa altivez, el título: *Cretense.*

Y cuando el rey Felipe, lengua de víbora, se asustó viendo el san Mauricio que le habías pintado, tú te habías mordido los labios, no habías consentido en suplicar, en hacer concesiones, pero habías cargado con tu cólera, tu orgullo y tu arte indómito y habías trepado a Toledo, la ciudad rodeada de llamas.

NIKOS KAZANTZAKIS

(*«Carta al Greco». Buenos Aires, 1963, págs. 417 y siguientes).*

Toledo, espectáculo sorprendente

SE acerca uno a Toledo, como siempre, entre tantas veces, con la atención abierta y el ánimo limpio, descargado de tanta literatura como sobre Toledo pesa, unas veces tópica, y otras, sugerente y conseguida, para darse libremente, sin pie forzado, a la contemplación directa de tanta hermosura acumulada, que requiere sosiego y reiteración para su disfrute y conocimiento.

Porque Toledo es un espectáculo sorprendente que no cesa; es un incentivo inagotable para los ojos y para el recuerdo; es, en cierto modo, como "la flor que siempre nace", de que hablaba el poeta, "que cuanto más se goza más renace".

Toledo, según se contemple desde fuera o desde dentro, produce una impresión distinta. Se le asedia una y otra vez, y siempre hay algo que escapa a la plena posesión. Se ha hablado del misterio de Toledo, y el misterio existe, para su bien y para la dicha inacabada del que sabe mirarlo y esperarlo siempre. Es preciso insistir en el asalto y tratar de conquistarlo de nuevo por el flanco espiritual y artístico, pero siempre a condición de dar por supuesto de que en él resta algo de inapresable, de indefinible, que acrecienta y sostiene su encanto inagotado.

Podemos aceptar sin la menor reserva lo que Cossío escribió con plena autoridad de Toledo, cuando dice "que es el espectáculo de cien civilizaciones apiñadas, cuyos restos conviven, formando innumerables iglesias y conventos, viviendas góticas, mudéjares y plateresca, empinados y estrechos callejones moriscos, cuadro real casi vivo e intacto, en suma, de un pueblo en donde cada piedra es una voz que habla al espíritu". Eso es cierto, sin duda; pero de Toledo, por encima de todo eso, le quedará siempre al que sabe mirarle la nostalgia, como a su entrañable intérprete doctor Marañón, o la inquietud, "el ansia ardiente" de Fray Luis.

Dejemos hoy a un lado la Catedral, con sólo la exigida visita de urgencia, pues Dios está allí, y para Dios preferentemente se ordenó tanta magnificencia allí encerrada. Digamos de paso que un poco estorban el turismo mal entendido y la superficialidad a la contemplación y la mirada. Y también a las manos que se pliegan en actitud orante.

P. FELIX GARCIA

«A B C» 23-VII-1966.

Toledo verde

CUANDO yo veo a Toledo, majestuosa y hermosísima —¡esa gran fotografía reciente, en color, de la revista "Life"!—, sobre el alcor fronterizo e ilustre a cuyos pies ha pasado la historia entera de España, pienso, trasoñando, en un Toledo verde, en un Toledo sin el dramatismo lunar de ese cerro pelado que invita al vertedero y al cascote; en un Toledo en el que el color dorado, cobrizo o bermejo de las diferentes luces del día no termine siendo pálido color de desierto, sino que el ladrillo y la teja calcinados por el sol, reciban la sombra fresca y verde de cipreses, álamos y enredaderas. Pienso en los derrumbes que caen sobre el río, cubiertos de vegetación perenne que los humanice, limpie y preserve de la fatal erosión. Pienso en esos cuadros del Greco —que no sé si copiaba lo que veía o pintaba lo que soñaba— en los que Toledo —por ejemplo, en la vista que se guarda en el Metropolitan de Nueva York— está subido sobre una colina de un verde profundo, hecha de arboledas espesas, de sotos amenos; o se alegra de unos verdes claros como el jubón de su hijo, en el cuadro en que éste aparece al lado del panorama de la ciudad; o se rodea de bosquetes que asoman entre las patas del caballo en el retrato de San Martín ante un paisaje en que el autor, sin duda, reproducía una vista familiar. Pienso en los patios y claustros toledanos convertidos en jardines que asomen hacia lo alto su verdura sobre tejados y tapias, y me parece, en fin, que así sería el Toledo en cuyo río la Cava bañaba su desnuda belleza, rodeada de sotos floridos; o en donde Garcilaso escribía églogas pobladas de ninfas, aguas claras, sauces y espesuras en donde el sol no hallaba "paso a la verdura"; o donde Juanelo ideaba artificios para regar jardines, o el Cardenal Sandoval y Rojas cuidaba un cigarral con bosque de castaños, con venados y corzos, estanques de pesca, pajareras de aves exóticas y fuentes de agua rumorosa.

ALFONSO DE LA SERNA

30 - IV - 1966. (Conferencia en la Casa de la Cultura, de Toledo)

Navío de la Patria

¡TOLEDO, Toledo! Custodia de la Patria, que tienes en tu centro este pedazo de cielo; alto e inexpugnable alcázar sobre un peñasco en forma de incensario, donde el incienso se quema sobre brasas de corazones encendidos.

¡Toledo, navío de la Patria! El chapitel de tu torre nos muestra el camino del puerto seguro, tu capitana es la Virgen del Sagrario y tus aguas las del Tajo, que te cerca como galán y enamorado.

¡Toledo, Reina soberana de Castilla! En tus muros viejos pareces triste y macilenta, pero a tus plantas tienes al león noble coronado de España, preso en las redes de tu piedad cristiana, de tu historia, de tu arte, de tus tradiciones y leyendas.

NARCISO DE ESTENAGA

Año 1926. (Sermón pronunciado en la Catedral de Toledo el 29-V-1926). «Toledo y su Reina». Mayo 1926 Toledo.

Caput Spaniae

POR las alcobas de mi memoria andaban recuerdos, retazos de vida, historia. No sé si dormido o despierto vi a Toledo con su tipismo bélico, subiéndose, conquistando al monte. El cauce del Tajo que le ciñe y oprime con categoría de foso. Sus colores: el morado y el oro que simbolizan el martirio y la gloria. Sus calles estrechas como para limar espadas. El recuerdo que para mí tenía: la primera estrella, la primera novia, la primera deuda...

En lo alto el Alcázar, que según decían, lo había creado Hércules. La huella de Roma que llamó a Toledo Caput Spaniae, y a su castillo palacio del César. Desde él, Recaredo proclamó al catolicismo religión oficial de España. Desde su Torre de los Destinos se predijo la invasión musulmana. El Cid fue su primer alcaide. Allí murió dulce y virtuosamente Santa Leocadia. El Rey Sabio hizo florecer tan avanzadamente las dos culturas, la oriental y occidental, que a punto estuvo de iluminar al mundo con la anticipada aurora del Renacimiento. Carlos I le dio la luz cenital de sus victorias. Si los austríacos de la guerra de la Sucesión lo arrasaron y Napoleón lo mandó incendiar: El Alcázar siempre revivió

de sus propias cenizas para ser: Casa de Caridad, refugio de comuneros, cárcel de traidores, cátedra de guerreros, Academia de Infantes...

Si, ahora, abatidos quedaban sus paredones y estremecidos sus sótanos, el espíritu de España estaba allí eternizándose.

Veía el Alcázar como un relicario de sangre noble y antigua en el que se transparentaba la nueva y joven. Casi en el centro geográfico de la península era altar y una cumbre militar del heroísmo. Todos los caminos heroicos del mundo los veía pasar por Toledo y su Alcázar. En mi entresueño veía destruidas sus torres y almenas que quedaban como muñones de una inmensa corona rota que, perdidos los rubíes de una sangre valerosa, quisiera engarzar un trozo de cielo.

Ese trozo azul del cielo por el cual unos hombres querían elevar un mensaje poético y mediador entre la eterna angustia de la Humanidad y la misericordia infinita de Dios.

ANTONIO MACIA SERRANO

Año 1968. «Sombra en las manos», págs. 186-187. Luis de Caralt. Editor. Barcelona.

¿Cuántos Toledos hay?

ALGUIEN ha dicho que quien tenga un solo día en España debe pasarlo en Toledo. Pero ¿en qué Toledo? ¿Cuántos Toledos hay? ¿El árabe? ¿El judío? ¿El cristiano?... Toledo es —íbamos a decir las tres gracias— la conjunción de gracias, el misterio sin noticia, el descubrimiento a que nos invita cualquier hora compartida con su ganada soledad. La Ciudad Imperial de España es, a un tiempo, oración y balada, kasida y romance fronterizo. Ninguna ciudad como ella sufrió el vaivén que lleva a un definitivo carácter, a una sosegada y riquísima unidad. Capital visigoda, capital de la cristiandad reconquistada, Toledo es cifra de Castilla y sentido de lo español en su más clara vocación de universalidad. Porque en esta bien cercada forma de ciudadanía se han dado cita civilizaciones y posibilidades de cultura en el sentido más ecuménico del concepto.

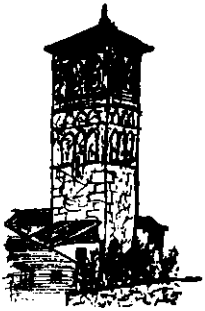
Pero en su diversidad está su prodigiosa fisonomía. Toledo, desde el mirador de la Virgen del Valle, es como un sueño inalcanzable, como un espejismo en el que parece que no se puede vivir, que no se puede transitar; desde la angostura de un cobertizo, en una noche de luna, es alucinación que calla, víspera de una palabra nunca dicha; es plegaria junto

al muro de un convento; discurso "fugitivo que permanece y dura", como del Tíber dijo Quevedo, en este Tajo que, desde San Servando a Galiana, se va deshaciendo del más amoroso de los abrazos.

Todavía queda este Toledo extramuros, el de los humildes barrios, que en la distancia se arraciman en una poderosa y armónica unidad. Porque Toledo es como un manantial que se derrama desde una cima, que va perdiendo en el llano la hermosura del brote inicial, pero que conserva no se sabe por qué ese sabor purísimo del agua. Aquí, junto al casi barro de las edificaciones suburbanas, está el otro material de la tierra decorada y cocida, a lomos de ese borriquillo que ofrece la expresiva cerámica de Talavera o de Puente del Arzobispo. Aquí está todavía la ciudad, donde las rústicas vasijas recogen el último trago, o el primero, ése que en la Vega nos entrega el río, templando espadas, vivificando moreras que alimentarán al gusano, que harán posible la seda.

JOSE GARCIA NIETO.
Año 1968.

Toledo, ciudad triple



LA augusta pesadumbre de Toledo estaba dispuesta para los grandes y gloriosos destinos reservados a estas fortalezas naturales de la España interior; mesetas erguidas, formadas a lo largo de milenios por un río que las sirve de foso. Este mismo río, el Tajo, padre de la Ciudad, es para ella, con su fértil vega, subsistencia y deleite. Sin duda los errantes cazadores del peleolítico la escogerían ya como refugio seguro, de fácil defensa. Los romanos la fortificaron y la dotaron de cuanto los pueblos romanizados requerían para su tenor de vida: edificios para espectáculos, villas esparcidas por la vega, con sus pavimentos de mosaicos polícromos. Pero fue un rey godo, Atanagildo, el que la concedió su rango imperial. Las basílicas y los palacios adornados con prolijas y rudas labores cobijaron tesoros de fabulosa y legendaria riqueza. Sobre todo los sucesores de Atanagildo concedieron a la ciudad de las buenas fortunas algo todavía más precioso: la elevada espiritualidad de sus Concilios —en el tercero se proclamó la unidad católica de España—, la ciencia de sus prelados y de sus monjes. Hay ya, desde entonces, un ambiente que parece iluminar la urbe augusta y su contorno con esa luz que supo captar, en el fondo de sus lienzos, Dominico el Greco.

Llena de sabiduría católica y de orgullo germánico, la ciudad fue, bajo el dominio musulmán, la eterna y heroica rebelde; ciudadela de un sen-

timiento español que se defendía contra los hombres del Islam, venidos de Oriente y de Africa; pero al cabo llega también hasta la egregia cumbre la gran oleada del mundo musulmán. Toledo, la romana, la católica, la goda es ahora una capital provinciana cuya metrópoli está en Damasco o en Bagdad. El sentido oriental de la vida y de la cultura deja ya en el fondo del alma toledana una huella indeleble, que las vicisitudes de la historia no podrán ya extinguir. Un rey que quiere ser "europeo", que trae prelados franceses y monjes de Cluny impone por la fuerza el rito romano, sin poder impedir que los alarifes moriscos den a las iglesias nuevas o renovadas, aspecto de mezquita. Los canteros del románico no pasan del Tajo. Y el oriente bíblico permanece en las juderías, anteriores a la venida de Cristo. Toledo es ya la ciudad triple, la de los hombres de las tres religiones y de las tres leyes.

Y, en el siglo XIII vienen a fundirse, por obra de un rey toledano, Alfonso X, la sabiduría de los monjes de occidente con la de los alfaquíes del Islam. Es en la escuela toledana, protegida por Alfonso X, donde la cultura griega, recogida por los filósofos musulmanes, se revela a Europa para crear en ella un prematuro albor de Renacimiento.

Toledo, la rebelde contra el Islam, es también la rebelde contra la corriente absolutista de los grandes monarcas que abren paso al nuevo concepto del Estado. Los comuneros toledanos son los más tenaces, los que luchan todavía cuando todo está perdido. Después de la derrota la Ciudad se enamora de la gloria de su señor, el César, que la da como emblema sus águilas imperiales. Es la capital espiritual de España; cabeza de la iglesia más poderosa y rica del mundo. Ahora es el triunfo de Europa entre la densa red de la ciudad morisca, y el maravilloso paisaje urbano tiene como puntos capitales la aguja gótica de la Catedral y las moles renacentistas del Alcázar, de los hospitales de Santa Cruz y de Tavera, del palacio concejil. Nace en Toledo un sentido singular del renacimiento que espiritualiza los cánones de Vitrubio con un ascetismo católico. La sombra de estos edificios solemnes, las frondas de los huertos del Tajo son propicios a los filósofos y a los poetas. Garcilaso escucha en la ribera el dulce lamentar de sus pastores; Cervantes y Lope, el Maestro José de Valdivieso, fray Hortensio Félix de Palavicino gustan, en el ambiente recoleto de los claustros o en los pequeños oasis que son los cigarrales, de suaves coloquios. Pasa allí su noche oscura el máximo poeta de las Españas, Juan de la Cruz.

Oriente y Occidente se resumen en un pintor oriundo de Creta que llega a Toledo después de haber pasado por los talleres de Venecia y por los cenáculos de Roma. Dominico el Griego viene a resumir toda la grandeza de la ciudad, que él se complace en pintar iluminada por la fría luz de un relámpago. Pasan después por ella el barroco delirante de Narciso

Tomé y el rígido clasicismo de los arquitectos de Lorenzana. Esta es la anécdota efímera. La realidad eterna de Toledo está fijada para siempre en los lienzos de Dominico: sentido oriental de la vida, cultura refinada, sed de Eternidad.

Con las ciudades italianas, Toledo es una de las acumulaciones de arte de todos los tiempos. Hubo también, sin duda, una gran música, pues la música acompañaba siempre el cantar de los poetas. Es posible que en el archivo de la Catedral duerman —igual sucede en todas las catedrales españolas— piezas musicales tan excelsas como las que labraban los imagineros con sus gubias y los pintores con sus pinceles.

EL MARQUES DE LOZOYA
Año 1969.

La ciudad y su destino

A Roma siempre se vuelve, aun la primera vez que se va. Siempre es la primera vez la que se va a Toledo. Eso es lo que para mí distingue a estas dos ciudades; y lo que les hace universales. Roma es la urbe repetida en el orbe como una bendición ecuménica. Toledo es la singularidad en el mundo, como una bendición personal y unívoca. Roma hace residencia porque está dispuesta a permanecer. Toledo, el zigzag del invasor: y la improvisación. En Roma se hizo fundamento el urbanismo. En Toledo no hay urbanismo porque no hay prejuicio. La palmera no fue para el caballero del turbante y la luna más que una invitación momentánea al reposo. Nunca pudo ser simiente de permanencia, sino abanico de vientos, persiana de sombras. No; Toledo no es, ni puede serlo, una urbe a la romana, repetida cien y mil veces, allí donde el ciudadano, el "cives", asienta su paz y su ley. Por eso, Roma es una ciudad conocida sin haberla visto; y nos da la impresión de que volvemos a ella cuando no hemos hecho sino estrenarla. Toledo, en cambio, es la eterna desconocida, distinta cada día, cada hora y cada esquina. Nunca se va dos veces a Toledo; siempre es la primera.

Es su encanto, o, por mejor decir, su modo de encantar. Allí donde el hombre no ha aplicado sus ideas sistematizadas sobre lo que ha de ser una ciudad o le ha sido imposible adocenar lo que es único y sin par, allí es donde está Toledo.

Resulta curioso observar cómo Roma con su fórmula y Toledo con su contrafórmula han logrado despertar similares admiraciones que redon-

dean su punto no en este o aquel detalle, sino en la suma de todos los detalles, en la capacidad panorámica para desprender emoción y contagiarla al espectador. En este fluir estético, Toledo es inagotable y sorprendente. Y, por fortuna, exento. No parece sino que adivinara la serie de profanaciones que iban a cometerse, junto al mar o junto a la montaña: auténticos pecados contra Naturaleza de los que Toledo hasta ahora se salvó, quizá porque, al hacerse, cerró huecos, llenó espacios, y, la muralla por un lado, y el foso del Tajo por el otro, impidieron expansiones heterodoxas, temibles todavía en la otra orilla, en la cresta de los cigarrales.

Toledo exento, Toledo salvado. ¿Salvado? No creo que sus caminos sean los que marcan lo que llamamos desarrollo económico. Más bien creería en su destino director y creador de desarrollos económicos. Esto es, creo en un Toledo universitario, docente, y no en un Toledo fabril. Me suena mal Toledo, que fue cerebro de expansiones imperiales, convertido en poligonal nombre de descongestiones proletarias ajenas. Creo que lo aristocrático del pensamiento que "era" Madrid y lo aristocrático en lo popular que "eran" Chamberí o Embajadores, es ejemplo de lo que no debe dejar de ser Toledo.

Hay una constante en los pueblos y en las ciudades que forman, hecha de tiempo y de circunstancias, que no se debe traicionar porque siempre hay día y lugar para que las generaciones vayan creando nuevos tiempos y nuevas circunstancias. Hacer castrense e industrial, por ejemplo, a Acalá de Henares, a mí me parece una profanación en el destino histórico que, si existe en lo nacional, no falla en sus conjuntos urbanos, expresión arquitectónica del perfume, de la esencia radical de esa nación. Acalá ha sido siempre doctoral, ha sido siempre magisterio: en el discurso de su historia le ha tocado más parte de las letras que de las armas. De Toledo podría decirse que es, en esa panorámica, el equilibrio...

¿Por qué cambiar el curso de los discursos urbanos?

MINER OTAMENDI

«A B C» 26-VII-1970.

El encanto de Toledo

ESTA ciudad de los sueños, ni muerta como Brujas ni en esqueleto como Pompeya, es, sin embargo, una ciudad yacente, dormida a la vera del Tajo, a la sombra de piedras legendarias. La he visto a la luz de la luna, mientras rompían en arias los ruiseñores sobre los álamos suspirantes, a la brisa primaveral. La he visto, la última noche de mayo, desde la Catedral, desde Zocodover, desde el vetusto puente de Alcántara cuyo solo nombre es una canción.

A la primera noche parloteamos al amparo de un portal, de uno de esos portales que sólo existen hoy en las viejas ciudades de España; luego, a las doce, bajamos al Puente, mientras la blanca luna de Toledo enciende su fanal y deshoja sus jazmines sobre la ciudad dormida.

Acodado en el puente de Alcántara, admiramos las travesuras de la luna que prende sus estrellitas de plata en las barbas y en el dorso de este solemne Tajo. Luego echamos a correr como unos chiquillos. En la soledad y en el silencio de la noche no se escuchan sino nuestra carrera y nuestra risa, el croar de alguna rana o la música de algún ruiseñor.

No me pesa haber abandonado a París ni haber emprendido a la carrera un viaje molesto y costoso por el solo placer de venir a contemplar esta vieja ciudad que no está muerta porque su nombre va haciendo ruido por el mundo en las hojas de las espadas; y a quien nadie puso en olvido, porque los soñadores la buscan, los pintores la copian y los poetas la cantan.

BLANCO FOMBONA
Siglo XX.

El sortilegio de un ambiente

UNA ciudad supera siempre su entorno físico. Y si esta ciudad es Toledo, no puede configurarse si no es pensando en su historia, en su paisaje espiritual y hasta en su luz. ¿Dónde terminan las torres y comienzan las nubes? ¿Dónde terminan los cielos anubarrados del Greco y comienza el azul de ese cielo desde donde descendió la Virgen sobre San Ildefonso? Y en definitiva en una ciudad como Toledo, ¿dónde termina el tiempo de ayer y comienza el de hoy? Porque esta ciudad vive en el sortilegio de un ambiente que sólo los poetas pueden captar y describir.

JOSE CAMON AZNAR
(Prólogo a «La ciudad al sol». 1970), de Emilio del Río.

Toledo, ciudad de recreo espiritual de Madrid

POCAS veces se darán en un país dos fenómenos urbanos concomitantes y tan regulares históricamente como son Toledo y Madrid. Toledo, que yo sepa, es la única gran capital de un gran país, de una grandísima potencia, que ha quedado detenida en el tiempo, mientras todavía lleva sobre sus hombros el peso de un gigantesco nombre. Madrid, por el contrario, es la primera capital política artificial que el mundo ha conocido, antecedente ilustre y venerable de Washington, Camberra, Ankara o Brasilia; la una dejó de serlo todo para quedarse sólo con su gloria, la otra asumió precipitada y casi sin darse cuenta el mando, cuando ninguna gloria, tradición ni prestigio la asistían.

Es un caso curioso de destinos urbanos que a la vez se contradicen y se complementan. Toledo cabeza espiritual y religiosa, solar de venerable antigüedad, y Madrid instrumento político y ejecutivo en manos de una ciudad moderna.

Ya don Cristóbal Lozano, capellán de S. M. en la Capilla de los Reyes Nuevos, explicaba a su manera y para honra de la Imperial Toledo el traslado de la Corte a Madrid. Según Lozano, que escribía en el siglo XVII, Carlos V, nuevo Constantino, no queriendo hacer sombra con su Majestad al "Pontífice y Primado de todas las Iglesias de sus reinos, cabeza del más ilustre Cabildo que tiene el orbe", se trasladó prudentemente a Madrid, fabricando nuevo palacio para él y sus sucesores.

"Con esto —dice nuestro Capellán— arrastró allí los bullicios, el concurso, el tropel y barahunda, que lleva tras sí un monarca, y quedóse Toledo al modo de Roma, Cabeza de lo Eclesiástico, si no con tanto gentío, más señora sí, y más Imperial, mirando a Madrid como al Alcázar de su Imperio". Algunos dirán que el que no se consuela es porque no quiere, pero, fantasías aparte, la tesis de D. Cristóbal Lozano no está del todo desprovista de sentido y a lo mejor el tiempo le va dando cada vez más la razón.

Es cierto que no fue Carlos V el que trasladó la Corte a Madrid, sino su hijo Felipe II, que adoptó, al fin, una solución ensayada con anterioridad por el Cardenal Cisneros. Pero la verdad es que puede decirse que por aquellos años la capitalidad de la Monarquía Católica vagaba como el alma de Garibay entre Toledo y Madrid. A D. Cristóbal Lozano le convenía más el nombre de Carlos V que el de Felipe II para poder establecer un paralelo entre Emperadores, Constantino y Carlos, y entre Capitalidades trasladadas, Roma y Constantinopla, Toledo y Madrid.

Nuestra Roma, es decir, Toledo, aunque abandonada, dormida e indolente muchas veces, ha podido conservar gracias a su marginación de la vida activa una dignidad y prestancia antiguas, que no hubiera conservado si el huracán de la modernidad y el crecimiento la hubiera transformado. Por lo menos ha conservado un señorío y un imperio que nadie puede negarle, el de la Historia y el del Arte.

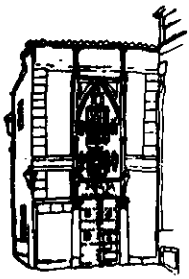
Pero la abandonada Toledo, la que Zorrilla en crueles estrofas llamó, negra, ruinosa, sola y olvidada, esta siendo más visitada cada vez, hasta el punto de que aquel bullicio y tropel de gentes que se fue con la Corte está de nuevo volviendo a ella empujada por otros motivos y causas. Madrid y Toledo, antes relativamente distantes, se están acercando por momentos. Un día no lejano nos despertaremos comprobando que Toledo es un barrio del Gran Madrid inevitable. Hace no muchos años había gentes que consideraban un verdadero viaje trasladarse a sus casas de verano de Pozuelo o de Aravaca, que hoy están ¡ay!, rodeadas de rascacielos.

Toledo se acerca a Madrid a pasos agigantados, la plácida carretera de hace unos años es hoy cinta estrecha y agitada por un constante vaivén de vehículos. El flujo de ida y vuelta no cesa, el automóvil, ese gran integrador y desintegrador de nuestra sociedad no descansa en su trabajo. Pronto tendremos una autopista Madrid-Toledo y entonces si que la Imperial Ciudad se encadenará a su antigua hija y satélite. Pero para ese momento hay que estar preparados, no sea que esa transfusión excesiva de sangre nueva ponga en peligro la bella pero débil estructura toledana. Toledo regada por el flujo sanguíneo de Madrid tendrá que defenderse de un posible colapso y mantenerse en su esencia sin renunciar a lo que es pero con fortaleza para sufrir el embite.

FERNANDO CHUECA GOITIA

Año 1970. Arquitecto Conservador del Patrimonio Artístico Nacional.

Toledo bajo las luces del Greco



TOLEDO es un fulgor que estalla incendiado desde un peñasco. A la luz caliginosa de las tardes del estío, o bajo el cielo hostil de las tempestades invernizas, este inhóspito promontorio mineral sobrecoge nuestra sensibilidad de espectadores propicios con la sugestión concertada de la geografía y de la historia.

El Tajo le abraza al rodearlo. Una lámina de plata rumorosa, con frecuencia emborronada por las tierras que la corriente arrastra, aprieta con lenta solemnidad su cerco firme en torno al caserío. Dos puentes cargados de gloria salvan

el foso: Alcántara y San Martín. Al otro lado de ellos las laderas rocosas, el monte bajo y los cigarrales parece que se vuelcan ansiosos sobre la ciudad. Sólo hacia el Norte abre horizontes la vega, con lejanías que llegan hasta Gredos y el Guadarrama.

A esta peña enhiesta el hombre se ha agarrado siempre en un poblamiento que se diría convulso, desde la antigüedad más remota. Aquí se han hallado vestigios prehistóricos muy significativos. La época romana dejó sillares labrados y un circo, que ahora se va a excavar y reintegrar al patrimonio cultural de España. Desde aquí reinaron los más fuertes monarcas visigodos, aquí se reunieron los Concilios fundacionales y aquí promulgó Recaredo la unidad católica. La piedra que preside el nuevo Museo de San Román tiene esculpida —en recias capitales lapidarias— la fórmula secular del Credo de la fe de Cristo, única verdadera.

De tolerancia —entendida con correcta jerarquía— dio lecciones Toledo, la ciudad de las tres religiones: musulmanes y judíos y castellanos reconquistadores convivieron varios siglos en fecundas influencias mutuas, a pesar de las pasiones que el hombre lleva siempre consigo. Tras la marea del Islam la ciudad había recuperado su capacidad de universal convocatoria, y los Reyes de aquella Castilla, ya consolidada aunque aún primeriza, coincidieron con la Sede Primada en el vivo afán de traducir para Europa los textos culturalmente sagrados del mundo clásico. Lleno está Toledo todavía de sinagogas y de viejas mezquitas y de iglesias mudéjares, pero entre ellas campea con admirable vitalidad la impar tradición de los mozárabes.

San Juan de los Reyes honró, al barroquizarlo, al gótico de la Catedral. Carlos V renovó el Alcázar, a la vez que timbraba con águilas imperiales las puertas de la muralla. Y aquella rubia portuguesa que fue el limpio amor de su vida, tras firmar en su ausencia nada menos que las capitulaciones a Francisco Pizarro para la empresa del Perú, aquí rindió a Dios su alma en el palacio de Fuensalida, entre los recios sollozos del Emperador de Europa y la impresionante decisión del marqués de Lombay.

Felipe II se llevó de Toledo la capitalidad política de España. Aquellas calles empinadas, entre las que se apretaban enormes monasterios, blasonadas casonas y humildes hogares artesanos, iniciaron los cuatro siglos de silencio que han venido después y que quizá hayan sido los más acendrados de la historia, larga y profunda, de Toledo: Santa Teresa y San Juan de la Cruz, Góngora y Lope, Cervantes, Bécquer y mil espíritus egregios más aquí han acudido sin interrupción a tensar sus almas bajo el fúlgido centelleo de las estrellas toledanas.

Por encima de todos, el Greco. Desde la claridad mediterránea de Gandía, pasando por Venecia, aquel griego encendido y arrebatador aquí

encontró su sitio. Por todos los caminos del mundo han llevado los cuadros del Greco el nombre de su ciudad de adopción, y por todas partes la fama de la ciudad ha ido unida al secreto latido de las nubes, los apóstoles y los ángeles que en Toledo soñara aquel místico de los pinceles.

La extraña connaturalidad que se da entre el alma del pintor y el genio de Toledo quedó señalada para siempre en el fino análisis de Gregorio Marañón. "Habent sua fata libelli". También los pueblos. Entre los miles de páginas que trazó su mano no creo que haya muchas en las que más lúcidamente volcara su humanismo aquel meditador español. No para teñir de subjetividad sus juicios, sino para calar y transmitir la vibración del tema elegido.

Es cierto que una obra literaria solamente merece la pena cuando contiene esa dimensión universal, esas intemporales verdades que valen hoy y siempre. Sólo así llega un escritor a ser clásico y adquiere la capacidad de interesar a los hombres de todas las generaciones.

Marañón había logrado su máxima notoriedad en unos años en que la circunstancia española fue particularmente propicia al triunfo fácil de los intelectuales.

Muchos de ellos se dejaron engañar por el brillo del éxito joven, como Ortega y Gasset, o por la amargura del fracaso, como Azaña. Marañón había cometido errores graves en sus rápidas intervenciones políticas. Pero cuando la vida lo puso de manifiesto, con trágica evidencia, su patriotismo se impuso. Actitud ejemplar, bien poco frecuente entre los intelectuales que sólo lo son de fachada, a quienes el orgullo arrastra tantas veces al resentimiento y a la esterilidad.

Por el contrario, la piedra de toque de los hombres de espíritu está en que su inteligencia y su corazón se sobrepongan a la circunstancia pasajera. Sólo así logran penetrar con pulso certero en el caos de las versátiles incitaciones de la vida.

Esta recia certidumbre palpita con plenitud en el aire que serpea por las placitas, los cobertizos y las callejas de Toledo. El genio del Greco le permitió sin duda intuirlo pronto, y su instinto moral le llevó a identificarse no sólo con la fe, sino también con el talante de los hidalgos castellanos entre los cuales decidió vivir.

Por eso su paleta de pintor mediterráneo se acendró cada vez más. Los colores se convirtieron para él en poco más que huellas de un embrujo localista, a la vez que su aliento de artista de excepción le alzaba hacia cimas universales de belleza.

Las torres y los escorzos que jalonan el perfil de la ciudad pasaron a ser —violenta y peculiarmente iluminados— el fondo de sus cuadros. A veces —ahora podemos contemplarlo en el Casón del Buen Retiro—

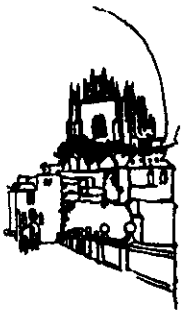
no sólo el pétreo paisaje, sino incluso el plano, la red arterial de la existencia toledana, elevados quedaron a tema único, orlados de ángeles fugaces y de una sola figura joven, para el artista profundamente entrañable. Pero más significativo es el otro modo de tratarlos. Cuando el pintor los hace escenario del más divino acontecimiento de la historia humana. Los relámpagos de la Crucifixión esculpen en luces dramáticas las piedras de un paisaje inexplicable.

Parece como si escuchásemos el aullido del viento que sube desde las barrancas del río para azotar los flecos del astro nocturno, que no es allí la luna de Nisán, sino la fría palidez de los campos de la Sagra.

Son las luces, en definitiva, las que dan su patetismo y a la vez su soberana verdad a la tierra que se junta con el cielo. Y esas luces el cretense no las había traído de su isla antigua y placentera. Ni las había aprendido entre los oros bizantinos y las patinadas neblinas de Venecia. Las respiró día a día en los atardeceres, en las noches y en las estremecedoras madrugadas de Toledo.

FLORENTINO PEREZ-EMBID
«A B C», 12-11-1971.

Ciudad sin fundación



¿CUANDO nació Toledo? No se sabe. Porque también las ciudades tienen un principio, una fundación, un nacimiento. Un día cualquiera, sobre la tierra comienza a brotar una esperanza que se hace visible, un espejismo que se convierte en realidad. Y esa realidad tiene entonces una fecha cierta, una hora desde la cual empezar a contar. Toledo, no. Su despertar pertenece a la prehistoria o a la mitología; su aparición puede coincidir con el deseo de Túbal o el capricho de Hércules, con los griegos creadores de Ptolietron o los judíos que Ciro o Nabucodonosor trajeron hasta Iberia. Todo es probable o posible.

Lo único seguro es su conquista por las huestes de Marco Fulvio y su incorporación al creciente dominio romano: fortificada, amurallada, la ciudad se va irguiendo sobre el peñón que atalaya la herradura plateada del Tajo. Pero la tierra no es llana, sino ondulada: varias lomas se cubren lentamente de casas, templos, gentes. En siglos venideros, la imaginación querrá contar exactamente siete cerros para establecer una semejanza con la Ciudad Eterna, y Gregorio Marañón dirá, alguna vez: "Albergue de todas las religiones y Roma de España".

La historia empieza a hacerse, a vivirse, a andar: Toledo es el paso obligado de todos los caminos, el cruce de todas las razas, el centro natural de todos los aconteceres. Los hombres parecen llegar desde los puntos más diversos del mundo conocido para empinarse sobre el orgulloso peñasco: después de los romanos, la monarquía visigoda, los árabes, la reconquista, las comunidades. Rara vez en el curso de la Historia una porción geográfica tan pequeña es transitada, peleada, atacada y defendida apasionadamente por tantos. Pocas veces un territorio tan reducido pasa —casi siempre violentamente— de unas manos a otras, de una a otra estirpe, y no hay ninguna que logre hospedarse en su Alcázar por más de dos generaciones.

Y, sin embargo, de este terruño ocre y rojizo y violeta parten las grandes fuerzas que fascinan al mundo; en este risco altivo vive, lucha, crea y muere uno de los más ilustres elencos de la tierra. Santos, reyes, artistas, sabios, guerreros: unos están y otros llegan para sumarse a la dimensión de una aventura que tal vez no tiene igual en el acaecer de España.

* * *

En el horizonte de la ciudad, el amarillo de los trigales en la vega y el verde ceniza de los olivos en la serranía cuajada de "cigarrales". Arriba, alrededor, ese azul sin adjetivos de Castilla. En el centro, la plaza de Zocodover, rumoroso imán de actividades o remanso ciudadano, en una de cuyas fachadas se alza todavía el histórico "Arco de la Sangre". Por su recinto desfilan todas las alegrías y los pesares de este pueblo: en el tradicional mercado de "los Martes" estudian Cervantes y Lope, Mendoza y Quevedo los tipos, las costumbres, los modales y los lances que luego aparecen en sus obras.

Trescientas calles, muchas de las cuales son estrechos callejones, trepan y descienden formando un laberinto que conserva, desde el Medievo, sus nombres y su aspecto. Las cosas no cambian aquí. El espacio es el mismo, y es escaso; para edificar hay que destruir previamente, y por eso ya no queda casi nada de la época romana o visigoda. Apenas está intacta la mezquita del Cristo de la Luz, con sus nueve cúpulas de estructuras variadas, divididas por arcos de herradura apoyados sobre cuatro columnas de mármol con capiteles visigodos. Y todovía existe el aljibe para las abluciones en el patio vecino al templo, que comunica con la perfecta puerta del Sol.

Este despliegue del arte mudéjar, donde se mezclan los antiguos motivos con las más opulentas decoraciones árabes, se repite a menudo en la arquitectura toledana. El gótico penetra tardiamente en la ciudad, pero con un maravilloso testimonio: "la Catedral de Toledo es un mun-

do". Todo se encuentra allí: las sucesivas modificaciones del estilo más las influencias mudéjares; el suntuoso derroche del barroco y el delirio del plateresco. La piedra y el hierro, y los metales, y las joyas, y los tejidos, y los cristales, y las maderas, y los mármoles se unen para forjar este monumento a la dificultad vencida y a la belleza aprisionada para siempre.

En la colina más alta de Toledo está el Alcázar, cuyo origen parece remontarse al siglo III, cuando los romanos establecen allí un pretorio. Reedificado parcialmente por Alfonso VI, es la fortaleza nata de todas las crónicas y leyendas. Ruy Díaz de Vivar es su primer alcaide. Entre sus muros y a través de los siglos se aprieta mucho del valor y del dolor de España: allí son juzgados los condes de Carrión por el ultraje cometido con sus esposas, las hijas del Cid; doña Berenguela —mujer de Alfonso VII— ve pasar desde su ventanal un ejército agareno que no ataca la ciudad al saberla indefensa; en sus estancias vive Alfonso VIII su amor por Raquel y ocurre el asesinato de ésta por el pueblo amotinado; Alfonso X el Sabio tiene predilección por este Alcázar y hace levantar las cuatro hermosas torres. Es el escenario para el romance de María de Padilla, y la prisión de Blanca de Borbón; desde sus terrazas almenadas conduce María de Pacheco su tenaz defensa contra las tropas de Carlos V; y en 1535, finalmente, el Emperador ordena transformar la fortaleza en residencia real. Así se hace, y se prosigue durante Felipe II, pero un destino adverso parece perseguir al palacio, que sufre tres incendios: en 1710, 1810 y 1887. Y un dramático asedio cuyas huellas persisten en la piedra y cuyas cicatrices perduran en el alma de España.

Toledo no es un lugar simple, afortunadamente. Ni fácil. Está demasiado llena de presencias, de imágenes sobrepuestas, de antiguas voces perdurables. Nada deja de ser, de estar entrañablemente ligado al tiempo, a tiempos diferentes. Aquí el Greco no es un pintor de museo, sino una imagen recortada, cotidiana, obsesiva. La "Ciudad Imperial y Coronada" no cesa de serlo, y esta es quizás la clave de su fuerza, de su permanencia.

Toledo es un sitio para andar, para vivir, para estar. Para mirar cómo se va haciendo delicada su luz en la tarde que cae dulcemente sobre las cesterías de encaje y las piedras sillares, y las portadas de estilo ojival florido, y las murallas donde se abren las puertas que conducen a la ciudad. Y a la fantasía.

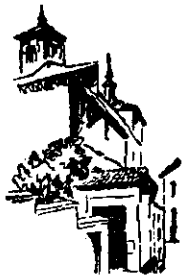
En los extramuros del perímetro vecinal dos puentes atraviesan el Tajo, foso de la ciudadela: son los de San Martín y de Alcántara y conducen a la carretera de circunvalación, que bordea el río y se enfrenta con el cambiante espectáculo del lugar. Desde la ermita de la Virgen del Valle, Toledo extiende y recoge simultáneamente su panorama. Todo es

al mismo tiempo imprevisto y exacto, suntuoso y austero, brillante y profundo. El color, todos los colores se marcan y desvanecen luego en una niebla dorada que confiere al cuadro la calidad de lo eterno. Y en la noche, el paisaje ciudadano emerge entre las sombras, luminosamente dibujado contra el alto cielo.

No, tal vez no se pueda saber cuando nació Toledo. Tampoco importa ya. Porque, de pronto, uno sabe definitivamente que Toledo no puede morir. Nunca.

JULIA PRILUTZKI FARNY
«A B C», 24-11-1971.

La Historia se llama Toledo



A eso de las nueve de la mañana suben por Zocodover los coches de línea que llegan de los pueblos. Sus ocupantes, gentes de Consuegra, de Sonseca, de Torrijos, de los Navalmorales..., acuden al médico, a comprarse un traje para al próxima boda, a llevar unos papeles del seguro, al Insituto, a la Escuela de Magisterio... Para ellos Toledo, milenaria y artística, sólo es la capital de provincia. Luego, un poco más tarde, empiezan a llegar otros autocares, mucho más modernos, con techo de cristal y aire acondicionado, con micrófono y altavoces interiores que lanzan frases en todos los idiomas del mundo. Son los turistas, los que desde hace muchos años y desde muchos kilómetros han soñado alguna vez con visitar esta ciudad.

Entre unos —los que acuden de los pueblos— y otros —los que llegan del mundo—, los propios habitantes de Toledo deambulan, trajinan, viven, entre escépticos y orgullosos. Están al cabo de todo asombro. Pasan cuatro veces al día junto a un monumento nacional, toman el aperitivo en el bar que se ha abierto en los bajos de un palacio del siglo XVI, oyen misa junto a un Greco, compran el periódico a la espalda de un ábside gótico... Están orgullosos de ser toledanos, de sentirse un poco el centro del mundo en arte e hitoria; pero a veces se quejan de la invasión de turistas o de que por culpa del turismo "todo está más caro".

Todavía podríamos encontrar —entre los naturales y los foráneos— los eternos enamorados de Toledo. Los que no se cansan de mirar y tocar las piedras; los que cada día renuevan su sorpresa al pasear por los claustros de la Catedral; los que se van al otro lado del río para ver el conjunto de la ciudad; los que saben fechas, nombres, datos, anécdotas y a veces ignoran en el siglo en que viven. Los hay; yo los conozco. Los

veo entre las altísimas turistas escandinavas, entre los labradores de Guadamur o de Illescas, entre los estudiantes del Instituto, los canónigos de la Catedral, los cadetes de la Academia... Así es Toledo. No es una ciudad muerta, sino una ciudad viva. Una ciudad, eso sí, inefable y única, por la convivencia de estilos, de siglos, de historias... Una ciudad alucinante y desmesurada, que decía Ortega; pero que ha hecho medida de la desmesura y realidad de lo misterioso.

Recuerdo aquella vieja anécdota:

—¿Un manual de la historia de Toledo?

Y el viejo librero me dijo, señalando una Historia de España en diez tomos:

—Esto es lo más reducido que tengo...

Porque, efectivamente, la Historia de Toledo es la Historia de España. Abra usted el volumen que quiera. ¿Los romanos? Ya era Toledo una ciudad importante de la España interior. Murallas, circo, etc. ¿Los godos? Capital de Hispania, sede de los Concilios. ¿Los árabes? Cabeza del Reino de Toledo. ¿Los cristianos? Capital de la Nueva Castilla, Escuela de Traductores, la Catedral... ¿El Imperio? Aquí, en el Alcázar, estaba su corazón y cerebro... Y así hasta llegar a nuestro tiempo. ¿Cuál es el último capítulo de nuestra historia? ¿La guerra del 36? Pues ahí tienen ustedes el Alcázar. Su defensa fue el acontecimiento que más repercusión tuvo en todo el mundo.

Pero no sólo la historia con mayúscula, sino la historia de la letra pequeña, la subhistoria, la infrahistoria. ¿No fueron las espadas toledanas las que conquistaron el Imperio? ¿No se salvó la filosofía de Grecia en la Escuela de Traductores Toledanos? ¿No fue posible la convivencia de las tres religiones dentro de las murallas de Toledo? ¿No revolucionó el Greco desde aquí la pintura de todo el mundo? ¿No fue Zocodover —"sacamolero y tramposo"— la capital universal de la picaresca?

ALEJANDRO FERNANDEZ POMBO
Revista «Familia Cristiana» 1971.

El vagabundo de Valparaíso

VALPARAISO está muy cerca de Santiago. Lo separan tan sólo las hirsutas montañas en cuyas cimas se levantan, como obeliscos, grandes cactus hostiles y floridos. Sin embargo, algo infinitamente indefinible distancia a Valparaíso de Santiago. Santiago es una ciudad prisionera, cercada por sus muros de nieve. Valparaíso, en cambio, abre sus puertas al infinito mar, a los gritos de las calles, a los ojos de los niños.

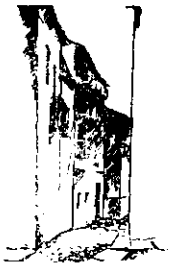
En el punto más desordenado de nuestra juventud nos metíamos de pronto, siempre de madrugada, siempre sin haber dormido, siempre sin un centavo en los bolsillos, en un vagón de tercera clase. Eramos poetas o pintores de poco más o poco menos veinte años, provistos de una valiosa carga de locura irreflexiva que quería emplearse, extenderse, estallar. La estrella de Valparaíso nos llamaba con su pulso magnético.

Sólo años después volví a sentir desde otra ciudad ese mismo llamado inexplicable. Fue durante mis años en Madrid. De pronto, en una cervecería, saliendo de un teatro en la madrugada, o simplemente andando por las calles, oía la voz de Toledo que me llamaba, la muda voz de sus fantasmas, de su silencio. Y a esas altas horas, junto con amigos tan locos como los de mi juventud, nos largábamos hacia la antigua ciudadela calcinada y torcida. A dormir vestidos sobre las arenas del Tajo, bajo los puentes de piedra.

PABLO NERUDA

Año 1972. «Confieso que he vivido». Memorias, pág. 63. Círculo de Lectores. Barcelona, 1974.

La casa de la calle del Hombre de Palo



HAS de saber, tú que me lees, quizá desdeñoso, pues eres almirante o generalísimo y yo simple soldado (a condición de que los almirantes y los generalísimos me lean), que vi la luz en la Imperial Toledo. En esto no envidio a nadie insignias ni diplomas, porque pese a haber recorrido mundo y a haber gastado los ojos en las crónicas de viajeros elocuentes, sé que en el mundo no existe lugar más bello y noble, para que en él nos alumbre, entre llantos, la primera claridad. Lo mío acaeció el 10 de agosto de 1572, día de San Lorenzo mártir, junto al claustro de nuestra Iglesia

Catedral, casi dentro de ella y en la calle que la bordea y que suelen llamar del Hombre de Palo.

Desde el comienzo, me familiaricé con el prodigio. La calle adeuda su nombre a un monstruo mecánico, al cual dicen que albergó hasta que cumplí trece años y que, según afirmaban algunos (entre ellos mi buen amigo el escultor Juan Bautista Monegro), la seguía habitando todavía cuando yo era mozo, pero ya sin mostrarse. Lo habría fabricado un hombre singular, Juanelo Turriano, venido de Italia, que en aquella misma calle vivía, ese que construyó, cerca del puente de Alcántara, el complejo artificio destinado a surtir de agua a la población, subiéndola del Tajo, y que sirvió de tan poco. Bajo dicho puente estaba —yo la conocí— la casita desde la cual Turriano vigilaba su ineficaz acueducto.

MANUEL MUJICA LAINEZ
Año 1974. «El Laberinto», pág. 15. Buenos Aires.

Cabeza de España

TOLEDO mereció el calificativo de "imperial" y fue cabeza de España, verdadera encrucijada de herencias y culturas, de creencias religiosas y altas políticas, de amores y odios que han dejado huellas imborrables en la historia de España. Otear el pasado desde Toledo es como situarse en el vértice de una pirámide al que vemos confluir la corriente religiosa y cultural del mundo hispano-romano y visigodo, la del mundo árabe, la importante contribución judía y la autóctona llegada de los nuevos reinos cristianos que surgían al compás de la Reconquista. Si en la época hispano-romana Toledo alcanzó ya notable relieve como lo atestiguan nuestros monumentos civiles y religiosos, fuentes, acueductos, templos y circos, al asentarse el reino visigodo y singularmente al ser elevada en el año 610 a la capitalidad del mismo el Toledo romano se trocó en la ciudad regia donde se formó gran parte de la historia de España en lo religioso y en lo civil. Esta capitalidad hízose palpable sobre todo en los famosos concilios toledanos.

MARCELO GONZALEZ MARTIN
Cardenal Arzobispo de Toledo
(Discurso inaugural del Congreso Internacional de Estudios Mozárabes. 28 de septiembre de 1975.)

INDICES

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

ALBERTI, Rafael,163
ALCOCER, Pedro de,21
ALFONSO el Sabio, 11
AMADOR DE LOS RIOS, José,40
AMADOR DE LOS RIOS, Rodrigo,89
ANONIMO (El Lazarillo de Tormes), 24
AZORIN,93
BALLESTEROS GABROIS, Manuel,144
BAROJA, Pío,88
BARRES, Mauricio,99
BECQUER,49
BLANCO FOMBONA,183
BLASCO IBAÑEZ,98
CAMON AZNAR, José,183
CARCO, Francis,127
CASTIELLA, Fernando María,145
CELA, Camilo José,147
CERVANTES, Miguel de,65
CID LENO, Ricardo,136
CONCHA ESPINA,128
CONDE DE MORA,46
CORDOBA, José Manuel de,162
COSSIO, Manuel Bartolomé,87
CHUECA GOITIA, Fernando,184
DAVILLIER, Charles,87
DON JUAN MANUEL,12
DUMAS, Alejandro,43
EDRISI, Abu-Abd-Allá, Mohamed, El,23
EL NUBIENSE, 11
ESTENAGA, Narciso de,177
FERNANDEZ POMBO, Alejandro,191
FOXA, Agustín de,137-155
GALDOS, Benito Pérez,105
GARCIA CRIADO, Juan,64
GARCIA NIETO,178
GARCIA, P. Félix,175
GAUTIER, Teófilo, 39
GOMEZ DE LA SERNA, Ramón, 132
GONZALEZ MARTIN, Marcelo, 194
GRACIAN, Baltasar,37
HURTADO DE TOLEDO,27
ISMAEL, Imad-Ab-Din-Al-Ayubi,10
KAZANTZAKIS, Nikos,165
LAIN ENTRALGO, Pedro,151

LATOUR, Antoine, 42
MACIA SERRANO, Antonio, 177
MARAÑON, Gregorio, 129
MARIANA, P. Juan de, 32
MARTIN GAMERO, Antonio, 44
MARQUES DE LOZOYA, 179
MENENDEZ PIDAL, Ramón, 106
MINER OTAMENDI, José M., 181
MORALES, Gustavo, 101
MUJICA LAINEZ, Manuel, 193
MUNZER, Jerónimo, 16
NAVAGUERO, Andrés, 18
NAVARRO LEDESMA, Francisco, 91
NERUDA, Pablo, 193
ORTEGA Y GASSET, José, 102
PALAZUELOS, Vizconde de, 64
PEREZ EMBID, Florentino, 185
PEREZ GALDOS, Benito, 105
PIDAL, Pedro José, 43
PISA, Francisco de, 36
PONZ, Antonio, 125
PRILUTKI FARNY, Julia, 188
QUEVEDO, Francisco de, 38
RAMON PARRO, Sixto, 47
SAN ILDEFONSO, 10
SANTA TERESA, 81
SCHWOB, René, 104
SERNA, Alfonso de la, 176
SERNA, Víctor de la, 142
SHASCHEK, 15
TIRSO DE MOLINA, 30
TITO LIVIO, 9
URABAYEN GUINDO, Félix, 110

INDICE ALFABETICO DE LUGARES

Ajofrín-123
Alamillos-46
* Alcana-105
* Alcántara-19, 39
* Alcázar-19, 35, 155
* Alhóndiga-46
* Andaque-105
* Antequeruela-105
Andalucía-23
Aragón-16
Arquillo-46
Babilonia-86
Berna-16
Burgos-29
* Cabestreros-105
Calatayud-16
* Cambrón-19
Carmena-119
Castilla-15, 30
* Catedral-105, 127
* Cigarrales-104
* Covachuelas-105
Espinar del Can-105
Gredos-119
Guadalajara-116
Guardia (La)-113
Huerta del Rey-73
* Islas (Las)-21
Jaca-11
Jericó-102
Lagartera-118
Madrid-37,87
Mancha, La-28, 117
Mercurio-29
Mora-122, 124
Novés-120
Ocaña-122, 142, 147
Orgaz-124
Oropesa-118
Portusa-119
* Posada de la Sangre-165
* Puente S. Martín-39
* Puerta del Sol-39
* Roca Tarpeya-145
Sagra, La-28, 88
* San Bernardo-21, 119
* San Juan de los Reyes-19, 105
* San Lucas-105
* San Román-105
* Santiago-11, 14 y 105
* Sto. Domingo el Real-164
* Santo Tomé-88
San Urbano-29
* San Servando-90
Sevilla-87
* Sierpe-46
Sonseca-123
* Tajo-12, 119
Talavera-118, 119, 121
Tavera H.-98
Toboso (El)-93
* Tendillas-46
* Tintes (Los)-105
Torrentero-46
Torrijos-120
* Tránsito (El)-126
Valencia-35
Valladolid-10
* Vega (La)-19, 39 y 90
* Visagra-19
* Zocodover-19, 41, 59

*: Lugares de Toledo.

INDICE ALFABETICO DE PERSONAJES

Adan, 86
Alcadir, 110
Alcocer, Pedro de, 27
Alfonso VI, 42, 107
Alonso Carrillo, 59
Alonso, rey, 29, 32
Alvárez Alonso, 82
Andrenio, 38
Aragón, 48
Argos, 38
Argüello, 69
Artesanía, 37
Artesilleros, 125
Atlas, 86
Avedaño, 67
Ayalas, 20
Ben Abded, 109
Ben Bassam, 10
Berruguete, 98
Borbón, 48
Buñuel, Luis, 164
Caín, 86
Caco, 86
Carlos V, 42, 64
Conde de Orgaz, 88
Conde de Cedillo, 97
Cenete, marqués de, 21
Cervantes, 127
Constanza, 77
Cid, El, 110
Cipriano, obispo, 34
Cisneros, 48
Critilo, 37
David, 23
Don Quijote, 65
Felipe II, 47, 87
Fernández, rey, 31
Fuensalida, conde de, 20
Galiana, 18
Garcilaso de la Vega, 111
Gautier, Teófilo, 99
González de Mendoza, 16
Greco (El), 96, 99, 104, 132, 171
Guerrero, Jacinto, 118
Hannavel, 137
Hercules, 41, 86
Hernández Pablo, 81
Hilermo, 9
Infantes, J.A., 125
Illán de Toledo, 12
Juanelo, 38, 67, 194
Juliano, 36
Jiménez de Rada, 106
Juda Halevi, 141
Leovigildo, 90
Lope de Vega, 120
Lorenzana, 48
Lozano, C., 184
Luna, Gabriel, 98
Mamun, 107
Manrique, Pedro, 82
Marañón, 97
Marco Fulvio, 9
Martín de la Cruz, 83
Martín Ramírez, 81
Mendoza, Diego de, 21, 48
Mois Fernández, 139
Moscoso, 48
Ortiz, Diego, 82
Osiris, 86
Ossorio, 88
Pío, Antonio, 44
Portocarrero, 48
Ptolomeo, 86
Quevedo, 111
Quiroga, 48
Rescincindo, 38
Rivera, Juan de, 20
Roxanes, Elías, 138
Salomón, 23
San Agustín, 88
Sancho, 65
Sancho de Aragón, 33
Sandoval, 48
Sancho II de Castilla, 107
San Esteban, 88

San Ildefonso, 90
San Isidoro, 34
San Urbán, 36
Sara Bernhardt, 96
Sempronio Graco, 9
Sliceo, 48
Silvas, 20
Tavera, 48
Tito Livio, 9, 36
Tubal, 86
Vairac, 86
Valencia, 107
Villena, Marqués de, 21
Zorrilla, 111

Luis Moreno Nieto

Escritor y periodista titulado. Cronista Oficial de la provincia de Toledo. Corresponsal de "ABC" y de la Agencia EFE en Toledo. Colaborador de "Ya" de Toledo. Nació en Carpio de Tajo (Toledo) localidad que le ha dedicado una plaza. Director de la revista "Provincia" y de los Servicios Culturales de la Diputación. Ha publicado 42 libros y ha puesto su firma en 7.486 trabajos recogidos por diversas publicaciones españolas.

Ultimos títulos publicados:

22. *Comarca de la Jara toledana*, por Fernando Jiménez de Gregorio, 72 págs., 1982.

23-24. *Toledo y el Papa*, por Luis Moreno Nieto. 1982.

25. *Toledo, puerto de Castilla*, por Julio Porres Martín-Cleto. 40 págs. 1982.

26. *Pobreza y beneficencia en la provincia (1500-1800)*, por Hilario Rodríguez de Gracia. 66 págs. 1983.

27-28. *Historia y Geografía de La Sagra*, por Vicente Rodríguez Rodríguez.

29. *Reconquista y repoblación de la tierra toledana*, por R. Izquierdo Benito.

30. *Santuarios marianos de la provincia de Toledo*, por J. C. Gómez-Menor.

31. *De Salamanca a Toledo con Lazarillo de Tormes*, por Luis Rodríguez Rodríguez.

32. *El maestro Cebrián*, por Manola Herrejón.

EXTRA I.— *FOLKLORE TOLEDANO: Fiestas tradicionales toledanas* (por Consolación González Casarrubios) *y Creencias populares toledanas* (por Esperanza Sánchez Moreno). 158 págs., 1981.

EXTRA II.— *FOLKLORE TOLEDANO: "Canciones y Danzas"*, por María Nieves Beltrán Miñana, 254 págs., 1982.

EXTRA III.— *Heráldica municipal de la provincia de Toledo*, por V. Leblic y J. Luis Ruiz.